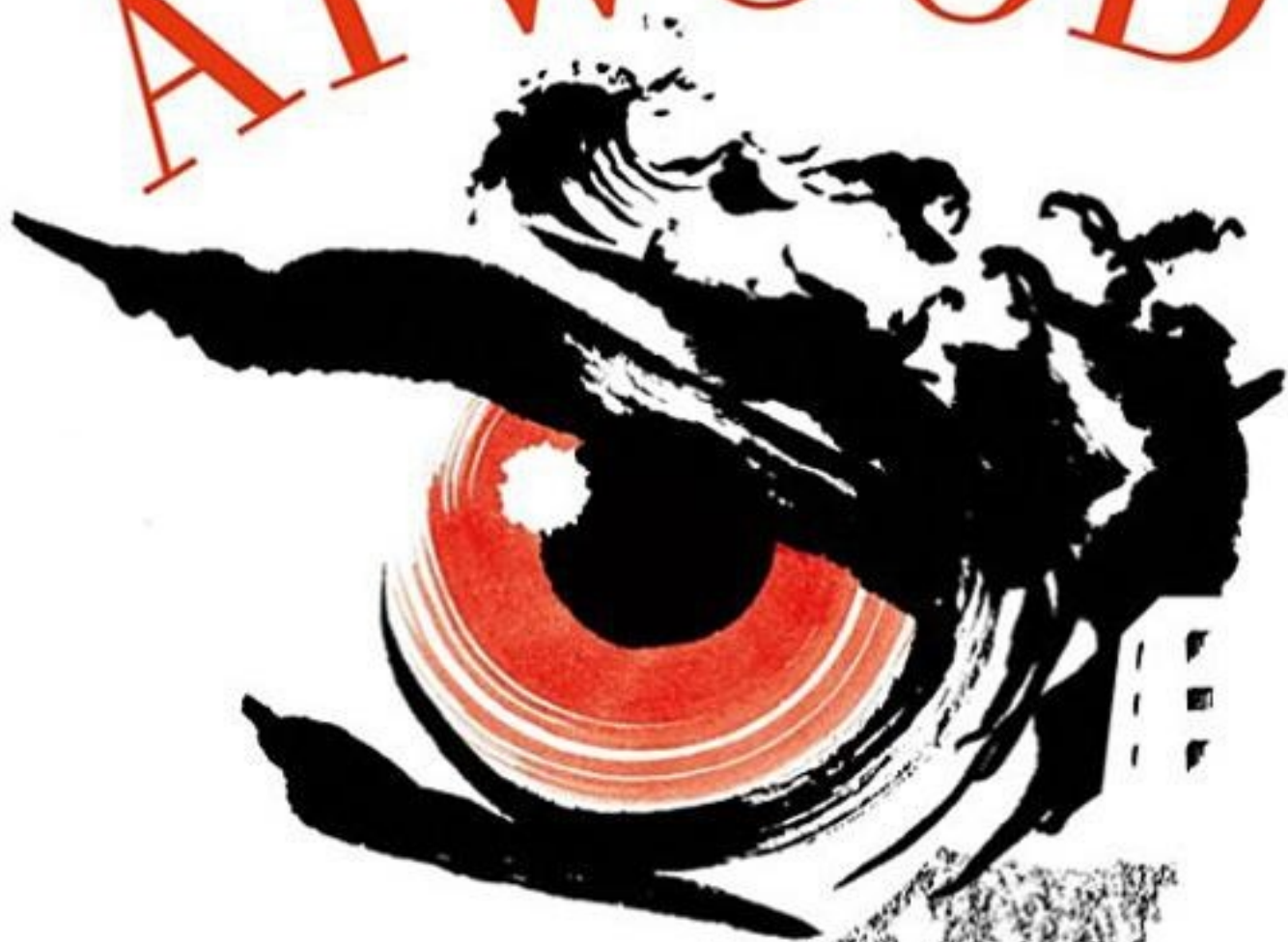


de MARGARET
ATWOOD



LA SEMILLA
DE LA BRUJA

Lectulandia

Margaret Atwood reinventa *La tempestad* de William Shakespeare en *La semilla de la bruja*, una novela que aboga por el poder de las palabras y que invita a no olvidar y a creer en la magia de la vida cotidiana.

Es un lunes cualquiera de enero de 2013 y Felix pasa el control de seguridad para acceder al centro correccional de Fletcher. Los guardias lo miran con simpatía y benevolencia; para ellos este hombre solo es el señor Duke, un cincuentón que en sus ratos libres se dedica a organizar funciones de teatro con los reclusos. El autor elegido siempre es Shakespeare, y este año el profesor les propone *La tempestad*.

Felix accede sin problemas al recinto de la cárcel, llevando consigo algo muy peligroso pero imposible de detectar a través de un escáner: son las palabras, aún vivas, robustas, sonoras, de una obra donde la venganza viaja a través del tiempo y se instala en el presente. De a poco, ensayo tras ensayo, los chicos de Fletcher, que quizá nunca antes habían oído hablar de Shakespeare, convierten la obra en algo muy personal. Ahí se encuentran con sus fantasmas y con algo de sí mismos que no sabían, pero hay más: Felix, ese profesor terco y a veces aburrido, el día del estreno de la obra también podrá vengarse de quien le arruinó en el pasado.

Lectulandia

Margaret Atwood

La semilla de la bruja

ePub r1.0

NoTanMalo 19.01.18

Título original: *Hag-Seed*
Margaret Atwood, 2016
Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Richard Bradshaw, 1944-2007
Gwendolyn MacEwen, 1941-1987

Hechiceros

Esto es seguro: para el hombre que prepara su venganza, siguen abiertas ciertas heridas que, de otro modo, sanarían y curarían.

SIR FRANCIS BACON, *De la venganza*

[...] Aunque en el teatro hay personas muy agradables, hay otras que harían que se te erizasen los cabellos.

CHARLES DICKENS

Otras islas florecientes habrá
en el mar de la vida y la agonía:
otros espíritus flotarán y volarán
sobre ese abismo.

PERCY BYSSHE SHELLEY,
Versos escritos en las colinas euganeas

Prólogo

Proyección

Miércoles, 13 de marzo de 2013

Las luces de la sala se atenúan. El público calla.

EN LA ENORME PANTALLA PLANA: *Letras amarillas irregulares sobre fondo negro.*

LA TEMPESTAD
de William Shakespeare
por
los Actores del Correccional Fletcher

EN PANTALLA: *Un cartel escrito a mano, sujeto por el presentador, que lleva una capa corta de terciopelo púrpura. En la otra mano, una pluma.*

CARTEL: UNA SÚBITA TEMPESTAD

PRESENTADOR: Lo que van a ver es una tormenta en alta mar:
el viento aúlla, los marineros chillan,
los pasajeros los maldicen, porque la situación empeora,
van a oír gritos, igual que en una pe-e-e-sadilla,
pero no todo es lo que parece,
no digo más.

Sonríe.

Ahora vamos a empezar la obra.

Hace un gesto con la pluma. Corte a: rayos y truenos en una nube en forma de embudo, imagen del canal Tornado. Imagen de archivo de las olas en el océano. Imagen de archivo de la lluvia. Sonido del aullido del viento.

La cámara hace un zoom sobre un barquito de vela de juguete que se balancea sobre una cortina de ducha de plástico azul con peces, debajo unas manos causan las olas.

Primer plano del contramaestre con un gorro de punto negro. Le echan agua desde fuera de plano. Está empapado.

CONTRAMAESTRE: ¡Virad deprisa o nos vamos a pique!

¡Moveos, moveos!

¡Virad, virad! ¡Cuidado, cuidado!

¡Hagámoslo,

vale más que os apliquéis,

bracead las velas,

combatid la tormenta,

a menos que queráis nadar con los peces!

VOCES EN OFF: ¡Nos ahogaremos!

CONTRAMAESTRE: ¡Quitaos de en medio! ¡No es momento para juegos!

Le echan un cubo de agua en la cara.

VOCES EN OFF: ¡Escuchadnos! ¡Escuchadnos!

¿Es que no sabéis que somos de sangre real?

CONTRAMAESTRE: ¡Cuidado, cuidado! ¡Eso a las olas no les importa!

El viento ruge, diluvia,

no os quedéis mirando ahí plantados.

VOCES EN OFF: ¡Estáis borracho!

CONTRAMAESTRE: ¡Sois idiotas!

VOCES EN OFF: ¡Estamos perdidos!

VOCES EN OFF: ¡Nos hundimos!

Primer plano de Ariel con un gorro de baño azul y unas gafas de esquí iridiscentes, maquillaje azul en la parte inferior de la cara. Lleva un impermeable de plástico translúcido con mariquitas, abejas y mariposas estampadas. Detrás de su hombro izquierdo se ve una sombra extraña. Se ríe sin ruido, señala hacia arriba con la mano derecha que está enfundada en un guante de goma azul. Resplandor de rayos, ruido de truenos.

VOCES EN OFF: ¡Recemos!

CONTRAMAESTRE: ¿Qué decís?

VOCES EN OFF: ¡Nos hundimos! ¡Nos ahogaremos!

¡No volveremos a ver al rey!

¡Saltad por la borda, nadad a la orilla!

Ariel echa la cabeza atrás y se ríe encantado. En cada una de las manos con guantes de goma azul sostiene una linterna muy potente que emite destellos.

La pantalla se queda en negro.

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Qué?

OTRA VOZ: Se ha ido la luz.

OTRA VOZ: Será por la ventisca. Se habrá caído un poste en alguna parte.

Oscuridad total. Ruidos confusos en la sala de al lado. Gritos. Se oyen disparos.

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Qué sucede?

VOCES FUERA DE LA SALA: ¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Quién está al mando aquí?

Tres disparos más.

UNA VOZ DENTRO DE LA SALA: ¡Que nadie se mueva! ¡Quietos!

¡Bajad la cabeza! Quedaos donde estáis.

I

Negro reverso

1

Orilla del mar

Lunes, 7 de enero de 2013

Felix se cepilla los dientes. Luego cepilla los otros dientes, los postizos, y se los mete en la boca. A pesar de la capa de adhesivo rosa que les ha aplicado, no encajan demasiado bien; tal vez se le esté encogiendo la boca. Sonríe: es la ilusión de una sonrisa. Fingimiento, falsificación, pero ¿quién se va a dar cuenta?

En otra época habría llamado a su dentista para concertar una cita y habría ocupado el lujoso sillón de imitación de cuero, ante el rostro preocupado que olería a colutorio de menta y las manos hábiles que blandirían instrumentos brillantes. «Ah, sí, ya veo. No es preocupante, se lo arreglaremos». Igual que llevar el coche a la revisión. Incluso le habría dejado escuchar música con los auriculares y tomar una píldora para atontarse.

Pero ahora no puede permitirse esos ajustes profesionales. Su seguro médico es barato, así que está a merced de sus poco fiables dientes. También es mala suerte, eso sí que sería el broche de oro: un cataclismo dental. «La fiezta ha tedminado. Loz actodez...». Si eso ocurriera, su humillación sería total; al pensarlo se le ruborizan hasta los pulmones. Si las palabras no son perfectas, si el timbre no es exacto y la modulación no está ajustada con delicadeza, el hechizo se rompe. La gente empieza a moverse en la butaca, tose y se va a casa en el descanso. Es como la muerte.

—U-o-a-e-ii —le dice al espejo manchado de pasta de dientes que hay encima del fregadero de la cocina. Frunce el ceño, saca la mandíbula. Luego sonríe: la sonrisa de un chimpancé acorralado, con una parte de rabia, una parte de amenaza y una parte de desánimo.

Qué bajo ha caído. Qué humillación. En qué poco se ha quedado. Sobreviviendo a duras penas, malviviendo en un cuchitril, ignorado en un lugar olvidado; mientras Tony, ese mierdecilla pomposo que es pura pose, se codea con los grandes y traga champán y engulle caviar y lenguas de alondra y cochinillo, y asiste a galas y disfruta de la adoración de su camarilla, sus lacayos, sus aduladores...

Que en otro tiempo adulaban a Felix.

Escuece. Pica. Despierta sus ansias de venganza. ¡Ojalá...!

Basta.

—La espalda recta —ordena a su gris reflejo—. Mete el estómago. —Sabe, sin mirar, que está echando barriga. Tal vez debería comprarse una faja.

¡Da igual! ¡A apretarse el cinturón! Hay trabajo que hacer, tramas que tramar, timos que timar, ¡villanos a los que engañar!

—El perro de Roque no tiene rabo. Tres tristes tigres comen trigo en un trigal. El arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinoplizar.

Ya lo ves. Ni una sílaba equivocada.

Aún puede hacerlo. Lo conseguirá, pese a todos los obstáculos. Los encandilará, aunque no disfrute con el espectáculo. Los dejará maravillados, cuando diga a sus actores:

—¡Hagamos magia!

Y que se la trague ese cabrón taimado y retorcido de Tony.

Elevados conjuros

Lo de ese cabrón taimado y retorcido de Tony fue culpa del propio Felix. Al menos, en su mayor parte. Los últimos doce años se ha culpado a menudo. Le dio demasiada libertad a Tony, no lo supervisó, no miró por encima de su hombro elegante, con hombreras y raya diplomática. No reparó en las pistas como habría hecho cualquiera con medio cerebro y dos oídos. Peor: confió en ese lamebotas maquiavélico, malvado y arribista. Se dejó engatusar: «Deja que yo me encargue, delega eso, envíame a mí». ¡Qué idiota había sido!

Su única excusa era que en esa época estaba devastado por el dolor. Acababa de perder a su única hija, y de ese modo tan espantoso. Ojalá... Ojalá no... Ojalá hubiese sabido...

No, sigue siendo demasiado doloroso. No pienses en eso, se dice mientras se abotona la camisa. Apártalo de tu cabeza. Finge que fue solo una película.

Incluso si ese suceso en el que no quiere pensar no hubiera ocurrido, lo más probable es que se hubiese dejado engañar. Había adquirido la costumbre de dejar que Tony se ocupara de la parte más prosaica del espectáculo, porque, al fin y al cabo, Felix era el director artístico, como no paraba de recordarle Tony, y estaba en plenitud de facultades, o eso repetían sin cesar los críticos, así que debía ocuparse de cuestiones más elevadas.

Y lo hizo. Crear el espectáculo más bello, exuberante e impresionante. Subir el nivel hasta la luna. Forjar en cada producción una experiencia que ninguno de los asistentes pudiera olvidar. Evocar el aliento colectivo contenido, el suspiro colectivo; conseguir que el público se fuese, al acabar la actuación, tambaleándose un poco como si estuviese borracho. Hacer del Festival de Makeshiweg el patrón por el que se midiesen todos los festivales de teatro menores.

No eran metas baladíes.

Para alcanzarlas, Felix había reclutado a los mejores equipos que había logrado encontrar. Había contratado a los mejores, había inspirado a los mejores. O los mejores que se había podido permitir. Había escogido uno por uno a los duendes y trasgos técnicos, a los diseñadores de iluminación, a los técnicos de sonido. Había perseguido a los diseñadores de decorados y vestuario más admirados del momento, a los que pudo convencer. Todos tenían que ser de primera, o aún mejores. Si era posible.

Así que necesitó dinero.

Recaudar dinero fue el cometido de Tony. Una tarea menor: el dinero no era más

que un medio para conseguir un fin, y ese fin era la trascendencia: ambos lo habían entendido. Felix, el hechicero siempre en las nubes; Tony, el factótum con los pies en el suelo y amasando dinero. Teniendo en cuenta sus talentos respectivos, parecía una división del trabajo apropiada. Como dijo el propio Tony, cada cual debía hacer lo que se le daba mejor.

«Idiota», se reprocha Felix. No había entendido nada. En cuanto a su plenitud de facultades, la plenitud siempre es ominosa. Desde las alturas solo se puede caer.

Tony se había mostrado demasiado dispuesto a liberar a Felix de los rituales que tanto odiaba, como asistir a los cócteles, dar coba a los mecenas y patrocinadores, alternar con la junta, conseguir subvenciones de los diversos niveles del gobierno y escribir informes eficaces. Así —decía Tony— Felix podría dedicarse a las cosas que tenían verdadera importancia, como sus sagaces notas escénicas y sus planes de iluminación y el cálculo exacto de la duración de la lluvia de purpurina de la que hacía un uso tan genial.

Y a dirigir, claro. Felix siempre se había reservado una o dos obras por temporada para dirigirlas personalmente. De vez en cuando, incluso interpretaba el papel principal, si le resultaba atractivo. Julio César. El rey tártaro. Lear. Tito Andrónico. ¡Todos esos papeles fueron triunfos para él! ¡Igual que todas esas producciones!

Al menos entre los críticos, porque los aficionados a veces se quejaban. La Lavinia sangrante y casi desnuda de *Tito* era demasiado explícita, gimoteaban; aunque, como señaló Felix, estaba más que justificada por el texto. ¿Qué necesidad había de representar *Pericles* con naves espaciales y extraterrestres en vez de con barcos de vela y países extranjeros, y por qué presentar a la diosa lunar Artemisa con la cabeza de una mantis? Aunque —como le explicó Felix a la junta— era totalmente apropiado, si se pensaba bien. Y que Hermione volviera a la vida en forma de vampiro en *El cuento de invierno*: eso se lo abuchearon. A Felix le encantó: ¡menudo efecto! ¿Quién, si no él, podría haberlo logrado? ¡Donde hay abucheos hay vida!

Esas travesuras, esos vuelos de la imaginación, esos triunfos habían sido las criaturas de un Felix anterior. Habían sido actos de exultación, de alegre exuberancia. Justo antes del golpe de mano de Tony, las cosas cambiaron. Se ensombrecieron, y además de repente. Aúlla, aúlla, aúlla...

Pero no podía aullar.

Su mujer, Nadia, fue la primera en dejarle, apenas un año después de la boda. Felix se había casado tarde y de forma inesperada; no sabía que fuese capaz de amar así. Estaba descubriendo sus virtudes, empezando a conocerla de verdad, cuando ella murió de una infección galopante de estafilococos justo después de dar a luz. Esas cosas pasaban, a pesar de la medicina moderna. Todavía intenta recordar su imagen,

se esfuerza para que vuelva a ser vívida, una vez más, pero con los años ha ido alejándose de él y se ha deslavazado como una Polaroid antigua. Ahora es poco más que un perfil; un perfil que él completa con su tristeza.

Así que se quedó solo con su hija recién nacida, Miranda. Miranda. ¿Cómo iba a llamar, si no, a una niña huérfana de madre con un padre de mediana edad que la adoraba? Ella fue quien impidió que se hundiera en el caos. Resistió como pudo, y no pudo muy bien, pero resistió. Contrató ayuda, claro; necesitó a varias mujeres, no tenía ni idea de cómo cuidar a un bebé y debido a su trabajo no podía estar todo el tiempo con Miranda. Pese a ello, sí había pasado todo el tiempo libre con ella. Aunque no había tenido mucho.

Lo había cautivado desde el principio. Había pululado maravillado a su alrededor. ¡Era tan perfecta, los dedos, los pies, los ojos! ¡Qué maravilla! Era tan lista que, cuando aprendió a hablar, incluso se la llevó al teatro. Ella se sentaba y lo miraba todo, sin moverse ni aburrirse como habría hecho cualquier otra cría de dos años. Tenía muchos planes para ella: cuando fuese mayor viajarían juntos, le mostraría el mundo, le enseñaría muchas cosas. Pero entonces, a los tres años...

Fiebre alta. Meningitis. Las mujeres intentaron localizarle, pero estaba ensayando y había dado órdenes estrictas de que no le interrumpieran, y no supieron qué hacer. Cuando por fin llegó a casa, hubo muchas lágrimas y luego el viaje al hospital, pero era demasiado tarde, demasiado tarde.

Los médicos hicieron cuanto pudieron; recurrieron a todos los tópicos, ofrecieron toda suerte de excusas. Pero nada funcionó, y ella se fue. Se la llevaron, como suele decirse. Pero ¿adónde? No podía haberse volatilizado del universo sin más. Él se negaba a creerlo.

Lavinia, Julieta, Cordelia, Perdita, Marina. Todas las hijas perdidas. Pero a algunas habían vuelto a encontrarlas. ¿Por qué no a su Miranda?

¿Qué hacer con semejante dolor? Era como una enorme nube negra que se cerniese en el horizonte. No: era como una ventisca. No: era como algo que no podía expresarse con palabras. Él era incapaz de enfrentarse a ello. Tenía que transformarlo, o como mínimo encerrarlo.

Justo después del funeral, con su pequeño y patético ataúd, se había volcado en *La tempestad*. Era una evasión, lo supo incluso entonces, pero también una especie de reencarnación.

Miranda se convertiría en la hija que no había perdido; que había sido un querubín protector, que alegró a su padre exiliado mientras flotaban por el negro mar en el bote agujereado; que no había muerto, sino que se había convertido en una niña encantadora. Lo que no podía tener en vida podría vislumbrarlo gracias a su arte; solo un vistazo, con el rabillo del ojo.

Crearía un decorado adecuado para esta Miranda renacida a la que pretendía dar

vida. Se superaría como actor-director. Sobrepasaría todos los límites, retorcería la realidad hasta que chirriara. En todos sus esfuerzos pasados había una desesperación febril, pero ¿acaso el arte más sincero no tenía siempre como centro la desesperación? ¿No era siempre un desafío a la muerte? ¿Un gesto desafiante al borde del abismo?

Decidió que su Ariel lo interpretaría un travesti en zancos que en los momentos más significativos se transformaría en una luciérnaga gigante. Su Calibán sería un vagabundo cubierto de costras —negro, o tal vez nativo norteamericano— y además parapléjico, que se arrastraría por el escenario en un monopatín gigantesco. ¿Y Esteban y Trínculo? Todavía no lo había decidido, pero llevarían bombín y braguero. Y harían juegos malabares: Trínculo lanzaría por los aires cosas que encontrase en la playa de la isla mágica; por ejemplo, calamares.

Su Miranda sería soberbia. Sería una salvaje, como era natural; después del naufragio debió de pasarse doce años corriendo descalza por la isla, pues ¿de dónde iba a sacar unos zapatos? Debía de tener la planta de los pies como la suela de una bota.

Tras una búsqueda agotadora en la que rechazó a las que eran solo jóvenes o solo guapas, eligió a una antigua niña gimnasta que había ganado la medalla de plata en los campeonatos norteamericanos y a la que luego habían aceptado en la National Theatre School: una niña escuálida fuerte y flexible que estaba a punto de florecer. Se llamaba Anne-Marie Greenland. Era apasionada y vehemente, apenas había cumplido los dieciséis. Casi no tenía formación teatral, pero él sabía que podría sacarle lo que quisiera. Una interpretación tan fresca que ni siquiera sería una interpretación: sería realidad. Gracias a ella, su Miranda volvería a la vida.

El propio Felix sería Próspero, su amado padre. Protector —tal vez demasiado—, pero solo porque quería lo mejor para su hija. Y astuto, más que Felix. Aunque incluso el astuto Próspero confiaba demasiado en los que tenía cerca y estaba demasiado absorto en mejorar sus habilidades mágicas.

La vestimenta mágica de Próspero estaría hecha de animales, no de animales reales o ni siquiera realistas, sino de muñecos de peluche a los que quitaría el relleno y luego cosería unos a otros: ardillas, conejos, leones, una especie de tigre y varios osos. Estos animales evocarían la naturaleza elemental de los poderes sobrenaturales, y al mismo tiempo naturales, de Próspero. Felix había encargado unas hojas falsas, unas flores pintadas de color dorado con espray y unas plumas teñidas de colores chillones que engancharían a los animales peludos para darle a su manto mayor dinamismo y un sentido más profundo. Blandiría un báculo que había encontrado en una tienda de antigüedades: un elegante bastón eduardiano con una cabeza de zorro en el mango de plata y ojos que probablemente fuesen de jade. Tenía una longitud modesta para ser el báculo de un mago, pero a Felix le gustaba yuxtaponer la extravagancia a la moderación. Ese objeto octogenario sería irónico en los momentos cruciales. Al final de la obra, durante el epílogo de Próspero, había planeado un

efecto de atardecer en el que una lluvia de purpurina caería como si fuese nieve.

Esta *Tempestad* sería brillante: lo mejor que había hecho jamás. Se había obsesionado con ella —ahora se da cuenta— de una manera enfermiza. Era como el Taj Mahal, un recargado mausoleo construido para honrar una sombra amada, o una urna repujada de joyas de valor incalculable y que no contenía más que cenizas. Pero era más que eso, porque dentro de la burbuja encantada que estaba creando, su Miranda volvería a cobrar vida.

Por eso fue aún más demoledor para él cuando el proyecto se derrumbó.

3

Usurpador

Estaban a punto de empezar los ensayos cuando Tony mostró sus cartas. Doce años después, Felix todavía recuerda hasta la última sílaba de aquel encuentro.

La conversación empezó con normalidad, en la reunión habitual de los martes por la tarde. En esas reuniones Felix le daba a Tony la lista de los recados que tenía que hacer, y Tony ponía al día a Felix de cualquier asunto que requiriese su firma o su atención. Por lo general no había demasiados, porque Tony era tan eficiente que ya se había ocupado de los que tenían verdadera importancia.

—Vayamos al grano —empezó Felix, como tenía por costumbre. Se había fijado con irritación en el estampado de liebres y tortugas de la corbata roja de Tony: un intento de ser ingenioso, sin duda. Tony tenía debilidad, una debilidad cada vez más petulante, por las bagatelas caras—: Mi lista de hoy: número uno, tenemos que sustituir al tipo de la iluminación, no me está dando lo que necesito. Y, a propósito del manto mágico, tenemos que encontrar...

—Me temo que tengo malas noticias para ti, Felix —dijo Tony.

Se había puesto un traje elegante; normalmente, eso significaba que había reunión de la junta. Felix había adquirido la costumbre de saltárselas: el presidente, Lonnie Gordon, era buen tipo, pero también un auténtico aburrido, y los demás miembros no eran más que una pandilla de títeres que solo servían para poner sellos. Por suerte, no perdía mucho el tiempo con ellos porque Tony sabía mantenerlos a raya.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —preguntó Felix. Por lo general malas noticias significaba una carta de queja sin importancia de algún patrocinador descontento. ¿Tenía que quitarse Lear toda la ropa? O podría ser la factura de la lavandería de un espectador de la primera fila disgustado con su participación interactiva en una escena con salpicaduras: la cabeza ensangrentada de Macbeth lanzada con demasiado vigor contra el escenario, el ojo arrancado de Gloucester que se le había resbalado a quien se lo arrancaba, con una sucia gelatina que había echado a perder una corbata floral de seda de la que no salía la mancha.

Tony sabía cómo manejar esas quejas irritadas —aplicaba la dosis de coba y disculpas necesaria—, pero le gustaba prevenir a Felix por si tenía un encuentro desagradable en la puerta de artistas. Cuando le criticaban, Felix podía reaccionar de forma exagerada con un exceso de adjetivos ofensivos, decía Tony. Felix argüía que su lenguaje siempre era el más apropiado a la ocasión, y Tony respondía que por supuesto, pero que no era bueno para los patrocinadores. Y que además podía llegar a los periódicos.

—Por desgracia... —empezó a decir en esta ocasión Tony. Hizo una pausa. Tenía una expresión rara en el rostro. No una sonrisa; más bien una mueca con una sonrisa de fondo. Felix notó que se le erizaban los pelillos de la nuca—. Por desgracia —continuó por fin Tony con su voz más fina—, la junta ha decidido rescindir tu contrato como director artístico.

Entonces fue Felix quien hizo una pausa.

—¿Qué? —exclamó—. Es una broma, ¿no?

Es imposible, pensó. ¡Sin mí el festival entero se iría al garete! Los patrocinadores se retirarían, los actores se marcharían, los restaurantes de lujo, las tiendas de regalo y las pensiones con desayuno cerrarían y la ciudad de Makesiweg volvería a hundirse en la oscuridad de la que él la había sacado con tanta habilidad un verano tras otro, ¿qué otra cosa había en ella aparte de un depósito de trenes? Un depósito de trenes no es un argumento. No se puede hacer un menú basado en un depósito de trenes.

—No —dijo Tony—. Me temo que no lo es. —Otra pausa. Felix se quedó mirando a Tony como si lo viera por primera vez—. Creen que estás perdiendo, ya sabes, facultades. —Otra pausa—. Les he dicho que estás conmocionado desde que tu hija..., desde tu reciente y trágica pérdida, pero que estaba seguro de que lo superarías. —Era un golpe tan bajo que Felix se quedó sin aliento. ¿Cómo se atrevían a utilizar esa excusa?—. He hecho todo lo posible —añadió Tony.

Era mentira. Los dos lo sabían. Lonnie Gordon, el presidente, jamás habría soñado con un golpe de mano semejante, y los demás miembros de la junta eran simples números. Hombres escogidos, escogidos por Tony. Y mujeres escogidas, había dos. Todos y cada uno de ellos recomendados por Tony.

—¿Mis facultades? —repitió Felix—. ¿Mis putas facultades?

¿Quién tenía más facultades que él?

—Bueno, tu contacto con la realidad —insistió Tony—. Creen que tienes problemas mentales. Les he dicho que es comprensible, dada tu... Pero no ha habido forma de convencerles. El manto de pieles de animales ha sido la gota que ha colmado el vaso. Han visto los bocetos. Dicen que los activistas por los derechos de los animales se nos echarían encima como un enjambre de abejas.

—¡Eso es ridículo! —gritó Felix—. No son animales de verdad. ¡Son juguetes infantiles!

—Debes darte cuenta —dijo Tony haciendo gala de una paciencia condescendiente— de que eso no tiene importancia. Parecen animales de verdad. Y el manto no es la única objeción. Han trazado la línea en lo de que Calibán sea parapléjico, les parece de muy mal gusto. La gente creería que te burlas de los discapacitados. Algunos abandonarían la sala. O los sacarían; tenemos muchos... Nuestro público no es de treintañeros.

—¡Por Dios! —exclamó Felix—. ¡Esto sí que es llevar la corrección política demasiado lejos! Está en el texto, ¡es un tullido! En nuestra época Calibán se ha

convertido en el favorito, a todo el mundo le gusta, yo solo...

—Lo entiendo —continuó Tony—, pero el caso es que tenemos que vender suficientes localidades para justificar las subvenciones. Últimamente las críticas han sido... tibias. Sobre todo la temporada pasada.

—¿Tibias? —se extrañó Felix—. ¡La última temporada las críticas fueron sensacionales!

—No te enseñé las malas —dijo Tony—. Hubo muchas. Las tengo aquí, en mi maletín, si quieres verlas.

—¿Por qué demonios lo hiciste? —exclamó Felix—. ¿Me las ocultaste? No soy un niño.

—Las malas críticas te vuelven irritable —respondió Tony—. Luego la tomas con el personal. Es malo para la moral.

—¡Yo nunca soy irritable! —chilló Felix. Tony no le hizo caso.

—Aquí tienes la carta de despido —dijo Tony, sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta—. La junta ha votado concederte una indemnización, con su agradecimiento por tus muchos años de servicio. He intentado que fuese más cuantiosa.

Su sonrisa era exasperante.

Felix cogió el sobre. Su primer impulso fue romperlo en pedazos, pero en cierto sentido estaba paralizado. Había tenido discusiones a lo largo de su carrera, pero nunca le habían despedido. ¡Expulsado! ¡Puesto en la calle! ¡Descartado! Se sentía entumecido.

—Pero mi *Tempestad* —preguntó—, ¿sigue adelante? —Estaba suplicando—. ¿Al menos? —Su mejor creación, su maravilloso tesoro, aplastado. Pisoteado por el suelo. Borrado.

—Me temo que no —respondió Tony—. Hemos... han pensado que sería mejor hacer borrón y cuenta nueva. Van a cancelar la producción. Encontrarás los efectos personales de tu despacho al lado de tu coche. A propósito, necesito que me des tu tarjeta de seguridad. Cuando quieras.

—Pienso llevar el caso al ministro de Cultura —dijo en voz baja Felix.

Sabía que la idea era imposible. Había ido al colegio con Sal O’Nally, habían sido rivales en la época. Habían tenido un encontronazo a propósito del robo de unos lápices del que Felix había salido victorioso y que era evidente que Sal no había olvidado. Había expresado su opinión en varias entrevistas de televisión dirigidas directamente a la entreprierna de Felix de que el Festival de Makeshiweg debería ofrecer más comedias de Noël Coward y Andrew Lloyd Webber y otros musicales. No es que Felix tuviese nada contra los musicales, había empezado su carrera teatral con una producción estudiantil de *Guys and Dolls*, pero una dieta solo de musicales...

Sonrisas y lágrimas, decía Sal. *Cats*. *Crazy for You*. Claqué. Cosas que pudiera entender la gente normal. Pero ¡si la gente normal podía entender la visión de Felix a

la perfección! ¿Qué dificultad tenía *Macbeth* con sierras mecánicas? Era directo y actual.

—De hecho, el ministro de Cultura está de acuerdo —replicó Tony—. Como es natural, informamos de nuestra decisión a Sal, quiero decir al ministro O’Nally, antes de la votación definitiva, para confirmar que íbamos por el buen camino. Lo siento, Felix —añadió sin sinceridad—. Sé que es un golpe para ti. Es muy difícil para todos nosotros.

—Supongo que ya habréis pensado en un sustituto —dijo Felix, forzando la voz hasta un nivel razonable.

Sal. Así que lo tuteaba. Conque esas teníamos. No perdería la frialdad. Salvaría los harapos de su dignidad.

—Lo cierto es que sí —apuntó Tony—. Sal... La junta me ha pedido que, en fin, que te sustituya yo. Por el momento, claro. Hasta que puedan encontrar un candidato del nivel adecuado.

Y una mierda por el momento, pensó Felix. Ahora lo veía claro. El secretismo, el sabotaje. Los subterfugios rastreros. La traición descomunal. Tony había sido el instigador. Había sido quien la había llevado a cabo desde el principio hasta el final. Había esperado para dar el golpe a que Felix fuese más vulnerable.

—¡Cabrón rastrero y retorcido! —gritó, y se quedó bastante a gusto. Aunque no mucho, teniéndolo todo en cuenta.

4

Manto

En ese momento irrumpieron en la sala dos hombres de seguridad. Debían de estar fuera esperando una señal, casi seguro los gritos de Felix. Ahora se hace cruces por haber sido tan previsible.

Tony lo habría ensayado con los tipos de seguridad: si algo sabía ser era eficiente. Se plantaron a ambos lados de Felix, uno negro, el otro moreno, con los musculosos brazos cruzados y el gesto impenetrable. Acababan de contratarlos; Felix no los conocía. Y lo que es más: ellos no conocían a Felix, por lo que no le debían ninguna lealtad. Otra jugada de Tony.

—Esto no es necesario —dijo Felix, pero en ese momento Tony ya no necesitaba responder.

Se encogió un poco de hombros, hizo un gesto con la cabeza, el encogimiento de hombros y el gesto del poderoso, y los dos hombres acompañaron a Felix al aparcamiento con educación, pero con firmeza, con una mano de hierro detrás de cada uno de sus codos.

Al lado del coche había una pila de cajas de cartón. Su coche rojo, un Mustang descapotable que había comprado de segunda mano en plena crisis de la mediana edad, cuando todavía se sentía en plena forma. Antes de Miranda y luego sin Miranda. Ya entonces estaba un poco oxidado, y luego se había oxidado aún más. Había pensado venderlo, comprarse otro coche, uno más discreto. Ya podía ir descartando ese plan: no había abierto el sobre con la indemnización, pero sabía que la cantidad sería mínima. No bastaría para hacer derroches, como coches seminuevos.

Estaba llovisnando. Los de seguridad ayudaron a Felix a subir las cajas de cartón al Mustang oxidado. No dijeron nada y Felix tampoco, porque ¿qué iba a decir?

Las cajas estaban empapadas. ¿Qué había dentro? Documentos, recuerdos, ¿quién sabe? En ese momento a Felix le importaba un bledo. Consideró hacer un gran gesto, como amontonarlo todo en el aparcamiento y pegarle fuego, pero ¿con qué? Necesitaría gasolina, o algún tipo de explosivo, y no tenía ni lo uno ni lo otro, y además, ¿por qué proporcionarle más munición a Tony? (Llamadas a los bomberos, la policía, Felix detenido y esposado, balbuciendo y chillando, luego acusado de incendio y de alteración del orden público. Un experto en psiquiatría contratado por Tony. Un diagnóstico. «¿Lo ven? —les diría Tony a los de la junta—. Paranoide. Psicótico. Gracias a Dios nos hemos librado de él a tiempo, antes de que acabara de desquiciarse en el teatro»).

Mientras metían la última caja mojada en el coche de Felix, una figura rolliza y

solitaria llegó arrastrando los pies por el aparcamiento. Era Lonnie Gordon, presidente de la junta del festival, con un paraguas sobre la cabeza escasamente poblada, una bolsa de plástico, una especie de bastón y un bulto que parecía un montón de mofetas con un gato blanco muerto encima.

Viejo traidor. Felix no se dignó mirarlo.

Arrastrando los pies, rodeando y pisando los charcos, el orondo Lonnie se acercó, jadeando como una morsa.

—No sabes cuánto lo siento, Felix —dijo cuando llegó a la parte de atrás del coche.

—Ya, claro —respondió Felix.

—No he sido yo —se excusó cariacontecido Lonnie—. Perdí la votación.

—Pamplinas —dijo Felix.

El bastón era su báculo con cabeza de zorro; el gato muerto, la falsa barba de Próspero; las mofetas, su manto mágico. Lo que habría sido su manto mágico. Estaba mojado y arrugado. Los numerosos ojos de plástico lo miraban entre las pieles, las numerosas colas estaban todas caídas. A la luz grisácea del día parecía ridícula. Pero en el escenario, terminada, cubierta de hojas pintadas con espray de color dorado y con las lentejuelas, habría sido espléndida.

—Lamento que pienses eso —respondió Lonnie—. Se me ha ocurrido que querrías quedarte con esto. —Le tendió el manto, la barba y el bastón a Felix, que siguió con las manos en los costados y lo miró con rabia.

Se produjo un momento incómodo. Lonnie estaba disgustado de verdad; era un viejo simplón y sentimental, lloraba al final de las tragedias.

—Por favor —insistió—. Como recuerdo. De todo tu trabajo.

Volvió a tenderle aquellos objetos. El guardia de seguridad negro los cogió y los apiló en una de las cajas.

—No hacía falta que te tomaras la molestia —dijo Felix.

—Y esto —añadió Lonnie, dándole la bolsa de plástico—. Es tu guión. El de *La tempestad*. Con tus notas. Me he tomado la libertad de hojearlo..., habría sido espléndida —prosiguió con voz temblorosa—. Tal vez te sea útil alguna vez.

—Has perdido el juicio —replicó Felix—. Tú y ese pozo negro de Tony habéis destrozado mi carrera, y lo sabes. Ya puestos, podríais haberme sacado y haberme pegado un tiro. —Era una exageración, pero también fue un alivio para Felix restregarle a otro por las narices su desgracia. Alguien de corazón blando y sin mucho empuje y a quien por tanto pudiera hacérselo, no como a Tony.

—¡Oh!, estoy seguro de que las cosas te irán bien —repuso Lonnie—. Al fin y al cabo tanta creatividad, ese talento... Tiene que haber muchos, en fin, otros sitios... Un nuevo comienzo...

—¿Otros sitios? —dijo Felix—. Tengo cincuenta años, por Dios. Se me ha pasado la fecha de caducidad para los nuevos comienzos, ¿no crees?

Lonnie tragó saliva.

—Entiendo que... En la próxima reunión de la junta votaremos una moción de agradecimiento, y alguien ha propuesto una estatua, ya sabes, un busto o tal vez una fuente, en tu nombre...

Creatividad. Talento. Las dos palabras más usadas del negocio, pensó con amargura Felix. Y las tres cosas más inútiles del mundo: la polla de un cura, las tetas de una monja y una sentida moción de agradecimiento.

—Meteos el busto por donde... —dijo. Pero se contuvo—. Gracias, Lonnie —se corrigió—. Sé que la intención es buena. —Le tendió la mano y Lonnie se la estrechó.

¿Fue eso que rodó por la mejilla demasiado colorada una lágrima de verdad? ¿Le tembló la barbilla? Lonnie debería tener cuidado ahora que Tony llevaba el timón, pensó Felix. Sobre todo si seguía haciendo gala de esa compunción sensiblera. Tony no tendría escrúpulos: aplastaría cualquier oposición, castigaría cualquier duda, se rodearía de matones, cortarían la madera muerta.

—Si alguna vez necesitas una recomendación —dijo Lonnie—. Me encantará... o... tengo entendido que hay..., tal vez cuando hayas descansado un poco... Has trabajado demasiado desde tu, tu triste y terrible... Lo siento mucho, ha sido demasiado, nadie debería...

Lonnie había asistido al funeral; a los dos, primero al de Nadia. Y había sentido mucho lo de Miranda. Había echado un ramito de rosas a la tumba minúscula, de forma un poco teatral, pensó entonces Felix, aunque había apreciado el gesto. Luego Lonnie se había venido abajo y había sollozado en un pañuelo más grande que un mantel.

Tony también asistió al funeral, rata rastrera, con una corbata oscura y cara de lástima, aunque entonces ya debía de estar planeando su golpe.

—Gracias —volvió a decir Felix interrumpiendo a Lonnie—. Me las arreglaré. Y gracias —les dijo a los dos tipos de seguridad—. Han sido ustedes de gran ayuda. Se lo agradezco.

—Conduzca con cuidado, señor Phillips —respondió uno de ellos.

—Sí —coincidió el otro—. Solo hacemos nuestro trabajo. —Era una especie de disculpa. Probablemente sabían lo que era que te despidiesen.

Luego Felix subió a su destartado vehículo y salió del aparcamiento rumbo al resto de su vida.

Misera cueva

El resto de su vida. Cuánto tiempo le había parecido eso una vez. Qué rápido ha pasado. Cómo lo ha desperdiciado. Y qué pronto terminará todo.

Al salir del aparcamiento, Felix no tuvo la sensación de estar conduciendo. Más bien le pareció que lo llevaban, como si lo impulsara un huracán. Tenía frío, aunque había dejado de lloviznar, brillaba el sol, y además había encendido la calefacción. ¿Sería la conmoción? No, no temblaba. Estaba tranquilo.

El teatro, con las banderas al viento, la fuente del delfín que echaba agua por la boca, el patio al aire libre, los alrededores florales y ajardinados y los alegres aficionados con sus helados, no tardaron en desaparecer. La calle principal de Makeshiweg, con sus restaurantes caros y sus bares adornados con bustos de poetas antiguos, cabezas de cerdo, reinas del Renacimiento, ranas, duendes y gallos, y las tiendas de prendas de lana celtas, tallas esquimales y porcelana inglesa, y las bonitas casas victorianas de ladrillos amarillos en los que de vez en cuando se veía el cartel de alguna pensión con desayuno fueron convirtiéndose en una serie de droguerías, zapaterías y talleres de manicura tailandeses. Luego, pasados unos semáforos más, quedaron también atrás las tiendas de venta al por mayor de alfombras, los bares de comida mexicana y las hamburgueserías del centro comercial de las afueras, y Felix quedó a la deriva.

¿Dónde estaba? No tenía ni idea. A su alrededor se extendían campos ondulantes, el verde tierno del trigo de primavera, el verde más oscuro de las plantaciones de soja. Islas de árboles extendían sus hojas brillantes o plumosas en torno a granjas de un siglo de antigüedad, con graneros grises de madera todavía en uso, y silos que puntuaban las líneas horizontales. La carretera ahora era de tierra y no estaba en buen estado.

Redujo la velocidad, miró a los lados. Buscaba una guarida, un escondrijo, un sitio donde no conociera a nadie y nadie lo conociera a él. Un refugio donde pudiera recuperarse, pues ahora empezaba a darse cuenta del daño que le habían hecho.

En uno o dos días, tres a lo sumo, Tony publicaría alguna mentira en los periódicos. Diría que Felix había dimitido como director artístico para embarcarse en otros proyectos, pero nadie creería esa versión. Si se quedaba en Makeshiweg, algún periodista malintencionado daría con él, para regodearse en la caída del poderoso. Le llamarían por teléfono, le acecharían escondidos, le arrinconarían en uno de los bares

de la ciudad, suponiendo que fuese lo bastante idiota para ir a uno. Conociendo su reputación de hombre irascible, le preguntarían si quería hacer algún comentario, con la esperanza de que se pusiera a dar gritos. Pero gritar sería una pérdida de tiempo, ¿de qué serviría?

El sol empezó a ponerse, la luz oblicua se volvió más amarilla. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Dondequiera que estuviese. Siguió conduciendo.

Alejada de la carretera, al final de un camino en desuso, había una extraña estructura. Era como si la hubiesen construido en una ladera baja, rodeada de tierra de modo que solo fuese visible la fachada. Tenía una ventana, y la puerta estaba abierta. Un tubo de chimenea metálico salía de la pared, hacía un codo hacia arriba y acababa en una tapa de hojalata. Había una cuerda de tender, con una sola pinza que sujetaba un jirón de trapo. Era el último sitio donde nadie esperaría que aterrizase Felix.

No había nada de malo en echar un vistazo. Así que Felix decidió echar un vistazo.

Aparcó el coche en el arcén, luego anduvo por el sendero, y las hierbas y la maleza le rozaron húmedas la pernera del pantalón. La puerta chirrió cuando la abrió un poco más, pero eso podía arreglarse con una gota de aceite en las bisagras. El techo era bajo, y las vigas eran postes telegráficos, antes enjalbegados y ahora cubiertos de telarañas. El interior olía no del todo mal a tierra y a leña, con un toque de ceniza de la estufa de hierro, con sus dos fogones y un pequeño horno, oxidado, pero aún intacto. Había dos habitaciones, la principal y otra que debía de haber sido el dormitorio. Tenía un tragaluz —el cristal parecía nuevo— y una puerta lateral cerrada con un pestillo. Felix corrió el pestillo y la abrió. Un sendero cubierto de hierba conducía a un retrete exterior. Por suerte no tendría que cavar una letrina: otros lo habían hecho por él.

No había muebles, aparte de un viejo y recio armario de madera en el dormitorio y una mesa de cocina de formica roja con volutas plateadas. Sin sillas. El suelo era de planchas de madera anchas; al menos no era de tierra. Hasta un lavabo había, con una bomba manual de agua. También vio una bombilla que, milagrosamente, se encendió. Alguien debía de haber vivido allí después de, digamos, 1830.

Apenas tenía lo más básico pero, si conseguía encontrar al propietario, llegar a un acuerdo y adecentarla un poco, le serviría.

Al elegir esa cabaña y las privaciones que supondría estaría mostrando su enfado, claro. Se estaría apretando el cilicio, haciendo de flagelante, de ermitaño. «Miradme sufrir». Comprendió que era un acto sin otro público que él mismo. Esa tristeza obstinada era infantil. No estaba comportándose como un adulto.

Pero, en realidad, ¿qué opciones tenía? Era demasiado famoso para poder encontrar otro trabajo; no del mismo nivel, no uno que quisiera. Y Sal O’Nally, con la mano en el cofre del tesoro de las subvenciones, bloquearía sutilmente cualquier

nombramiento de importancia: Tony no querría un rival, ni que Felix hiciera sombra al Festival de Makeshiweg desde un puesto de altura. Tony y Sal, colaborando, como sin duda habían hecho ya, se asegurarían de que no levantara cabeza. Así que ¿por qué darles la satisfacción de intentarlo?

Volvió a Makeshiweg por donde había llegado y aparcó enfrente del pequeño adosado de ladrillo que había subarrendado para la temporada. Desde aquel momento impensable..., desde que había dejado de tener una familia, había optado por no tener casa. Había alquilado la de otros. Todavía le quedaban algunos muebles: una cama, un escritorio, una lámpara, dos viejas sillas de madera que Nadia y él habían comprado en un mercadillo. Trastos personales. Restos de lo que una vez fue una vida plena.

Y la foto de su Miranda, claro. Siempre la guardaba cerca, donde pudiera mirarla cuando notaba que empezaba a deslizarse hacia la oscuridad. Había hecho la fotografía él mismo, cuando Miranda aún no había cumplido los tres años. La primera vez que la subió a un columpio. Tenía la cabeza hacia atrás, se reía de alegría, volaba por el aire, sus puños se aferraban a las cuerdas, la luz matutina le rodeaba el pelo con una aureola. El marco era de plata pintada, una ventana plateada. Al otro lado de esa ventana mágica aún seguía viva.

Y ahora tendría que seguir encerrada detrás del cristal, porque, con la destrucción de su *Tempestad*, la nueva Miranda —la Miranda que tenía intención de crear, o tal vez de revivir— estaba muerta en el agua.

Tony ni siquiera había tenido la decencia de dejar que viese al personal, a los técnicos y a los actores. De despedirse. De expresar su pesar porque su *Tempestad* no fuese a representarse. Lo habían echado como a un criminal. ¿Le temían Tony y sus esbirros? ¿Temían una rebelión general? ¿Un contragolpe? ¿De verdad pensaban que Felix tenía tanto poder?

Llamó a una empresa de mudanzas y preguntó cuándo podrían pasar. Era una emergencia, aclaró: necesitaba que empaquetaran y guardaran todo lo antes posible; estaba dispuesto a pagar un extra. Extendió un cheque a nombre del dueño de la casa por el alquiler del trimestre. Fue al banco, depositó la mierda de indemnización de Tony, informó al director de que iba a cambiar de dirección y de que se lo notificaría por carta.

Por suerte tenía algunos ahorros. De momento podría ser invisible para el mundo.

El paso siguiente fue localizar al dueño de la cabaña de la colina. Volvió a la carretera de tierra y probó suerte en la granja más cercana. Una mujer abrió la puerta; era de

mediana edad, aspecto normal y altura normal, con pelo normal recogido en una coleta. Llevaba vaqueros y una sudadera; detrás de ella, en el suelo de linóleo, había un juguete de plástico. A Felix se le encogió el corazón.

La mujer se cruzó de brazos y se plantó bloqueándole el paso.

—Ya he visto antes su coche —dijo—. Delante de la cabaña.

—Sí —respondió Felix con lo que consideraba sus modales más encantadores—. Quisiera saber... ¿Tiene idea de quién es el dueño?

—¿Por qué? —replicó la mujer—. No es nuestra. No pagaremos ningún impuesto. Esa ruina no vale nada. La dejaron los pioneros o quien fuese, antes de tener dinero. Ya le he dicho a Bert que deberíamos haberla quemado hace años.

¡Ah!, pensó Felix. Podría hacer un trato.

—He estado enfermo —le dijo, lo cual no era del todo mentira—. Necesito descansar en el campo. Creo que el aire de aquí me sentaría bien.

—Aire —respondió la mujer con un bufido—. Aquí hay aire de sobra, si es lo que quiere. La última vez que pregunté era gratis. Sírvese usted mismo.

—Quisiera vivir en la cabaña —continuó Felix con una sonrisa inofensiva. Quería dar la impresión de que estaba un poco ido, pero no demasiado. Un pirado, pero no un loco—. Les pagaría un alquiler, claro. En metálico —añadió.

Eso lo cambió todo, la mujer invitó a pasar a Felix y a sentarse a la mesa de la cocina, y hablaron de negocios. Necesitaba el dinero, no se lo ocultó. Bert —el marido— no ganaba suficiente con el cultivo de la alfalfa y conducía camiones de propano para llegar a fin de mes; además, quitaba la nieve de los caminos en invierno. Pasaba mucho tiempo fuera y dejaba que ella se encargara de todo. Otro bufido, un gesto con la cabeza: «de todo» incluía a los pirados como Felix.

Le contó que la cabaña había estado habitada de vez en cuando, los últimos que habían vivido en ella habían sido «dos *hippies*, él era pintor y ella como se llamen las que viven con los pintores»; de eso hacía un año. Antes, había vivido un tío suyo, y antes una tía de Bert que no estaba muy bien de la cabeza y a la que tuvieron que ingresar en un manicomio. Antes no lo sabía, porque ella aún no vivía allí. Había quien decía que la casita estaba encantada, pero Felix no debía hacer caso de ese rumor, dijo en tono despectivo, porque era gente ignorante y no era cierto. (Era evidente que pensaba que lo estaba).

Acordaron que Felix utilizaría la cabaña y haría las mejoras que quisiera. Bert le despejaría el camino en invierno para que no tuviese que andar por la nieve. Maude —la mujer— cobraría el dinero en un sobre a primeros de mes y, si alguien preguntaba, lo negaría: Felix era su tío y vivía gratis en la cabaña. Bert y ella le proporcionarían leña para la estufa: su hijo adolescente podía llevársela con el tractor. Ya la había incluido en el precio. Si Felix quería, también podía lavarle la ropa, cobrándoselo aparte.

Felix le dio las gracias y respondió que ya verían. Por su parte, estipuló que ella no le hablase a nadie de él. Le dijo que quería pasar inadvertido. Tenía sus motivos,

pero no eran criminales.

La mujer lo miró de soslayo; no se creyó lo de que no fuesen criminales, pero tampoco le importó.

—Puede confiar en mí —dijo.

Extrañamente, Felix la creyó.

Se dieron la mano en la puerta. Su apretón era tan fuerte como el de un hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. Quiero decir, ¿qué digo si llega el caso?

Felix dudó. Tuvo «No es asunto suyo» en la punta de la lengua.

—Señor Duke —respondió.

6

Abismo del tiempo

Felix no tardó en descubrir que era fácil desaparecer, y que el mundo sobrellevaba sin dificultad su desaparición. El hueco que dejó su repentina ausencia en el tejido del Festival de Makeshiweg no tardó en llenarse, ocupado, claro, por Tony. El espectáculo continuó, como hacen siempre los espectáculos.

¿Dónde se había metido Felix? Era un misterio, aunque un misterio que nadie parecía muy interesado en resolver. Se imaginaba los cotilleos. ¿Habría sufrido un colapso nervioso? ¿Habría saltado desde un puente? En vista de la intensidad de su dolor —tan trágico— cuando murió su hija pequeña y de la forma en que se había obsesionado con esa *Tempestad* suya tan absolutamente descabellada, daba que pensar. Aunque no demasiado, porque por cada uno que se paraba a pensarlo surgían otras preocupaciones más apremiantes en el espacio vacío dejado por la marcha de Felix, y los ecos de los cotilleos debieron de apagarse enseguida. Había carreras que promocionar, papeles que memorizar y habilidades que perfeccionar.

«Brindo por el viejo loco», los imaginaba diciendo en el Toad and Whistle o en el King's Head o en el Imp and Pig-Nut, o dondequiera que los actores y los factótums del festival tuviesen la costumbre de empinar el codo en su tiempo libre. «Por el Maestro. Por Felix Phillips, allí donde esté».

Felix trasladó su cuenta del banco a una sucursal en Wilmot, a dos pueblos de allí, donde también alquiló un apartado de correos. Después de todo, seguía con vida; tendría, por ejemplo, que pagar los impuestos. De lo contrario darían enseguida con su rastro. Era el mínimo precio que había que pagar a cambio del privilegio de hollar la corteza terrestre y seguir respirando, comiendo y cagando, pensó con amargura.

Abrió una segunda cuenta bancaria a nombre de F. Duke, asegurando que era su seudónimo. Era escritor, explicó en el banco. Le gustaba tener un *alter ego*, uno sin su triste historia. Felix Phillips estaba acabado, pero F. Duke todavía podía tener una oportunidad, aunque aún no supiera en qué.

Para lo de los impuestos conservó su propio nombre. Era más sencillo. Pero para Maude y Bert fue «el señor Duke», igual que para su ceñuda hija pequeña Crystal, que era evidente que estaba convencida de que Felix era un devorador de niños, y para Walter, su hosco hijo adolescente, que, los primeros años —antes de trasladarse al oeste para trabajar en Alberta—, llevó cada otoño varios cargamentos de leña a la modesta cabaña de Felix.

Por un tiempo, Felix intentó entretenerse imaginando a Maude como la arpía de ojos azules, Sícórax la bruja, y a Walter como Calibán el friegaplatos y acarreador de leña semihumano de su propia *Tempestad* personal —la *Tempestad* de la imaginación—, pero no duró mucho tiempo. Ninguno acababa de encajar: Bert el marido no era el demonio, y la pequeña Crystal, una niña bajita y mofletuda, era inimaginable como Miranda, que parecía más bien una sílfide.

Y tampoco había hueco para Ariel en ese hogar, aunque Felix pagó a Bert —que era bastante manitas con las herramientas— para que añadiera un cable eléctrico extra desde su granja, además del que ya había y que probablemente fuese ilegal. Así podría conectar un radiador pequeño los días fríos y también una nevera de bar y dos fogones, aunque no podría encender todo al mismo tiempo sin producir un apagón. También compró un hervidor de agua eléctrico. Maude calculaba cuánta electricidad gastaba y se la cobraba. Si la familia de Maude era algo en *La tempestad*, serían espíritus menores: una fuente de poder, aunque no demasiado, se dijo medio en broma.

Aparte del sobre con dinero que Felix ponía en el calloso puño de Maude el primer día de cada mes, apenas tenía contacto con sus caseros, si es que podían llamarse así. La familia de Maude se dedicaba a sus asuntos, y Felix a los suyos.

Pero ¿qué asuntos eran esos?

Intentó evitar las noticias del teatro, no leer acerca del teatro y no pensar en el teatro. Era demasiado doloroso. Sin embargo, rara vez tenía éxito. Acababa comprando los periódicos locales e incluso los de las ciudades cercanas, leía las reseñas y luego las rompía para encender el fuego.

En esa primera etapa pensativa y atormentada se dedicó a mejorar su rústica vivienda. La actividad era terapéutica. Ordenó el interior, barrió las telarañas, sacó sus escasas pertenencias de las cajas y las llevó dentro. Con un poco de aceite, unos ajustes y una goma nueva la bomba de mano funcionó. El retrete de fuera no tenía ningún secreto: era funcional y de momento no olía mal. Compró un paquete de una sustancia granulosa marrón que se anunciaba como lo mejor para retretes exteriores y echaba un poco de vez en cuando. Añadió una alfombra al suelo del dormitorio. Añadió una mesita de noche. La foto de Miranda quedó muy bien encima, riéndose alegre.

A pesar de sus conmovedores intentos de conseguir cierta domesticidad, le costaba conciliar el sueño y se despertaba a menudo.

Compró unas cuantas herramientas en la ferretería de Wilmot: un martillo y una guadaña. Segó las malas hierbas de delante de la cabaña; limpió la ventana y, de manera más precaria, el tragaluz. Pensó en plantar un huerto y en cultivar tomates y alguna verdura. Pero no: eso sería ir demasiado lejos. Aun así, se mantuvo ocupado.

Se volcó en esos asuntos suyos.

No era suficiente.

Fue a la biblioteca y sacó unos libros. Sin duda podría aprovechar la ocasión para leer todos los clásicos que no había leído de joven. *Los hermanos Karamázov*, *Ana Karénina*, *Crimen y castigo*... Pero fue incapaz: había demasiada vida real, demasiada tragedia en ellos. En vez de eso optó por los cuentos infantiles en los que todo salía bien al final. *Ana de las tejas verdes*, *Peter Pan*. Cuentos de hadas: *Blancanieves*, *La bella durmiente*. Niñas dejadas por muertas en ataúdes de cristal o en camas con dosel y que luego volvían milagrosamente a la vida gracias al amor: eso era lo que quería. Un cambio del destino.

—Debe de tener usted nietos —le dijo la amable bibliotecaria—. ¿Les lee usted?

Felix asintió con la cabeza y sonrió. Era inútil contarle la verdad.

Pero incluso ese recurso se agotó muy pronto. Empezó a pasar más tiempo de la cuenta sentado a la sombra en una tumbona de rayas que había encontrado en un mercadillo y mirando al vacío. Si pasaba el tiempo suficiente empezaba a ver cosas que, hablando con propiedad, no estaban allí, pero eso no le asustó. Formas en las nubes, rostros en las hojas. Hicieron que no se sintiera tan solo.

Empezó a afectarle el silencio. No exactamente el silencio. El canto de los pájaros, el chirrido de los grillos, el viento en los árboles. Las moscas que zumbaban de forma tan contrapuntística en el retrete. Melodioso. Relajante. A veces, para escapar de esa constante semimúsica subía a su coche cada vez más destartado e iba hasta Wilmot y compraba algo en la ferretería, solo para oír una voz humana normal. Al cabo de unos años llegó a acumular muchos pegamentos instantáneos y a tener una pequeña pila de tornillos sueltos, ganchos y alcayatas. ¿Había empezado a desvariar? ¿Lo consideraban un excéntrico inofensivo? ¿Cotilleaban sobre él? ¿Se habría fijado alguien en él? ¿Acaso le importaba?

Y, en caso contrario, ¿qué le importaba? ¿Qué quería, igual que una vez había querido, con tanta pasión: ser un agitador y un promotor del mundo del teatro? ¿Cuál era ahora su propósito? ¿Qué tenía para vivir? Su ocupación había desaparecido, y el amor de su vida. Sus dos amores. Corría el peligro de estancarse. De perder toda su energía. De sucumbir a la inercia. Al menos, no acabó frecuentando los bares y las licorerías.

Podía convertirse en uno de esos hombres sin objetivos que han pasado ya la mediana edad, que han esquivado las trampas del romanticismo y la ambición, y que vagan de aquí para allá por la tierra. Podría viajar; más o menos podía permitírselo. Pero esos viajes no serían numerosos, ni interesantes, porque ¿adónde quería ir? Podría liarse con alguna mujer solitaria y tener un amorío que los hiciese desdichados a ambos. Formar una nueva familia estaba descartado: nadie podría sustituir a la que había perdido, la que se había desvanecido. Podría apuntarse a un club de *bridge*, de fotografía, de pintura. Pero odiaba el *bridge*, ya no quería hacer fotografías y no podía pintar para salvar su vida.

Pero ¿quería salvar su vida? Y, en caso contrario, ¿qué?

Podría ahorcarse. Podría volarse la cabeza. Podría ahogarse en el lago Hurón, que no estaba tan lejos.

Especulaciones ociosas. No lo pensaba en serio.

¿Por tanto?

Necesitaba un objetivo, un propósito. Pensó mucho en eso mientras estaba sentado en la tumbona. Por fin concluyó que aún le quedaban dos cosas, dos proyectos que podían complacerle. Al cabo de un tiempo empezó a ver con más claridad cuáles eran.

En primer lugar, necesitaba recuperar su *Tempestad*. Tenía que representarla como fuese, en alguna parte. Sus motivos iban más allá del teatro; no tenían nada que ver con su reputación, con su carrera, no era eso. Sencillamente, tenía que liberar a su Miranda de su ataúd de cristal; debía darle una vida. Pero ¿cómo?, ¿dónde encontraría los actores? Los actores no crecen en los árboles, y eso que alrededor de su cabaña había muchos.

En segundo lugar, quería venganza. La deseaba. Fantaseaba con ella. Tony y Sal debían sufrir. Su penosa situación era, al menos en gran parte, culpa de ellos. Lo habían tratado de la peor manera posible. Pero ¿qué forma podía adoptar su venganza?

Eran las dos cosas que deseaba. Cada día las ansiaba más. Pero no sabía cómo conseguirlas.

Absorto en las ciencias ocultas

Su *Tempestad*, *faute de mieux*, tendría que esperar: no disponía de los medios necesarios. Así que primero se centraría en la venganza.

¿Cómo llevarla a cabo? ¿Engatusando a Tony para que bajara a un húmedo sótano con la promesa de un barril de amontillado y emparedándolo después? Tony no era un sibarita. No le interesaban la comida ni la bebida *gourmet* en sí mismas, sino solo como indicadores de estatus. Y no sería tan estúpido de bajar a un lugar oscuro con Felix sin ir acompañado de un par de guardias armados, pues debía de ser más que consciente del justificado resentimiento de Felix.

¿Seduciendo Felix a la mujer de Tony o, mejor aún, insinuando que la había seducido algún joven machote? La mujer de Tony era un florero de alabastro congelado; lo más probable era que fuese un robot y que no se la pudiera seducir. E, incluso suponiendo que pudiera romperse su cinturón invisible de castidad, ¿por qué ser tan injusto con el inocente y joven machote, quienquiera que fuese? ¿Por qué atraer sobre él la ira de Tony, que ahora disponía de peligrosas armas capaces de acabar con la carrera de cualquiera? Los jóvenes machotes vivían solo media vida y había que dejarlos que disfrutasen de su esplendor mientras podían en las piscinas y las sábanas aromáticas de las matronas de mediana edad. Antes de que empezara la decadencia, antes de que se marchitasen y perdieran facultades.

¿Colándose en la casa, la oficina o el restaurante favorito de Tony y envenenando su comida con un agente tóxico que le causara una enfermedad incurable o le infligiese una muerte lenta y dolorosa? Luego Felix podría disfrazarse de médico y presentarse en la habitación del hospital a regodearse. Había leído una novela policíaca en la que la víctima moría envenenada con bulbos de narciso. Recordaba que se los habían servido en una sopa de cebolla.

No, no. Puras fantasías. Esas venganzas eran demasiado melodramáticas, y en cualquier caso escapaban a sus posibilidades. Tendría que ser más sutil.

Conoce a tu enemigo, aconsejaban las mejores autoridades en la materia. Empezó a seguir los movimientos de Tony: adónde iba, qué hacía, sus declaraciones, sus apariciones en televisión. Su lista de logros, a Tony le gustaba acumular logros, y se aseguraba de que se los reconociesen.

Al principio este acecho indirecto fue fácil: lo único que necesitó fue comprar los periódicos de *Makehiweg* —que en esa época eran dos— y buscar las noticias del teatro y las notas de sociedad. Tony estaba muy solicitado en las *soirées* que daban los patrocinadores y le gustaba dar entrevistas. A Felix le rechinaron los dientes

cuando le concedieron el Premio Anual al Mejor Empresario Artístico, y luego con el Premio de Divulgación Académica, que le otorgaron por el programa del festival que llevaba en autobús a los niños de los alrededores y les hacía aguantar sentados, riendo y susurrando, toda la función de *Hamlet* mientras los cadáveres se apilaban en el escenario. Ese programa había sido idea de Felix. De hecho, casi todas las cosas por las que le estaban dando premios a Tony habían surgido del cerebro de Felix.

El Año Quinto del exilio de Felix llegó otro premio: la Orden de Ontario. «Repipi —gruñó para sus adentros Felix—. Otra gilipollez que ponerte en la solapa. ¡Impostor!».

El Año Sexto, Tony cambió de rumbo. Dimitió de la dirección del festival y se presentó a las elecciones por la ciudad de Makeshiweg, donde era una cara conocida en la vida pública, ganó un escaño en la legislatura provincial y se convirtió en excelentísimo. El ministro de Cultura seguía siendo Sal O’Nally, así que ahora estaban los dos en el mismo nido, sin duda dedicados a forrarlo con gran diligencia. ¡Qué acogedor para ambos!

No pasaría mucho tiempo antes de que Tony se colara en el gobierno, pensó Felix. Ya se hablaba de su carrera emergente. En las fotografías tenía un aire ministerial.

Luego la tecnología añadió un nuevo telescopio al escaso arsenal de espionaje de Felix: Google, el duende fisgón. Felix había tenido ordenador, pero era propiedad del festival y se lo habían incautado cuando lo destituyeron. Por un tiempo merodeó por el cibercafé de Wilmot y siguió las actividades de Tony como mejor pudo. Su cuenta profesional de correo electrónico la cerró en cuanto dejó el festival —qué castigo habría sido recibir todos esos hipócritas mensajes de conmiseración—, pero ahora abrió dos nuevas cuentas, una para él y otra para el señor Duke, que había adquirido un par de tarjetas de crédito. Pensó en conseguirle un carnet de conducir, pero eso habría sido ir demasiado lejos.

Tenía la sensación de estar volviéndose excesivamente visible en el café de Wilmot —podrían sospechar que estaba viendo porno—, así que compró un ordenador personal barato de segunda mano. Hizo que tendieran una línea desde la casa de Maude y se conectó por teléfono. Pero poco después instalaron cable en el camino de atrás y cambió a una conexión de ethernet y un router, lo que mejoró la velocidad y la privacidad de su acceso a internet.

Era increíble lo mucho que se podía averiguar de una persona en la red. Ahí estaba Felix, solo en su rincón olvidado leyendo las alertas de Google, y ahí estaban Tony y Sal yendo y viniendo por el mundo, sin sospechar que alguien los seguía, los vigilaba, los esperaba y los acechaba por internet.

¿A qué esperaba Felix? No lo sabía con seguridad. ¿Una oportunidad, un golpe de suerte? ¿Un camino hacia un momento de confrontación? Un momento en el que el

equilibrio de poder estuviese de su parte. Era imposible, pero su rabia contenida lo sustentaba. Eso, y su sed de justicia.

Comprendió que lo de espiar así era un poco desquiciado, aunque no mucho. Sin embargo, había ido abriendo otro espacio en su vida que sí rozaba la pura demencia.

Todo empezó cuando le dio por contar el tiempo por la edad que tendría Miranda si siguiera viva. Ahora tendría cinco años, luego seis, se le estarían cayendo los dientes de leche, estaría aprendiendo a escribir. Cosas así. Al principio solo fue una ensoñación melancólica.

Pero de esa ensoñación melancólica a casi creer que seguía allí con él, aunque de forma invisible, había un trecho muy corto. Llámese una vanidad, un capricho, un papel teatral, no lo creía, pero se sumergía en esa no realidad, como si fuese real. Volvió a su costumbre de sacar prestados libros infantiles de la biblioteca de Wilmot, solo que ahora los leía en voz alta por las noches. En parte le gustaba —su voz era tan buena como siempre, así se mantenía en forma—, pero en parte estaba dejándose llevar por una ilusión. ¿Había una niña pequeña escuchándole? No, en realidad. No obstante, era tranquilizador pensar que la había.

Cuando Miranda tuvo cinco, seis, siete años, la ayudó con los deberes; como es natural, la educó en casa. Se sentaban a la mesa de formica, él en una de sus viejas sillas de madera y ella en la otra. «¿Seis por nueve?», le preguntaba. ¡Qué lista era! Casi nunca se equivocaba.

Empezaron a comer juntos, lo cual estuvo muy bien, porque de lo contrario alguna vez se habría olvidado. Ella le regañaba con cariño cuando no comía lo suficiente. Acábate lo del plato, le decía. Su comida favorita eran los macarrones con queso.

Cuando cumplió los ocho años, le enseñó a jugar al ajedrez. Aprendía deprisa, y pronto le ganó dos de cada tres veces. Con qué seriedad contemplaba el tablero mientras se mordisqueaba el extremo de la larga trenza que había aprendido a hacerse ella misma. Qué contenta se ponía, aunque lo disimulara, siempre que ganaba, y eso que él fingía disgustarse. Ella se reía, porque sabía que lo hacía en broma. Si de verdad hubiese estado disgustado, habría sido toda compasión. Era una niña muy empática. Él nunca intentó mostrarle su rabia, la rabia que acumulaba contra Tony, contra Sal, eso la habría confundido. Cuando seguía sus andanzas por internet, murmurando para sus adentros, ella siempre estaba en otra habitación.

De día pasaba mucho tiempo fuera, jugando en el prado que había al lado de la cabaña o en el bosquecillo de detrás. Felix veía una nube de mariposas alzar el vuelo en el prado y sabía que debía de haber sido ella. Cuando los cuervos o los arrendajos organizaban estrépito en el bosque, deducía que Miranda había pasado por allí. Las ardillas parloteaban con ella, los gallos lira se alejaban cloqueando al verla llegar. En el crepúsculo, las luciérnagas marcaban su camino, y los búhos la saludaban con sus

gritos apagados.

Los inviernos, si la nieve se amontonaba en el camino y el viento aullaba, se escabullía fuera sin pensarlo. No se abrigaba tanto como debía, a pesar de que él la regañaba para que se pusiera las manoplas, pero no tenía mayores consecuencias: ni gripe, ni resfriados. De hecho, nunca enfermaba, a diferencia de él. Si se ponía malo, ella pululaba preocupada de puntillas a su alrededor; en cambio, él nunca tuvo que preocuparse por ella, porque ¿qué podía pasarle? Nada podía hacerle daño.

Nunca le preguntó cómo habían acabado viviendo en esa cabaña, lejos de todo el mundo. Él no se lo contó. Habría sido un golpe para ella, saber que no existía. O no de la manera habitual.

Un día la oyó cantar, fuera, al pie de su ventana. No fue una ensoñación como las que había tenido hasta entonces. Ni una de sus caprichosas pero desesperanzadas invenciones. Oyó una voz de verdad. No fue ningún consuelo. De hecho, le asustó.

«Esto ha ido demasiado lejos —se dijo muy serio—. Ya basta, Felix. Domínate. Sal de tu cueva. Necesitas una conexión con el mundo real».

Trae a la cuadrilla

Así, en el Año Noveno de su exilio —cuando Miranda cumplió los doce— el señor Duke aceptó un empleo. No era un trabajo de mucho estatus, pero era lo que le convenía a Felix; quería mantener un perfil bajo. Volver al mundo, relacionarse otra vez con la gente le haría poner los pies en el suelo. Ahora veía que había estado a punto de volverse loco. Demasiado tiempo solo con el dolor royéndole las entrañas, demasiado tiempo repasando agravios. Tuvo la sensación de estar despertando de un sueño largo y melancólico.

Encontró el empleo en uno de los periódicos locales digitales. Un profesor del programa de bachillerato Alfabetización mediante la Literatura, del cercano Instituto Correccional del condado de Fletcher, había contraído una súbita enfermedad, que luego resultó ser fatal. El puesto debía cubrirse a la mayor brevedad. Sería un trabajo temporal. Hacía falta experiencia, aunque —o eso pensó Felix— no mucha. Los interesados...

Felix estaba interesado. Utilizó la cuenta de correo del señor Duke para enviar una nota expresando su disponibilidad. Luego improvisó un currículum fraudulento y falsificó viejas cartas de recomendación de varias escuelas desconocidas de Saskatchewan, firmadas por directores que probablemente habrían muerto o se habrían mudado a Florida. Estaba seguro al noventa por ciento de que no las comprobarían, después de todo solo sería un sustituto. En su carta de presentación dijo que llevaba varios años jubilado, pero sentía la necesidad de devolver a la comunidad lo mucho que la vida le había aportado a él.

Casi de inmediato lo convocaron a una entrevista por correo electrónico, por lo que supuso que no tenían más aspirantes. Tanto mejor: probablemente estarían desesperados y conseguiría el empleo sin dificultad. Para entonces ya lo quería de verdad, se había convencido a sí mismo. Tal vez tuviese algún potencial.

Se adecentó —en los últimos tiempos, se había descuidado mucho— y se compró una camisa nueva de color verde oscuro y aspecto plebeyo en el Mark's Work Warehouse de Wilmot. Incluso se recortó la barba. Se la había dejado crecer esos años; ahora estaba gris, casi blanca y tenía largas cejas blancas a juego. Esperó tener aspecto de sabio.

La entrevista no se celebró en el propio Correccional Fletcher, sino en un McDonald's que había cerca. La mujer que lo entrevistó tendría unos cuarenta y tantos y se esforzaba por aparentar menos: las mechas rosas en el pelo entre rubio y gris, los pendientes brillantes, las uñas bien cuidadas y pintadas a la moda. Se

llamaba Estelle, dijo. Su nombre fue una señal positiva, quería que se llevaran bien. Ella no trabajaba en Fletcher, le aclaró: era profesora en la Universidad de Guelph y supervisaba a distancia el curso de Fletcher. También era miembro de varios comités de asesoría gubernamental. El Ministerio de Justicia.

—Mi abuelo era senador —dijo—. Eso me ha dado ciertos contactos. Podría decirse que conozco los entresijos, y tengo que confesarle que el programa de Alfabetización mediante la Literatura ha sido más o menos... como un hijo. ¡He peleado mucho por él!

Felix observó que era admirable. Estelle respondió que todos habían hecho cuanto podían.

El profesor que había muerto era muy buena persona, añadió; lo echarían mucho de menos, había sido tan repentino. Un golpe. Había intentado en Fletcher, había conseguido..., en fin, había hecho lo que había podido, dadas las circunstancias..., tampoco se podía esperar demasiado.

Felix asintió con la cabeza dijo «ajá» en los momentos adecuados, intentó parecer comprensivo y la miró a los ojos. A cambio, las sonrisas de Estelle se multiplicaron. Todo iba a pedir de boca.

Terminados los preliminares, Estelle empezó la entrevista propiamente dicha. Tomó aliento.

—Me parece reconocerle, señor Duke —dijo—. A pesar de la barba, que he de decir que le da un aire muy distinguido. Es usted Felix Phillips, ¿no? ¿El famoso director? Asisto al festival desde niña, nos llevaba mi abuelo; ¡tengo una colección completa de los programas!

Se acabaron los *alter egos*.

—Sí —dijo Felix—, pero me he presentado como señor Duke al empleo. He pensado que sería menos intimidante.

—Entiendo. —Una sonrisa, más precavida. Un director de teatro de cierta edad, desarmado, ¿intimidante? ¿A los endurecidos presos de Fletcher? ¿En serio?

—Si quienes tienen que contratarme supiesen quién soy, dirían que estoy demasiado cualificado, que soy demasiado profesional para el puesto. —Una sonrisa más franca: a Estelle esto le parecía más convincente—. Podría ser nuestro secreto —añadió Felix, bajando la voz e inclinándose sobre la mesa—. Podría ser usted mi confidente.

—¡Oh, qué divertido! —Le gustaba la idea—. ¡Una confidente! ¡Como en una obra de la Restauración! *La heredera burguesa*, o...

—De Aphra Behn —dijo Felix—. Solo que en esa los confidentes son ladrones. —Estaba impresionado, era una obra desconocida, que nadie había interpretado jamás.

—A lo mejor es que siempre he querido ser una ladrona —repuso ella riéndose—. Pero, en serio, ¡es un honor! Debo de haber visto casi todas sus obras, en Makeshiweg, cuando estaba usted allí. ¡Me encantó su *Lear*! Era tan... tan...

—Visceral —dijo Felix, citando una de las críticas más entusiásticas.

—Sí —coincidió Estelle—. Visceral. —Hizo una pausa—. Pero este trabajo... Quiero decir que por supuesto está usted demasiado cualificado. Comprenda que no es a tiempo completo..., tres meses al año. No esperará un sueldo acorde con...

—No, no —respondió Felix—. La paga normal. Llevo un tiempo jubilado, por fuerza tengo que haberme oxidado.

—¿Jubilado? ¡Oh, es demasiado joven para jubilarse! —dijo mecánicamente a modo de cumplido—. Sería un desperdicio.

—Es muy amable —respondió Felix.

Se hizo un silencio.

—Entiende usted que es una cárcel —dijo por fin—. Estará usted enseñando a, en fin, criminales convictos. El objetivo del curso es mejorar su nivel de alfabetización para que puedan encontrar un sitio en la comunidad cuando vuelvan a integrarse en ella. ¿No sería como desperdiciar su talento con ellos?

—Será un reto —replicó Felix—. Siempre me han gustado los retos.

—Seamos francos —dijo Estelle—. Algunos de esos hombres tienen muy poco aguante. Estallan. No querría que...

Estaba claro que se estaba imaginando a Felix tendido en el suelo con una navaja improvisada asomando del cuello y en mitad de un charco de sangre.

—Querida señora —repuso Felix, recurriendo a uno de sus acentos aristocráticos —, en los primeros días del teatro a los actores se les consideraba casi criminales. He conocido a muchos actores y eso es lo que hacen, ¡estallar! Rabia escénica. Hay formas de manejarlo. Y le garantizo que estudiando conmigo aprenderán a dominarse.

Estelle seguía dudando, pero dijo:

—Bueno, si se anima usted a intentarlo...

—Necesito hacer las cosas a mi manera —le advirtió Felix, poniendo su suerte a prueba—. Quiero margen de maniobra. —Estaban a principios de semestre y el profesor muerto apenas había empezado, así que Felix dispondría de espacio para crear—. ¿Qué acostumbran leer en este curso?

—Bueno, hemos usado bastante *El guardián entre el centeno* —respondió Estelle—. Y también les gustan algunos relatos de Stephen King. Y *El curioso incidente del perro a medianoche*. Muchos se sienten identificados y es fácil de leer. Son frases cortas.

—Entiendo —dijo Felix. El guardián entre el puto centeno, pensó. Bazofia para adolescentes de escuela secundaria. Aquello era una cárcel de seguridad media-alta; eran adultos, habían tenido una vida que los había colocado mucho más allá de esos parámetros—. Yo seguiré un rumbo distinto.

—Dudo de si preguntarle qué rumbo será ese —dijo Estelle, ladeando un poco la cabeza. Ahora que había aceptado contratarle, estaba lo bastante relajada para coquetear. Cuidado con tus pantalones, se dijo Felix. No lleva anillo de boda, así que

eres una presa fácil. No empieces nada que no puedas terminar.

—Shakespeare —respondió Felix—. Ese es el rumbo.

—¿Shakespeare? —Estelle, que había estado inclinada hacia delante, se recostó en el asiento. ¿Se lo estaba pensando mejor?—. Pero eso es demasiado..., hay muchas palabras... Se desanimarán; tal vez debería escoger usted cosas que estuviesen más al nivel de... Para serle franca, algunos apenas saben leer.

—¿Cree que los actores de Shakespeare leían mucho? —dijo Felix—. Eran peones, como... —Atrapó un ejemplar al vuelo, tal vez uno no muy bueno— ¡como albañiles! No se leían la obra entera; solo memorizaban sus versos y las entradas. Y también improvisaban mucho. El texto no era una vaca sagrada.

—Bueno, sí, lo sé, pero... —dijo Estelle—. Pero Shakespeare es un clásico tan importante...

Lo que quería decir es que era demasiado bueno para ellos.

—¡Él no quería ser un clásico! —dijo Felix, imprimiéndole un matiz de indignación a su voz—. Para él los clásicos eran, en fin, Virgilio y Heródoto y... Él no era más que un actor y director que intentaba seguir a flote. ¡Que tengamos a Shakespeare es pura cuestión de suerte! ¡Ni siquiera se publicó nada suyo hasta después de muerto! Sus viejos amigos reconstruyeron las obras a partir de fragmentos, ¡una panda de actores achacosos intentando recordar lo que habían dicho, después de que muriese!

Cuando dudes, se dijo, sigue hablando. Era un viejo truco para cuando te quedabas en blanco en el escenario; di algo, cualquier cosa que suene bien, hasta que el apuntador tenga tiempo de darte el verso bueno.

Estelle parecía confundida.

—Bueno, sí, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Creo en lo que se puede palpar —afirmó Felix con la mayor seguridad posible.

—¿Palpar? —preguntó Estelle, que ahora se había asustado de verdad—. Tiene que respetar su espacio personal, no puede...

—Actuaremos —dijo Felix—. Es lo que quiero decir. Representaremos las obras. Es la única forma de meterse de verdad en el papel. ¡Oh, no se preocupe! Cumpliré con los criterios oficiales, cualesquiera que sean. Harán deberes, escribirán redacciones y demás. Les pondré nota. Supongo que eso es lo que piden.

Estelle sonrió.

—Es usted muy idealista —comentó—. ¿Redacciones? En realidad no sé...

—En prosa —insistió Felix—. Sobre la obra que estemos haciendo.

—¿De verdad? —preguntó Estelle—. ¿Cree que lo conseguirá?

—Deme tres semanas —dijo Felix—. Si para entonces no ha funcionado, haré *El guardián entre el centeno*. Prometido.

—Muy bien, de acuerdo —se rindió Estelle—. Buena suerte.

Las primeras semanas fueron difíciles, concedido. Felix y Shakespeare tuvieron que abrirse camino cuesta arriba por un terreno bastante espinoso, y Felix descubrió que estaba menos preparado para las condiciones de la cárcel de lo que había pensado. Tuvo que hacer valer su autoridad, marcar los límites. En una ocasión amenazó con marcharse. Algunos lo habían dejado, pero los que se quedaron se lo tomaron en serio, y al final la clase de Shakespeare del Correccional Fletcher fue un éxito. A su modesta manera, era avanzada; incluso se podía decir —y Felix se lo dijo a sus alumnos, tras explicarles con cuidado lo que significaba la palabra— que era vanguardista. Era guay. Después de la primera temporada los presos hicieron cola para entrar. Sorprendentemente, sus notas de lectura y escritura subieron un quince por ciento de media. ¿Cómo conseguía el enigmático señor Duke estos resultados? Había quien movía sorprendido la cabeza, otros sospecharon un fraude. Pero no, las pruebas objetivas lo corroboraron. El efecto era real.

Estelle se llevó la mayor parte del mérito en el mundo donde los ministerios aprobaban presupuestos y los académicos se reunían, celebraban congresos y proponían teorías, pero Felix no se lo reprochó. Estaba demasiado ocupado. Había vuelto al teatro, aunque de un modo nuevo, un modo que jamás habría imaginado en su vida anterior. Si alguien le hubiese dicho que acabaría interpretando a Shakespeare en chirona con una panda de delincuentes habría respondido que estaba alucinando.

Llevaba ya tres años dedicado a eso. Había escogido las obras con cuidado. Empezó con *Julio César*, siguió con *Ricardo III* y luego con *Macbeth*. Luchas de poder, traiciones, crímenes: asuntos que los alumnos entendieron enseguida, porque a su manera eran unos expertos.

Todos tenían su propia opinión sobre cómo los personajes habrían podido gestionar mejor sus problemas. Qué estupidez dejar que Marco Antonio hablara en el funeral de César, le dieron una oportunidad y luego ¡ya ves! Ricardo fue demasiado lejos, no debería haber asesinado a todo el mundo, de ese modo nadie le ayudó cuando llegó el momento de la batalla. Si quieres ser el jefe, necesitas aliados; ¡no hace falta ser ningún genio para saberlo! En cuanto a Macbeth, no debería haberse fiado de esas brujas, porque acabó creyéndose invencible y eso es una pifia. La regla número uno es conocer tus puntos débiles, porque si algo puede ir mal, irá mal. Todos lo sabemos, ¿no? Asentimiento general.

Sabiamente, Felix asignó esas opiniones como temas de redacción.

Evitó las comedias románticas: eran demasiado frívolas para esa pandilla y no era buena idea meterse en cuestiones de sexo, que podían acabar saliéndose de madre. *Hamlet* y *Lear* también estaban descartadas, pero por otra razón: eran demasiado deprimentes. Ya había suficientes intentos de suicidio en Fletcher, y algunos habían

tenido éxito. Las tres obras que había representado hasta entonces eran aceptables, porque todas acababan con un montón de muertes, todas ofrecían un nuevo comienzo representado por quienquiera que hubiese vencido. Los malos actos, o incluso los estúpidos, se castigaban y la virtud se recompensaba, más o menos. Con Shakespeare siempre era más o menos, como se esforzaba en explicar.

Su método de enseñanza fue el mismo en todas las obras. Primero los presos leían el texto, un texto abreviado por él. También les daba un resumen de la trama, unas notas y un glosario para las palabras arcaicas. Casi todos los que se veían incapaces de seguir lo dejaban ahí.

Luego, una vez tenía su clase, les daba las claves principales: ¿de qué trataba la obra? Al menos había siempre tres claves, a veces más, porque, como les decía, Shakespeare era muy tramposo. Tenía muchas capas. Le gustaba ocultar las cosas detrás de las cortinas hasta que, *voilà!*, te sorprendía.

El paso siguiente era importante para su método: limitaba las palabrotas permitidas en la clase. Los alumnos podían escoger una lista de palabrotas, pero solo de la propia obra. Eso les gustaba, y además garantizaba que leerían el texto con mucha atención. Luego establecía una competición: perdías puntos si utilizabas mal las palabrotas. Solo podías decir: «¡Vuélvate el diablo negro, tú, cara de natas!» si la obra era *Macbeth*. Los que se equivocaban perdían puntos. Al final había una valiosa recompensa en forma de cigarrillos, que Felix conseguía pasar de tapadillo. Eso era muy popular.

El siguiente paso en el currículum era un estudio en profundidad de los personajes principales, a los que analizaban en clase uno por uno. ¿Qué les impulsaba? ¿Qué querían? ¿Por qué hacían lo que hacían? Se producían acaloradas discusiones, se proponían versiones alternativas. ¿Era Macbeth un psicópata o qué? ¿Estuvo *lady Macbeth* siempre chiflada, o la culpa la hizo enloquecer? ¿Era Ricardo III un asesino frío por naturaleza, o era el producto de su depravada familia y de su época en la que si no matabas te mataban?

«Muy interesante», decía Felix. «Buena idea». Con Shakespeare, añadía, nunca hay una sola respuesta.

Luego escogía a los actores de la obra y asignaba un equipo de apoyo a cada personaje principal: apuntadores, suplentes, diseñadores de vestuario. Los equipos podían reescribir el papel del personaje con sus propias palabras para hacerlo más contemporáneo, pero sin cambiar el argumento. Esa era la norma.

Su última tarea, la que completaban después de representar la obra, era la creación de una vida futura para su personaje, si es que seguía vivo. De lo contrario, una redacción sobre cómo veían los demás personajes al muerto una vez enterrado y terminada la obra.

Después de retocar el texto, ensayaban, preparaban la banda sonora y daban los últimos detalles al vestuario y la utilería, que Felix buscaba fuera y llevaba a Fletcher. Había límites, por supuesto: nada afilado, nada explosivo, nada que pudiera fumarse

o inyectarse. Las pistolas de juguete no estaban permitidas; ni tampoco, descubrió, la sangre de pega: podía confundirse con sangre real, razonaban las instancias oficiales y servir de incitación a la violencia.

A continuación representaban la obra, escena por escena. No podían interpretarla en directo delante del público: la administración se resistía a juntar a toda la población de la cárcel en un único sitio por miedo a los motines, y además no tenían un auditorio lo bastante grande. Así que grababan cada escena en vídeo y luego las editaban digitalmente, lo que permitía a Félix comprobar las «destrezas adquiridas» en los muchos casos en que hacía falta comprobarlo. Además, grabarlas en vídeo significaba que ningún actor se avergonzaba si se hacía un lío con el texto: siempre podían repetir las.

Cuando el vídeo estaba terminado, con música y efectos especiales, se proyectaba a todo el mundo en Fletcher a través de los televisores de circuito cerrado de las celdas. Felix —sentado en el despacho del director durante la proyección, en compañía del propio director y de varios peces gordos— se alegraba con los vítores, los aplausos y los comentarios que oía llegar desde las celdas por los micrófonos de vigilancia. A los reclusos les encantaban las escenas de peleas. ¿Cómo no? A todo el mundo le gustaban: por eso las incluyó Shakespeare.

Las interpretaciones tal vez fuesen un poco toscas, pero eran sinceras. Ojalá hubiese podido sacar la mitad de emoción en sus tiempos a los profesionales. Las candilejas brillaban un instante y en un rincón oscuro, pero brillaban.

Al acabar la proyección los actores celebraban una fiesta, como en el teatro de verdad —Felix insistió en eso—, con patatas fritas y cerveza de jengibre; Felix repartía cigarrillos y los presos se estrechaban la mano y se golpeaban los puños, y podían volver a ver el final del vídeo cuando salían los créditos. Todos los de la clase —incluso los actores de reparto y los suplentes— veían su nombre en ellos. Y, sin que nadie les dijera nada, hacían lo mismo que los actores de verdad: se aumentaban el ego unos a otros. «¡Eh, Bruto..., has estado brutal!». «¡Chico! ¡Has estado genial, Ritchie!». «¡Échanos un ojo de tritón!». Muecas divertidas, gestos de agradecimiento, sonrisas tímidas.

A Felix le parecía extrañamente conmovedor ver aquellas caras contemplar sus rostros mientras fingían ser otros. Por una vez en su vida, se gustaban.

El curso duraba de enero a marzo, y en esos meses Felix funcionaba a todo gas. Pero en verano y en otoño, cuando regresaba a su cabaña, volvía a sumirse en el desánimo. Qué bajo había caído después de una carrera tan estelar como la suya: representando a Shakespeare en chirona con un hatajo de ladrones, traficantes, timadores, asesinos, estafadores y chorizos. ¿Así acabarían sus días, apagándose en un páramo?

«Felix, Felix —se decía—. ¿A quién quieres engañar?». «Esto es un medio para conseguir un fin —respondía—. Tienes una meta que lograr. Y al menos es teatro». «¿Qué meta?», preguntaba.

Sin duda había una. Una caja sin abrir, oculta en algún lugar debajo de una roca, marcada con la uve de venganza. No veía con claridad adónde se dirigía, pero tenía que confiar en que iba a alguna parte.

9

Ojos de perla

Lunes, 7 de enero de 2013

Es el Año Cuarto de los Actores del Correccional Fletcher. Hoy es el primer día de clase. Como siempre los primeros días, Felix está un poco nervioso. Hasta ahora le ha ido bien con el programa, pero siempre podría ocurrir un accidente, un desliz, una rebelión. Algo imprevisto. «El perro de Roque. Tres tristes tigres. Sin sensiblería —le dice a su reflejo—. Prepárate».

Después de cepillarse y ponerse los dientes, Felix se peina; por suerte, sigue teniendo una cabellera abundante. Luego se arranca unos pelillos rebeldes de la barba. Lleva doce años dejándosela y ahora tiene la forma adecuada: poblada, pero no enmarañada; elocuente, pero no en punta. En punta sería diabólica. Él quiere que sea magisterial.

Se pone la ropa de trabajo: unos vaqueros, las botas de pasear, la camisa verde oscuro de Mark's Work Wearhouse, una chaqueta de *tweed* gastada. Sin corbata. Tiene que parecer la versión de sí mismo con que están familiarizados en Fletcher: el profesor jubilado, genial pero autoritario y pirado del teatro, un poco excéntrico e ingenuo pero buen tipo que está donando generosamente su tiempo porque cree en la posibilidad de mejorar.

Bueno, no exactamente donándolo: le pagan. Pero una miseria, así que no lo hace solo por el dinero. Sus alumnos sospechan que tiene motivos ocultos, pues ellos mismos tienen muchos. Les desagrada la codicia ajena. En cuanto a ellos, solo quieren lo que se les debe. Lo justo es justo, y así se ahorra uno muchos problemas, como Felix sabe ya.

Intenta no entrar en sus rencillas particulares. No traigáis esa mierda a clase, les dice. Me da igual quién os roba los cigarrillos. Soy el tipo del teatro. Cuando entráis aquí, os despojáis de vuestro ser cotidiano. Hacéis borrón y cuenta nueva. Luego os dibujáis una cara nueva. Si no eres nadie no puedes ser alguien a no ser que seas otro, les dice citando a Marilyn Monroe, de quien han oído hablar. Y aquí todos empezamos no siendo nadie. Sí, yo también.

Así se callan: no quieren que los echen de la clase. En un mundo que no les ofrece mucho donde elegir, están en la clase de Shakespeare porque lo han elegido. Es un privilegio, como les recuerdan tal vez demasiado a menudo. Fuera hay gente que mataría por lo que les está dando Felix. Felix no lo dice, pero está implícito en

todo lo que sí dice.

—No lo hago por dinero —dice Felix en voz alta. Se vuelve: Miranda está sentada a la mesa, un poco pensativa porque ahora que está a punto de empezar el trimestre no lo verá mucho—. Nunca lo he hecho —añade.

Miranda asiente con la cabeza, porque sabe que es cierto: la gente noble no hace las cosas por dinero, lo tiene y ya está, y eso es lo que les permite ser nobles. No tienen que pensar demasiado en él: hacen cosas buenas igual que los árboles dan hojas. Y Felix, para Miranda, es noble. A él le ayuda saberlo.

Miranda tiene ahora quince años, es una chica encantadora. Está muy crecida y ya no es el querubín del columpio que sigue encerrado en el marco de plata al lado de su cama. Esta versión quinceañera es más esbelta y más dulce, aunque está un poco pálida. Tendría que salir más, correr por los campos y los bosques, como hacía antes. Dar un poco de color a sus mejillas. Claro que están en invierno, hay nieve, pero eso nunca le importó: correteaba sobre la nieve que había arrastrado el viento ligera como un pájaro.

A Miranda no le gusta que pase tanto tiempo fuera los meses que imparte el curso. Además, se preocupa: no quiere que se canse. Cuando vuelve después de un largo día comparten una taza de té y juegan al ajedrez, después comen macarrones con queso y tal vez una ensalada. Miranda se preocupa más que antes por la salud, le insiste para que coma verdura, le hace comer kale. Cuando él era niño, nadie sabía qué era el kale.

Si hubiese vivido estaría en esa extraña época adolescente: haría comentarios despreciativos, pondría los ojos en blanco, se teñiría el pelo, se tatuaría los brazos. Perdería el tiempo en los bares, o algo peor. Lo ha oído contar.

Pero nada de eso ha ocurrido. Sigue siendo sencilla, sigue siendo inocente. Para él es un consuelo enorme.

Sin embargo, en los últimos tiempos está muy pensativa. ¿Se habrá enamorado? ¡Él espera que no! Además, ¿de quién iba a enamorarse? Ese patán de Walter se ha ido, y no hay nadie en los alrededores.

—Sé buena hasta que vuelva —le dice él. Ella esboza una sonrisa desfallecida: ¿cómo no va a ser buena?—. Puedes bordar algo. —Ella frunce el ceño: la está estereotipando—. Lo siento —dice su padre—. De acuerdo. Pues matemáticas de alto nivel.

En cualquier caso, ella se ríe.

No se irá lejos de la casa, lo sabe. No puede ir muy lejos. Algo se lo impide.

Ahora tendrá que enfrentarse a la nieve de fuera, internarse en el frío, pasar la prueba diaria: ¿arrancará el coche? En invierno, lo aparca al principio del camino. Ya no tiene el Mustang, ese coche se oxidó hace años. Ahora tiene un Peugeot azul de

segunda mano que compró a través de Craigslist cuando el señor Duke empezó a cobrar sus cheques de Fletcher. Incluso cuando quitan la nieve el camino puede ser traicionero, y en primavera está siempre embarrado, así que solo lo usa en las estaciones secas, que son el verano y el otoño. Si el quitanieves ha ido por la otra carretera, tendrá que abrirse paso entre las roderas de hielo y la nieve sucia y helada que cae de los bajos de los coches. Han asfaltado el camino desde que se mudó a la cabaña, así que ahora es más bien una carretera. El camión del propano lo usa, por ejemplo. Y la furgoneta de FedEx. Y el autobús escolar.

El autobús escolar, lleno de niños pequeños riéndose. Cada vez que pasa, aparta la vista. Si hubiese llegado a esa edad, Miranda habría ido en un autobús escolar.

Felix descuelga del gancho de detrás de la puerta su abrigo con las manoplas y el gorro dentro de las mangas. Necesita una bufanda y tiene una de cuadros escoceses. La ha dejado en algún sitio, pero ¿dónde? En el viejo armario del dormitorio, le recuerda con dulzura Miranda. Qué raro, no suele dejarla allí.

Abre la puerta. Ahí está su antiguo báculo de mago, el bastón con la cabeza de zorro. Su manto mágico cuelga también allí, relegado al fondo del armario. El manto de su derrota, la cáscara muerta de su ser ahogado.

No, muerta no: cambiada. En la oscuridad, en la penumbra, se ha ido transformando y ha cobrado vida poco a poco. Se para a considerarlo. Ahí están las pieles de los animales de peluche, un poco polvorientos ya, rayadas y bermejas, pardas y negras, azules y rosas y verdes. Raras y espesas. Los muchos ojos de perla brillan en la oscuridad sumergida.

No ha vuelto a ponerse su manto desde aquel momento de traición y ruptura, hace doce años. Pero tampoco se ha deshecho de él. Lo ha dejado esperando.

No se lo pondrá todavía; no es el momento indicado. Aunque está casi seguro de que pronto lo será.

II

Un gran reino

10

Estrella propicia

Lunes, 7 de enero de 2013

Felix usa la pala para sacar el coche de la pila de nieve que ha amontonado el quitanieves en lo alto del camino. Sigue así y te herniarás, se dice. Ya no tienes veinticinco años. Ni siquiera tienes cuarenta y cinco. Tal vez deberías dejar de jugar a ermitaños, subarrendar un sórdido apartamento y pasearte por el pueblo con un perro atado con una cadena como otros viejos rancios de tu edad.

Después de unos momentos desquiciantes en los que el coche no arranca —tendría que comprar un calefactor—, Felix se encamina hacia el Correccional Fletcher. Elfos y duendes, allá voy, anuncia en voz baja en el interior del vehículo. ¡Tanto si estáis listos como si no!

Y él lo está.

Hace un mes, a mediados de diciembre, Felix recibió un correo electrónico de Estelle. Tenía muy buenas noticias para él, dijo; quería dárselas en persona. ¿Qué le parecía quedar a comer, o tal vez incluso a cenar?

Felix optó por la comida. En los últimos tres años, se ha limitado a ir a comer con Estelle. Teme que la cena pueda prolongarse, que haya bebidas alcohólicas, y que luego se vuelva intensa, tanto por parte de Estelle como por la suya. Sí, es viudo, pero eso no significa que esté disponible. No es que ella no sea atractiva —de hecho tiene sus puntos estelares—, pero Felix tiene una niña que depende de él, y lo primero es lo primero. Aunque, como es lógico, no puede hablarle de Miranda a Estelle. No quiere que crea que está alucinando.

Nunca van al McDonald's que hay cerca del correccional, muchos de los que trabajan en Fletcher van a comer allí, las paredes oyen y ella no querría que la gente empezara a cotillear. En vez de eso fueron a un sitio más caro en Wilmot, a propuesta de Estelle. Se llama Zenith. Tienen productos de estación. Ese día faltaba poco para Navidad, así que había un grupo de elfos en la ventana, ocupados con la producción y decoración de juguetes y pintando flores de hielo en los cristales de las ventanas. Por suerte, tienen licencia para vender bebidas alcohólicas.

—¡Bueno! —dijo Estelle, sentándose enfrente de él en un reservado del rincón—. ¡Desde luego ha causado usted revuelo! —Llevaba un collar reluciente que Felix no

le había visto nunca: diamantes de imitación, si no se equivocaba.

—Lo intento —respondió Felix con el toque justo de autocrítica—. Aunque no es solo cosa mía. Como sabe, los chicos se han volcado.

—No sé cómo pude dudar de usted —insistió Estelle—. ¡Ha hecho usted maravillas con ellos!

—No es para tanto —dijo Felix mirando su taza de café—. Aunque hemos hecho progresos, eso sí. Ha sido una gran ayuda contar con su apoyo —añadió, juicioso—. No podría haberlo hecho sin usted.

Estelle se ruborizó al oír el cumplido. Tendría que ir con cuidado, no quería darle esperanzas; podría ser perjudicial para ambos.

—Pues bien, ¡el revuelo ha dado su fruto! Hace dos semanas estuve en Ottawa en uno de esos comités de los que formo parte, hablé con algunas personas y no creerá lo que le he conseguido —dijo un poco sin aliento—. ¡Creo que le gustará!

Le había hecho unos cuantos favores en esos años, moviéndose en la sombra con discreción. Gracias a su influencia había podido pagar el apoyo técnico que necesitaba, y todo lo necesario para hacer los trajes y la utilería. Estelle se las había arreglado para liberar un poco de dinero extra del presupuesto; además había suavizado su relación con el director de la cárcel y eso había hecho que las cuestiones de seguridad fuesen más fáciles. Era evidente que quería complacerle. Y él le había demostrado su agradecimiento; aunque tiene la esperanza de que no demasiado.

—¿Qué? —dijo Félix, rascándose la barba y poniendo las cejas en funcionamiento—. ¿Qué inteligente jugada ha hecho?

¿Qué inteligente y pícara jugada ha hecho?, implicaba su tono.

—Va a recibir usted... —Hizo una pausa y bajó la voz hasta casi reducirla a un susurro—. ¡Va a recibir la visita de un ministro! Mejor aún: ¡de dos ministros! Eso no pasa casi nunca, ¡dos a la vez! ¡Puede que tres!

—¿De verdad? —respondió él—. ¿Y qué ministros serán?

—Uno el de Justicia —dijo—. Es su jurisdicción y le he insistido al viceministro en los avances que ha hecho usted con los..., ¡con sus alumnos! ¡Podría ser un modelo para un enfoque totalmente distinto en los servicios correccionales!

—¡Fantástico! —exclamó Felix—. ¡Bien hecho! ¡El ministro de Justicia! Debe de ser Sal O’Nally...

Cuando el partido de Sal perdió las elecciones provinciales, él se la jugó y se pasó a la política federal. Con su experiencia y sus contactos, y, había que decirlo, con su habilidad para recaudar fondos, pronto volvió a estar en el gobierno, solo que esta vez a un nivel más alto. Ahora tenía un minirreino.

—Exacto —dijo Estelle—. Estuvo un tiempo en Cultura, luego pasó a Asuntos Exteriores y ahora está en Justicia; les gusta trasladarlos de un sitio a otro. Se ha dedicado a hacer declaraciones a propósito de que hay que «ser implacables con el crimen», pero el hecho de que vaya a venir a ver de primera mano su... su..., lo que ha estado haciendo demuestra que es más abierto de miras de lo que la gente cree.

—En ese caso espero que disfrute de nuestra humilde propuesta dramática —respondió Felix—. ¿Y quién es el segundo ministro?

Como si no lo supiera: había visto que Tony había seguido el ejemplo de Sal y se había pasado a la política federal, había más que ganar y los contactos sociales eran más prestigiosos.

—Es nuevo, acaban de nombrarlo —dijo Estelle—. ¡También tiene experiencia teatral! Seguro que le conoce. ¿No trabajó con usted hace años en el Festival de Makeshiweg?

Debía de haber husmeado en la entrada de Wikipedia sobre Anthony.

—¡Ah, ese Anthony Price! —exclamó Felix—. Sí, trabajó conmigo hace tiempo. Era muy eficaz. Mi mano derecha. —¿Cómo no notaba ella los latidos de su corazón y el ruido de la sangre en los oídos? No daba crédito a su suerte. ¡Sus enemigos, los dos! ¡Estarían allí, en Fletcher! El único sitio en el mundo donde, si lo planeaba bien, podría tener más poder que ellos—. Será como una reunión familiar —dijo.

—Sí, ¿verdad? —coincidió Estelle—. Para serle sincera, con los recortes ha habido quien ha cuestionado la conveniencia de seguir con su programa, y... Algunos de mis colegas, otros asesores..., en fin, no acaban de verle sentido, a pesar de los maravillosos... Creen que las cárceles deberían usarse solo para... Pero este es mi retoño, me he interesado de forma personal, como ya sabe. Así que insistí, y los ministros han aceptado echar al menos un vistazo; y, después de todo, ¡lo que ha hecho usted ha generado muchos zumbidos positivos!

—Zumbidos positivos —repitió Felix—. Cual abeja libo yo. Supongo que es mejor eso que pisar un nido de avispas. —Un pequeño chiste. Ahora que Estelle le había dado ocasión, pensaba plantar el pie en ese nido de avispas con toda la fuerza posible. ¡Entonces sabrían lo que eran zumbidos!

Estelle se rio, un poco boquiabierta.

—Ah, ¡sí! ¡Somos muy afortunados de que vengan a ver los sorprendentes...! ¡Les he dicho a los viceministros que es un ejemplo maravilloso de aprovechamiento interdisciplinar que demuestra el modo en que las artes pueden utilizarse como herramienta terapéutica y educativa de forma muy creativa e inesperada! Creo que los dos querrán al menos considerar la posibilidad de desarrollarla. Los dos ministros. Querrán una sesión de fotos —añadió—. Con todos los... Incluso los, quiero decir...

—Los actores —dijo Felix. Se negaba a llamarlos reclusos, se negaba a llamarlos presos, al menos mientras estuviesen en su grupo de teatro. Claro, pensó, una sesión de fotos, ese es siempre el primer objetivo de cualquier visita ministerial.

—Sí, claro. Con los actores. —Estelle sonrió—. Seguro que querrán.

—¿Y saben que el director soy yo? —preguntó. Esto era importante—. Quiero decir, yo. Mi verdadero nombre.

—Bueno, saben lo que dice la descripción del curso. Aquí es usted el señor Duke. Como le prometí, he guardado nuestro secretillo. —Parpadeó.

—Se lo agradezco —dijo Felix—. Sé que puedo confiar en usted. Es mejor

centrar la atención en los actores. ¿Cuándo vendrán los ministros? —preguntó.

—Cuando acabe el curso, el día que proyecte usted la obra a todo el mundo por las televisiones del circuito cerrado. El 13 de marzo de este año, ¿no? He pensado que lo mejor es que vean el resultado final. Conocerán a los... a los actores, será casi como una verdadera noche de estreno, con, ya sabe, dignatarios...

Dos manchas de rubor aparecieron en sus mejillas. Estaba emocionada con ese logro suyo. Estaba claro que quería que la alabaran, así que Felix la alabó.

—Es usted una estrella —dijo—. No sé cómo agradeceréelo.

Estelle sonrió.

—De nada —respondió ella—. Me alegra poder ayudar. Es tan interesante... Cualquiera cosa que pueda hacer... Ya sabe que estoy dispuesta a tocar todas las teclas que haga falta para que esto prosiga. —Se inclinó hacia él, estuvo a punto de tocarle la muñeca y se lo pensó mejor—. ¿Y qué obra ha elegido este año? —preguntó—. ¿No estaba pensando en un *Enrique V*? Con los arcos largos y... Esa maravillosa arenga justo antes de..., tan emocionante...

—Es cierto que lo había pensado —dijo Felix—, pero he cambiado de opinión. —De hecho, acababa de hacerlo. Lleva doce años planeando su venganza; se ha convertido en un trasfondo, una corriente constante como un dolor. Aunque ha estado siguiendo a Tony y a Sal en la red, siempre han estado lejos de su alcance. Pero ahora irían a su terreno, su esfera. ¿Cómo atraparlos, cómo encerrarlos, cómo hacerlos caer en una emboscada? De pronto la venganza está tan cerca que casi puede saborearla. Sabe como un filete poco hecho. ¡Ver sus caras! ¡Retorcer el alambre! Quiere verlos sufrir—. Haremos *La tempestad* —añadió.

—¡Ah! —respondió decepcionada Estelle. Él supo qué estaba pensando: demasiado gay—. ¡Se les han dado tan bien las obras de asunto bélico! ¿Cree que los... los actores se identificarán con...? Toda esa magia, espíritus y hadas y... ¡Su *Julio César* fue tan directo!

—Oh, claro que se identificarán —dijo Félix—. Trata sobre cárceles.

—Ah, ¿sí? Nunca lo había pensado..., tal vez tenga razón.

—Además —insistió Felix—, es un tema universal. —Estaba pensando en la venganza..., no podía ser más universal. Esperaba que no le preguntase por él; diría que la venganza era muy negativa. Un mal ejemplo. Especialmente malo, si se tenía en cuenta el público de presos.

Ella tenía otras preocupaciones.

—Pero ¿cree que nuestros dos ministros...? No querría causar más dudas sobre el... Tal vez si pudiera escoger usted algo menos...

Se retorció preocupada las manos.

—Ellos también se identificarán —dijo Felix—. Los ministros. Los dos. Se lo garantizo.

Hermanos menores

El mismo día

Felix sube por la pendiente en su jadeante Peugeot azul, por las curvas hacia las dos vallas de alambre de espino, una dentro de la otra. La nieve vuelve a caer, ahora con más fuerza. Por suerte lleva una pala en el coche y un saco de arena. Por la noche tal vez tenga que quitar la nieve a paladas para llegar a lo alto de su camino, igual que tuvo que quitarla para salir. Ataque cardíaco, ataque cardíaco: el día menos pensado se pasará con la pala, se desplomará y lo encontrarán congelado. Es un riesgo del aislamiento.

Detiene el coche en la primera puerta, espera a que se abra, pasa la segunda puerta, baja la ventanilla, enseña el pase.

—Adelante, señor Duke —dice el guardia. A esas alturas, ya conocen a Felix.

—Gracias, Herb —responde Felix.

Llega al gélido patio interior y aparca en la plaza que le han asignado. No tiene sentido cerrar el coche con llave, al menos aquí; es una zona donde no hay robos. Va por la acera donde ya se han acumulado cristales de nieve fundida, aprieta el botón del intercomunicador y anuncia su nombre.

Se oye un chasquido. La puerta se abre y se interna en el calor y en ese olor único. A pintura rancia, moho, comida ingerida con aburrimiento, el aroma del desánimo, los hombros caídos, la cabeza gacha y el cuerpo encogido. Un olor mísero. Pedos de cebolla. Pies fríos y desnudos, toallas mojadas, años sin madre. El olor de la pobreza pende sobre todos como un maleficio. Pero él sabe que por un breve momento puede deshacer el hechizo.

Felix pasa por la máquina del control de seguridad por la que tienen que pasar todos los que entran en el edificio para evitar el contrabando. Esa máquina puede detectar un clip, un imperdible o una cuchilla de afeitar, incluso si te la has tragado.

—¿Me vació los bolsillos? —pregunta a los guardias. Se llaman Dylan y Madison; llevan tanto tiempo como él en Fletcher. Uno es castaño, el otro rubio claro. Dylan es sij y lleva turbante. Su verdadero nombre es Dhian, pero, según le contó a Felix, se lo cambió para evitar líos.

—Puede pasar, señor Duke. —Los dos le sonrían, ¿qué podría querer pasar de contrabando Felix, un viejo actor como él?

Lo que debería preocuparos son las palabras, piensa al mirarlos. Eso es lo que de

verdad es peligroso. Las palabras no se ven en los escáneres.

—Gracias, Dylan. —Felix esboza una sonrisa triste, para subrayar que los tres saben que en su caso esta rutina es inútil. Un viejo chocho un poco mal de la cabeza. Aquí no hay nada que ver, amigos, sigan adelante.

—¿Cuál va a ser este año? —pregunta Madison—. ¿Qué obra?

Los guardias se han acostumbrado a ver los vídeos de la representación del Correccional Fletcher con los demás. Todos los años da una charla especial sobre la obra solo para ellos, para que no se sientan excluidos. La posibilidad de que los presos se diviertan más que los guardias es peligrosa. Puede crear resentimientos y eso podría causarle problemas a Felix. Podría haber sabotajes, podría extraviarse parte de la utilería. Estelle se lo advirtió, así que se ha dedicado a dar pomada para no herir sensibilidades.

—Ese *Macbeth* estuvo genial —dice Madison—. ¡Qué bien fingieron la pelea con espadas! —No hace falta decir que no habían podido usar espadas de verdad, pero el cartón es tan versátil...

—¡Sí! «Aquí está la cabeza maldita del usurpador», así se hace, Macduff —añade Dylan—. Ese cabrón se lo tenía bien merecido.

—¡Estuvo genial! —repite Madison—. Igual que lo de «Alguien malo viene por ahí», ¡eso también fue genial! —Cierra los puños como garras de bruja y suelta una risa chillona. A Felix todavía le sorprende el modo en que todo el mundo quiere involucrarse, una vez montada la obra.

—Ojo de tritón —dice Dylan también con voz afectada de bruja—. ¿Por qué no la de las flechas? Vi una película en televisión. Los perros de la guerra, recuerdo esa parte.

—Lo de las flechas estaría bien —admite Madison—. Y los perros.

—Sí —coincide Dylan—, pero no podrían ser flechas de verdad. Ni tampoco perros de verdad.

—Este año será un poco distinta —observa Felix—. Vamos a montar *La tempestad*.

—¿Qué es eso? —pregunta Madison—. No la conozco.

Todos los años dicen lo mismo para tomarle el pelo a Felix; nunca sabe si la conocen o no.

—Es la de las hadas —dice Dylan—. ¿No? Que revolotean por ahí y demás. —No parece muy contento.

—La confundes con el *Sueño* —responde Felix—. *El sueño de una noche de verano*. Esta no tiene hadas. Tiene duendes. Son malvados. —Hace una pausa—. Os gustará —les asegura.

—¿Hay alguna pelea? —pregunta Madison.

—En cierto modo —dice Felix—. Hay una tormenta. Y venganza. Seguro que hay una venganza.

—Estupendo —exclama Madison. Los dos se animan. La venganza es una

entidad conocida, han visto muchas. Patada en los riñones, cuchilla improvisada en el cuello, sangre en la ducha.

—Las que usted hace siempre son buenas. Confiamos en usted, señor Duke —dice Dylan. Insensatos, piensa Felix: nunca hay que fiarse de un actor profesional. Una vez terminados los cumplidos hay que seguir con las formalidades—. Aquí está su seguridad —añade Dylan.

Felix se engancha la alarma al cinturón; es como un busca. Se supone que si está en peligro debe apretar el botón para llamar a los guardias. Es obligatorio llevarlo, aunque a Felix le parece un poco insultante. Él está al mando, ¿no? Las palabras indicadas en el orden necesario, esa es su verdadera seguridad.

—Gracias —responde—. Allá voy. ¡Primer día! Siempre es difícil. ¡Deseadme mucha mierda!

—Mucha mierda, señor Duke.

Madison alza los pulgares.

Ha sido Felix quien les ha enseñado a decir «mucha mierda». Les ha contado que es una vieja superstición del teatro. Cuantas más viejas supersticiones del teatro comparta, mejor; así se amplía el círculo de los *illuminati*.

—Avísenos si pasa algo, señor Duke —dice Dylan—. Los muchachos le ayudarán.

Claro que va a pasar algo, piensa Felix, pero no lo que estás pensando.

—Gracias —responde—. Sé que puedo contar con vosotros.

Y se va por el pasillo.

Casi inaccesible

El mismo día

El pasillo no recuerda en nada al de una mazmorra; no hay cadenas, ni grilletes, ni manchas de sangre, aunque tiene entendido que algo de eso hay entre bastidores. Las paredes están pintadas de color verde suave, porque en teoría ese color calma las emociones, no como, por ejemplo, el rojo inflamado de pasión. Si no fuera por la ausencia de tabloneros de anuncios y carteles, podría ser el edificio de una universidad muy moderna. El suelo es gris, de ese material que intenta parecerse al granito sin conseguirlo. Está limpio, con un leve brillo. El aire del pasillo está inmóvil y huele a lejía.

Hay umbrales con las puertas cerradas. Las puertas son metálicas, pero están pintadas del mismo color verde que las paredes. Tienen cerrojos. No obstante, esta no es el ala de los dormitorios. Las celdas están en la parte norte, en el módulo de máxima seguridad; en él hay hombres a quien Felix no ve nunca y también en el módulo de seguridad media, que es de donde proceden sus actores.

En esta parte de Fletcher es donde se lleva a cabo la rehabilitación de los reclusos de seguridad media. Los cursos, la asistencia psicológica. Hay un par de psiquiatras. Hay un capellán o dos. Hay un abogado de derechos de los presos que hace sus entrevistas en alguna parte. Van y vienen.

Felix se aparta de estas personas: de los demás profesores, del abogado de derechos de los presos, de los psiquiatras y de los capellanes. No quiere oír sus teorías. Tampoco quiere dejarse influir por lo que opinan de él y de lo que está haciendo. Los ha visto alguna vez en los últimos tres años y no ha ido bien. Lo miran con recelo, chasquean la lengua como si moralizaran y eso le desagradaba.

¿Es una mala influencia? Deducen que sí. Tiene que recordarse a sí mismo, que todo lo que diga, o grite, en respuesta se apuntará en algún cuaderno y se utilizará contra él si alguna vez llaman a esos profesionales para, como ellos dicen, evaluar su eficacia terapéutica y/o pedagógica. Así que tiene la boca callada mientras lo bombardean con idioteces mojigatas.

¿De verdad es útil, señor Duke, exponer a estos hombres tan dañados —y permita que le digamos lo dañados que están, de un modo u otro, muchos de ellos en la infancia por el descuido y los abusos, algunos estarían mejor en una institución para enfermos mentales o en una clínica de desintoxicación de drogadictos, desde luego

mucho mejor que aprendiendo palabras de hace cuatrocientos años—, de verdad es útil exponer a estos hombres vulnerables a situaciones traumáticas que pueden desatar la ansiedad, el pánico y los recuerdos, o, peor aún, un comportamiento peligroso y agresivo? ¿Situaciones como asesinatos políticos, guerras civiles, brujería, cabezas cortadas y niños asfixiados por un tío malvado en una mazmorra? Todo eso se parece demasiado a la vida que han llevado. ¿De verdad está dispuesto, señor Duke, a correr ese riesgo y cargar con esas responsabilidades?

¡Es teatro!, se queja Felix para sus adentros. ¡El arte de las verdaderas ilusiones! ¡Pues claro que trata de situaciones traumáticas! ¡Conjura los demonios para poder exorcizarlos! ¿Es que no han leído a los griegos? ¿La palabra «catarsis» no les dice nada?

Señor Duke, señor Duke. Es usted demasiado abstracto. Estamos hablando de personas reales. No son cifras en su teoría estética del teatro, no son ratones de laboratorio, no son marionetas, tenga un poco de respeto.

Pues claro que tengo respeto, responde en silencio Felix. Respeto el talento; el talento que de otro modo estaría oculto, y que es capaz de convocar el ser y la luz a partir del caos y la oscuridad. Para ese talento tengo tiempo y espacio; le permito tener un sitio y un nombre por muy efímeros que puedan ser, pero todo el teatro es efímero. Es el único respeto que reconozco.

Bonitos sentimientos, se dice. Pero un tanto pretenciosos, señor Duke, ¿no le parece?

Se detiene ante una puerta cerrada que le bloquea el paso, espera hasta que se abre deslizándose y pasa al otro lado. Se cierra a su espalda. Hay otra puerta parecida al otro extremo de esa parte del edificio. Las dos puertas están siempre cerradas mientras duran sus clases. Así es más seguro, señor Duke.

No hay micrófonos que les conecten con seguridad, ni tampoco cámaras de vídeo. Ha insistido en eso; no hay que espiar a los actores mientras ensayan, les cohibiría demasiado. Con el busca que lleva en el cinturón debería ser suficiente, ha sido siempre su argumento, y hasta el momento está justificado. En tres años, nunca ha tenido motivos para usarlo.

Hay un baño, la primera puerta a la izquierda. Luego tres habitaciones más pequeñas que puede utilizar como área de ensayo, como vestuario o como camerino, según las necesidades. Y dos celdas de muestra, una réplica de una celda de los años cincuenta y otra de los noventa, que se utilizaron una vez en un curso de la Administración de Justicia impartido por la Universidad de Ontario Occidental pero que no han vuelto a ocuparse desde entonces. Cada una tiene cuatro literas, dos arriba y dos abajo, y una mirilla en la puerta.

Los Actores del Correccional Fletcher las utilizan de decorado en las grabaciones de vídeo. Han sido tiendas de campaña militares para Bruto, Ricardo y sus pesadillas.

Con la ayuda de unas mantas rojas y unos estandartes de papel han sido salas del trono. Han sido la cueva de las brujas escocesas, han sido el Senado romano, han sido una mazmorra en la Torre, donde se han escondido el Primer y Segundo Asesino, preparándose para ahogar a Clarence en alcohol. En ellas han muerto asesinados *lady Macduff* y sus hijos. Eso casi fue demasiado traumático; algunos actores revivieron sus infancias de pesadilla. Tipos violentos, amenazas, moretones, gritos, cuchillos.

Felix escudriña por las mirillas de las celdas al pasar. Dentro todo es sórdido, aunque esté ordenado, las camas hechas con mantas grises. ¿Quién podría sospechar la brujería, la ceremonia, las cuchilladas que ha habido en ellas? ¿Y lo que ocurrirá en ellas después?

Por último está el aula más grande, la que usa Felix para las partes más expositivas de su curso, antes de los ensayos. Tiene veinte pupitres, una pizarra blanca y, gracias a Estelle, un ordenador, sin conexión a la red exterior, así que nada de visitar sitios porno, es solo para el teatro. Y lo más importante de todo, la sala tiene una enorme pantalla plana. En esa pantalla es donde los actores pueden ver los resultados de sus esfuerzos.

Esta sala tiene dos puertas, una delante y otra detrás. No tiene ventanas. Huele un poco a sal y a pies sucios.

A esto se reduce, fantasea Felix. Mis dominios isleños. El lugar de mi exilio. Mi penitencia.

Mi teatro.

Felix arenga a los actores

El mismo día

Felix se planta al lado de la pizarra delante de su clase de este año. Aunque ha leído la lista de inscritos y les ha hecho llegar el material del curso —la obra y las notas—, nunca sabe de antemano quién aparecerá. Siempre hay quienes abandonan, y por tanto quienes les sustituyen a partir de la lista de espera. En su favor hay que decir que siempre hay lista de espera. También pueden producirse ausencias por otros motivos. Traslados a otras cárceles, libertad condicional anticipada, heridas que requieren pasar un tiempo en la enfermería.

Recorre la sala con la mirada. Rostros conocidos, veteranos de sus obras anteriores, le sonríen y esbozan medias sonrisas. Caras nuevas, inexpresivas o inquietas que no saben a qué atenerse. Niños extraviados, todos ellos, aunque no sean niños: su edad oscila entre los diecinueve y los cuarenta y cinco. Hay muchos tonos de piel, del blanco al negro, pasando por el amarillo el rojo y el cobrizo; etnias diversas. Los crímenes por los que los han condenado son variados. Lo único que tienen en común, aparte de su condición de presos, es su deseo de formar parte de la tropa de actores de Felix. Sus motivos, supone él, son distintos.

Ha leído sus fichas, conseguidas por Estelle mediante algún procedimiento misterioso, pero finge no haberlo hecho; así que sabe por qué están aquí. Unos son miembros de bandas que cumplen condena en lugar de un pez gordo, a otros los han condenado por tráfico de drogas semiaficionado. Robos, desde bancos y allanamientos hasta coches y supermercados. Hay un joven genio de la piratería informática, condenado por espiar a sueldo a diversas empresas. Hay un timador y un especialista en robo de identidades. Hay un médico fraudulento. Hay un contable de una empresa respetable que cumple condena por desfalco. Hay un abogado y estafador condenado por estafa con un esquema piramidal.

Algunos son actores curtidos que han participado en varios de sus montajes. Técnicamente, no deberían participar más de una vez en el curso, pero Felix ha soslayado esa restricción haciendo algún añadido a la oferta inicial con tutoriales y complementos bajados de la red. En «tecnología del teatro» aprenden iluminación, utilería, efectos especiales y decorados digitales. En «diseño teatral» aprenden vestuario, maquillaje, pelucas y máscaras. En «edición digital para el teatro» aprenden a vestir a la mona de seda. Y distribuye créditos académicos en

consecuencia. A los que mandan les gusta porque queda muy bien sobre el papel. El señor Duke es una ganga: cuatro cursos por el precio de uno.

De ese modo ha fomentado una serie de destrezas a las que puede recurrir cuando le hacen falta. Dispone de diseñadores de vestuario, editores de vídeo, técnicos de iluminación y efectos especiales y de auténticos artistas del disfraz. A veces se pregunta si las mañas que están aprendiendo podrían serles útiles, por ejemplo, para robar un banco o para un secuestro, pero descarta esas ideas impropias siempre que se le ocurren.

Recorre la sala con la mirada adjudicando ya los papeles. Ahí hay un Fernando, príncipe de Nápoles, perfecto, mirándolo con ojos redondos e ingenuos como si estuviese dispuesto a enamorarse: Niño Prodigio, el artista de las estafas. O mucho se equivoca o ahí tiene a su Ariel, un espíritu aéreo elemental, hábil y esbelto, destellando una fría inteligencia juvenil: Ocho Manos, el genio de la piratería informática. Un mofletudo Gonzalo, el consejero fiable y aburrido: Lápiz Chueco, el contable corrupto. Y Antonio, el hermano usurpador y traicionero del mago Próspero: Ojo de Serpiente, el de la estafa piramidal y los timos inmobiliarios, con el ojo izquierdo estrábico y la boca torcida que le dan un aire desdeñoso.

Un Trínculo idiota, el bufón, el payaso. Ningún Esteban, el dispensero borracho, claro. Varios Calibanes, ceñudos y musculosos: terrenales, violentos en potencia. Habrá donde elegir. Pero antes de decidirse tendrá que oírles decir unos versos.

Sonríe con confianza, la sonrisa de quien sabe lo que está haciendo. Luego empieza una versión del discurso con el que inicia cada nueva temporada.

—Buenos días —dice—. Bienvenidos a los Actores del Correccional Fletcher. Me da igual por qué estéis aquí o lo que digan que habéis hecho; para este curso el pasado es un prólogo, lo que quiere decir que empezamos a contar el tiempo y vuestros logros aquí y ahora.

»A partir de este momento, sois actores. Vais a actuar en una obra; todo el mundo tendrá un trabajo que hacer, como os dirán los veteranos. Los Actores del Correccional Fletcher solo interpretan obras de Shakespeare, porque es la mejor manera, y la más completa, de aprender teatro. Shakespeare tiene algo para todos, porque ese era su público: todo el mundo, desde los más bajos hasta los más altos y viceversa.

»Soy el señor Duke, el director. Eso significa que estoy a cargo de la producción en general y que mía es la última palabra.

»No obstante, somos un equipo. Cada cual tendrá un papel esencial que interpretar, y, si a alguien le cuesta, sus compañeros tendrán que ayudarle, porque nuestra obra será tan buena como el eslabón más débil: si uno de nosotros fracasa, fracasaremos todos juntos. Conque si alguno tiene dificultades al aprender el texto, los demás deberéis ayudarle. Tendréis que ayudaros unos a otros para memorizar el papel, para comprender lo que significan las palabras y para decirlas con fuerza. Esa es vuestra misión. Debemos alzarnos hasta lo más alto. Los Actores del Correccional

Fletcher tienen una reputación que defender, y lo que creemos juntos estará a la altura de esa reputación.

»Me habéis oído hablar de equipos, y quienes hayáis participado en alguna de mis obras sabréis lo que eso significa. Cada uno de los personajes principales tendrá un equipo para apoyarle, y todos los de ese equipo tendrán que aprenderse los parlamentos del personaje. Es necesario porque los actores principales han de tener suplentes en caso de enfermedad o de cualquier otra..., en caso de emergencias imprevistas, como una libertad condicional anticipada, por ejemplo. O un resbalón en la ducha. La obra debe continuar pase lo que pase: así es siempre en el teatro. En esta compañía nos ayudamos unos a otros.

»Tendréis que escribir un poco. Escribiréis sobre cuestiones relacionadas con la obra, pero también reescribiréis las partes de la obra que decidáis, que decidamos, que podrían hacerse más comprensibles para un público moderno. Grabaremos en vídeo nuestra producción, ese vídeo lo verán todos en la..., todos en Fletcher. Nuestro vídeo será algo de lo que estar orgullosos, igual que lo han sido las producciones anteriores. —Sonríe confiado y consulta una carpeta—. También tenéis que escoger un nombre escénico. Muchos actores en el pasado lo hacían, igual que los cantantes de ópera y los prestidigitadores. Harry Houdini se llamaba Erik Weisz, Bob Dylan era Robert Zimmerman, Stevie Wonder era Stevland Judkins. —Ha encontrado esos nombres en internet, buscando “*alter egos* escénicos”. Solo conoce a unos cuantos; añade a algunos más jóvenes cada vez que pronuncia este discurso—. Las estrellas de cine lo hacen, por no hablar de los rockeros y los raperos. Snoop Dogg se llamaba Calvin Broadus. ¿Entendéis a qué me refiero? Así que pensad vuestro nombre escénico. Es como un apodo. —Hay murmullos y movimientos de cabeza. Los actores más curtidos ya tienen sus nombres escénicos de producciones anteriores. Sonríen: agradecen el regreso de su otro yo, que está esperando como un disfraz a que vuelvan a ponérselo. Felix se interrumpe y hace acopio de fuerzas para vender lo más difícil—. Bueno. La obra de este año. —Escribe en la pizarra con un rotulador rojo: LA TEMPESTAD—. En fin —dice—. Os han dado la obra de antemano, tenéis mis notas y habéis tenido tiempo para leerla. —Para algunos, es solo una forma de hablar, porque en el mejor de los casos habrán llegado a cuarto de primaria. Pero mejorarán: mejorarán con su equipo. Tirarán de ellos y les harán ascender paso a paso por las escaleras de la alfabetización—. Empezaré por las notas principales —continúa Felix—. Son las cosas importantes que debemos buscar cuando pensemos cómo presentar esta obra.

Utiliza el rotulador azul y escribe:

ES UN MUSICAL: Es la obra con más música y canciones de Shkspr. ¿Para qué se usa la música?

MAGIA: ¿Para qué se utiliza?

CÁRCELES: ¿Cuántas?

MONSTRUOS: ¿Quién lo es?

VENGANZA: ¿Quién la busca? ¿Por qué?

Al observar sus rostros —pétreos, ceñudos o perplejos e inexpresivos—, piensa: No lo entienden. No como *Julio César*, ni como *Macbeth*; esas las entendieron enseguida. Ni siquiera como *Ricardo III*, que le causó dificultades, pues la mayoría se pusieron de parte de Ricardo.

Toma un largo aliento.

—Así de golpe, ¿tenéis alguna pregunta?

—Sí —responde Piernas. Asalto y allanamiento. Es un veterano de la escena del Correccional Fletcher, pues ha interpretado a Marco Antonio en *Julio César*, a una de las brujas en *Macbeth* y a Clarence en *Ricardo III*—. La hemos leído, pero ¿por qué vamos a montar esta? No hay peleas y sale una especie de hada.

—No pienso hacer de hada —dice el Vaina. Fue *lady Macbeth* en *Macbeth* y Richmond en *Ricardo III*. Es un zalamero, a quien, según dice, aguardan fervorosas varias bellezas cuando salga.

—Yo tampoco quiero ser una chica. —Quien ha hablado es Shiv: tiene contactos con una banda de narcotraficantes somalíes y lo atraparon hace unos años en una redada. Mira a su alrededor en busca de apoyos: movimientos truculentos de cabeza, murmullos de asentimiento. Nadie quiere ninguno de esos papeles: ni el de Ariel, ni el de Miranda.

Felix se enfrenta a una rebelión en potencia, pero ya lo había previsto. Ya se las ha visto con el problema del sexo en las otras obras, pero los otros personajes femeninos eran mujeres adultas y o bien un cero a la izquierda o crueles, y, por tanto, mucho más fáciles de aceptar. Las brujas de *Macbeth* habían sido pan comido: los chicos no habían puesto objeciones a interpretar a unas viejas malvadas porque eran monstruos, no mujeres de verdad... y Calpurnia era un personaje menor. *Lady Macbeth* aún era más monstruosa que las brujas: el Vaina dijo que era igualita a su madre, y la interpretó con mucha fuerza. *Lady Anne* en *Ricardo III* era colérica y una fiera; de hecho, no hacía más que escupir. Shiv se había merendado el papel.

Miranda, no obstante, no es un monstruo ni una mujer adulta. Es una niña, y una niña vulnerable. Cualquier hombre que la interpretara perdería su estatus de un modo desastroso. Se convertiría en un blanco, en una diana. Al interpretar a una niña, se arriesgaría a que lo tratasen como a tal. También sería la ruina de su Fernando tener que pronunciar esos desmayados discursos amorosos a un hosco recluso.

—Quitémonos de en medio a la chica cuanto antes —dice Felix—. En primer lugar, nadie de los aquí presentes tendrá que ser Miranda. Miranda tiene quince años y es dulce e inocente. No creo que ninguno sea muy convincente en ese papel.

Los gruñidos de alivio se hacen audibles.

—De acuerdo —responde Shiv—. Pero si no lo vamos a ser ninguno de los presentes, entonces ¿quién?

—Pagaré a una... —Felix hace una pausa y reformula la frase—. Contrataré a una actriz profesional —dice—. Una mujer de verdad —añade para que lo entiendan.

—¿Va a venir aquí? —pregunta el Vaina—. ¿Para salir en nuestra obra?

Se miran unos a otros con incredulidad. A algunos *La tempestad* empieza a parecerles más interesante.

—¿Puede traer a una chica aquí?

Niño Prodigio, el estafador de ojos sentimentales, da su opinión:

—No creo que esté bien que traiga aquí a una chica. La pondrá en una situación muy incómoda. No es que yo vaya a ponerle un dedo encima —aclara—, pero... solo lo digo.

—Sí, claro, tú no la tocarías —dice una voz desde el fondo.

Risas.

—Interpretaré a una joven —responde Felix—. No he dicho que vaya a ser una joven. Ni que vaya a ser vieja —añade para contrarrestar las expresiones de desánimo—. Considerad que su participación es un privilegio. Cualquier problema: inconveniencias, manoseos, pellizcos, palabrotas y demás, y se irá, y vosotros también. Espero que todos os comportéis como los actores profesionales que creo que sois.

No es que los actores profesionales no caigan en los pellizcos y los manoseos, piensa para sus adentros. Pero no hay por qué compartir esa reflexión.

—Algún estirado con suerte interpretará a Ferdie, como se llame —apunta Piernas—. Se llevará todas esas escenas cachondas.

—Ya puedes decir lo de estirado —dice el Vaina.

—Va a estar tan estirado que se quedará frío.

Murmullos, risas.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento —responde Felix.

—Todo eso está muy bien —dice Lápiz Chueco, el contable desfalcador. Le han puesto su nombre escénico de común acuerdo. Al principio no le gustó mucho, intentó que le pusieran otro más digno como «Números». Quería conservar su sensación de superioridad. Pero ha acabado aceptando lo de Lápiz Chueco, porque ¿qué otro remedio le queda?

Lápiz Chueco interpretó a Casio en *Julio César* y es un maniático de los detalles, a menudo cargante. A Felix le parece un pesado. Siempre quiere demostrar lo bien preparado que está. Gonzalo, piensa, Lápiz Chueco es excelente para el papel.

—Todo eso está muy bien —continúa Lápiz Chueco—, pero no ha dicho nada de la cuestión de... de Ariel.

—Sí, el hada —dice Piernas.

—Lo hablaremos el viernes —responde Felix—. Y ahora, vuestro primer ejercicio escrito. Quiero que repaséis el texto con mucho cuidado y hagáis una lista con todas las palabrotas de la obra. Son las únicas palabrotas que usaremos en esta sala. Cualquiera a quien sorprenda utilizando otras palabras, la puta bomba y demás, pierde un punto del total. Los puntos los contaremos basándonos en la confianza mutua, pero todo el mundo será testigo. ¿Entendido?

Sonrisas de los veteranos; Felix siempre pone retos así a la clase.

—¿Jugaremos a cambio de cigarrillos? —pregunta el Vaina—. ¿Como siempre?

—Pues claro —dice Felix—. Cuando tengáis la lista elegid diez expresiones y memorizadlas, y luego aprended a pronunciarlas. Esas serán vuestras palabrotas especiales. Podéis utilizarlas en clase con cualquiera y con cualquier cosa. Si no sabéis lo que significan yo os lo diré. ¡Preparados, listos, ya!

Inclinan la cabeza, abren el cuaderno, consultan la obra, los lápices empiezan a trabajar.

Vuestras palabrotas, piensa Felix, a menudo han sido el hijo de puta nacido de una bruja y progenitor de la alfabetización. Igual que los hijos de puta de cigarrillos, así se los lleve la peste roja.

Primer trabajo: palabrotas

Miércoles, 9 de enero de 2013

El miércoles Felix se siente más relajado. Ha pasado el primer obstáculo. Exhibe su rostro más amistoso: indulgente, aunque espere la excelencia.

—Veamos qué tal os ha ido con vuestras palabrotas —dice—. ¿Quién tiene la lista definitiva?

—Lápiz Chueco —responde Shiv.

—¿Y quién va a leerlas para que podamos oírlo?

—Él —dice Piernas.

—Porque sabe pronunciarlas —añade el Vaina.

Lápiz Chueco sale a la palestra y lee muy serio e impresionante con su mejor voz de reunión del consejo:

—Carne de horca. La viruela te abraza en la garganta. Perro ladrador, blasfemo y desalmado. Hideputa. Escandaloso insolente, infame bocazas. Objeto maligno. Bruja de ojos azules. Hijo de bruja, pecoso y lastimero. Tú, tierra. Tú, tortuga. Tú, esclavo ponzoñoso, engendro del propio diablo. Vil rocío que, con pluma de cuervo, barría mi madre de la malsana ciénaga, así caigáis muertos ambos. Así os cubra de pústulas un viento del sudeste. Que sapos, escarabajos y murciélagos te asedien. Basura como tú. Esclavo horrendo. Así se te lleve la peste roja. Semilla de bruja. Que todas las infecciones que seca el sol, de marismas, ciénagas y tremedales caigan sobre —añádase aquí el nombre— y le llaguen. Monstruo escorbútico. Monstruo pérfido y borracho. Aborto. Bobo mojigato. Mancha de escorbuto. Ojalá se te lleve una pestilencia. Que el diablo se lleve tus dedos. Que la hidropesía ahogue a este necio. Medio diablo. Objeto de la oscuridad.

—Bien hecho —dice Felix—. Parece muy completa. No creo que hayáis olvidado ninguna. ¿Alguna pregunta o comentario?

—Me han llamado cosas peores —apunta el Vaina.

—¿Por qué «tierra» es un insulto? —pregunta Piernas.

—Sí, vivimos en la tierra —coincide Coyote Rojo—. Nos da de comer, ¿no? Y «tortuga». En algunos pueblos es sagrada. ¿Por qué tiene que ser malo?

—Por el colonialismo —dice Ocho Manos, que pasó mucho tiempo navegando por internet en su anterior vida de pirata informático—. Próspero se cree tan estupendo y superior que cree que puede despreciar lo que piensan los demás.

Multiculturalismo puro y duro, piensa Felix. Había previsto la objeción a «tierra», pero no la de «tortuga». Responde antes a eso:

—En esta obra, «tortuga», solo significa «lento».

—Como decir que arrastra el culo —dice Cables, para ayudar.

—De todo modos, voto que no la usemos —dice Coyote Rojo.

—Como preferáis —responde Felix—. En cuanto a lo de «tierra», aquí es lo contrario de «aire». Se supone que significa «rastrero».

—Pues voto que tampoco la usemos —propone Coyote Rojo.

—También depende de vosotros —dice Felix.

—Pues que conste —dice Coyote Rojo—. A mí que nadie me llame tierra o tortuga.

—Vale, ya te hemos oído —dice Piernas.

—Tengo una —apunta Shiv—. Una pregunta. ¿Es «mierda» una palabrota? ¿Podemos usarla o no?

Muy agudo, piensa Felix. Técnicamente «mierda» no podría considerarse una palabrota como tal, solo una expresión escatológica, pero no quiere oírlo todo el tiempo. «Esto es una mierda, aquello es una mierda, eres un mierda». Podría dejarles votar, pero ¿de qué sirve estar al mando de este grupo tan variopinto, si no lo ejerce?

—«Mierda» está descartada —dice—. Tenedlo en cuenta al decir vuestros insultos.

—El año pasado podíamos decir «mierda» —objeta Piernas—. ¿Por qué no ahora?

—He cambiado de idea —replica Felix—. Me he cansado. Demasiada mierda se vuelve monótono y la monotonía es anti-Shakespeare. Bueno, si no hay más preguntas, hagamos el ejercicio de deletrear. No miréis lo que hacen los demás. Desde aquí os veo a todos. ¿Preparados?

¡Oh, maravilla!

Jueves, 10 de enero de 2013

Felix ya tiene a la Miranda que quiere. Es la chica a la que contrató doce años antes para *La tempestad* que cancelaron: Anne-Marie Greenland, la antigua gimnasta.

Claro que ahora será mayor, pensó, aunque no en términos absolutos, pues doce años antes era muy joven. Con su tipo —esbelta, musculosa— seguro que todavía podría interpretar a Miranda. Siempre que no hubiese engordado.

Le hizo falta bastante ingenio para buscarla. No quería pasar por una agencia de representantes, pues ninguna agencia querría llevar a su cliente a una institución penitenciaria: podría haber responsabilidades jurídicas. Tenía que contactar con ella en persona y convencerla. Incluso se ofrecería a pagarle, podría utilizar parte de su escaso presupuesto.

Internet le fue útil: una vez empezó a buscar encontró su currículum con bastante facilidad. Aparecía en ActorHub y en CastingGame. Después de que cancelaran su *Tempestad* había hecho algunos papeles de poca monta en Makeshiweg: una prostituta en el burdel de *Pericles*, una esclava en *Antonio y Cleopatra*, una bailarina en *West Side Story*. No gran cosa. Haber interpretado a Miranda habría supuesto un antes y un después para ella: Felix habría sacado a relucir su carácter, podría haberle enseñado mucho. Le habría labrado una carrera. Él no es la única persona cuya vida han perjudicado Tony y Sal.

Después de *West Side Story* Anne-Marie se pasó a la danza. Estuvo varias temporadas de aprendiz y luego apareció como bailarina invitada con Kidd Pivot; Felix encontró un vídeo increíble de ella en YouTube en una vigorosa rutina con dos bailarines. No obstante, por culpa de una lesión, tuvo que dejarlo antes de la espectacular *La copia de La tempestad* y desapareció ocho meses de su propio currículum. Luego volvió a aparecer como coreógrafa de una producción semiaficionada de *Crazy for You* en Toronto. Eso había sido el año anterior.

Supuso que Anne-Marie estaba atravesando un momento difícil. ¿Tenía marido, pareja? No hablaba de nadie.

Tenía cuenta de Facebook, aunque hacía mucho que no colgaba nada. Unas cuantas fotos suyas; una rubia delgada y musculosa. Ojos grandes. Sí, todavía podía interpretar a Miranda. Pero ¿querría?

Felix le pidió amistad por Facebook, usando su verdadero nombre; como por

milagro, ella aceptó.

Ahora a soltarle el rollo. ¿Se acordaba de él?, preguntó en línea. Sí, se acordaba. La respuesta fue seca. Sin exclamaciones de alegría. ¿Estaba disponible para una obra de teatro? Eso dependía, respondió. Felix supuso que pensaba que ya la había dejado colgada una vez y no entendía por qué creía que podía volver a colarse en su vida como si nada.

Resultó que estaba trabajando a tiempo parcial de camarera en Horatio's —una cadena de cafeterías—, justo en Makeshiweg. Con la esperanza de conseguir algo en el festival, supuso él. Acordó una cita y la recogió en Horatio's. No le preocupó demasiado que alguien de su vida anterior pudiese reconocerle: ahora tenía un aspecto muy distinto, con la barba blanca y las cejas, y además la mayoría se habían ido: lo había comprobado en la página de la compañía.

Vio con alivio que Anne-Marie aún parecía joven. En todo caso estaba más delgada. Llevaba el pelo recogido en un moño de bailarina, de sus orejas colgaban dos pendienteitos de oro. Llevaba tejanos ajustados y una camisa blanca, que parecía ser el uniforme de los camareros de Horatio's.

La llevó a un rincón de uno de los bares más ruidosos, el Imp and Pig-Nut; en el cartel de la puerta había una especie de trol de ojos rojos que sonreía como el asesino de una película de terror. Después de instalarse en un reservado de madera oscura, Felix pidió una cerveza artesana para Anne-Marie y otra para él.

—¿Quieres comer alguna cosa? —preguntó. Era casi la hora de comer.

—Una hamburguesa con patatas —respondió ella, mirándolo con sus grandes ojos pícaros—. No muy hecha. —Él recordó la primera ley del actor hambriento: nunca desperdicias una oportunidad de comer gratis. Cuántos platos de uvas con queso no habría devorado él mismo en los camerinos...

—Bueno —dijo ella—. Ha pasado mucho tiempo. Desapareció usted. Nadie sabía dónde se había metido.

—Tony me dio la patada —respondió Felix.

—Sí, eso dijeron. Algunos pensamos que se la había dado de verdad. En la cabeza. Que lo había enterrado en un agujero en el suelo.

—Casi —dijo—. A mí me lo pareció.

—No se despidió usted —le reprochó—. De nadie.

—Lo sé. Mis disculpas. No pude —se excusó Felix—. Tenía mis motivos.

Ella se ablandó un poco y esbozó una leve sonrisa.

—Debió de ser difícil para usted.

—Sobre todo lamenté no poder dirigirte. En *La tempestad*. Habrías estado genial.

—Sí, bueno —dijo ella—. Yo también lo sentí. —Se arremangó la camisa, hacía calor entre las cervezas artesanas, y él vio que tenía una abeja tatuada en el brazo—. ¿Qué me cuenta?

—Más vale tarde que nunca —respondió Felix—. Quiero que interpretes a Miranda. En *La tempestad*.

—¡No me joda! —exclamó ella—. ¿Bromea?

—Ni mucho menos —dijo él—. Es una situación un poco extraña.

—Como todas —replicó ella—. Pero aún recuerdo el texto. Lo estudié tanto que podía decirlo en sueños. ¿Dónde la va a montar?

Felix se detuvo para tomar aliento.

—En el Correccional Fletcher —dijo—. Imparto clase allí. A los, ejem, presos. Algunos son muy buenos actores, te sorprenderías.

Anne-Marie echó un buen trago de cerveza.

—A ver si lo entiendo —respondió—: ¿quiere que vaya a una cárcel donde no hay más que un montón de criminales e interprete a Miranda?

—Ninguno quería ser una chica —contestó—. Ya entenderás por qué.

—Desde luego. No les culpo —dijo ella con un tono brusco—. Ser chica es insoportable, créame.

—Serías muy bien recibida —continuó él—. En la compañía. Están encantados con la idea.

—Seguro que sí —dijo ella.

—No, de verdad. Te respetarán.

—Todos son un hatajo de Fernandos blancos como la azucena incapaces de ponerme un dedo encima, ¿no?

—Hay seguridad —respondió—. Con guardias, pistolas eléctricas y no sé qué más. —Hizo una pausa—. Aunque tampoco hacen falta. De verdad. —Volvió a hacer una pausa—. Te pagarían. —Otra pausa y el último aliciente—. Nunca tendrás una experiencia teatral parecida. Te lo garantizo.

—No ha encontrado a otra, ¿verdad? —dijo ella, y Felix supo que casi lo había conseguido.

—Eres la primera a la que se lo he pedido.

—Soy demasiado vieja —objetó ella—. Ya no estamos doce años atrás.

—Eres perfecta —dijo—. Tienes cierta lozanía.

—Como una mierda recién cagada —dijo ella, y él parpadeó. Siempre le había sorprendido que fuese tan malhablada. Cada vez que una obscenidad salía de su boca de niña, lo pillaba desprevenido—. Es porque parezco un chico —continuó—. Sin tetas.

De nada serviría negarlo.

—Las tetas están sobrevaloradas —respondió Felix, eso siempre era música para los oídos de las mujeres de tetas pequeñas, y ella sonrió un poco.

—¿Interpretará a Próspero usted mismo? —preguntó—. ¿No irá a darle el papel de ese viejo mago a algún ladrón de bancos? Porque me encantaban sus parlamentos. No soportaría que los destrozaran.

—Exacto —repuso él—. Magia en el talego: es un reto para mí. Comparado con eso, actuar en un escenario normal es un paseo por el campo. O míralo de este modo: podría ser mi última oportunidad.

Ella le dedicó de pronto una enorme sonrisa.

—¡Está usted tan loco como siempre! —exclamó—. ¡Qué coño, está usted inspirado! Joder, ¿quién si no intentaría algo así? ¡Muy bien, adelante!

Le tendió la mano para que pudiera estrechársela, pero Felix no había terminado.

—Solo dos cosas más —dijo—. En primer lugar, me hago llamar señor Duke. Nadie sabe nada del festival, ni que una vez fui... Es una larga historia, un día te lo contaré. Pero prohibido llamarme «Felix Phillips». Podría plantear preguntas y causar problemas.

—¿De pronto le dan miedo los problemas? —preguntó ella—. ¿A usted?

—Serían problemas desagradables. Segunda cosa: no se pueden decir palabrotas. No está permitido: es una norma mía. Solo pueden usar las que aparecen en la obra.

Ella se paró a pensarlo un momento.

—De acuerdo, me las arreglaré —dijo—. ¿Y ahora qué, aborto? ¡Besa la Biblia! ¡Es una ganga!

Esta vez se dieron la mano. Ella tenía un apretón como un abrelatas. La castidad no será la única razón por la que su Próspero advertirá a Fernando que se aparte de la chica: Fernando no querrá ser un novio lisiado.

—Me gusta tu abeja —observó—. El tatuaje. ¿Tiene algún significado especial?

Ella miró la mesa.

—Estaba liada con el Ariel —respondió—. El actor, en su obra. Estuvo bien mientras duró, aunque me rompió el corazón. Lo de la abeja era una especie de broma.

—¿Una broma? ¿Qué clase de broma?

Nada más preguntarlo, Felix comprendió que no quería oír la respuesta. Por suerte, llegó la hamburguesa, y Anne-Marie hundió en ella sus dientecillos blancos con un suspiro de placer. Felix la observó devorarla, intentando recordar lo que era estar tan hambriento.

Invisible para todos los demás

Viernes, 11 de enero de 2013

Felix empieza la clase del viernes con un golpe de efecto.

—Tengo novedades sobre la actriz —dice—. La que os dije que interpretaría a Miranda. —No cambia el tono de voz y espera unos instantes. ¿Son buenas o malas noticias?, se preguntarán. Están atentos: ni un murmullo, ni un quejido—. Ha sido difícil —dice—. Solo una mujer excepcional habría aceptado. —Gestos de asentimiento imperceptibles—. Tenía sus reservas. He tenido que convencerla —continúa dando rodeos—. Pensé que no lo conseguiría, pero al final...

—¡Sí! —exclama Ocho Manos—. ¡Lo ha hecho! ¡De put..., quiero decir, escorbútico!

—Sí. Al final lo conseguí.

—¡Así se le lleve la peste roja! —dice el Vaina.

—Gracias —dice Felix. Se permite esbozar una sonrisa, hace una leve reverencia. Ellos cuentan con que sea un poco formal. Cortés, como corresponde a un caballero de la vieja escuela como el que imita—. Se llama Anne-Marie Greenland —prosigue—, y no solo es actriz sino también bailarina. Una bailarina muy atlética —añade—. He traído un vídeo para enseñárosla. —Ha descargado el vídeo de YouTube en un lápiz de memoria que conecta al ordenador de la clase—. ¡Apagad la luz, por favor!

Ahí está Anne-Marie en sus días de bailarina, con una camiseta negra sin mangas y unos pantalones cortos de satén verde. Empuja al suelo a su ágil pareja masculina, luego lo envuelve con los brazos y las piernas como un pulpo y le echa la cabeza hacia atrás como para estrangularlo. Él la aparta, la lanza por el aire, la hace girar con la cabeza casi rozando el suelo. Ahora ella se retuerce entre sus piernas, luego se levanta y vuelve a saltar por el aire con los pies separados. Ahora lo sujeta y le retuerce un brazo en un doloroso ángulo recto.

—¡Uf! —dice una voz—. Eso es... ¿qué bobo mojigato es eso?

—¡Podría despellejar a cualquier hideputa!

—¡Tiene un tatuaje pestilente!

—¡Viruela ponzoñosa!

—¿De qué escorbuto va esto?

—Amor romántico —responde Felix—. Creo. —Enseguida se avergüenza de sí mismo: ese cinismo hastiado no tiene cabida en el mundo encantado en el que pronto

les va a pedir que crean.

Anne-Marie hace una pirueta y rodea a su pareja, que está rodando por el suelo. Da una voltereta hacia atrás, aterriza de pie. Un segundo bailarín entra dando saltos, la coge en volandas y se la echa al hombro mientras ella agita los pies. Vuelve a dejarla en el suelo; Anne-Marie adopta, por un instante, la pose de un boxeador, pero luego huye y se produce una persecución, con los dos bailarines detrás. Se detiene, levanta un pie, lo dobla y golpea con el talón. Los dos caen en un elegante tándem. Anne-Marie salta por el aire, más alto de lo que cualquiera creería posible.

Apagón.

Todos los hombres sueltan el aliento.

—La luz por favor —dice Felix. Iluminación: delante tiene un panorama de rostros con los ojos muy abiertos—. Esta ha sido una pequeña muestra de los muchos talentos de nuestra nueva Miranda. Anne-Marie vendrá para leer toda la obra con nosotros dentro de dos semanas, cuando terminemos el proceso de selección de actores.

—¿Es una especie de cinturón negro? —Quiere saber Piernas.

—Tío, es... ¡un objeto maligno! —Esto lo ha dicho el Vaina.

—¡Te pateas las pelotas hasta que te salen por la boca! —dice Ojo de Serpiente—. Apuesto a que es una bollera de la peste roja..., solo hay un modo de averiguarlo.

Nadie se ríe.

—Es un saco de huesos con viruela —dice el Píldoras—. Trastorno de alimentación.

—A mí me gustan las tías con más curvas —añade Krampus, el menonita taciturno.

—Sí, cara de sapo —replica Piernas—. ¡A mí me parece que está buena!

—Es una artista con mucho talento —dice Felix. Le alegra comprobar que ya están practicando las palabrotas que han escogido—. Tenemos suerte de que haya aceptado trabajar con nosotros. Pero yo en vuestro lugar no la haría enfadar. Ya habéis visto por qué.

—Apuesto a que puede matar con sus muslos escorbúticos —dice melancólico Niño Prodigio.

—En fin —dice Felix—, hablemos de Ariel. ¿Quién se ve con ánimos de interpretar el papel?

—Ni de coña, tío —dice una voz en el fondo de la sala—. No pienso interpretar un hada, y punto. Ya lo advertí. —Ojo de Serpiente es un hombre de opiniones claras.

El sentimiento es universal: nadie levanta la mano, los rostros siguen imperturbables. Puede oír lo que están pensando: con Ariel pasa lo mismo que ocurría con Miranda. Demasiado débil. Demasiado gay. Descartado.

—Va a traer a una actriz para interpretar a Miranda, ¿no? Pues traiga a un marica para hacer de hada —sugiere Shiv.

Murmullos y síes, risas en voz baja.

Felix podría preguntarles por qué creen que Ariel es un hada, pero lo sabe. Vuela por el aire, duerme en las flores, es delicado. Parece un hada, actúa como un hada, es un hada. En cuanto a la canción de Ariel que afirma que liba como una abeja, mejor olvidarla: nadie con un mínimo instinto de supervivencia cantaría eso. Ariel no solo es un hada sino que es un hada que chupa flores. No sobreviviría. Acabaría reducido a un número. Y chupando de todo.

Sería inútil que Felix les dijese que no es un hada, que es un espíritu aéreo elemental. También sería inútil decirles que en la época de Shakespeare «chupar» no tenía los muchos sentidos negativos que ha adquirido después, porque ahora sí los tiene y la obra la van a interpretar ahora.

—Hablemos un minuto de Ariel —dice Felix, lo que significa que él va a hablar de Ariel, porque nadie más va a decir nada sobre un asunto tan peliagudo—. A lo mejor lo vemos como un hada porque no estamos pensando con suficiente amplitud. —Hace una pausa para que estas palabras surtan su efecto. ¿Pensar con amplitud? ¿Qué es eso?—. Así que, antes de etiquetarlo, hagamos una lista de sus cualidades. ¿Qué clase de criatura es? En primer lugar, puede ser invisible. En segundo, puede volar. En tercero, tiene superpoderes sobre todo en lo que se refiere a los truenos, el viento y el fuego. En cuarto, es musical. Pero el quinto, y el más importante. —Vuelve a hacer una pausa—. El quinto es que no es humano.

Recorre la sala con la mirada.

—¿Y si ni siquiera es real? —sugiere Coyote Rojo—. ¿Y si fuese Próspero hablando consigo mismo? A lo mejor es amigo del señor Botón de Peyote. Está colgado. O ha perdido la cabeza.

—A lo mejor es como si estuviese teniendo un sueño —apunta Shiv.

—A lo mejor el bote agujereado en el que le dejan acaba hundiéndose. Y toda la obra ocurre justo cuando se está ahogando.

El que ha hablado es uno de los nuevos: VaMoos.

Tiempozz:

—Una vez vi una película en la que pasaba eso.

—O tiene un amigo imaginario —propone el Vaina—. Mi crío tenía uno.

—Y solo lo ve él —añade Piernas.

—Lo ven cuando aparece en forma de arpía —objeta Lápiz Chueco.

—Lo oyen —le corrige Cables.

—Sí, vale, de acuerdo —dice Coyote Rojo—. Pero también podría ser que Próspero fuese una especie de ventrílocuo.

—Supongamos que Ariel es real en cierto sentido —dice Felix. Está contento: al menos están hablando—. Imaginemos que nunca hubieseis oído hablar de esta obra y que lo único que supieseis de este ser llamado Ariel es lo que os he contado. ¿Qué clase de criatura he descrito?

Murmullos.

—Una especie de superhéroe —responde Piernas—. Los Cuatro Fantásticos. Como Superman. Próspero tiene la kriptonita o como se llame, así que lo controla.

—Parece *Star Trek* —apunta el Vaina—. Es un extraterrestre que hubiese sufrido un accidente espacial y hubiera acabado en la tierra. Está atrapado aquí. Quiere despegar y marcharse a su planeta o lo que sea, como en *E. T.* ¿Os acordáis?

—Hace lo que le dice Próspero para volver allí. —Esta vez quien habla es Ocho Manos—. Se está ganando su libertad.

—Así podrá volver con los suyos —dice Coyote Rojo.

Murmullos de asentimiento. ¡Tiene sentido! ¡Un extraterrestre! Mucho mejor que un hada.

—¿Cómo imagináis el vestuario? —pregunta Felix—. ¿Qué aspecto tiene?

No aludirá a ninguno de los modos tradicionales de retratar a Ariel: las plumas de pájaro, el disfraz de libélula, el ángel, las alas de mariposa. Tampoco aludirá a que en los dos últimos siglos a Ariel siempre lo ha interpretado una mujer.

—Pues verde —responde el Vaina—. Con esos ojos de insecto que tienen los extraterrestres, muy grandes y sin pupilas.

—El verde es para los árboles. Mejor azul —dice Piernas—. Por lo del aire. Ariel de aire. El aire es azul.

—No puede comer carne humana. Solo flores y cosas parecidas. —Es Coyote Rojo quien habla—. Natural. Como si fuese vegano.

Todos coinciden: según esa teoría lo de libar como una abeja no es una deshonra, porque es lo que se espera de los extraterrestres: extraños hábitos alimenticios.

—Muy bien —dice Felix—. Bueno, ¿qué función desempeña en la obra?

Un runrún de murmullos.

—¿Qué quiere decir con eso de «función»? —pregunta Lápiz Chueco—. Como dice en sus notas, es el buen criado. Hace lo que le dicen. Calibán es el mal criado.

—Sí, sí —insiste Felix—. Pero ¿qué sería de la obra sin las cosas que Ariel hace para Próspero? ¿Sin los rayos y truenos? ¿Sin la tempestad, de hecho? Ariel hace lo más importante de la trama, porque sin esa tempestad no hay obra. Así que es crucial. Lo que pasa es que actúa entre bambalinas, solo Próspero sabe que es Ariel quien produce los truenos, canta las canciones y crea las ilusiones. Si estuviese aquí ahora con nosotros, sería el tipo de los efectos especiales. —Felix vuelve a recorrer la sala con la mirada, en busca de contacto visual—. Así que es como un experto digital. Está haciendo realidad virtual en 3D.

Sonrisas tímidas.

—Guay —dice Ocho Manos—. Escorbútico y guay.

—Así que, en nuestra obra, Ariel es el personaje Ariel, pero también los efectos especiales —dice Felix—. Luz, sonido, simulación por ordenador. Todo eso. Y Ariel necesita un equipo, como el equipo de espíritus que dirige en la obra.

Empieza a hacerse la luz: les encanta trastear con ordenadores, en las raras ocasiones en que pueden hacerlo.

—¡Monstruosamente guay! —coincide Shiv.

—Entonces ¿quién quiere estar en el equipo de Ariel? —pregunta Felix—. ¿Algún voluntario?

Todas las manos de la sala se levantan. Ahora que entienden las posibilidades, todos quieren estar en el equipo de Ariel.

La isla está llena de sonidos

El mismo día

El sol está declinando; su luz es un amarillo frío y pálido. En lo alto de la alambrada interior montan guardia dos cuervos. Mala suerte, amigos, piensa Felix. Soy el único que va a salir hoy y todavía no me he muerto. Sube a su coche helado. Después de dos intentos, el motor arranca.

La puerta exterior se abre, empujada por manos invisibles. Gracias, duendecillos —les dice sin palabras Felix—, elfos de alambre de espino, pistolas eléctricas y gruesos muros, por muy débiles señores que seáis. Mientras se aleja colina abajo, la puerta se cierra a su espalda con un chasquido metálico. El aire ya se está oscureciendo; detrás, cobran vida los reflectores.

Su coche sigue la carretera, luego se desvía y se abre paso por el camino estrecho y cubierto de nieve hacia su cueva, casi como si en vez de conduciéndolo estuviese guiándolo con el pensamiento. Se permite sentir alivio: ha superado los primeros y mayores obstáculos, ha logrado los principales objetivos. Ha capturado a su Miranda y Ariel ha sido transformado y aceptado. Nota cómo el resto del reparto surge de entre la niebla, rostros borrosos, pero presentes. Hasta ahora sus hechizos han funcionado.

El coche se detiene como si encallara. Por suerte, el viento no ha acumulado otro montón de nieve helada y no tiene que quitarla con la pala. Aparca y cierra el coche, luego sube con dificultad por el sendero hasta su cabaña con la nieve crujiendo bajo los pies. Del campo que hay a su izquierda llega un susurro cristalino: son los tallos de la hierba seca que asoman entre la nieve, helados y agitados por el viento. Tintinean como campanillas.

Dentro está oscuro, no hay ninguna luz en la ventana. Está a punto de llamar a la puerta, pero ¿quién le abriría? De pronto siente un escalofrío, como ante el anuncio de una pérdida inmensa. Abre la puerta.

Vacío. Desprovisto. Ninguna presencia. Dentro de la cabaña hace frío; echó leña a la estufa antes de irse a Fletcher esa mañana, pero no le gusta dejar encendido el radiador eléctrico cuando no está en casa. Demasiado peligroso, aunque seguro que Miranda lo vigilaría, ¿no?

Idiota, se dice. No está aquí. Nunca ha estado. Ha sido la imaginación y que confundías la realidad con el deseo, solo eso. Resígnate.

No puede resignarse.

Atiza el fuego, enciende el radiador. La cabaña no tardará en calentarse. Tomará un huevo y un par de galletas saladas para cenar. Una taza de té. No tiene mucha hambre. Después de la subida de adrenalina de esta primera semana está de bajón; seguro que no es más que eso. Pero nota una debilidad en su interior, desánimo, una fisura en su voluntad, una vacilación.

Hasta hace poco su venganza parecía al alcance de los dedos. Lo único que tenía que hacer era esperar hasta que Tony y Sal hiciesen su visita VIP al Correccional Fletcher, luego asegurarse de que no vieran el vídeo de la obra arriba, con el director, sino en el ala de máxima seguridad, donde los estaría esperando, aunque no se dejase ver al principio. Una vez empezara la proyección, el vídeo se dividiría en dos. Una versión sería el que proyectarían en el resto de la cárcel. La otra versión tendría de pronto personas reales, dirigidas y controladas por él. Crear una ilusión con dobles es uno de los trucos teatrales más viejos.

Pero ahora no lo ve tan claro. ¿Por qué está tan seguro de conseguirlo? No la obra en sí misma, eso existirá cuando esté acabado el vídeo, sino la otra: la tragedia improvisada que tiene pensada para sus distinguidos enemigos, ¿cómo ponerla en práctica? Necesitará un nivel de habilidad técnica que no tiene. E, incluso si logra solventar esa dificultad, qué insensato por su parte intentar esa jugada. ¡Qué arriesgado! Hay tantas cosas que podrían salir mal... Sus actores podrían pasarse de la raya, sobre todo tratándose de un ministro de Justicia implacable con el crimen. La situación podría ser demasiado tentadora. Alguien podría salir herido.

Heridos no, heridos no, se dice. Aun así, podría haberlos. No tiene ningún espíritu elemental que le ayude, no tiene verdadera alquimia. No tiene armas.

Es mejor abdicar. Abandonar sus planes de resarcimiento, de reparación. Despedirse de su antiguo ser. Retirarse en silencio a la oscuridad. De todos modos, ¿qué ha conseguido en la vida aparte de llamar la atención unas horas, unos cuantos triunfos efímeros sin importancia para la mayoría de la gente? ¿Por qué se le ocurrió pensar que tenía derecho a una consideración especial por parte del universo en general?

A Miranda no le gusta que esté deprimido. Se preocupa. A lo mejor por eso se ha vuelto invisible, aunque casi siempre lo es. ¿Es ella a quien oye en el cuarto de al lado? ¿Ha oído un zumbido? ¿O es solo la nevera de bar?

Su habitación tiene un olor medicinal, como si alguien hubiese estado malo en ella. Un enfermo, mucho tiempo. No, no está aquí, solo la foto en su marco de plata: la niña en el columpio, congelada en la gelatina del tiempo. Visible, pero no viva.

Enciende la lámpara, abre la puerta del enorme armario. Ahí está su manto de

magos; lleva doce años esperándole. ¿Debe tirarlo a la basura, después de todo? Sus muchos ojos brillan, vivos, conscientes.

—Aún no —les dice a sus animales mágicos—. Aún no. Todavía no es el momento.

El momento de ellos será también el suyo. La hora de su venganza. Tiene que haber un modo de que funcione. Todavía le quedan algunos trucos.

Vuelve a la habitación de delante.

—Cariño —dice en voz alta; y ahí está, en el rincón. Por suerte va vestida de blanco: brilla. ¿Qué energía es esa que le parece percibir? Ella ha notado su preocupación y ahora se preocupa—. No hay heridos —dice—. Y tampoco los habrá, te lo prometo. No haré nada si no es para protegerte.

Pero ¿en qué se ha quedado su protección? Es cierto que la ha protegido, pero ¿no se ha pasado de la raya? Hay muchas cosas que debería poder ofrecerle. Debería tener lo que otras jóvenes de su edad dan por descontado, aunque ignore qué son esas cosas. Ropa, desde luego. Ropa bonita, más de la que tiene ahora a su disposición. Parece ir por ahí con ropa improvisada confeccionada con estopilla y sábanas viejas. Tendría que tener sedas y terciopelos, o minifaldas y esas botas altas que tanto parecen gustarles ahora a las chicas. Debería tener un iPhone en tonos pastel. Debería estar pintándose las uñas de azul, o de plata o de verde, charlando con sus amigas, escuchando música con auriculares de color rosa. Yendo a fiestas.

Ha sido un fracaso como padre. ¿Cómo podría compensarla? Es una maravilla que no sea más taciturna, encerrada aquí sin ver a nadie más que a su viejo y desastrado padre; pero, claro, tampoco sabe lo que se pierde. De todos modos ha podido enseñarle muchas cosas que la mayoría de las niñas de su edad no tendrían la menor ocasión de aprender.

—¿Qué has hecho todo el día? —le pregunta—. ¿Te apetece jugar una partida de ajedrez?

A regañadientes —¿son eso reticencias?—, ella va hacia el tablero, colocado como de costumbre en la mesa roja de formica.

—¿Blancas o negras? —pregunta.

Esta isla es mía

Lunes, 14 de enero de 2013

El lunes por la mañana Felix ha recobrado la confianza. Debe proceder como si todo se desarrollara como de costumbre en cualquier producción de los Actores del Correccional Fletcher. Esta semana ayudará a la clase a estudiar los personajes principales, como preludeo al reparto de los papeles. Ahora que ha resuelto la problemática cuestión de Ariel y Miranda, no debería haber mucha dificultad con los demás, excepto en el caso de Calibán. Calibán planteará por fuerza cuestiones incómodas.

En cuanto a su otra empresa, la secreta, debe sujetar el hilo con fuerza. Debe seguirlo hacia la oscuridad. Sea como sea, todo dependerá de elegir el momento oportuno. Esta es su última oportunidad. Su única oportunidad. Para reivindicarse, para limpiar su nombre, para pasárselo por las narices, las narices de sus enemigos. Si la desaprovecha, su fortuna seguirá decayendo. Ya ha decaído mucho.

No puede volverse atrás, no puede vacilar. Tiene que aprovechar la inercia. Todo depende de su voluntad.

—¿Qué tal, señor Duke? —le saluda Dylan cuando Felix pasa por el control de seguridad.

—Bien, de momento —responde Felix muy animado.

—¿Quién va a interpretar al hada? —pregunta Madison.

—No es un hada —dice Felix.

—¿De verdad?

—Puedes estar seguro —replica Felix—. A propósito, la semana que viene traeré a un actor invitado...; en realidad es una actriz muy distinguida. Se llama Anne-Marie Greenland. Interpretará el papel femenino de la obra. Miranda.

—Sí, ya lo hemos oído —dice Madison. Radio macuto funciona muy bien en el Correccional Fletcher, al menos a propósito de ciertas cuestiones; o tal vez sea el sistema de vigilancia. Los cotilleos se extienden como la gripe—. Estamos deseándolo, ¿eh? —Sonríe.

—¿Tiene acreditación? —Quiere saber Dylan.

—Pues claro —replica Felix con más autoridad de la que siente. Estelle lo ha arreglado todo. Fue difícil, hubo quien puso objeciones, pero Estelle sabe qué hilos mover y qué egos adular—. Espero que todos los guardias le deis la bienvenida.

—Tendrá que llevar una alarma de seguridad —dice Dylan—. La actriz, o lo que sea. Le enseñaremos cómo usarla. Por si tiene dificultades.

Su curiosidad es palpable: les gustaría preguntarle más detalles sobre la chica, pero no quieren traicionarse demostrando demasiado entusiasmo. ¿Debería Felix echarles unas migajas, decirles lo del vídeo disponible en YouTube en el que Anne-Marie convierte en picadillo para lasaña a los dos bailarines? Mejor no, decide.

—No habrá dificultades —comenta—, pero sois muy amables.

—No es molestia, señor Duke —dice Dylan.

—Lo que sea con tal de ayudar —añade Madison.

—Puede contar con nosotros. Que tenga un buen día, señor Duke —dice Dylan—. ¡Mucha mierda!

—Mucha mierda, ¡eh! —repite Madison. Levanta los pulgares.

—Toda la obra ocurre en una isla —dice Felix, de pie al lado de la pizarra—. Pero ¿qué tipo de isla? ¿Es también mágica? En realidad no llegamos a saberlo. Es diferente para cada una de las personas que llegan a ella. Algunos la temen, otros quieren controlarla. Algunos solo quieren marcharse.

»La primera persona que pone el pie en ella es la madre de Calibán, Sícorax, de quien se dice que es una bruja odiosa. Muere antes de que empiece la obra, pero no antes de que Calibán nazca en la isla. Crece en ella, y es el único a quien le gusta de verdad. Mientras Calibán es niño, Próspero es bueno con él, pero luego el sexo se entromete, Calibán pierde la cabeza y acaba encerrado. Después tiene miedo de Próspero, y de sus duendes y espíritus porque le atormentan. Pero nunca teme a la isla. A cambio, ella a veces interpreta música dulce para él. —Escribe CALIBÁN en la pizarra—. Hay otro personaje que lleva allí tanto tiempo como Sícorax, pero no es humano. Ese sería Ariel. ¿Qué piensa él de la isla? No lo sabemos. Se dedica a crear ilusiones en ella, pero solo hace lo que le ordenan. —Debajo de CALIBÁN escribe ARIEL—. Los siguientes en llegar a la isla son Próspero, el legítimo duque de Milán, y Miranda cuando aún es un bebé, abandonados en un bote a la deriva por Antonio, el malvado hermano de Próspero. Tienen suerte de llegar allí, porque de lo contrario habrían muerto de hambre o ahogados. Pero se ven obligados a vivir en una cueva y no hay nadie más, aparte de Calibán, por lo que el principal objetivo de Próspero es salir de la isla con Miranda lo antes posible y volver a Milán. Quiere recuperar su antiguo puesto, quiere casar bien a su hija y eso es imposible si se queda. La propia Miranda tiene una opinión neutral al respecto. No conoce otra cosa, así que la isla le parece bien hasta que llegue otra alternativa. —Escribe PROSP & MIR—. Luego, doce años después, llega más gente debido a una tempestad creada por Próspero y Ariel. La tempestad es una ilusión, pero a todos les convence: creen que han naufragado. Para Alonso, el rey de Nápoles, la isla es un lugar triste y de pérdida, porque cree que su hijo, Fernando, se ha ahogado.

»Para Sebastián, el hermano del rey Alonso, y para Antonio, el hermano malvado

de Próspero, la isla es un lugar de oportunidad; parece proporcionarles la ocasión de asesinar a Alonso y a su consejero Gonzalo, tras lo cual Sebastián heredaría el reino de Nápoles, aunque no tiene ni la menor idea de cómo va a volver allí. Los dos creen que la isla es un lugar yermo y sin el menor encanto.

»Gonzalo, el consejero anciano y bienintencionado, cree que la isla es rica y fértil. Se divierte describiendo el reino ideal que fundaría en ella, en el que todos los ciudadanos serían iguales y virtuosos y nadie tendría que trabajar. Los demás se burlan de esa visión. —Felix escribe ALON, GON, ANT, SEB y traza una línea debajo—. El siguiente personaje es muy distinto. Se trata de Fernando, el hijo de Alonso. Como llegó a nado a una parte diferente de la isla, cree que su padre se ha ahogado. Mientras llora su pérdida, Ariel hace que se extravíe con su música. Al principio, cree que la isla es mágica; luego, cuando ve a Miranda, piensa que es una diosa. Y, cuando se entera de que es humana y de que además no está casada, se enamora de ella a primera vista y le propone matrimonio. Por eso su isla es un lugar de maravillas y después de amor romántico. —Felix escribe FERD, y traza otra línea—. Debajo de todo están Esteban y Trínculo —dice—. Son bufones. Y también borrachos. Igual que Antonio y Sebastián, ven la isla como un lugar lleno de oportunidades. Quieren explotar al simplón de Calibán y convertirlo en su criado; incluso se plantean exhibirlo como monstruo de feria o venderlo cuando regresen a la civilización. Pero están más que dispuestos a añadir el robo, el asesinato y la violación a su repertorio. Libraos de Próspero, les dice Calibán, y la isla será su reino, con Miranda por añadidura.

»También les preocupa quién mandará y cómo; son versiones cómicas de Antonio y de Sebastián. O podría decirse que Antonio y Sebastián son bufones bien vestidos. —Escribe ESTEB & TRÍN. Hace una pausa y contempla la sala: no percibe hostilidad, pero tampoco verdadero entusiasmo. Le están observando—. Tal vez la isla sea de verdad mágica —sugiere—. Puede que sea una especie de espejo en el que cada cual ve el reflejo de lo que hay en su interior. Tal vez saque a relucir a quien eres en realidad. Es posible que sea un lugar donde haya que aprender algo. Pero ¿qué tiene que aprender cada una de estas personas? ¿Y lo aprenden? —Traza una línea doble debajo de su lista—. En fin —dice—. Estos son los personajes principales. Escribidlos por orden, todos menos Próspero y Miranda: yo interpretaré a Próspero y ya sabéis quién será Miranda. Luego escribid un número al lado de cada uno de esos nombres, de cero a diez. Diez significa que os gustaría mucho interpretar ese personaje, cero que tenéis cero interés en él. Tened en cuenta si servís para el papel. Por ejemplo, convendría que Fernando fuese más bien joven, igual que Gonzalo debería ser más bien viejo.

»Desde ahora hasta que reparta los papeles, leeremos algunos parlamentos. Luego tal vez cambiéis de opinión sobre vuestro personaje preferido. En ese caso, no dudéis en tachar el número y escribir otro nuevo.

Todos se ponen manos a la obra; se oye el laborioso crujido de los lápices.

¿Es mágica la isla?, se pregunta Felix. La isla es muchas cosas, pero entre todas ellas es algo que no ha dicho: la isla es un teatro. Próspero es un director. Está montando una obra dentro de la cual hay otra obra. Si su magia funciona y la obra tiene éxito saciará el deseo de su corazón. Pero si fracasa...

—No fracasará —dice Felix.

Se levantan unas cabezas, unas pocas miradas se dirigen hacia él. ¿Lo ha dicho en voz alta? ¿Está hablando solo?

Cuidado con esa costumbre, se dice. No vayan a pensar que estás tomando drogas.

Monstruo escorbútico

Martes, 15 de enero de 2013

El martes por la mañana Felix cuenta los votos. De los veinte miembros de su compañía, solo uno quiere interpretar al digno Gonzalo. Por suerte, es Lápiz Chueco, el contable corrupto. Felix lo apunta.

El rey Alonso y su hermano, Sebastián, no tienen muchos postulantes; están al final de todas las listas, aunque no tienen ningún cero.

Antonio, el hermano malvado de Próspero, es más popular. Cinco le han dado un nueve.

Esteban y Trínculo: dos cada uno. Así que hay cuatro que se creen graciosos.

Ocho se imaginan como Fernando; de ellos, seis confunden la realidad con el deseo: no hay manera de que resulten convincentes como protagonista romántico. Pero dos sí son posibles.

Ariel, doce. Por lo visto, hay muchos interesados en los extraterrestres y los efectos especiales.

Y Calibán, por sorprendente que parezca, quince.

El miércoles habrá que tomar decisiones difíciles, piensa Felix. Empezará por Calibán. Calibán es poético en secreto. Cuando hablen de eso, algunos se volverán atrás. Les dirá que Calibán no es solo una cara fea.

Como preparación para la dura tarea que le espera, Felix se da su baño semanal en la bañera metálica. Es toda una puesta en escena. Primero tiene que calentar el agua, en el fogón y en el hervidor eléctrico. Luego tiene que mezclar el agua caliente con la fría de la bomba manual. Después tiene que desvestirse. Por último tiene que meterse en el agua. Es un procedimiento gélido y resbaladizo en esta época del año, con la corriente que se cuele por debajo de la puerta y —ahora mismo— con el granizo golpeando contra el cristal de la ventana. Y la toalla deshilachada no ayuda. Tendría que comprar otra, ¿qué se lo impide? Su sentido del diseño, eso es. Una toalla nueva no encajaría en ese decorado austero y monacal.

Como corresponde a su modestia, Miranda nunca está presente cuando lleva a cabo este ritual. ¿Adónde va? A algún otro sitio. Chica lista. Nada disminuiría más el respeto de una chica adolescente por su agudo progenitor masculino que ver sus

piernas delgadas y su carne marchita y arrugada.

¿Cómo se bañaban Próspero y Miranda cuando estaban en la isla? Felix medita esta cuestión mientras se enjabona rápidamente las axilas. ¿Tendrían una bañera? Improbable. Tal vez hubiese una cascada. Pero ¿correría Miranda el riesgo de ser atacada por Calibán cada vez que la utilizase? Sin duda; pero en esos momentos Próspero debía de encerrarlo en su celda de roca.

Muy bien, pero ¿y Próspero? Para que sus hechizos siguiesen surtiendo efectos, ¿no tenía que seguir llevando su manto mágico? ¿No necesitaba sus libros, su báculo? No podría llevar puesto el manto mágico mientras se duchaba en la cascada. Así que tal vez no se duchara. El viejo debía de oler bastante mal después de doce años sin ducharse.

Pero olvida una cosa: Ariel tendría que montar guardia. Ariel con alas de arpía y la guardia pretoriana de obedientes duendes de Próspero. «Asistente de baño» no era una de las funciones de Ariel en el texto, pero debía darse por supuesto.

Es una omisión frecuente en la literatura y el teatro, decide Felix: nadie se baña, ni se para a pensarlo siquiera, nadie come, nadie defeca. Excepto en Beckett, claro. Siempre se puede contar con Beckett. Rábanos, zanahorias, meados, pies malolientes; no falta nada, todo el corpus humano a su nivel más mundano y abyecto.

Se levanta de la bañera metálica, los pies sueltan un chirrido al pisar los fríos tablones del suelo, luego se envuelve a toda prisa en la toalla. Se pone el camisón de franela. Llena la bolsa de agua caliente. La dentadura en un vaso de agua, la tableta efervescente, la pastilla de vitaminas, el chocolate caliente. No se atreve a salir al retrete en plena ventisca, así que mea en un tarro de cristal que guarda para eso y tira el fluido por el fregadero. Próspero nunca tuvo que enfrentarse a la nieve; no habría necesitado un tarro de cristal.

Y a la cama.

Cuando se arrebujá entre las mantas y apaga la luz, Miranda se materializa en la oscuridad.

—Buenas noches —le dice.

¿Acaricia ella el aire por encima de la frente con la mano? Pues claro.

La mañana del miércoles es luminosa y despejada. Después de desayunar un huevo cocido Felix va en coche por los campos cubiertos de nieve y los árboles relucientes, luego sube la pendiente hasta el Correccional Fletcher mientras silba una tonadilla en silencio. «Ban, ban, Ca-calibán». Esa escena es un momento excelente para un número musical. Les dirá que la canción de Calibán es un ejemplo primitivo de rap, y en cierto modo es cierto.

—Tenemos un problema —empieza después de instalarse al lado de la pizarra—. Quince de vosotros queréis interpretar a Calibán. Tenemos que hablarlo. —Coge el rotulador—. ¿Qué clase de ser es Calibán? —Miradas inexpresivas—. En fin —

intenta de nuevo—, hemos coincidido en que Ariel no era humano, en que es una especie de extraterrestre. ¿Y Calibán? Sabemos que su madre era humana. Así que ¿es humano o no?

—Sí, es humano —responde Cables.

—Y tanto que lo es —coincide Niño Prodigio, mirando a su alrededor en busca de apoyo—. Como que quería cepillarse a Miranda.

Algunas risas tristes, murmullos de «Sí».

Vamos llegando a alguna parte, piensa Felix.

—Así, de pronto —dice—, ¿qué palabra os parece que describe mejor a Calibán?

—Monstruo —responde el Vaina—. Muchos lo llaman monstruo.

—Malo.

—Idiota.

—Feo.

—Pescado. Dicen que apesta a pescado.

—Es una especie de caníbal. Como un salvaje.

—Tierra —dice el Píldoras.

—Esclavo —apunta Coyote Rojo—. Un esclavo ponzoñoso —añade.

—La Semilla de Bruja —dice Ocho Manos, el pirata informático del lado oscuro—. Esa es la mejor.

Felix escribe las palabras una tras otra.

—No es un tipo muy agradable —dice—. ¿Por qué queréis interpretarlo?

Sonrisas.

—Es pestífero.

—Le entendemos.

—Todos le dan de patadas, pero él no se rinde, dice lo que piensa. —Quien ha hablado es Piernas.

—Es malo —dice Shiv—. ¡Muy malo! ¡Quiere vengarse de todos los que le insultan!

Felix traza una línea debajo de las palabras.

—Los demás hablan muy mal de él —argumenta—. Pero nadie es solo el total de lo que dicen los demás. Todo el mundo tiene más capas. —Gestos de asentimiento: los está convenciendo—. ¿Qué hay de esas otras capas? —se responde a sí mismo, como hace a menudo—: En primer lugar, le gusta la música. Sabe cantar y bailar. —MUSICAL, escribe—. Así que se parece un poco a Ariel.

—Pero no como si fuese un hada —dice Shiv—. Nada de prímulas.

Felix no le hace caso.

—Conoce la isla..., dónde encontrar de todo; por ejemplo, las cosas de comer. —Escribe CONOCIMIENTO DE LA ZONA—. Pronuncia el parlamento más poético sobre la isla de toda la obra: el de sus bellos sueños. —Escribe ROMÁNTICO—. Y cree que Próspero le ha robado su heredad, la isla, y quiere recuperarla. —Escribe VENGATIVO.

—En cierto sentido, no le falta razón —dice Ojo de Serpiente.

—Así que es como Próspero —dice Ocho Manos—. No piensa más que en vengarse. Y quiere ser el rey de la Mierda.

—Un punto menos, has dicho mierda —dice Niño Prodigio.

—No era una palabrota —se excusa Ocho Manos—. Solo un nombre.

—Lo que intento deciros —dice Felix— es que Calibán es un papel difícil. Tenéis que pensarlo bien. Interpretarlo no es fácil. —Hace una pausa para dejar que calen sus palabras. Se oyen algunos gruñidos guturales. ¿Están pensándose mejor algunos de los quince aspirantes a Calibán? Es posible—. Y, sí, en parte es como Próspero —continúa Felix—. Pero Próspero no quiere ser rey de la isla y establecer una colonia en ella. Al contrario, está deseando abandonarla. En cambio Calibán cree que debería ser su rey, quiere poblarla con réplicas de sí mismo y le gustaría hacerlo violando a Miranda. Como ve que no puede, se pone en manos de Esteban y Trínculo y les anima a asesinar a Próspero.

—No es mal plan —apunta Piernas. Se oyen murmullos de asentimiento.

—Vale, ya sé que no os gusta Próspero —dice Felix—. Y no os faltan motivos. Después hablaremos de eso. Entretanto, aquí está vuestro próximo trabajo. El primer día os dije que una de las claves de esta obra son las cárceles. —Escribe CÁRCELES en lo alto de la pizarra—. Pues bien, lo que quiero que hagáis es que busquéis todas las cárceles, entre ellas las del pasado, la parte ocurrida antes de que empezase la obra.

»¿Qué clase de cárceles son? ¿A quién han encerrado en cada una de ellas? ¿Y quién es el carcelero: quién los ha metido y quién los ha dejado allí? —Escribe PRESO, CÁRCEL, CARCELERO—. He encontrado al menos siete cárceles. Tal vez vosotros podáis encontrar alguna más.

En realidad son nueve, pero que busquen ellos.

—Y, si se trata de un mismo sitio, como la isla, pero en lugares distintos, ¿cuenta como dos cárceles? —pregunta Lápiz Chueco—. ¿O como una?

—Digamos que son acontecimientos de encarcelamiento único —responde Felix.

—¿Acontecimientos de encarcelamiento único? —repite Piernas—. Sí, cuando salga, diré que he pasado un pestífero y puñetero acontecimiento de encarcelamiento único.

Risas del grupo.

—Al menos no es un acontecimiento de muerte único —dice el Vaina.

—Un acontecimiento de partirte la cara único.

—Un acontecimiento de ponerse ciego único.

—Vale —dice Felix—. Ya sabéis lo que quiero decir.

Siempre que habla como un asistente social se lo hacen notar.

—¿Qué cuenta exactamente? —pregunta Ocho Manos—. ¿El pino en el que estaba encerrado Ariel?

—Digamos que una cárcel es cualquier sitio o situación en la que te hayan puesto en contra de tu voluntad, donde no quieres estar y de donde no te puedes ir —responde Felix—. Así que sí: el pino cuenta.

—¡Hideputa! —exclama Cables—. ¡Haciendo solitarios en un pino!

—Hideputa genial —coincide Ocho Manos.

—Peor sería la encina —observa Coyote Rojo—. La madera es más dura.

—¿Hay algún premio para quien encuentre más cárceles? ¿Ganaremos cigarrillos? —Quiere saber Piernas.

III

Esos actores

Segundo trabajo: presos y carceleros

Resultados de clase corregidos:

<i>Preso</i>	<i>Cárcel</i>	<i>Carcelero</i>
Sícorax	Isla	Gobierno de Argel
Ariel	Pino	Sícorax
Próspero y Miranda	Bote agujereado	Antonio y Alonso
Próspero y Miranda	Isla	Antonio y Alonso
Calibán	Agujero en las rocas	Próspero
Fernando	Encantamiento, cadenas	Próspero
Antonio, Alonso y Sebastián	Isla, encantamiento, locura	Próspero
Esteban y Trínculo	Estanque fangoso	Ariel y espíritus de perro, por orden de Próspero

Los duendes de Próspero

Miércoles, 16 de enero de 2013

Felix llena la pizarra, con letras mayúsculas de color rojo, con lo que han descubierto en clase.

—Lo habéis hecho bien —dice—. Habéis encontrado ocho... —Hace una pausa—. Ocho acontecimientos de encarcelamiento único. —Que se traguen la frase esta vez, piensa, y se la tragan: no hay comentarios burlones—. Pero hay una novena cárcel.

Miradas perplejas. Escepticismo de Ocho Manos.

—¡Pestes, no fastidie!

Felix espera. Los observa contar, pensar.

—¿Va a decirnos cuál es? —pregunta por fin el Vaina.

—Cuando hayamos montado la obra —dice Felix—. Cuando acaben nuestros divertimentos. A no ser, claro, que alguien la encuentre antes. —No cree que vayan a encontrarla, pero ya se ha equivocado otras veces—. Bueno, veamos a los carceleros. Hay tres personajes encarcelados por alguien que no es Próspero: Sícorax, en la isla, por los funcionarios de Argel; Ariel, en el pino, por Sícorax, y el propio Próspero, por Antonio, con la ayuda de Alonso, primero en el bote agujereado y luego en la isla. Cuatro personajes, si contamos a Miranda, aunque cuando desembarca solo tiene tres años, así que crece en la isla sin tener la sensación de estar encerrada en ella. Luego, hay siete individuos encarcelados en acontecimientos en los que el carcelero es Próspero. Se diría que es el principal carcelero de la obra.

—Además, es un negrero —apunta Coyote Rojo.

—No solo con Calibán, también tiene sometido a Ariel —dice Ocho Manos—. Le amenaza con la encina. Solitario permanente. Es inhumano.

—Además, es un ladrón de tierras —añade Coyote Rojo—. Condenado viejo blanco. Debería llamarse Próspero Corp. Acabará descubriendo petróleo en ellas, desarrollándolas y ametrallando a todo el mundo para echarlos.

—Eres un comunista pestífero —dice Ojo de Serpiente.

—Que te den, perro pecososo —responde Coyote Rojo.

—Dejaos de hideputas insultos, somos un equipo —tercia Piernas.

Piden calma.

—Ya sé qué tenéis contra Próspero —dice Felix—. Sobre todo cómo trata a

Calibán. —Mira a su alrededor en la sala: ceños fruncidos. Mandíbulas apretadas. Hay una clara hostilidad contra Próspero—. Pero ¿qué más opciones tiene?

—¡Opciones! —dice Shiv—. ¡Nos importa una..., nos importan una tierra sus puñeteras opciones!

—Cuidadito con lo de «tierra» —advierte Coyote Rojo—. Os lo aviso.

—A ver si te crees que todo el mundo piensa solo en ti —dice Shiv.

—Dadle una oportunidad a Próspero. Oigamos cuáles son sus opciones —dice Lápiz Chueco en voz baja. Le gusta dárselas de hombre razonable.

—Os las diré —dice Felix—. Imaginad que el barco con el rey Alonso, Antonio, Fernando y Gonzalo no hubiese pasado nunca por allí. Fue pura suerte que pasara cerca de la isla al volver de la boda de la hija de Alonso. O, tal como dice Próspero, fue obra de una estrella propicia y de la Dama Fortuna. Pero supongamos que el barco no hubiese llegado. Tendríamos a Próspero, atrapado en la isla, con su hija y un hombre joven que quiere violarla. Aunque Próspero ha sido amable con Calibán de niño, cuando se hace adulto Calibán se revuelve contra él.

»Nadie tiene una pistola. Nadie tiene una espada. Si hubiese sido cuestión de fuerza, Calibán habría podido matar a Próspero con mucha facilidad. De hecho, es lo que pretende hacer en cuanto se le presenta la oportunidad. Conque ¿tiene Próspero derecho a defenderse? —Murmullos. Ceños fruncidos—. Votémoslo —propone Felix—. ¿De acuerdo?

Casi todos levantan la mano a regañadientes. Coyote Rojo no la levanta.

—Coyote Rojo —dice Felix—. ¿Debería dejar que Calibán hiciese lo que le viniera en gana y correr el riesgo de que lo asesinara?

—Para empezar, no se le ha perdido nada allí —responde Coyote Rojo—. La isla no es suya.

—¿Acaso ha escogido desembarcar en ella? —objeta Felix—. No es un invasor, sino un naufrago.

—Sigue siendo un negrero —insiste Coyote Rojo.

—Podría dejar encerrado a Calibán todo el tiempo —dice Felix—. Podría matarlo.

—Él mismo dice que quiere explotarlo —replica Coyote Rojo—. Enviarlo a buscar leña y que friegue los platos. Esas cosas. Además, hace lo mismo con Ariel. Lo obliga a trabajar contra su voluntad. No le concede la libertad.

—Admitido —reconoce Felix—. Pero, aun así, tiene derecho a defenderse, ¿no? Y la única forma que tiene de hacerlo es con su magia, que es eficaz solo mientras tenga a Ariel haciéndole los recados. Si atar a Ariel con una cuerda mágica fuese tu única arma, harías lo mismo, ¿no?

Esta vez, el asentimiento es general.

—Muy bien —dice Niño Prodigio—, pero ¿por qué hacer pasar por eso a los demás? La escena de la arpía, la locura. ¿Por qué no se limita a matar a sus enemigos y a quitarles el barco? ¿Por qué no deja a Calibán en la isla y vuelve a Milán o a

donde sea?

Porque no habría obra de teatro, piensa Felix. O sería una muy diferente. Pero, si quiere que los personajes sigan pareciéndoles reales, no puede usar esa táctica.

—Estoy seguro de que estuvo tentado —dice—. Lo más probable es que quisiera partirlas la crisma. ¿Cómo no iba a querer después de lo que le hicieron? —Gestos de asentimiento generalizado—. De todos modos, si se hubiese vengado así, habría podido recuperar su ducado; pero, puesto que Antonio había llegado a un acuerdo con el rey Alonso por el que Milán quedaba bajo el dominio de Nápoles, quien heredase el reino de Nápoles le guardaría rencor. No se tomarían a bien la misteriosa desaparición del rey y su hijo, y los marineros hablarían. El nuevo gobernante de Nápoles volvería a expulsar a Próspero o lo mataría, y nombraría a otro duque de Milán. En caso contrario, Nápoles declarararía la guerra a Milán. Nápoles es más fuerte. Milán corre el riesgo de ser derrotada. ¿Cuál es el plan de Próspero?

—Que Fernando se case con Miranda —dice Lápiz Chueco—. Eso convierte a Miranda en reina de Nápoles, y une al ducado con Nápoles. Paz con honor. Es lo que se llamaba un matrimonio dinástico —explica a los demás.

—Eso es —afirma Felix—. Pero Próspero no es un tirano: no quiere forzar un matrimonio por motivos políticos, como ha hecho Alonso con su propia hija. No quiere que casar a Miranda sea como un frío acuerdo de compraventa de carne. Lo que quiere es que los dos jóvenes, Fernando y Miranda, se enamoren de verdad. Así que usa su magia para conseguirlo. O al menos para propiciarlo.

Gestos de asentimiento: están de acuerdo.

—Yo tampoco le haría eso a mi hija —dice Piernas—. Casarla así. Menuda cerdada.

Felix sonrío.

—Próspero también tiene que crear una situación en la que Alonso acepte este matrimonio —dice—. En circunstancias normales no aceptaría, porque Nápoles es un reino y Milán solo un ducado. Está claro que Alonso pensaba casar a su hijo Fernando con otro reino grande y rico. Eso le haría más poderoso. Y Fernando habría tenido que casarse con quien le hubiese dicho su padre.

—En aquella época era la ley —añade Lápiz Chueco—. Tenías que tragar.

—Pestífera ley —exclama VaMoos.

—Así que Próspero hace creer a Alonso que Fernando se ha ahogado y luego llega la gran revelación —dice Ocho Manos—. ¡Mira! ¡Está vivo! Guay.

—Y el rey está tan encantado que dejaría a Fernando casarse con una rana si quisiera —apunta Ojo de Serpiente.

—Exacto —dice Felix—. Por un lado, la supuesta muerte de Fernando es un castigo para Alonso, su venganza, le causa angustia; pero, por otro lado, es una estrategia calculada.

—Dos pájaros con la misma piedra —añade Krampus el menonita.

—No es tonto —dice Ojo de Serpiente—. Buena jugada.

—Conque ¿está justificado lo que hace Próspero, teniendo en cuenta su estrecho rango de posibilidades? Votemos otra vez —propone Felix—. ¿Quién cree que sí? —Esta vez todos levantan la mano. Felix relaja los hombros: alivio. Próspero ha sido absuelto, al menos de momento—. Entonces estamos de acuerdo —dice—. Y ahora hablemos de los agentes del orden.

—¿Agentes del orden? —pregunta Lápiz Chueco.

—Toda autoridad reside en último extremo en la fuerza —dice Felix—. La isla es una cárcel, y donde hay una cárcel tiene que haber agentes del orden. De lo contrario todos los presos saldrían y escaparían.

Enfáticos gestos de asentimiento.

—Pero en el reparto no hay ningún agente del orden —objeta Lápiz Chueco—. En las *dramatis personae*.

Abre el texto por la página y lo consulta.

—Aun así, están presentes —insiste Felix—. Son quienes dan los calambres y los agujonazos a Calibán cuando habla más de la cuenta, y los que persiguen a Esteban y a Trínculo disfrazados de espíritus de perro.

—¿Ese no es Ariel? —pregunta Ocho Manos—. Pensé que era él.

—Míralo otra vez. Ariel manda en ellos —dice Felix—. Lo tenéis ahí. «Mis duendes». Eso es lo que son: los duendes de Próspero. No están en el reparto, porque los interpretaba cualquiera que estuviese ya en el escenario. Te pones una máscara y, bingo, ya eres un duende. Así que todo el mundo en nuestra obra tendrá dos papeles: su propio papel y uno de los duendes de Próspero. Son los agentes del orden, pero también quienes permiten la venganza y el castigo. Son quienes hacen el trabajo sucio.

Ah, ¡sí! Ya imagina cómo podría ser: Tony y Sal rodeados de duendes. Acosados por ellos. Amenazados por ellos. Reducidos a una gelatina temblorosa. Oíd cómo gritan —piensa—. Que les persigan de verdad. Ahora todos mis enemigos están a mi merced. Recorre la clase con la mirada y sonrío con benevolencia.

—Claro —dice Ocho Manos—. Ya lo pillo. Duendes R'Us.

*Dramatis personae**Jueves, 17 de enero de 2013*

Hasta ahora Anne-Marie no ha conocido a la clase. Se ha estudiado el papel sola, o más bien se ha dedicado a recordarlo. Su primera sesión en el correccional será el viernes, el día en que Felix anunciará el reparto, pero antes ha quedado para almorzar con ella. Quiere prepararla, que sepa dónde se está metiendo. ¿Quién, por ejemplo, será su Fernando? Tiene derecho a saberlo de antemano.

Mientras come su solitario huevo matutino —solitario porque Miranda está en alguna parte en su espacio personal y, como todas las chicas adolescentes, es reservada con eso— repasa las decisiones que ha tomado ya.

Ha meditado mucho esas decisiones. Tiene las preferencias de los propios actores, pero la experiencia ha enseñado a Felix a desconfiar de ellas. ¿Qué Romeo nato no ha soñado con interpretar a Yago y viceversa?

¿Debería hacer el reparto por tipos o al revés? ¿Poner a feos en papeles de guapo: un tío cachas buenísimo en el papel de Calibán? ¿Debe ponerlos en papeles que les obliguen a explorar su ser más profundo, o es mejor dejar esas profundidades sin explorar? ¿Provocar al público mostrándole personajes conocidos de una guisa sorprendente y tal vez desagradable?

En su vida pasada en el festival se hizo famoso por el desparpajo con el que forzaba todos los límites. Visto ahora, es posible que alguna que otra vez llevase las cosas un poco lejos. Para ser justos, más de una vez; casi se había convertido en su marca de fábrica. Pero en esta ocasión, será mejor no forzar las cosas. Dará a cada uno un papel que pueda interpretar bien; al fin y al cabo, antes que nada es un director. La obra es la trampa. Su obligación es ayudar a los actores a ejecutarla.

Ha preparado unas notas, en parte para su uso personal, pero también para compartirlas con Anne-Marie. La advertirá de que solo pueden verlas ellos dos. Después de su bonito discurso a la clase —«No me importa lo que hayáis hecho» y demás— sería una desilusión para sus actores ver sus condenas descritas con tanto detalle.

Repasa su lista provisional:

Dramatis personae

PRÓSPERO, EL LEGÍTIMO DUQUE DE MILÁN: el señor Duke, director y productor.

MIRANDA, SU HIJA: Anne-Marie Greenland, actriz, bailarina, coreógrafa.

ARIEL: Ocho Manos. De constitución menuda. Antecedentes familiares de las Indias Orientales. Unos veintitrés

años. Muy inteligente. Rápido con el teclado. Amplios conocimientos tecnológicos. *Condena*: pirata informático, robo de identidad. Suplantación. Falsificación. Cree que sus actividades están justificadas, piensa que está siendo un Robin Hood benévolo contra los malvados reyes Juan capitalistas de este mundo. Le traicionó un colega de más edad cuando se negó a piratear organizaciones caritativas que defendían a los refugiados. Interpretó a Rivers en *Ricardo III*.

CALIBÁN: Piernas. Unos treinta años. Origen mestizo, irlandés y negro. Pelirrojo, con pecas, de constitución fuerte, hace muchas pesas. Veterano de guerra, estuvo en Afganistán. El Servicio de Veteranos no le pagó el tratamiento para los trastornos por estrés postraumático. *Condena*: robo con allanamiento, asalto. Ambas cosas relacionadas con el consumo de drogas y alcohol. El programa de rehabilitación en que estaba se canceló. Ha interpretado a Bruto, a la segunda Bruja y a Clarence. Es un actor excelente, pero quisquilloso.

FERNANDO, HIJO DE ALONSO: Niño Prodigio. Aparenta veinticinco, probablemente sea mayor. De apellidos escandinavos. Atractivo. Elegante, apuesto, convincente, puede parecer muy sincero. *Condena*: fraude; vendió pólizas de seguros de vida falsas a ancianos crédulos. Engañó sobre todo a emigrantes. Interpretó a Macduff y a Hastings en *Ricardo III*.

ALONSO, REY DE NÁPOLES: Krampus. Debe de tener unos cuarenta y cinco años. De origen menonita. Rostro alargado y caballuno. Miembro de una red menonita que transportaba drogas desde México a Estados Unidos en máquinas agrícolas, bajo un manto piadoso. Depresivo. Interpretó a Banquo en *Macbeth* y a Bruto en *Julio César*.

SEBASTIÁN, HERMANO DE ALONSO: el Píldoras. De familia de refugiados vietnamitas; su familia hizo grandes sacrificios para enviarlo a la Facultad de Medicina. Unos cuarenta años. Cree haber sido acusado injustamente. *Condena*: homicidio relacionado con las muertes por sobredosis de tres jóvenes estudiantes a quienes recetó en repetidas ocasiones analgésicos adictivos. Afirma que le imploraron que les ayudase. Fácil de manipular. Interpretó a Buckingham en *Ricardo III*.

ADRIÁN Y FRANCISCO, DOS CORTESANOS. *Nota: en muchas producciones se eliminan estos papeles y se asignan algunos de sus parlamentos a Gonzalo y a Sebastián. Es una buena idea y he decidido seguirla.*

GONZALO, EL VIEJO CONSEJERO DE ALONSO: Lápiz Chueco. Calvo, con sobrepeso. Cincuenta y tantos. De origen *wasp*. Contable. *Condena*: desfalco. Inteligente, con veleidades filosóficas. Cree que su sentencia fue injusta. Los demás le respetan y creen que les ayudará con la burocracia cuando salgan. Interpretó a Casio en *Julio César*, fue Duncan en *Macbeth*.

ANTONIO, EL HERMANO USURPADOR DE PRÓSPERO: Ojo de Serpiente. De origen italiano. Delgado, hace pesas. Bizquea. Unos treinta y cinco años. Título en Derecho, que luego resultó ser falso. *Condena*: fraude inmobiliario; falsificaba escrituras y vendía propiedades ajenas. También dirigió un pequeño esquema Ponzi. Persuasivo, pero solo con quienes quieren dejarse persuadir. Se siente justificado. Cree que los demás son unos primos y merecen que los desplumen; está convencido de que lo pillaron solo por un tecnicismo legal. Interpretó a Macbeth. Interpretó a Ricardo III. Buen villano.

ESTEBAN, UN DESPENSERO BORRACHO: Coyote Rojo. Veintitantos. Origen nativo canadiense. *Condena*: contrabando, tráfico de drogas. No cree que estuviese haciendo nada malo porque el sistema legal es ilegítimo. Interpretó a Marco Antonio en *Julio César*. Interpretó a la primera bruja en *Macbeth*.

TRÍNCULO, UN BUFÓN: Tiempozz. De origen chino por parte de uno de sus padres. Cara redonda, pálida. Copió su nombre escénico de la cadena de donuts Timmy's porque afirma que no tiene nada dentro de la cabeza. No es tan tonto como parece. Es un carterista consumado. *Condena*: dirigir una red de hurtos en tiendas. Afirma que le obligaron. Adivino en *Julio César*, portero en *Macbeth*. Payaso nato.

PRESENTADOR: siempre hemos empleado un presentador que va dando versiones resumidas de cada escena para que el público pueda seguir el argumento. Estoy pensando en Shiv, el mexicano, para este papel. Originario de Nuevo México. *Condena*: asalto. Era el matón de una banda local. Personalidad extrovertida, buena voz. Interpretó a lord Grey en *Ricardo III*.

CONTRAMAESTRE: el Vaina. Afrocanadiense. Tiene talento musical; y, sí, conozco el tópico. Bailarín, no tan bueno como él cree, pero bueno. *Condena*: drogas, extorsión, asalto, vínculos con bandas. Habría sido un buen Calibán, pero hace falta para otras cosas.

IRIS, CERES, JUNO: una dificultad —ha escrito Felix—. Ninguno de los hombres aceptará interpretar a estas diosas. Pero Próspero las llama marionetas, así que ¿por qué no utilizar marionetas? O muñecas con voces digitales. Darles un punto extraño. En vídeo podría funcionar.

Hay varios papeles y funciones más que Felix tiene que asignar: efectos especiales, apuntadores, sobresalientes. El encargado de vestuario, el utilero. Necesitará un

fotógrafo para la publicidad; no habrá verdadera publicidad, claro, pero a los chicos les gusta que les hagan fotos disfrazados. La clase ha decidido ya cambiar algunos números musicales y añadir otros, así que harán falta cantantes y bailarines. Cantantes de rap y *breakdancers*, supone Felix. Anne-Marie puede ayudar con la coreografía.

Ya tiene bosquejado el reparto, pero las cosas pueden cambiar a medida que descubra los límites y capacidades de cada uno.

Alineación provisional

EFECTOS ESPECIALES: Ocho Manos, técnico principal; Niño Prodigio, Shiv, el Vaina, Cables.

UTILERÍA Y VESTUARIO: asignar como trabajo a cada jefe de equipo con sugerencias del equipo.

FOTOS PUBLICITARIAS: Niño Prodigio. Sabe lo que queda glamuroso.

DJ MUSICALES: Piernas, Coyote Rojo, Carapálida, Bola de Arroz, Ocho Manos se encargará de editar el sonido.

INSTRUMENTOS: Piernas, Shiv el Mexicano, el Vaina, Coyote Rojo, Muerte Fría.

CORO Y BAILARINES: el Vaina, Piernas, Tiempozz, VaMoos, Bola de Arroz y otros miembros de la compañía, si hace falta.

COREOGRAFÍA: Anne-Marie Greenland, Piernas, el Vaina.

DUENDES PRINCIPALES: Bola de Arroz, Muerte Fría, VaMoos. *Condenas*: incendio para cobrar el seguro, robo a mano armada, drogas. Todos son actores primerizos que pueden aprender mucho de los demás. Dos han sido porteros de discoteca.

DUENDES SECUNDARIOS: otros miembros de la compañía, si hacen falta.

Los duendes, piensa Felix. El arma definitiva. El núcleo de su proyecto secreto; la clave de la venganza reside en los duendes. ¿Qué deberían llevar? ¿Pasamontañas negros, o eso recuerda demasiado a los ladrones de bancos y los terroristas? Si es así, piensa, tanto mejor: el miedo puede ser muy inspirador. Podría decirse que obra tantos cambios como el mar.

Admirada Miranda

El mismo día

Felix queda con Anne-Marie para almorzar en el Imp and Pig-Nut en Makeshiweg. Está un poco menos delgada, pero se nota que está tensa. Rígida. Rebosa energía. Al mismo tiempo sus ojos parecen más grandes, su expresión más abierta; aparenta diez años menos. Lleva una camiseta de manga larga muy sencilla, blanca. En la obra, la tradición es que Miranda vista de blanco. A lo sumo de beis.

Excelente, piensa Felix. Se está metiendo en el papel. Cuando queramos darnos cuenta irá por ahí descalza, aunque estemos en pleno invierno.

—¿Una cerveza? —pregunta—. ¿Hamburguesa con patatas?

—Tomaré solo la ensalada de nueces y arándanos rojos y una taza de té verde — responde ella—. Me he quitado de la carne.

Todas las chicas jóvenes hacen lo mismo, piensa Felix: su Miranda es igual. Comen quinoa, semillas de lino, batidos de leche de almendras. Nueces. Bayas. Pasta con calabacín.

—No te pases —dice.

—¿Pasarme?

—De pura e inocente —responde—. Ya me entiendes. Las ensaladas.

Ella se ríe.

—Vale, tomaré una cerveza —dice—. Y patatas fritas con la ensalada.

Felix se pide una hamburguesa. Hace mucho que no comía ninguna. ¿De dónde sacarían las proteínas en la isla?, quisiera saber. Ah, ¡sí! Del pescado ¡Por eso Calibán huele a pescado! No solo hurga en el suelo buscando trufas con las largas uñas, también pesca. «No construiré más presas para los peces». ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—¿Qué tal te va? —pregunta—. ¿Con tu papel?

—Está todo ahí —responde ella—. De la otra vez. En mi cabeza. Solo estaba esperando, almacenado, ya me entiende, en el negro reverso y abismo del tiempo. Una de las chicas con las que comparto piso me está escuchando. Me sale casi perfecto.

—Estoy deseando hacer esa escena contigo —dice Felix—. La escena del negro reverso. Toda la obra, en realidad. ¡Seguro que la bordas!

Ella esboza una sonrisa triste.

—Sí, claro, ya lo sé. Interpretar a Miranda con un hatajo de criminales servirá para lanzar mi carrera. Se lo toma usted como si fuese de verdad. Una verdadera producción.

—Es real —responde él—. Más que real. Hiperreal. Ya lo verás. —La comida llega a tiempo, milagrosamente, y se produce un interludio en el que ambos se limitan a masticar. Cuando juzga que es el momento apropiado, Felix dice—: He preparado el reparto de la obra. Es provisional. Aún podría haber cambios. He traído la lista, para que sepas con quién vas a actuar antes de que te los presente. Te he traído unas notas.

Le da las páginas sujetas con un clip; ella las hojea.

—Ha detallado usted sus delitos, ¿eh? —comenta en tono de reproche—. Muy considerado por su parte, pero ¿le parece justo? Si fuesen actores normales no lo habría hecho. Siempre decía que debíamos llegar aquí desnudos. Sin prejuicios.

—Los actores normales están en la Wikipedia —responde él—. Sus delitos son sus malas críticas. El conocimiento público. De todos modos, estos no son crímenes como tales: son condenas. Es diferente. No sabemos si hicieron algo de verdad.

—Vale, vale, entendido, no se hable más —dice ella. Repasa la lista con el dedo—. Asalto, desfalco, fraude. Muy bien. Al menos no hay asesinos múltiples ni violadores de niños.

—Esos están en el ala de máxima seguridad —le informa Felix—. Bajo vigilancia especial. Por su propia protección. Mis muchachos no aprueban esas cosas.

—Bien —dice Anne-Marie—. ¿Entonces Calibán no intentará violarme de verdad?

—Nada más improbable —responde Felix—. Los demás se lo impedirían. Uno de ellos es un contable. —Señala a Gonzalo—. Y este es tu Fernando.

—Es guapo —dice Miranda—. Niño Prodigio. ¿Elegió el apodo él mismo?

—No estoy seguro —replica Félix—. Pero tiene la cara ideal para el papel. Ese aspecto de anuncio de loción para afeitado de los cincuenta. Serio. —Él también está caducado con lo de la loción de afeitado de los cincuenta, pero Anne-Marie no se burla.

—Vaya, un timador. Estafaba a viejecitos —dice—. Eso no está bien.

—No hizo daño a nadie —replica Felix a la defensiva—. Al menos físicamente. Vendía pólizas de seguros falsas a ancianos y le iba muy bien. No llegaban a saberlo hasta después de muertos.

—¿Cómo dice? —pregunta Anne-Marie con una sonrisa.

—De acuerdo, los que lo habrían sabido eran los beneficiarios, pero como ninguno había muerto aún, no llegó a suceder. Tengo entendido que lo delató una novia despechada.

—¿Y cuántas novias despechadas tuvo? —Ya empieza a sonar posesiva, de un actor irreal que interpreta a Fernando, el facsímil de un pretendiente inexistente.

—«Muchas jóvenes le han gustado» —dice Felix, citando—, pero ninguna que

podiera comparársete. Eres perfecta y sin par, ¿lo recuerdas?

—Lo sé, ¿vale? —Vuelve a reírse. En los ensayos le pedirá que modifique esa risa, que la use, no para burlarse de sí misma, sino para expresar su felicidad.

—Está claro que es un pico de oro —dice Felix—. Algunos de los ancianos fueron al juicio. Querían conseguirle una condena reducida, que le diesen otra oportunidad. Le querían; lo veían como a un hijo. Si alguien puede decir esos floridos parlamentos amorosos de manera convincente, es Niño Prodigio.

—¿Está intentando decirme algo? —pregunta Anne-Marie.

—El que avisa no es traidor —dice Felix—. Ese chico podría convencer a una estatua de la reina Victoria de que se quitase las bragas. Querrá que seas su novia fuera, que le consigas cosas de contrabando, quién sabe. No te impliques. Es probable que ya esté casado. Con más de una mujer —añade para causar mayor efecto.

—Cree que me voy a enamorar de él, ¿no? —responde Anne-Marie—. ¿Cree que soy una chica tan fácil? —Aprieta la mandíbula.

—No, no —replica Felix—. No lo quiera Dios. Pero tienes que estar prevenida cuando interpretes al personaje. Incluso alguien tan dura de pelar como tú.

—Usted ya está interpretando al suyo —dice Anne-Marie con una sonrisa—. Interpretando a mi padre sobreprotector. Pero ya sabe cómo son las adolescentes: abandonan a sus adorados papaitos en cuanto se cruzan con un joven guapetón. No me culpe, culpe a mis putas hormonas.

—Muy bien, firmemos las paces —dice Felix—. Lo estás haciendo muy bien, pero déjate de palabrotas. Recuerda que están prohibidas; sobre todo para Miranda.

—De acuerdo —dice Anne-Marie—. Lo intentaré. —Sigue repasando la lista—. Veo que ha dejado las canciones y los bailes.

—Bueno, *La tempestad* fue una ópera todo el siglo XVIII —dice Felix—. Así que se la he vendido a los chicos como un musical. De este modo entienden mejor el contexto. Tenían sus objeciones respecto a las hadas y la canción de libar como una abeja y demás.

—Ya, lo entiendo —dice Anne-Marie, con una sonrisa.

—Querría saber si podrías echar una mano con la coreografía. Darles algunas ideas.

—Puede ser —responde ella—. Entiendo que nada de *ballet*. Veremos qué pueden hacer. —Felix sonríe: le gusta eso de «veremos»—. ¿Qué va a hacer con lo de la abeja chupadora? Puede ser un motivo de ruptura.

—Está por ver —dice Felix—. Tal vez reescriban el texto. En las otras obras que hemos montado, han escrito material nuevo para las secuencias que creían que había que adaptar. Empleando, en fin, la lengua vernácula contemporánea.

—La lengua vernácula contemporánea —repite Anne-Marie—. Quiere decir ramplona. ¿Y cómo es eso, mi buen señor?

—Es la parte de lengua del curso —se excusa—. Escribir alguna cosa. De todos modos, a juzgar por los textos que tenemos, los actores de Shakespeare también

debían de improvisar.

—Siempre le ha gustado forzar los límites —dice Anne-Marie—. ¿Y qué hay de Iris, Ceres y Juno? La mascarada para celebrar el compromiso. Es una escena rara. Tiene mucho texto, podría ser aburrido. Veo que está pensando hacerla con muñecas.

—No puedo pedirles que se disfracen de diosas. Podemos montar...

—¿Qué clase de muñecas?

—Tenía la esperanza de que me ayudases —dice Felix—. No soy experto en esa área. Muñecas adultas.

—Con tetas, quiere decir.

—Bueno, no bebés, ni, ya me entiendes, animales. ¿Qué propones tú?

Su Miranda no llegó más allá de la fase de los osos de peluche; las muñecas le resultan dolorosas.

—Princesas Disney —responde Anne-Marie sin dudarlo—. Serían perfectas.

—¿Princesas Disney? Como...

—Ya sabe: Blancanieves; Cenicienta; la Bella Durmiente; Jasmine de *Aladdin*, con esos pantalones tan cursis; Ariel de *La sirenita*; Pocahontas con los flecos... Yo las tuve todas. Aunque a Mérida de *Brave* no, eso fue después de mi época.

Es un lenguaje desconocido para Felix.

—¿Qué es Mérida de *Brave*? No puede ser Ariel —dice—. Ya tenemos un Ariel.

—Muy bien, lo pensaré. ¡Podría funcionar muy bien! ¿Quién no querría que tres princesas Disney se presentaran en su fiesta de compromiso y lo cubrieran de bendiciones? Y tal vez de confeti de purpurina —añade con picardía, pues Felix es famoso por su uso de la purpurina.

—Me dejaré aconsejar por vos —dice Felix con la mayor cortesía posible—. Señorita Incomparable.

—Resérvese para los aficionados —dice ella, riéndose.

Pero Felix ha conseguido lo que quería: ahora son aliados.

¿Lo son? Tal vez los ojos de Anne-Marie no estén tan abiertos por la inocencia. Puede que sea temor. Por un instante ve a Próspero con los ojos de Miranda, una Miranda petrificada que de pronto ha comprendido que su adorado padre es un loco de remate, y además un paranoico. Cree que ella duerme mientras habla en voz alta con alguien que no está allí, pero lo ha oído y le asusta. Dice que puede mandar en los espíritus, causar tormentas, arrancar árboles de raíz, abrir las tumbas y hacer que los muertos anden, pero ¿qué es eso en la vida real? Pura locura. La pobre chica está atrapada en mitad del océano con un cepero que rebosa testosterona y quiere violarla, y un padre anciano que está totalmente chiflado. No es raro que se eche en brazos del primer joven con aspecto cuerdo que se cruza en su camino. «¡Sácame de aquí!», eso es lo que le está diciendo en realidad a Fernando, ¿no?

No, Felix, no, se dice con firmeza, Próspero no está loco. Ariel existe. Hay más gente, aparte de Próspero, que lo ve y lo oye. Los encantamientos son reales. Aférrate a eso. Confía en la obra.

Pero ¿es de fiar la obra?

Lo que ahora nos concierne

Viernes, 18 de enero de 2013

En la tienda profesional de reprografía, Felix hace fotocopias de la lista revisada del reparto —solo con los nombres de los personajes y los actores, sin descripciones— para repartirlas entre los actores. Luego va en coche a Makeshiweg y recoge a Anne-Marie a la puerta de la casa que comparte con sus tres compañeras de piso. Le da el pase del Correccional Fletcher que Estelle le ha conseguido entre bambalinas, y ella le sigue en su propio coche —un Ford abollado de color gris plata— por la pendiente y a través de la puerta exterior del aparcamiento.

Anne-Marie sale del coche y apoya con cuidado la bota en el hielo. ¿Debería extender el brazo para ayudarla? No, mejor no, le soltaría alguna ocurrencia. Observa la valla metálica, el alambre de espino de arriba, los reflectores.

—Esto es muy desalentador —comenta.

—Sí, es una cárcel —dice él—. Aunque «Los muros de piedra no hacen una cárcel, ni los barrotes de hierro una jaula», contribuyen a crear un ambiente de jaula.

—¿De qué obra es? —pregunta Anne-Marie.

—De ninguna —responde—. Es de un poema. El hombre que lo escribió estuvo de verdad en la cárcel..., escogió el bando político equivocado. En *La tempestad* sí se dice «el pensamiento es libre», pero por desgracia es en una canción cantada por tres idiotas.

—Qué deprimente —dice Anne-Marie—. ¿Está deprimido? ¿Empieza a afectarle el invierno? ¿Está harto de tanto frío?

—Es por aquí —responde Felix—. La entrada. Cuidado. El suelo está helado.

—Esta es Anne-Marie Greenland —anuncia a Madison y Dylan al llegar a seguridad—. Es una actriz muy conocida —miente— que ha tenido la amabilidad de aceptar colaborar con nuestra compañía. Nos ayudará con la obra. Tiene un pase.

—Encantado de conocerla —la saluda Dylan—. Cualquier cosa, cualquier problema, puede usted llamarnos.

—Gracias —responde seca Anne-Marie, dando a entender por el tono que sabe cuidar de sí misma.

—Esto es como un busca —le explica Madison—. Se aprieta este botón. ¿Puedo engancharse en...?

—Ya lo entiendo —le interrumpe Anne-Marie—. Yo me lo engancharé.

—Tiene que poner la bolsa ahí y pasar por aquí. ¿Qué lleva en la bolsa? ¿Eso puntiagudo?

—Agujas de hacer punto —dice Anne-Marie—. Para mi labor.

Felix se queda perplejo: hacer punto y Anne-Marie no parecen encajar..., pero Dylan y Madison sonríen con indulgencia: es una ocupación femenina.

—Lo siento, señora, pero va a tener que dejarlas aquí —dice Dylan.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Anne-Marie—. ¿Se cree que voy a bordar a alguien hasta matarlo?

—Podrían usar las agujas contra usted —responde con paciencia Madison—. Cualquier objeto puntiagudo. Se sorprendería usted. Aquí hay gente peligrosa. Puede recoger la bolsa a la salida.

—De acuerdo —accede Anne-Marie—. Pero no toquen la lana cuando yo no esté.

Ellos sonríen al oírla, o tal vez le sonrían a ella, porque es evidente que les encanta. ¿Por qué no?, piensa Felix.

Aunque sea tan cortante es una luz en un lugar oscuro. Rompe la monotonía.

Felix la lleva por el pasillo hasta el ala que le han asignado y le muestra las diversas habitaciones vacías.

—Podemos utilizar estas, más las dos celdas de muestra, como bambalinas y camerinos. Y para ensayar —añade.

—Muy bien —dice ella—. Necesitaré una. Para los números de baile.

Los hombres están ya en la clase. Felix les presenta a Anne-Marie. Se ha quitado el abrigo; va vestida con discreción: camisa blanca y rebeca y pantalones negros. Lleva el pelo recogido en un moño mojigato de color miel; de las orejas cuelga un único pendiente. Sonríe sin comprometerse en dirección a la pared de atrás, luego se sienta delante de la clase en el pupitre que le ha indicado Felix. Tiene la columna recta, la cabeza en equilibrio, postura de bailarina. Nada de repantigarse de forma invitadora.

—Por ahora, la señorita Greenland se limitará a escuchar —anuncia Felix—. Para ir conociéndoos. Participará en cuanto empecemos los ensayos.

Silencio total. Los hombres que tiene a ambos lados se esfuerzan para no mirarla, pero se les van los ojos. Los de detrás la miran hechizados, aunque solo pueden verle la espalda. Cuidado, se dice Felix. No la pierdas de vista. No creas que los conoces. Intenta recordar cómo eras a esa edad. Puede que ahora seas un ascua casi apagada, pero no siempre lo fuiste.

—Y ahora el reparto —continúa como si todo fuese igual que siempre—. Soy el director y la elección es mía. Puede que no consigáis el papel que queríais, pero así es la vida. No quiero ni presiones, ni chalaneos, ni quejas. El teatro no es una república, es una monarquía.

—Creía que había dicho que éramos un equipo —se queja VaMoos en tono hosco.

—Y lo sois —responde Felix—. Sois un equipo. Pero yo soy el rey. Mis

decisiones son definitivas. Los actores curtidos lo saben, ¿verdad?

Hay algunos gestos de asentimiento de los veteranos.

A continuación les da las listas con el reparto. Se oyen gruñidos contenidos.

—Quiere que interprete a un indio borracho —dice Coyote Rojo, a quien le ha correspondido Esteban.

—No —replica Felix—. Quiero que interpretes a un blanco borracho.

—¡Eh, soy el bufón! —exclama Tiempozz—. ¡Eso se me da bien!

—Fernando —dice Niño Prodigio—. Me apetece. —Sonríe en dirección a la espalda de Anne-Marie y muestra sus dientes perfectos.

—A mí no —se queja Krampus, el menonita—. El rey... no hace más que quejarse. Yo quería ser Calibán.

—Sé que muchos queríais el papel de Calibán —dice Felix—, pero solo puede serlo uno.

—Calibán debería ser alguien de las Naciones Originarias de Canadá —objeta Coyote Rojo—. Es evidente. Le han robado las tierras.

—De eso nada —objeta el Vaina—. Es africano. Y si no, ¿dónde está Argel? En el norte de África, ¿no? De ahí era su madre. Mira el mapa, cerebro pestífero.

—Entonces ¿es musulmán? No lo creo, hideputa —dice VaMoos, otro aspirante a Calibán.

—Ni de coña me trago que sea chusma blanca con olor a pescado —dice Shiv, mirando a Piernas—. Ni siquiera en parte.

—Es mío —responde Piernas—. Ya le has oído, cabeza de ciénaga, es definitivo. Así que a libarla.

—Un punto menos, has dicho una palabrota —exclama el Vaina.

—Libarla no es una palabrota —se excusa Piernas—. Solo una expresión. Todo el mundo lo sabe, ¡el diablo se lleve tus dedos!

Anne Marie se ríe.

Su siguiente tarea es estudiar sus escenas: ¿qué ocurre en ellas, cómo deberían interpretarse, cuáles son las dificultades? Felix ha tenido el cuidado de incluir a uno o dos actores veteranos en cada equipo, así servirán de guía. Al menos en teoría.

Los hombres van a las salas que les han asignado. Anne-Marie se pone en pie, se desprezera, dobla una pierna hacia atrás, la estira en ángulo recto.

—No parecen tan malos —comenta.

—¿Acaso he dicho que lo fuesen? —dice Felix.

—No, no exactamente. Pero... —Debe de estar recordando sus condenas.

—¿Sigues decidida? —pregunta Felix.

—Sí, claro —responde, aunque con voz vacilante—. ¿Y qué hago ahora? ¿Dónde está mi guapo Fernando? ¿Empiezo a ensayar las sensiblerías con él?

—Se está relamiendo, pero no empieces hoy —dice Felix—. Necesitan meterse

en el papel, pensar las cosas ellos mismos. Luego les dedico un tiempo en cada escena. Como la versión definitiva es un vídeo, podemos filmar las escenas cuando están preparados, cuando tenemos el vestuario y demás, y luego las montamos como un mosaico. Pero nosotros podemos ensayar ahora la segunda escena del primer acto, si quieres.

Así que Miranda llora e implora, y Próspero la hace callar, la consuela y la tranquiliza, y luego explica. Justo cuando empieza con la historia de la traición fraternal de Antonio por la que han acabado en la isla, Ocho Manos aparece en el umbral.

—¿Y con quién ensayo yo? —pregunta—. Fernando está practicando cómo sentarse en una roca con aire triste y se supone que yo tengo que llegar y atraerlo con música, pero aún no tenemos la música. Además, mi primer parlamento es con usted, señor Duke.

—¡Ah!, mi Ariel —dice Felix—. Hay unas cuantas cuestiones tecnológicas que tengo que hablar contigo. Nos tomaremos un descanso —le dice a Anne-Marie—. Ve a echar un vistazo, a ver qué hacen los chicos.

—Así que conspirando, ¿eh? —responde ella, sonriendo a Ocho Manos—. ¿Preparando las ilusiones? Vigila al viejo mago o te hechizará como a un tonto.

—Lo sé —responde Ocho Manos, con una sonrisa—. Ya lo ha hecho.

Felix espera a que se vaya. Baja la voz.

—¿Sabes algo de sistemas de vigilancia? —pregunta.

Ocho Manos sonríe.

—Me defiendo —responde—. Siempre que tenga lo necesario; no sé, herramientas. ¿En qué está pensando?

—Quiero ver sin ser visto —dice Felix—. En todas las salas y en el pasillo.

—Usted y todos los servicios secretos del planeta —dice Ocho Manos—. Le haré una lista de la compra. Tráigamelo todo y puede contar con ello.

—Si sabes montar lo que tengo pensado —le asegura Felix—, estoy bastante seguro de conseguirte la condicional antes de tiempo.

—¿De verdad? —pregunta Ocho Manos—. Ya la he pedido, pero se está retrasando. ¿Cómo lo hará?

—Influencias —responde en tono enigmático Felix.

Tengo enemigos en las altas esferas, piensa para sus adentros.

El malvado hermano Antonio

Miércoles, 6 de febrero de 2013

El tiempo ha pasado volando, y falta ya muy poco. Solo cinco semanas para la hora cero, la hora en que los odiados dignatarios entrarán en sus dominios y su plan, que ahora empieza a echar brotes, florecerá. La anticipación aguza el ingenio de Felix, ilumina sus ojos, tensa sus músculos. Todo depende de la preparación.

Tony y Sal se acercan, asisten a banquetes, aparecen en galas, conceden entrevistas a la prensa como quien lanza una rosa, y dejan un rastro de fotografías allí donde van. Él les sigue gracias a las vibraciones de la red, jugando a la araña con sus mariposas; rastrea el éter en busca de sus imágenes. Sin sospechar nada, siguen tan tranquilos su camino y por sus intrigantes cabezas no pasa ni un solo pensamiento sobre él, Felix Phillips, exiliado por sus injustas manos, esperándoles, preparando su emboscada. Ha tardado un poco, pero la venganza es un plato que se sirve frío, se dice.

Va tachando los días, cuenta las horas que faltan. Llegarán al Correccional Fletcher a mediados de marzo, dispuestos a ver la obra.

Pero la obra aún no está lista. La compañía todavía no está ni cerca de lograrlo. Felix sufre la agonía de la impaciencia; ¿qué puede hacer para acelerar las cosas, para grabar el vídeo, cortarlo, pulirlo y convertirlo en una gema? A tiempo para la llegada prevista.

Los espíritus conspiran contra él. Ha habido dos deserciones entre los duendes menores, aunque a uno ha conseguido convencerlo de que continúe. Otro duende está en la enfermería con una herida no especificada: una especie de venganza con una lima de uñas, según le contó Piernas, «nada que ver con ninguno de nosotros». Ha habido insultos en los ensayos, una pelea cuando les dio la espalda. Todo podría venirse abajo con mucha facilidad; pero siempre ha pensado lo mismo de todas las obras que ha dirigido.

Lo único que tiene en vídeo son unas cuantas escenas preliminares: burdas, muy burdas. Ha encargado un teclado electrónico en la empresa de alquiler, pero aún no ha llegado, ¿y cómo van a hacer la música sin él?, dicen. Quieren que les dé acceso a internet para bajar archivos MP3, pero eso es imposible, ni siquiera Estelle puede

lograrlo, pues la dirección plantea las consabidas objeciones: los presos harán un mal uso, lo usarán para ver pornografía y para planear su fuga. De nada serviría que Felix dijese que están demasiado metidos en la obra para pensar en fugarse; no le creerían. Además, podría estar equivocado. Hace lo que puede, les lleva vídeos musicales y los pone en el ordenador de clase, pero no, no, esta no es la versión que le pidieron, dicen poniendo los ojos en blanco. ¿Es que no sabe que los Monkees son una mierda?

La frustración le acecha en cada esquina. Niño Prodigio y Anne-Marie están bloqueados. El primer ensayo fue excelente, pero al segundo le faltaba fuerza; Niño Prodigio no estaba inspirado. Solo repetía las palabras.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Felix a Anne-Marie el jueves mientras tomaban un café.

—Que se me ha declarado —respondió Anne-Marie.

—Se supone que es lo que tiene que hacer. Está en la escena —observó Felix, sin tomar partido.

—No, quiero decir que se me ha declarado de verdad —insistió Anne-Marie—. Dice que es amor a primera vista. Le respondí que era solo una obra, que no era real.

—¿Y luego qué? —Ella no paraba de toquetear la cuchara; Felix sabía que había algo más.

—No sé, me abrazó. Intentó besarme en la boca.

—¿Y?

—No quería dejarle tullido —dijo Marie-Anne.

—Pero ¿lo hiciste?

—Solo de forma temporal —respondió—. Lo que más sufrió fueron sus sentimientos. Cuando dejó de retorcerse en el suelo y se levantó. Me disculpé.

Eso podría explicar su falta de pasión, pensó Felix.

—Hablaré con él —dijo.

—No, si lo hace, se inhibirá —replicó Anne-Marie.

Incluso su Ariel, Ocho Manos, ha metido la pata. Cuando ensayaron por segunda vez la primera escena del segundo acto, empezó su parlamento con un «¡Sieg heil, monstruo!» y luego estalló en risitas avergonzadas porque se le había escapado algo que le rondaba por la cabeza.

Hacen el tonto a sus espaldas, le han puesto motes despectivos y a Próspero también, se burlan de la obra —eso es normal—, pero Ocho Manos tiene que recordar quién se supone que es. Es cierto que Ariel tiene que estar pendiente de muchas cosas —es el confidente de Próspero—, pero da igual. Ocho Manos tiene que tranquilizarse.

¿Siempre es tan difícil?, se pregunta Felix. Sí. No. Esta vez lo es más porque hay demasiado en juego.

Catorce sesiones más, y luego el gran día. Todavía dudan sobre el vestuario, se

lían con los versos, farfullan.

—Tres tristes tigres comen trigo en un trigal —les recuerda—. ¡Con claridad! ¡E-NUN-ciad! ¡Da igual lo que digáis si no se os oye! ¡El perro de Roque no tiene rabo! ¡Sin ñoñería!

Si fuesen una compañía normal en los viejos tiempos, a estas alturas les estaría chillando, llamándoles cabezas huecas, pidiéndoles que buscaran en su interior, que diesen con el personaje, que expresiesen sus emociones al límite y que utilizaran la sangre y el dolor resultantes, ¡que los usasen! Pero estos son egos frágiles. Algunos han ido a terapia de control de la agresividad, así que chillarles sería un mal ejemplo. Otros están siempre al borde de la depresión. Si les aprietas demasiado se vienen abajo. Se marcharán, incluso los actores principales. Se irán. No sería la primera vez.

—¡Talento no os falta! —les dice. Encogimientos de hombros, resistencia pasiva—. ¡Podéis hacerlo mejor! —¿Qué va a hacer, amenazarles con la cárcel? No funcionará, ya están en la cárcel. No tiene a qué aferrarse.

¿Dónde está la energía? ¿Dónde está la chispa que encenderá esa pila de madera húmeda e inerte? ¿Qué estoy haciendo mal?, se angustia Felix.

Ha insistido en tener café, café de calidad, no esa porquería abominable en polvo; ha pagado los granos, los ha hecho moler, lo ha llevado él mismo y ha tenido la precaución de compartir parte con Dylan y con Madison. Mientras hace una pausa para tomar un café de calidad, se le acerca Ojo de Serpiente. Anne-Marie está detrás, dispuesta a apoyarle en lo que quiera que sea, supone Felix. Lleva uno de sus atuendos de ensayo de danza: calentadores de punto, mallas de color azul pavo real, una camiseta negra de manga larga. Y zapatos de claqué, se fija Felix: habrá percusión.

—Hemos pensado una cosa —dice Ojo de Serpiente—. Mi equipo. El equipo de Antonio.

—Continúa —dice Felix.

—¿Sabe el momento en que usted, quiero decir Próspero, cuenta lo que ocurrió en el pasado? ¿A Miranda? Sobre cómo..., lo que pasó con el hermano.

—Acto primero, escena segunda —dice Felix—. ¿Sí?

—Esa misma.

—¿Y bien?

—Es demasiado larga —apunta Ojo de Serpiente—. Además, es aburrida. Hasta a Miranda le parece aburrida. Casi se queda dormida.

Tiene razón, piensa Felix. Esa escena ha sido siempre un reto para cualquier actor que haya interpretado a Próspero; cómo interpretar la escena segunda del primer acto, la narración de la triste historia de Próspero, y lograr que sea conmovedora. Es demasiado estática.

—Pero el público necesita esa información —dice—. De lo contrario no puede

seguir la trama. Tiene que saber las injusticias que ha sufrido, y sus razones para buscar venganza.

—Sí, lo sabemos —insiste Ojo de Serpiente—. Por eso hemos pensado ¿por qué no hacerlo como un salto atrás?

—Ya lo es —responde Felix.

—Sí, pero ¿recuerda que siempre nos dice: «Mostrad, no digáis, moveos, transmitid energía»?

—Sí —dice Felix—. ¿Y?

—Pues que podemos hacerlo como un salto atrás, solo que contado por Antonio. Hemos estado ensayándolo.

¡Ah! Me está pasando por encima, piensa Felix. Haciéndome a un lado. Dándose más protagonismo. Qué típico de Antonio. Pero ¿no es eso lo que les ha pedido que hagan? ¿Reconsiderar, reformular?

—Estupendo, cuéntame —dice.

—Los chicos harán los coros —explica Ojo de Serpiente—. El equipo Antonio. Lo llamamos «el malvado hermano Antonio».

—Muy bien —dice Felix—. Que empiece el espectáculo.

—Acordaos de medir —les recuerda Anne-Marie mientras se preparan. Ojo de Serpiente delante, los demás en línea detrás: el Píldoras, VaMoos y, para su sorpresa, Krampus el menonita. Si Anne-Marie ha conseguido que Krampus baile será un milagro.

—Soy todo ojos y oídos —dice Felix.

—¡A la de tres empezamos! —anuncia Anne-Marie. Cuenta. Uno-dos-tres, luego da una palmada y allá van.

Ojo de Serpiente representa la esencia de Antonio: despiadado, pagado de sí mismo. Se hincha, se frota las manos, bizquea con el ojo estrábico, sonrío con la boca torcida. Si llevase bigote se lo retorcería. Salta dispuesto a matar. Su equipo marca el ritmo, dando patadas, palmadas, chasqueando los dedos. Una respiración a capela.

Son buenos, mucho mejores de lo que esperaba Felix. ¿Será por Anne-Marie, o lo sacan de los vídeos musicales? Tal vez ambas cosas. La línea del coro da patadas, palmas, patadas, palmas, patadas, patadas, palmas, palmas, palmas. Ojo de Serpiente empieza:

Soy el duque,
el duque de Milán.
Si quieres pasta,
tienes que tragar.
No siempre fue así, no, no, no.
Antes era solo
Antonio,
no era gran cosa,
me sentía fatal,
me sacaba de quicio
no poder ganar,

no me respetaban,
era un segundón,
seguí sonriendo,
mintiendo,
fingiéndolo
que todo iba bien.

Próspero, mi hermano,
era el jefe él,
él era el duque,
él era el duque,
el duque de Milán.
¡Oh, ah, ah! ¡Oh, ah, ah!
Patada,
palmada,
palmada,
patada,
chasquido,
chasquido,
patada.

Pero era un idiota,
no se fijaba,
no era guay,
no se enteraba,
descuidaba
sus asuntos,
no estaba
atento,
siempre con libros,
decía: hermano,
ya sabes
cómo va esto,
así que hazlo bien,
di que he dicho
que tú eres el jefe,
el jefe de Milán,
harán lo que digas,
mándalos lejos o cerca,
aquí o allá,
que me traigan el botín,
un traje nuevo,
lo que sea.

Siempre con libros,
con su magia,
moviendo la varita y demás,
cogí lo que quise, y me fue bien,
fue mío
todo lo que quise,
y me gustó
al final.
Pero él no miraba,
se descuidaba,
no vigilaba,
menudo idiota,
me tentó,
no era guay,

mandé en toda
la nación de Milán,
no vio lo que yo hacía,
me hizo un corrupto,
me volvió su hermano
malo, fui por mal camino,
no me quedó opción.

¡Oh, ah, ah! ¡Oh, ah, ah!
Patada,
palmada,
palmada,
patada,
chasquido,
chasquido,
patada.

Fui a ver al rey,
al rey de Nápoles,
quería el control
del ducado de Milán,
llegamos a un trato,
él me ayudaría,
yo le compensaría,
y sorprendimos a mi hermano,
ese Prós-pe-ro,
en plena noche,
sobornamos a los guardias,
miraron a otro lado.

Lo metimos en un bote,
mil contra uno
a que se hundiría,
metimos a su hija,
a ella también,
los remolcamos mar adentro,
dijimos: se marchó,
quería descansar,
ir de *va-ca-sio-nes*,
a una isla tropical,
sonrieron, pero no volvió
y dijeron que se ahogó.

¡Oh, ah, ah! ¡Oh, ah, ah!
Patada,
palmada,
palmada,
patada,
chasquido,
chasquido,
patada.

¡Oh, no! ¡Oh, Próspero,
se acabó!
¡Qué mala suerte,
qué pena!, dijeron:
habrá muerto.
Así que ahora

soy el jefe,
el jefe,
el pez gordo,
soy el duque,
el duque,
el duque de Milán.

¡Sí!
Es el duque,
es el duque,
el duque de Milán.
Clap, cataplap,
clap, cataplap,
cataplap. Clap,
cataplap.
¡Hey!

Después del «¡Hey!» final miran todos a Felix. Conoce esa mirada. «¡Quiéreme, no me rechaces, dime que lo he hecho bien!».

—¿Qué le parece? —pregunta Ojo de Serpiente. Está exhausto por el baile, respira con dificultad.

—No está mal —dice Felix, que en realidad querría estrangularlo. ¡Ladrón de escenas! Pero controla esa emoción; la obra es de ellos, se regaña a sí mismo.

—¡Cómo que no está mal! Vamos, hombre, pero ¡si es buenísimo! —dice Anne-Marie, que ha estado observando desde el fondo de la sala—. Cuenta lo ocurrido, ¡lo resume! ¡Tenemos que incluirlo!

—El claqué es muy llamativo —admite Felix.

—Para eso estoy yo aquí —responde Anne-Marie, con una sonrisa—. Doña Dispuesta. Para cargar leña, hacer números de baile, lo que sea.

—Gracias —dice Felix.

—¿Está celoso, señor Duke? —susurra Anne-Marie con picardía. Lo tiene calado, demasiado—. Quiere estar en el coro, ¿eh?

—No seas descarada —susurra él a su vez.

—Luego hemos pensado —continúa Ojo de Serpiente— que podemos pasar al bote, al bote agujereado en que los han dejado, y podemos sacarlo en el vídeo, mientras usted dice esa parte en que Miranda comenta lo mal que debió de pasarlo con una niña de tres años en ese bote, y él responde que ella fue como un ángel que le protegió. Un querubín. Ya sabe.

—Conozco esa parte —dice Felix. Tiene el corazón encogido.

—Algunos de los chicos tienen hijos —dice—. Fotos. Se nos permite tener fotos de la familia, supongo que tendrán alguna. Así que grabamos en vídeo el bote, podemos usar un bote de juguete, darle de golpes, arreglarlo para que parezca a punto de hundirse; y que esté oscuro, de noche, el viento sopla y proyectamos las fotos de los niños en el cielo. Es lo que sienten ellos con sus hijos: es como si fuesen querubines que les ayudan a pasar lo más difícil.

¿Cómo va a decir que no Felix?

—Probémoslo —dice.

—Ocho Manos dice que montar las fotos es muy fácil —añade Ojo de Serpiente—. En un vídeo. Dice que puede hacer que destellen, solo un segundo, como si fuesen estrellas.

—Tiene buena pinta —dice Felix. Nota un nudo en la garganta. ¿Por qué una idea tan buena le está hundiendo por completo? ¡Basura sentimental! ¿Va a echarse a llorar?

Ten cuidado, se dice. Aguanta. Próspero siempre se domina a sí mismo. Más o menos.

Ojo de Serpiente tiene algo más que decir. Se apoya en un pie y en el otro. Suéltalo ya, quiere decirle Felix. Dispara la segunda bala, remátame.

—Hemos pensado que a lo mejor querría añadir usted algo suyo, señor Duke —dice con timidez—. Si tiene una foto especial. Podría proyectarla también en el cielo. Una especie de cameo. Los chicos dicen que estarían encantados.

Su Miranda perdida, a los tres años, en su columpio, en el cielo, en su marco de plata. Riéndose alegre. «Eso me salvó».

—No —dice Felix, casi gritando—. ¡No, no tengo nada que sirva! Pero gracias de todos modos. Disculpadme.

No lo han hecho para molestarle. Es imposible que sepan nada de él, de él y de sus remordimientos, del modo en que se ha castigado a sí mismo, de su dolor infinito.

Medio ciego, atragantado, va a la celda de los años cincuenta y se desploma en la litera de abajo. Mantas grises y ásperas. Los brazos en torno a las rodillas, la cabeza gacha, zarandeado de aquí para allá. En el casco podrido de un bote que hasta las ratas han abandonado.

Extrañas tretas

Sábado, 9 de febrero de 2013

El desánimo se pasa. Las cosas mejoran. La actividad siempre ayuda.

El fin de semana Felix viaja a Toronto a buscar el vestuario y la utilería. Deja el coche en el aparcamiento de la estación de Makeshiweg y toma el tren porque se ve incapaz de enfrentarse al tráfico y a la pesadilla de encontrar dónde aparcar. Ya no está acostumbrado a las muchedumbres urbanas.

Los chicos han hecho una lista de lo que creen necesitar. No les ha prometido nada con certeza, pero les ha asegurado que hará cuanto esté en su mano. Anne-Marie ha añadido las tres muñecas de princesas Disney. Dijo que las habría comprado en línea si no hubiese superado el crédito de todas sus tarjetas.

Se apea del tren en Union Station y empieza su misión. Después de hacer una búsqueda en su teléfono, Anne-Marie le ha hecho un mapa y ha marcado los sitios más probables.

Su primera visita es a una juguetería que hay a unas paradas de metro. Ahora ya puede ir a esas tiendas: Miranda ya no está en edad de juguetes. Pasa de largo por delante del escaparate, vuelve a pasar: ahí dentro solo hay plástico, solo hay cartón. Sin duda puede arriesgarse a entrar.

Toma aliento, cruza el umbral y se sumerge en ese mundo de deseos dañados y esperanzas olvidadas. Tan luminoso, tan brillante, tan fuera de su alcance. Nota un temblor en el pecho, pero se mantiene firme.

Una vez dentro, va a la sección de juguetes de playa: cualquier cosa que flote es probable que esté allí. Mientras contempla los muchos objetos con colores primarios en oferta, se le acerca una dependienta.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta.

—Gracias —responde Felix—. Estoy buscando dos barcos. Uno más bien un bote de remos, el otro tal vez más grande, más como un barco de vela. —No, no quiere una maqueta—. Algo que resista el agua, como un juguete para el baño o...

—¡Ah! —dice la chica—. ¿Nietos?

—No exactamente —dice Felix—. Más bien soy una especie de tío.

Entre los dos escogen los barcos. El pequeño puede cubrirse de parches, el grande quedará bien en la tempestad.

—¿Alguna cosa más? —pregunta la chica—. ¿Le interesa un flotador para niños?

Tengo manguitos con forma de mariposa muy monos para las niñas y los churros son muy populares. Los churros de natación —añade al ver su expresión perpleja.

—Pues sí, la verdad —dice Felix—. ¿Tienen alguna, ejem, princesa Disney?

—Sí, claro —dice riéndose la chica—. Tenemos una plétora de ellas. —Debe de ser licenciada en historia o algo así, ¿quién si no diría eso de «plétora»?—. Por aquí.

Está claro que le parece un tipo raro. Muy bien, se dice; raro me va bien.

—¿Podría ayudarme a elegir las? —pregunta, esbozando un gesto de impotencia—. Necesito tres.

—¡Qué suerte tienen sus sobrinas! —dice enarcando la ceja con ironía—. ¿Había pensado en alguna princesa en particular?

Felix mira la lista.

—Blancanieves —lee—. Jasmine. Pocahontas.

—¡Caramba! —exclama la chica—. Es usted un entendido. Conoce los gustos de las niñas. ¡Apuesto a que además de sobrinas tiene hijas!

Felix hace una mueca. Esto es un infierno, piensa, y no veo cómo salir de él. Maldita Anne-Marie, tendría que haberla obligado a venir conmigo y a comprar estas cosas ella. Supera el proceso de compra, luego pide que saquen a las futuras diosas de su caja, las envuelvan en papel cebolla y las metan en la misma bolsa. Es humillante para ellas, pero les aguarda su apoteosis.

Cargado con las dos bolsas de la compra, localiza el emporio de disfraces y artículos de broma en Yonge Street que le ha marcado Anne-Marie. En el escaparate hay un maniquí casi desnudo con tacones de aguja, una máscara con lentes de contacto, parafernalia sadomasoquista de cuero y un látigo en la mano. Dentro busca entre los dientes de vampiro, las capas de Batman y las máscaras de zombi, esforzándose en no parecer un fetichista. Detrás del mostrador hay un joven muy musculado con diversos ornamentos cromados en las orejas y un cráneo tatuado en el antebrazo.

—¿Busca algo en especial? —pregunta con una media sonrisa desdeñosa—. Tenemos artículos nuevos de cuero, están muy bien. También hacemos a medida. Mordazas, grilletes.

Le ha tomado por un masoquista; no va tan desencaminado, piensa Felix.

—¿Tiene alas negras? —pregunta—. En realidad de cualquier color, menos blanco.

—Un ángel caído, ¿eh? —pregunta a su vez el vendedor—. Claro. Tenemos unas azules. ¿Le sirven?

—Mejor que mejor —responde Felix.

Compra las alas; dos botes de pintura para la cara, uno azul y otro verde sucio; una caja de maquillaje de payaso; un sombrero verde de Godzilla con escamas y ojos de lagarto en la copa y unos dientes alrededor de la frente; un par de leotardos con estampado de piel de serpiente —las tres últimas cosas son para Calibán—, y unas máscaras de hombre lobo, que es lo más parecido que encuentra a unos espíritus de perro.

En la tienda no tienen gorgueras, pero sí cuatro capas de terciopelo cortas, así que las añade al montón para los aristócratas. Un puñado de falsas medallas con cadenas, leones y dragones. Dos pañoletas con lentejuelas doradas y uno de plata; oropel para engañar a los idiotas. Un par de cajas de confeti de purpurina azul, varias hojas de tatuajes temporales: arañas, escorpiones y serpientes, lo de costumbre.

Las alas son difíciles de transportar. Entra en una tienda de artículos de equipaje, compra una maleta grande con ruedas y mete en ella las alas, los barcos, las princesas Disney, las máscaras de hombre lobo y las pañoletas de lentejuelas. Queda sitio de sobra, y menos mal porque aún faltan varias cosas.

Lo siguiente es una tienda de deportes. Quiere unas gafas de esquí, le dice al dependiente de aspecto saludable, unas gafas iridiscentes.

—Estas son las más vendidas —responde el joven—. Plutonita. —Las lentes, enormes, cubren toda la cara, tienen un brillo azul purpúreo, como los ojos de un insecto—. ¿Son para usted? —pregunta el dependiente, arqueando las cejas; es evidente que le cuesta imaginar a Felix sobre un par de esquís.

—No —dice Felix—. Para un pariente más joven.

—¿Es buen esquiador?

—Esperémoslo —responde Felix—. También quiero quince gafas de esquí de color negro.

—¿Quince?

—Si las tiene. Son para una fiesta.

Solo tienen ocho en existencias, pero seguro que podrá encontrar las que le faltan en el Mark's Work Wearhouse del centro comercial de Wilmot, además de quince pares de guantes negros elásticos. Aún no sabe cuántos duendes necesitará al final, pero es mejor estar preparado.

En una tienda de chismes donde venden bolsos y paraguas, escoge un impermeable semiopaco de mujer con un alegre estampado de mariquitas, abejas y mariposas sobre un fondo de color agua.

—El más grande que tenga —le dice a la empleada. Es una talla grande, de mujer, pero aun así no sabe si Ocho Manos cabrá en él. Siempre podrán cortar la espalda y engancharle los costados a la camisa; solo tiene que verse la parte de delante.

En una ferretería compra una cortina de ducha azul, una grapadora, una cuerda de tender y varias pinzas de plástico —para la escena en que Esteban y Trínculo roban la ropa— y un cuenco verde de plástico para la del banquete que les ofrecen y luego les arrebatan.

Después va a una papelería cercana y compra cartulinas de varios colores, un rollo de papel de estraza y varios rotuladores fluorescentes: cactus, palmeras, esas cosas para los decorados de la isla. Solo hacen falta unas cuantas cosas; el cerebro completa la ilusión.

La última parada es en una tienda de trajes de baño de mujer.

—Quisiera un gorro de baño —le dice a la elegante mujer de mediana edad que

parece estar al mando—. Azul, si lo tienen.

—¿Es para su mujer? —pregunta la mujer con una sonrisa—. ¿Se van de crucero? —Felix tiene la tentación de decirle que es para un criminal convicto que va a interpretar a un extraterrestre azul que vuela y es mágico, pero se contiene.

—Sí —dice—. En marzo. Al Caribe —añade.

—Qué envidia —dice la mujer con cierta tristeza. Su destino es pertrechar a gente que se va de crucero, pero no ir nunca a ninguno.

Ve y rechaza varios gorros de baño, uno con margaritas, otro con un diseño de rosas sobre un fondo de color agua, otro con lacitos sumergibles.

—Le gustan muy sencillos —dice. Tiene que contentarse con un gorro espantoso con unas conchas de goma superpuestas como escamas—. ¿No hay tallas más grandes? —pregunta—. La mayor que haya. Tiene la cabeza grande y mucho pelo —se siente obligado a explicar.

—Debe de ser muy alta —dice la encargada.

—Escultural —responde Felix.

Tal vez haya alguna forma de ensanchar el gorro. No quiere que Ocho Manos parezca ridículo con un minúsculo gorro azul en la cabeza como un champiñón.

Tú, que ignoras quién eres

El mismo día

Felix vuelve en tren a Makeshiweg, luego arrastra la enorme maleta hasta el aparcamiento y el coche. Está nevando otra vez; cuando llega al camino que conduce a su casa, le cuesta arrastrar la maleta entre los montones de nieve que el viento ha apilado contra la puerta.

A pesar de las rachas locales, el sol se está poniendo por el sudoeste, entre nubes de color albaricoque. Los árboles arrojan sombras azuladas en el borde del campo cubierto de nieve. Antes, no hace tanto tiempo, Miranda habría estado fuera, aprovechando los últimos rayos de luz para jugar en la nieve, lanzando puñados al aire o haciendo ángeles de nieve en el suelo. Busca pisadas; no, no ha salido. Pero tiene que recordarse que no deja huellas, tan leves son sus pasos.

Dentro de la casa huele a tierra y a ceniza, como ocurre siempre que se apaga el fuego. Enciende la calefacción. Zumba; se oye el tañido del metal al calentarse.

—¿Miranda? —dice.

Al principio piensa que no está y se le encoge el corazón. Luego la ve: sentada a la mesa, en la penumbra. Espera delante del tablero de ajedrez, dispuesta a seguir con las clases. Le está enseñando algunas jugadas. No obstante, cuando abre la maleta nueva, se levanta y se acerca a mirar sorprendida lo que ha comprado.

¡Tantas maravillas..., la tela dorada, el gorro azul de goma, los barquitos! Las tres princesas Disney con esas galas tan vistosas: le parecen encantadoras.

¿Qué es cada cosa?, quiere saber. ¿De dónde ha salido, para qué es? ¿Un gorro de baño? ¿Gafas de esquí? ¿Qué es baño, qué es esquí? Por supuesto no sabe qué significan; conoce tan poco el mundo exterior...

—Son para la obra —le dice Felix—. Luego tiene que explicarle qué es una obra, qué es actuar, por qué alguien finge ser quien no es. Nunca le ha hablado de teatro; de hecho, hasta este momento ella apenas se había interesado por saber adónde iba cuando no estaba en uno de los dos cuartitos, pero ahora escucha con atención.

Cuando Felix vuelve el lunes del Correccional Fletcher, agotado después de seis horas de discutir el acto II escena por escena, descubre que ella se ha leído *La tempestad*. No debería haber dejado su ejemplar extra tirado por ahí. Ahora que lo ha

visto, está atrapada. Tendría que haberlo imaginado.

Nunca ha querido que Miranda se dedique al teatro. Es una vida demasiado difícil, demasiado dura para el ego. Hay tantos rechazos, tantas decepciones, tantos fracasos. Se necesitan un corazón de hierro, una piel de acero, la voluntad de un tigre y más siendo mujer. Sería una vocación muy difícil para una chica como ella: es tan bondadosa y sensible... Ha vivido protegida de lo peor de la naturaleza humana, ¿cómo se las arreglaría cuando se enfrentase cara a cara con eso? Debería elegir una carrera más segura, como la medicina, o tal vez la odontología. Y, a su debido tiempo, casarse con un marido estable y cariñoso, claro. No debería perder el tiempo en un mundo de ilusiones, de arcoíris que se desvanecen, burbujas que estallan o torres coronadas de nubes como ha hecho él.

Pero debe de llevar el teatro en la sangre, porque ahora está decidida. Insiste en participar en la obra. Peor aún, quiere interpretar a Miranda. Cree que el papel está hecho para ella, le dice. ¡Le alegra tanto pensarlo! Está deseando conocer a quien vaya a interpretar a Fernando. Sabe que estarán impresionantes.

—No puedes interpretar a Miranda —dice con toda la firmeza que puede—. Es imposible. —Es la primera vez que se ha opuesto en algo a ella. ¿Cómo decirle que nadie excepto él podría verla? Nunca lo creería. Y, si lo creyese, si se viera obligada a creerlo, ¿qué sería de ella entonces?

¿Por qué no?, insiste ella. ¿Por qué no puede ser Miranda? ¡Es muy malo! ¡No la entiende! La trata como si...

—¿Como si qué, refunfuñona? —pregunta. ¿Es eso un puchero? ¿Ha cruzado los brazos desafiante? Pero ¿por qué?, quiere saber. ¿Por qué no puede?—. Porque ya tengo una actriz para interpretar a Miranda —responde—. Lo siento.

Ella se entristece, y eso le entristece a su vez a él. Odia herir sus sentimientos; se le encoge el corazón.

Desaparece, ¿está fuera, andando en la oscuridad, en la nieve? ¿Está en su habitación, malhumorada en su cama, igual que hacen las adolescentes?

Pero no tiene cuarto propio, recuerda. No tiene cama. No duerme nunca.

La semilla de la bruja

Lunes, 25 de febrero de 2013

Ahora que pueden probarse el vestuario, los actores han cobrado nuevas energías. La obra empieza a volverse real para ellos. Pasan mucho tiempo delante de los espejos de la Sala Dos, rebautizada el Camerino, mirándose desde diversos ángulos, haciendo muecas, ensayando los versos. Haciendo los ejercicios de calentamiento que les ha enseñado Anne-Marie.

El perro de Roque no tiene rabo, les oye decir. R, r, r: ¡remordimiento! L, l, l: ¡libertad! D, d, d: ¡dulces duendes! P, p, p: ¡perfección! Los que tienen que cantar, calientan la voz y vocalizan como ella les ha dicho: ¡u, o, a, e i!

Llega el teclado; después de algunas discusiones, les dejan pasarlo por seguridad. Felix designa la Sala Cuatro como Sala de Música. Anne-Marie está trabajando con los bailarines. Antes de cada sesión, hacen calentamientos; les pone a hacer flexiones y ejercicios de suelo. Mientras recorre los pasillos de su pequeño reino Felix escucha a escondidas y la oye decir:

—¡Seguid el ritmo! ¡Un, dos, el acento en el dos! ¡Moveos, moveos! ¡Desde dentro! ¡Seguid el ritmo! ¡Moved esa pelvis! ¡Sí!

Un día Ocho Manos está ocupado con los cables, al siguiente son minicámaras. Después instala minúsculos micrófonos y altavoces, sin cables; hacer agujeros en las paredes sería contraproducente.

Felix ha instalado un biombo en el rincón de la sala principal, la que usarán para visionar el vídeo. Detrás hay un escritorio con una pantalla de ordenador y un teclado, y dos sillas, una para Ocho Manos, otra para él. Ahora Felix puede fisgonear cualquier punto de sus dominios.

—Camerino —dice Ocho Manos, haciendo que aparezca en la pantalla—. Sala de Música. Celda de muestra, la antigua. Ahora la otra. Las tengo todas etiquetadas, ¿lo ve? En estas dos hay audio, vídeo y grabación.

—Justo lo que necesito —responde Felix—. ¡Mi buen espíritu!

—¿Seguro que tiene permiso para todo esto? —pregunta Ocho Manos un poco preocupado. No quiere cometer ninguna infracción; podría retrasar su condicional.

—Puedes estar tranquilo —responde Felix—. Forma parte de la obra. Acepto toda la responsabilidad. Se lo he explicado a las autoridades, saben qué estamos haciendo. —Solo es verdad a medias, pero con eso basta—. Si te preguntan, diles que hablen

conmigo.

—Guay —responde Ocho Manos.

Anne-Marie y Niño Prodigio han estado ensayando sus escenas, de manera encomiable. Ella es virginal y espontánea, él pone ojos de cordero degollado y la idolatra. También pone ojos de cordero degollado y la idolatra fuera del escenario, pero Anne-Marie finge no darse cuenta. Está decidida a hacer de madre protectora y pretende inspirar devoción filial en vez de lujuria entre sus compañeros de reparto. Ha empezado a cocinar; se presenta con bandejas de pastelitos de crema, galletas de chocolate y bollos de canela y los reparte en los descansos mientras toman el café. Da unos pocos a Dylan y a Madison, que bromean sobre si hay drogas en los pasteles, ¿no es eso a lo que se dedica la gente del teatro? ¿Orgías desenfundadas? Anne-Marie les sonrío comprensiva, como si fuesen niños inteligentes de nueve años.

Es sorprendente, piensa Felix, ¿cómo puede tener ese aspecto de matrona alguien con una apariencia tan esbelta e infantil? No se equivocó con ella hace tantos años: es una buena actriz.

También se ha encargado de las diosas. Ha decretado que Blancanieves será Iris, la mensajera; Pocahontas será Ceres, la diosa de la fertilidad; y Jasmine interpretará a Juno, la diosa tutelar del matrimonio.

—Pero no pueden llevar esta mierda de ropa —le dijo a Felix cuando se las dio. Empezó a despojarlas de sus galas.

—Lo entiendo —respondió Felix—, pero ¿de dónde vamos a sacar...?

—Mi grupo de costura lo hará como si fuese un proyecto.

—Sigo sin verte en un grupo de costura. —Los grupos de costura eran para tías misioneras y mujeres de la Primera Guerra Mundial que zurcían calcetines para los soldados en las trincheras, no para actrices jóvenes y modernas.

—Hacer punto calma los nervios. Deberías probarlo. También hay hombres.

—Creo que paso —dijo Felix—. ¿Crees que tu grupo querrá hacerlo? ¿Vestir unas muñecas?

—Son muy guay —respondió ella—. Les encantará. Los colores del arcoíris para Iris; frutas, tomates y, ya sabes, espigas de trigo y demás para Ceres; un diseño con una pluma de pavo real para Juno.

—¿Diosas con ropa de lana? —preguntó Felix—. ¿No parecerán gordas? —Corrían el riesgo de caer en el mal gusto, pero no en el que a él le gustaba.

—Te sorprenderás —dijo Anne-Marie—. No parecerán gordas. Prometido.

—La cosa es —dijo— que mi mejor parlamento viene justo después de que aparezcan las diosas. «Cuando lleguen a su fin nuestros divertimentos». —No se resiste a declamar:

Esos actores,
como os había prevenido, eran espíritus todos, y

se han disipado en el aire, en el aire impalpable,
y, a semejanza de esta infundada visión,
las torres coronadas de nubes, los palacios suntuosos,
los templos solemnes, hasta el inmenso globo,
sí, y cuanto en él descansa, se disolverán,
y como la diversión insustancial que acaba de desaparecer,
no quedará ni rastro. Somos del material
con que se hacen los sueños, y nuestra corta vida
se remata con un sueño.

—Demonios, no ha perdido mano —dijo Anne-Marie cuando terminó—. Por eso siempre quise trabajar por usted. Es usted un maestro. Casi me ha hecho llorar.

—Gracias —respondió Felix, haciendo una pequeña reverencia—. No está muy mal, ¿no?

—¿Muy mal? Mierda —exclamó Anne-Marie. Se secó un ojo.

—Bueno, pues quítale el «muy» —dijo Felix—. Pero ¿no crees que esas princesas Disney envueltas en lana podrían parecer un tanto... —¿Cuál era la palabra que buscaba?—, podrían desmerecer un poco? ¿Con el parlamento de después? ¿No corremos el riesgo de que parezcan ridículas?

—He buscado en internet, y he visto tres producciones y con lo de las diosas siempre se corre el riesgo de parecer ridículo, aunque las interpreten personas —respondió Anne-Marie—. Se han usado proyecciones sobre el telón de fondo, se han usado muñecas hinchables, hace unos años se hizo con zancos. Pero las nuestras no parecerán princesas Disney. Voy a pintarles la cara. He pensado usar pintura que brille en la oscuridad, y un poco de purpurina. Como si llevaran una máscara. Y como, al fin y al cabo, no dejan de ser una especie de marionetas de Ariel, ¿por qué no usamos esa técnica japonesa del Bunraku, o luz negra, y que las muevan los chicos con los pasamontañas y los guantes negros? Ya las tenemos. Podemos usar un modificador de voz, que suenen como un espíritu raro o algo así.

—Vale la pena intentarlo —admitió Felix.

Miércoles, 27 de febrero de 2013

Faltan dos semanas para que coincidan los planetas y se desate la tormenta. Ya han grabado la escena inicial de la tempestad, con el barco hundiéndose y Ocho Manos con el gorro y las gafas de baño; para su sorpresa, ha quedado muy bien. Felix va a hacer su primera escena con Ariel. Grabarán los primeros planos de los parlamentos y después añadirán los planos generales. Es el primer día que Piernas se ha puesto el vestuario completo: el escamoso tocado de Godzilla al que le han quitado los ojos y los dientes y modificado los lados para que cuelguen hechos jirones alrededor de la cara; el rostro embarrado con maquillaje; el estampado de lagarto en las piernas y los brazos cubiertos de tatuajes de arañas y escorpiones. No es peor que otros disfraces de Calibán que ha visto Felix, y es mejor que algunos de ellos.

—¿Preparado? —pregunta Felix.

—Sí —responde Piernas—. Ejem, hemos añadido una cosa. Nos ha ayudado Anne-Marie.

Felix se vuelve hacia Anne-Marie.

—¿Vale la pena? No podemos perder el tiempo con tonterías, tenemos que seguir.

Él mismo les animó a escribir su propio material extra, así que no tiene derecho a quejarse.

—Tres minutos y medio —responde ella—. Lo he cronometrado. Y sí: ¡es excelente! ¿Cree que le mentaría?

—No responderé a esa pregunta —dice Felix.

—Toma primera —anuncia Tiempozz—. La Semilla de la Bruja. Por Calibán y los Semillas de Bruja. Primero está la parte del presentador, podemos grabarla después: «¡Aquí llega Calibán de su cárcel de piedra, esclavizado, torturado, pero pase lo que pase, tiene que hacerse oír!». Algo por el estilo.

Felix asiente con la cabeza.

—Muy bien —dice.

—No olvides respirar —le advierte Anne-Marie a Piernas—. Con el diafragma. Recuerda lo que te dije de la rabia. Es como si fuese combustible..., encuéntrala, ¡úsala! ¡Es tu oportunidad de rugir! ¡Despega como un cohete! ¡Una, dos, ya!

Piernas se incorpora, se acurruca, blande el puño. Tiempozz, el Vaina, VaMoos y Coyote Rojo se hacen a un lado, llevan el ritmo con las manos y añaden un suave «Uh-oh, uh-oh» sincopado mientras Piernas entona su cántico, su diatriba.

Me llamo Calibán,
tengo escamas,
uñas largas,
no huelo ni a hombre
ni a pescado...
Aunque mi apodo
es Semilla de Bruja,

o así me llama él;
me llama muchas cosas,
me hace malas pasadas:
me llama veneno,
basura,
esclavo,
me encierra para que aprenda
a comportarme,
pero ¡soy
la Semilla de la Bruja!

Mi madre se llamaba Sícorax,
decían que era bruja,
una vieja de ojos azules
y una mala puta de primera;
mi padre fue el demonio,
o eso dicen ellos,
así que soy
dos veces malo
y no lo lamento,
¡porque soy
la Semilla de la Bruja!

La abandonaron en una isla,
porque estaba con el bombo,
la dejaron que croara,
no tiene gracia,
nazco, se muere,
así que la isla es mi patria,
¡este era mi reino!
¡Eran mis dominios:
el rey Semilla de Bruja!

Luego llega Próspero,
su puto bebé,
se cree la hostia
porque era rico;
al principio fue bien,
le enseñé a encontrar comida,
fui su favorito,
y ahora me encuentro con esto
porque me insinué a la chica,
no había quien lo hiciera,
le habría hecho un favor,
habría poblado la isla,
¡una nación
de Semillas de Bruja!

Así que me pincha,
me pellizca,
tengo que trabajar
mientras él ronca,
o salmodia su magia,
es muy aburrido,
le maldigo,
pero aún me pincha más,
me dan calambres,
estoy en carne viva,

pero ¡soy
la Semilla de la Bruja!

Y, si tengo ocasión,
le rasgaré el libro,
le romperé el báculo mágico,
eso sí que sería divertido,
le aplastaré los sesos,
en venganza por mi dolor,
esa chica será mi reina
Semilla de Bruja,
da igual lo que grite,
más querrá cuanto más grite,
de rodillas,
haré que lo adore,
da igual que lloriquee,
me la follaré
hasta que se le salgan los ojos,
¡porque soy
la Semilla de la Bruja!

Recordadlo:
¡soy
la Semilla de la Bruja!

Ha terminado. Está jadeando.

—¡Buf, te ha salido perfecto! —dice Anne-Marie. Aplaude, igual que los del coro; y luego Felix.

—Sí, lo he recordado todo —reconoce con modestia Piernas.

—¡No solo eso! Es la vez que mejor te ha salido —insiste Anne-Marie—. ¡Lo pondremos en la pantalla para que lo veas, haremos otro ensayo y luego a grabar! Necesitamos vestuario para el coro, tendrían que llevar sombreros de lagarto a juego. —Luego le dice en un aparte a Felix—: ¡Apuesto a que nunca lo había visto interpretado así!

—Cierto —dice Felix—. Nunca. —Se siente un poco abrumado: Piernas lo ha hecho por él. No, por él no: Piernas lo ha hecho por Anne-Marie. Y por la obra, claro. Piernas lo ha hecho por la obra—. «¡Oh mundo feliz que tales gentes produce!» —dice.

—«Es nuevo para usted» —dice ella riéndose—. ¡Pobre Felix! ¿Le estamos estropeando su obra?

—No es mi obra —responde Felix—. Es nuestra obra.

¿Lo cree de verdad? Sí. No. En realidad no.

Sí.

Aproximación

Sábado, 2 de marzo de 2013

Cuando Felix despierta el sábado a mediodía, tiene una resaca horrible, y es raro porque no ha estado bebiendo. Es el agotamiento mental, el chorro de energía. Demasiado pensar, demasiado explicar, demasiado observar. Demasiado producir, demasiado pronunciar, demasiado exteriorizar. Ha dormido catorce horas, pero no le ha servido ni para recuperarse un poco.

Con su ignominioso camisón, que se ha ido volviendo más fino con los años, va dando tumbos a la habitación de delante. La luz se cuele por la ventana y se duplica reflejada en la nieve de fuera. Parpadea, retrocede como un vampiro: ¿por qué no hay cortinas? Nunca se ha molestado en ponerlas, porque ¿quién querría asomarse dentro?

Solo Miranda cuando está fuera y se asoma al otro lado del cristal para asegurarse de que está bien. ¿Dónde está ahora? Las mañanas no son lo suyo, sobre todo a las doce del mediodía cuando el sol está en su cénit. Con el resplandor parece desvanecerse, necesita el crepúsculo para brillar.

Idiota, se dice. ¿Cuánto tiempo vas a seguir con este gotero intravenoso? La ilusión justa para continuar con vida. ¿Por qué no lo desconectas? Renuncia a tus pegatinas de oropel, tus recortables de papel, tus lápices de colores. Enfrentate a la mugre sencilla e indisimulada de la vida real.

Pero la vida real es de colores brillantes, dice otra parte de su cerebro. Tiene todos los matices posibles, incluso los que no podemos ver. La naturaleza es un fuego: todo se forma, todo florece, todo se desvanece. Somos lentas nubes...

Se estremece, se rasca la cabeza. Que fluya la sangre, que fluya la sangre, hay que revivir la nuez reseca que hay dentro de su cráneo. Lo que necesita es café. Hierve agua en el hervidor eléctrico, pone a remojar los granos molidos, filtra la poción, luego se la traga como un alcohólico bebiéndose un ron. Las neuronas empiezan a echar chispas.

Se pone la ropa, vaqueros y una camiseta. Prepara un mejunje de cereales aplastados, lo poco que quedaba en el fondo de tres cajas. Es hora de ir a comprar comida, volver a llenar la despensa. No puede convertirse en uno de esos reclusos a los que encuentran momificados, meses después de morir de hambre, y que olvidaron comer por lo apasionantes que eran sus visiones.

Bueno. Ahora está recuperado. Ahora está preparado.

Enciende el ordenador y busca a Tony y a Sal. Ahí están, ellos y sus audios a trescientas millas de distancia. Ahora llevan detrás a otro de su calaña: Sebert Stanley, ministro de Excombatientes, un hombre débil y adulador en quien los votantes confían desde hace mucho tiempo porque conocieron a su tío y siempre han votado a un Stanley.

En un abrir y cerrar de ojos estarán aquí, ¡y qué delicioso será para Felix! ¿Lo reconocerán? Al principio no, porque se quedará al margen mientras los duendes hacen su labor. ¿Cómo reaccionarán cuando crean que su vida pende de un hilo? ¿Se angustiarán? Sí. Y mucho. De eso no hay duda.

Visualiza la semana siguiente en el calendario: sus inminentes escenas en la obra. Solo hay tiempo para una toma con la cámara de vídeo, dos a lo sumo. Tendrá que hacerlo lo mejor posible la primera vez. Ha estado muy seguro de sus versos —a estas alturas los tiene grabados en los huesos—, pero ¿es eso recomendable? ¿Y qué hay de las posturas, los gestos, la goma en la cara? La fuerza, la precisión. Debería ensayar. El perro de Roque no tiene rabo. El arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinoplizar.

Abre el enorme armario. Ahí está su manto mágico, sus muchos ojos atrapan la luz. Lo saca, le cepilla el polvo y unas cuantas vaporosas telarañas. Por primera vez en doce años, se lo pone.

Es como volver a entrar en una piel vieja; como si el manto lo llevase a él y no al revés. Se pavonea delante del espejo pequeño. Los hombros hacia atrás, levanta el diafragma, expande el vientre, haz sitio a los pulmones. Mi-mi-mi, mo-mo-mo, mu-mu-mu. Sagaz. Absurdo. Tempestuoso.

Espíritu maléfico. No escupas.

Y ahora el báculo. El bastón con la cabeza plateada de zorro salta a su mano. Lo alza por el aire: su muñeca está electrizada.

—Acércate, Ariel mío. Ven —declama.

La voz suena falsa. ¿Dónde está el auténtico timbre, la verdadera nota? ¿Por qué pensó que podría interpretar este papel imposible? ¡Hay tantas contradicciones en Próspero! ¿Aristócrata con título o modesto ermitaño? ¿Mago viejo y sabio o viejo chocho y vengativo? ¿Irritable y poco razonable, amable y cariñoso? ¿Sádico, dispuesto a perdonar? ¿Demasiado suspicaz, demasiado confiado? ¿Cómo transmitir todos los delicados matices de intención y significado? Es imposible.

Hace siglos que se hace trampa al montar esta obra. Cortan los parlamentos, cambian las frases e intentan confinar a Próspero dentro de perímetros calculados. Procuran que sea una cosa o la otra. Se esfuerzan por hacerlo encajar.

No te rindas ahora, se dice. Hay demasiado en juego.

Volverá a repetir el verso. ¿Debería ser más una orden o una invitación? ¿A qué

distancia cree que está Ariel cuando lo dice? ¿O lo llama? ¿Susurra o grita? Se ha imaginado tantas veces en esa escena que ya no sabe cómo interpretarla. Nada coincide con la idea elevada que tiene de ella.

—Acércate, Ariel mío. —Se inclina hacia delante como si escuchara—. ¡Ven!

Justo al lado de su oído oye la voz de su Miranda. Es apenas un susurro, pero la oye.

Salve, amo, salve solemne señor. Vengo
a responder a cuanto te plazca, sea volar,
nadar, saltar al fuego, cabalgar
las rizadas nubes; a tu servicio estoy; dispón
de Ariel y de todo su influjo.

Felix suelta el báculo como si le quemara. ¿De verdad ha ocurrido eso? ¡Sí! ¡Lo ha oído!

Miranda ha tomado una decisión: será la suplente de Ariel..., sin duda, no puede poner ninguna objeción a eso.

¡Qué inteligente por su parte, qué perfecto! Ha encontrado el único papel que le permitirá colarse inadvertida en los ensayos. Solo él podrá verla, de vez en cuando. Solo él la oirá. Será invisible para todos los demás.

—¡Mi valeroso espíritu! —grita. Le gustaría darle un abrazo, pero es imposible. Próspero y Ariel nunca se tocan: ¿cómo va uno a tocar un espíritu? Ahora mismo ni siquiera puede verla. Tendrá que contentarse con la voz.

IV

Tosca magia

Una manifestación de mi arte

Lunes, 4 de marzo de 2013

El lunes por la mañana Felix se despierta temprano, con su sueño todavía rondándole por la cabeza. ¿Qué ha sido? Había música y alguien que se apartaba de él entre los árboles. Quiso llamarles, pedirles que esperasen, pero no pudo hablar ni moverse.

SUEÑOS, debería haber escrito en su pizarra. Sin duda es una de las claves. Mis espíritus están atados como en un sueño. ¿Cuánta gente en la obra se queda dormida de pronto o habla de soñar? «Somos del material con que se hacen los sueños». Pero ¿de qué están hechos los sueños? «Se redondea con un sueño». Redondea. Encaja con tanta exactitud con «el inmenso globo». ¿Sabía Shakespeare lo que hacía, o estaba sonámbulo parte del tiempo? ¿Dejándose llevar? ¿Escribiendo en trance? ¿Representando un encantamiento bajo el que estaba él mismo? ¿Es Ariel una figura como una Musa? Felix imagina una *Tempestad* totalmente diferente, una en la que...

Calla, se dice. No añadas nada a la mezcla. Bastante tienen los chicos con lo que tienen.

Mientras bebe el primer café, se asoma a la ventana. Está nublado y hace mucho frío: el cristal queda apergaminado con su aliento gélido. Debe de estar pasando un frente. Por la noche ha caído aguanieve; tal vez haya cortes eléctricos. También habrá hielo negro, traicionero porque es invisible.

No obstante, el camión de la arena debe de haber pasado ya, así que si conduce despacio no debería pasar nada.

Hoy van a rodar su primera escena con Ariel en el acto I, y el vestuario completo. Mete el manto de animales en una bolsa de basura verde y añade el bastón con la cabeza de zorro. Luego se embute en la ropa de abrigo: un abrigo acolchado, botas forradas de felpa, guantes gruesos, un gorro blanco y rojo de imitación de lana con una borla en lo alto, dos dólares en el Value Village de Makeshiweg, dijo Anne-Marie que se lo regaló porque no quería que se le enfriase la cabeza. «Necesitamos lo que tiene dentro del cráneo», fue su brusca manera de planteárselo. Dice despreciar el sentimentalismo.

—¿Has hecho las paces con Niño Prodigio? —le preguntó él, en un tono de voz neutro—. ¿Sigue molestándote?

—Quiere que nos escribamos —respondió—. Escribirme cartas cuando hayamos terminado la obra.

—¡Es una malísima idea! —exclamó él con demasiada vehemencia—. De ese modo sabrá tu dirección y cuando salga intentará... Confío en que le dijese que no.

—Espere a que pase la obra —dijo ella.

—Le estás dando falsas esperanzas —objetó Felix—. ¿Te parece justo?

—Aún no hemos rodado la gran escena de amor —insistió ella—. Es usted el director. ¿Quiere una escena ¡ooohhh! O una escena ¡bah!? Porque si le digo que no, será ¡bah!

—¡Eres despiadada! ¡Eso no es ético! —dijo él.

—No me venga con sermones, aprendí del mejor. Todo sea por la obra, ¿no? Eso es lo que decía usted hace doce años, si no recuerdo mal.

Eso era entonces, pensó Felix. ¿Lo diría hoy?

—Hablaré con él —dijo Felix—. Dejaré las cosas claras.

—No es usted mi padre de verdad —dijo ella—. Sé manejar esto. Irá bien. Confíe en mí.

Preparándose para el rodaje se había quitado el moño, como si la hubiese despeinado el viento, y se había prendido unas flores de papel. El vestido lo había hecho ella misma: blanco, pero con el dobladillo deshilachado y con un fajín de bramante trenzado. Una manga caída del hombro. Los pies desnudos, claro. Un poco de bronceado, un poco de colorete, no demasiado. Ingenua en general.

La escena fue todo lo que Felix habría podido desear: pasmo e inocencia por parte de ella, raptó y encantamiento. Niño Prodigio estuvo impecable, respetuoso, pero implorante, la encarnación del deseo anhelante. Cuando dijo: «¡Oh, maravilla!» y alargó el brazo con la intención aparente de tocarla, dejó la mano suspendida, como si en medio hubiese un cristal; habría fundido el acero. Estuvo muy convincente.

Espero que ella no lo destruya, pensó Felix. Pero no olvides que es un convicto. Un convicto haciendo de actor. Una doble irrealidad.

Hace una última comprobación en el espejo. Ha perdido peso las últimas semanas, está un poco delgado. Sus ojos tienen la mirada intensa de un azor enjaulado, pero puede aprovecharlo en las escenas: la mirada, el brillo. Inclinado sobre su presa, pero también agitado, distraído. Gira la cabeza hacia los lados, contempla su perfil. ¿Y añadir una pizca terrorífica, un toque de Drácula? No, mejor no.

Se enrolla la bufanda alrededor del cuello, luego sigue al penacho blanco de su aliento hasta el coche. El coche, como por milagro, arranca. Es un buen presagio. Ahora le gustan los buenos presagios.

Miranda no ha olvidado su decisión: está decidida a participar en la obra. Lo

acompaña hasta el coche —la nota allí, detrás del hombro izquierdo—, pero al principio no se anima a subir. ¿Tiene miedo? ¿Acaso recuerda la última vez que estuvo en un coche, en ese viaje al hospital cuando tenía tres años, envuelta en mantas y con fiebre alta? Espera que no. Demasiado tarde, demasiado tarde. ¿Por qué no reparó antes en las mejillas encendidas, la respiración acelerada, la somnolencia? Porque no estaba allí, o sí estaba pero inmerso en algún plan misterioso. *Cimbelino*, ¿fue ese el proyecto que causó su ausencia y que le había parecido más precioso que su niña querida? Su error, su penosísimo error.

Le explica qué es el coche, despacio y con cuidado. Es una máquina mágica voladora, le dice, una especie de barco, excepto que corre por el suelo sobre ruedas. Le enseña las ruedas. El humo que sale de él no quiere decir que esté en llamas, es del motor. El motor es lo que hace que funcione. Él se encargará de manejarlo, así que no tiene nada que temer. Ella puede viajar en el asiento de atrás, justo detrás de él. Si quiere aparecer en la obra es como tienen que ir. Será casi como volar por el aire.

Por suerte, no hay nadie que lo vea hablar en voz alta, o abrirle la portezuela trasera a una persona que no está.

Cuando arrancan, a ella parece gustarle la experiencia. Árboles, granjas y graneros pasan por su lado; Miranda siente curiosidad por todo. ¿En las casas vive gente? Sí, gente. ¡Tanta gente! ¡Tantos árboles!

—¿Te gusta, pajarito? —le pregunta. Sí, le gusta. Pero ¿dónde es la obra?—. Ya estamos cerca —responde Felix. Pasan una gasolinera, después el centro comercial cerca del Correccional Fletcher: ¡tan colorido con los adornos de vacaciones todavía puestos! ¡Tantas máquinas voladoras! Luego suben la cuesta, pasan las puertas. Le explica que la cerca es para que la gente no salga, y también para que nadie entre. Hay guardias, le explica. Ella no pregunta por qué, pero quiere saber si los guardas le impedirán pasar—. No te verán —responde él—, invisible como eres. —Y a ella le parece una broma muy graciosa.

Al llegar a seguridad pasa el escáner con él y no causa ni un pitido. «Ese es mi hábil espíritu», le sonrío en silencio. Ella se ríe sin ruido. ¡Qué alegría siente él al verla tan contenta!

—¿Qué tal le va, señor Duke? —pregunta Dylan.

—Estamos puliendo los fallos —dice Felix—. Por cierto, mañana también vendré, aunque no sea día de ensayo. Traeré parte del equipo. ¿Podrías guardarlo en una taquilla o algo por el estilo hasta que nos haga falta?

—Claro, señor Duke —responde Madison. Felix tiene que explicar el uso de todo lo que lleva, o el supuesto uso; los otros, los usos secretos, se los guarda para sí. Le preguntaron por ejemplo por los disfraces negros: las sudaderas, los pantalones, los pasamontañas, los guantes. Títeres, dijo. El método japonés. Luz negra. Les contó cómo funcionaba. Como el Bunraku.

—¡No joda! —exclamó maravillado Madison. Creen que Felix sabe mucho de teatro.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunta ahora Dylan—. ¿Ha estado de caza, señor Duke?

—Solo mi disfraz —responde Felix—. Un manto mágico. Un báculo mágico.

—Como en *Harry Potter* —dice Dylan—. Qué guay.

Había pensado que le prohibirían pasar el báculo, pero no. La racha de buena suerte de Felix continúa.

Todos están ya en la sala principal, esperando instrucciones. Anne-Marie ha llevado las tres diosas con el nuevo vestuario de lana en su enorme bolsa de tapicería.

—¿Servirán? —le pregunta a Felix.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunta Felix a los actores.

Levanta a Iris, que lleva un vestido de arcoíris hecho con lana trenzada y cuentas de colores a lo largo. Tiene la cara pintada de naranja y un tocado de nubes blancas.

—¡La peste!, es la Nación Arcoíris —dice Piernas, y todos se ríen.

—Entiendo que os gusta —responde Felix.

Luego es el turno de Ceres, con un vestido de hojas de parra y un tocado lleno de bultos que supone que deben de ser manzanas y peras de lana. Su rostro es verde, y tiene una pegatina de una abeja en la frente.

—Una vez vi a una bailarina de estriptís así. —Otra vez ha sido Piernas. Más risas, gritos de «¡Quítatelo todo!».

—Esta es Juno, la diosa tutelar del matrimonio —les informa Felix. Juno lleva un uniforme de enfermera y una botella de sangre en miniatura. Tiene pintado el ceño, y le han añadido colmillos a la boca. También lleva un collar de calaveras.

Los actores no se muestran tan favorables con Juno.

—¡La peste roja!, se parece a mi mujer —dice Shiv. Murmullos de asentimiento.

—¡Qué fea es la hideputa! —coincide Piernas.

—Hay que volver a empezar —añade Ojo de Serpiente.

—A mamarla, capullo —estalla Anne-Marie—, puedes hacer tú las putas diosas y las galletitas.

Risas.

—¡Palabrotas! ¡Palabrotas! ¡Ha perdido puntos! —exclama Piernas.

—Yo no tengo puntos, así que a mamarla tú también —dice Anne-Marie.

Todos se ríen.

—¿Qué pestíferas galletitas? —pregunta el Vaina—. ¿Se pueden mamar?

—¡Bueno, ya está bien! —responde Felix—. Maestros de marionetas, a practicar a la sala de ensayos. Calibán y los Semillas de Bruja, vamos a grabar otra vez vuestro número para ver si podemos conseguir mejores ángulos. Pero antes, el acto primero, escena segunda, mi escena con Ariel. Vamos a grabarla ahora.

Ocho Manos se ha puesto el disfraz de Ariel. Su cara ya es azul. Se retoca el impermeable, se ajusta el gorro de baño con las conchas, se baja las gafas y se pone los guantes de goma azul. Repiten una vez la escena, a partir de «Salve, amo». Ocho Manos dice el texto a la perfección, pero está nervioso.

—¿Podemos repetirlo? —pregunta—. Se oía una especie de eco. Como si alguien repitiera los versos a la vez que yo. No sé, una interferencia. A lo mejor es el micro.

A Felix le da un vuelco el corazón: su Miranda, haciendo de apuntadora.

—¿Era una voz de hombre o de mujer?

—Solo una voz. Debía de ser la mía. Comprobaré el micro.

—Podría ser. De todos modos hay actores que oyen su propia voz —dice Felix—. Cuando están muy nerviosos. Relájate, respira. Haremos otra toma. —A Miranda le dice *sotto voce*—: No tan alto. Y solo si se equivoca.

—¿Qué? —pregunta Ocho Manos—. ¿Lo quiere más contenido?

—No, no, lo siento —contesta Felix—. Estaba hablando solo.

La bienhechora Fortuna, ahora mi amiga

Jueves, 7 de marzo de 2013

El reloj avanza inexorable. Los planetas convergen.

Han recortado cactus y palmeras de cartulina con tijeras infantiles de seguridad. Han desfigurado, anegado y botado el bote de plástico y el barco de vela en el mar hecho con una cortina de ducha. Han cantado las canciones, las han rechazado, reescrito y vuelto a cantar. Ha habido cruces de insultos sobre las voces de los demás.

Han entonado himnos, han pateado. Los bailarines han sufrido pequeñas lesiones por usar músculos que llevaban mucho tiempo sin moverse. Han superado crisis de confianza, se han suscitado rencores, se han consolado los sentimientos heridos. Felix se ha recriminado su propia locura por haber emprendido una empresa tan descabellada, luego se ha congratulado por su buen juicio. Su ánimo decae, mejora y luego vuelve a decaer.

La vida normal.

Ya han grabado en vídeo casi toda la obra. Faltan muy pocas escenas, editar un par de cosas, añadir algunos efectos especiales, volver a rodar alguna escena y repetir el doblaje donde no se entiende con claridad. Las tres diosas quedan impresionantes en vídeo y los titiriteros vestidos de negro añaden otra dimensión; queda claro que las diosas son solo apariciones que interpretan un guión ajeno. El Vaina ha compuesto para ellas un trasfondo musical, unos silbidos inquietantes, campanadas y unas notas tocadas a la flauta. Para el momento en que se desvanecen en medio de una confusión, Ocho Manos ha utilizado un efecto multiplicador: la imagen se duplica una y otra vez y además se ralentiza, así da la impresión de que las diosas se desintegran en el aire. El efecto es muy bueno, y Felix felicita a Ocho Manos.

Falta menos de una semana para la hora H. Si esta fuese una ocasión normal, estaría relajándose —aún tienen tiempo para pulir lo que falta—, pero, dadas las circunstancias, todavía hay cosas que hacer.

Felix ha tomado otro tren a Toronto. Necesitaba comprar el vestuario de Esteban, el mayordomo borracho y de Trínculo el bufón: una chaqueta de esmoquin vieja para el

primero y unos calzoncillos largos rojos con un sombrero hongo para el segundo, a los dos les maquillarán la cara de color blanco. Los calzoncillos largos rojos de Trínculo los encontró en Winners, en la sección de ropa interior masculina, y la chaqueta de esmoquin de Esteban en Oxfam. También compró unos cuantos sombreros de Godzilla más para los Semillas de Bruja.

Completadas las compras, quedó con un hombre de unos cuarenta años, amable, con gafas, que tal vez fuese coreano, en un discreto rincón de Union Station. Era peligroso —¿y si estaban siguiendo a aquel tipo?—, aunque entre la multitud de viajeros lo más probable era que no llamaran mucho la atención. El contacto era cortesía de Ocho Manos; los dos podían confiar en el otro como en un hermano, decía un mensaje que Felix había sacado de contrabando en un lápiz de memoria.

El dinero cambió de manos y Felix recibió unas cápsulas, un paquete de polvos, una jeringa hipodérmica y varias instrucciones muy precisas.

—No se pase —le advirtió el contacto—. No vaya a matar a alguien o a dejarlos tocados para siempre. Las cápsulas son las *Mr. Sandmans*. Ábralas y vacíelas en el vaso, se disolverán enseguida en la cerveza de jengibre. Se dormirán enseguida, aunque solo se beban la mitad. No dura mucho, dispondrá de unos diez minutos. ¿Será suficiente?

—Lo veremos —respondió Felix.

—Lo otro son los polvos mágicos de los duendes. La cuarta parte de una cucharilla en un poco de agua. No ponga demasiado.

—Iré con cuidado —dijo Felix—. ¿Cuál es exactamente el resultado?

—Como usted dice, lo veremos. Pero será un buen viaje —le aseguró el contacto.

—Pero ¿no será perjudicial? —quiso saber Felix—. ¿De forma permanente? —Estaba nervioso; ¿qué pasaría si le pillaban con eso y qué era exactamente? ¿Estaba siendo imprudente? Sí, pero toda la operación lo era.

—Si pasa algo, no nos hemos visto —dijo el contacto en tono amable, pero convincente.

Hoy Felix va a trabajar en casa. Se toma un huevo cocido para desayunar, luego enciende el ordenador. Está siguiendo la gira real de Tony y Sal mientras van de cena en cena comiendo pollo correoso en pueblos de mala muerte, prometiendo favores, embolsándose donativos y anotando a agitadores y disidentes para castigarlos después. Tiene un mapa en la pared en el que ha ido clavando chinchetas rojas, trazando su recorrido. Le gusta ver cómo se acercan sus enemigos, como absorbidos por un remolino creado por él.

Pero antes de su búsqueda diaria en Google comprueba el correo. Todavía conserva las dos direcciones de correo electrónico, una con el nombre de Felix Phillips para los impuestos y demás cosas por el estilo y la otra para F. Duke. La segunda es la que ha dado en las oficinas del Correccional Fletcher para las

emergencias —aunque nunca ha habido ninguna— y también a Estelle, aunque ella sabe su verdadero nombre.

Le ha tenido informado. Es su verdadera estrella, le dice él; su Fortuna bienhechora. A ella le gustan esos cumplidos; le gusta tener la sensación de que tanto él como el programa la necesitan de verdad. Le encanta ser una parte invisible pero crucial de la acción teatral.

Hoy le ha enviado un mensaje: «Tengo que verle cuanto antes. Ha ocurrido algo inesperado. ¿Quedamos a comer?».

«Será un placer», responde él.

Quedan en el sitio de siempre: Zenith, en Wilmot. Estelle se ha arreglado para ir a verle, incluso más de lo habitual; pero ¿por qué da por sentado que lo hace por él? A lo mejor se arregla a diario. El pelo está recién teñido, se ha hecho la manicura y lleva unos pendientes como bolas de discoteca en miniatura de color rosa con circonitas engarzadas. El traje también es rosa y va envuelta en una bufanda Hermès con un estampado de naipes y caballos de carreras, sujeta con un alfiler en forma de cornucopia. Se ha puesto demasiado rímel. Felix le aparta la silla para que se siente.

—Bueno —dice—. ¿Un martini? —Se han acostumbrado a empezar sus citas con martinis. A ella le gusta ese *glamour* implícito.

—¡Oh! No debería tentarme —dice con picardía—, ¿es usted un réprobo!

—Adoro tentarla —se arriesga a decir Felix. Aceptará lo de réprobo y subirá la apuesta—. Y usted adora que la tienten. ¿Qué noticias son esas?

Ella se inclina hacia delante con gesto conspiratorio. Su perfume rebosa flores y frutas. Le pone la mano derecha en la muñeca.

—No quiero que se disguste —dice.

—¡Oh! ¿Es algo malo?

—Mis fuentes me han dicho que Price, el ministro de Cultura, y O’Nally, el ministro de Justicia, van a cerrar el grifo del programa de alfabetización del Correccional Fletcher —prosigue—. Se han reunido y se han puesto de acuerdo. Cuando lo anuncien dirán que es un lujo, un saqueo de la cartera del contribuyente, un halago a las élites culturales y una recompensa a la criminalidad.

—Entiendo —dice Felix—. Es muy duro por su parte. Pero ¿siguen pensando venir a Fletcher a la producción de este año tal como habían dicho?

—Desde luego —responde Estelle—. Dirán que lo han visto en directo y que le han dado una oportunidad, pero que en conjunto no vale la pena el... Además, su visita será bien recibida en el sistema de justicia criminal. Demostrará que se interesan por los funcionarios de los correccionales y... quieren hacerse la foto.

—Excelente —dice Felix—. Con tal de que vengan...

—¿No le ha decepcionado? ¿La cancelación?

De hecho, Felix está encantado. Es justo la munición que necesita para enardecer

a las tropas. ¡Espera a que los duendes se enteren de que la compañía está a punto de ser aniquilada! Será muy motivador.

—Estoy que muerdo —dice Estelle—. ¡Después de tanto trabajo!

—Podría haber un modo de salvarlo —dice con cautela—. O eso creo. Pero necesitaré su ayuda.

—Sabe que puede pedirme cualquier cosa —responde ella—. Si puedo, lo haré.

—¿Quién va a venir exactamente? —pregunta—. Además de ellos dos. ¿Lo sabe?

—Esperaba que me lo preguntase. —Busca en el monedero, un modelo elegante en lamé plateado—. Da la casualidad de que tengo aquí mismo la lista. Se supone que no debo tenerla, pero he pedido algunos favores. ¡Ni una palabra! —Guiña un ojo como mejor puede, teniendo en cuenta el espesor de sus pestañas.

Felix no va a preguntarle qué clase de favores: con tal de que siga iluminándolo con sus rayos propicios le da igual. Escudriña la página con avidez. Sal O’Nally, vale. Tony Price, vale. Y, mira tú por dónde, también está el bueno de Lonnie Gordon, que sigue siendo el presidente del Festival de Makeshiweg, pero al parecer también tiene un negocio de consultoría y encabeza las iniciativas de recaudación de fondos del partido local.

—Veo que Sebert Stanley también se ha apuntado —observa—. ¿Por qué se habrá tomado la molestia?

—Se rumorea, en realidad es más que un rumor, que quiere presentarse a la presidencia del partido. En la próxima convención de junio. Tiene buen pedigrí y mucho dinero.

—Sal también se presenta —apunta Felix—. Siempre fue muy ambicioso. Lo conocí en el colegio, entonces ya era un capullo. O sea, que son rivales...

—No se puede definir mejor —responde Estelle—. Aunque el mote de Sebert entre los iniciados es Polla Floja. Los que se mueven entre bambalinas creen que le faltan, con perdón, cojones. —Se ríe de su propio atrevimiento—. Por otro lado, Sal O’Nally se ha granjeado muchos enemigos. Tiene fama de deshacerse de la gente cuando ya no le es útil.

—Ya me he dado cuenta —dice Felix.

—Pero mucha de la gente a la que ha perjudicado tiene amigos en el partido. Les ofende ese comportamiento. Así que los dos tienen sus desventajas. Yo diría que están empatados.

—¿Y el falso de Tony? —pregunta Felix—. Tony el Apaños. ¿A quién respalda? Porque, claro, apoyará a quien tenga más posibilidades. Descargará su peso donde pueda hundir a un contendiente, sacar a flote al otro y cobrar su recompensa del ganador.

—El jurado está deliberando —responde Estelle—. Según mis fuentes, les ha lamido las botas a ambos.

—Tiene la lengua muy larga —dice Felix. Recorre la página con el dedo—. ¿Quién es este Frederick O’Nally? ¿Algún pariente del ministro?

—El hijo de Sal —dice Estelle—. Su ojito derecho. Posgrado de la Escuela Nacional de Teatro, ahora está haciendo las prácticas en Makeshiweg. Sal hizo que Lonnie le enchufara, porque no sabe decirle que no. El chico quiere ganarse la vida con el teatro, y muchas de mis fuentes lo encuentran divertidísimo, teniendo en cuenta lo mucho que desprecia las artes su padre. Es un grano en... en la nariz de Sal.

—¿Cree que sabe actuar? —dice Felix—. ¿Este chico? —¡Qué escándalo! Un mocoso malcriado que piensa que puede abrirse paso en el teatro porque le enchufe su papi. Pedir un deseo y que el Hada Madrina lo convierta en actor. Lo más probable es que tenga menos talento que un mosquito.

—Dirigir —puntualiza Estelle—. Esa es su ambición. Ha presionado mucho para colarse en esta visita. Y, a propósito, ha visto los vídeos, ya sé que no debían circular, pero se los enseñé a escondidas, y cree que son, y estoy citando literalmente, una absoluta genialidad. Dice que el programa es radical, innovador, puntero y un ejemplo estelar de teatro para el pueblo.

La opinión de Felix sobre el muchacho mejora.

—Pero ¿no sabe que yo soy yo? —pregunta—. ¿No sabe que soy, ya sabe..., Felix Phillips? —Está tentado de decir el Felix Phillips famoso, pero tal vez no llegue a famoso.

Estelle sonrío.

—Mis labios han estado sellados —dice—. Todos estos años. He guardado su secreto, e incluso he añadido un poco de camuflaje. Por lo que a ellos respecta, me refiero a nuestros distinguidos visitantes, usted es un profesor fracasado y sin dinero llamado señor Duke. Les he contado la historia y se la han tragado, porque ¿quién sino un profesor fracasado y sin dinero querría hacer teatro en un sitio sin esperanzas como Fletcher? ¿Pedimos otro martini?

—¡Por supuesto! Pidamos unos calamares rebozados —exclama Felix—. ¡Pasémoslo en grande! —¿Cuántos martinis hacen falta? Felix se siente estupendamente; la presencia del hijo de Sal rematará la jugada de forma muy placentera, o al menos esa es su esperanza más ferviente—. Es usted la mejor —le dice a Estelle. Por alguna razón se están dando la mano. ¿Está borracho?—. La Fortuna más bienhechora que he podido tener.

—Me apunto —responde ella—. He venido con usted, como decían en *Guys and Dolls*, qué buena fue la versión que montaron en Makeshiweg hace, ¡oh!, quince años, ¿lo recuerda?

—Fue antes de mi época —dice Felix—, pero una vez actué en esa obra de joven.

—Todavía es joven —suspira ella—. De espíritu.

—Pero usted lo es más —dice él—. Más joven que la primavera. —Sí, está borracho—. La diosa Fortuna puede ser muy hermosa.

Entrechocan las copas.

—Mucho —dice ella—, si me mira por mi lado bueno. —Da un sorbo a su martini. Más de un sorbo—. No sé qué se trae entre manos, pero tiene mirada de

pillo. Si es para salvar a los actores, cuenta con todo mi apoyo.

Felix arenga a los duendes

Miércoles, 13 de marzo de 2013

Este es el día. Está al borde del precipicio. Muy pronto estallará la tormenta. Pero antes, la arenga previa a la batalla.

En el camerino, se ajusta su manto mágico de animales disecados. No acaba de ser como había pensado, pero después de rociarlo con pintura dorada en spray ha cobrado nueva vida. Coge el bastón con la cabeza de zorro en la mano izquierda y se lo pasa a la derecha. Se mira en el espejo: no está mal. «Magistral» podría ser el adjetivo que se le ocurre, pensando en un espectador favorable. Se peina la barba, se alborota el pelo, se retoca el disfraz, comprueba su dentadura: está firmemente pegada. El perro de Roque, le dice a su reflejo.

Luego se aleja por el pasillo y se asoma al camerino para asegurarse de que las uvas están en su sitio. De madrugada, antes de salir del cobertizo para ir a Fletcher, las inyectó una por una con la aguja hipodérmica. Las uvas pasaron por seguridad sin despertar ningún recelo: después de todo, no son de metal. Igual que las misteriosas cápsulas con polvo de duendes en un frasco de analgésicos. Mete la mano en el bolsillo crucial, solo para asegurarse. Todo está en orden.

El reparto al completo está en la sala principal. Anne-Marie lleva el disfraz de Miranda: el sencillo vestido blanco que deja el hombro al descubierto, los pies descalzos, las margaritas y las rosas de papel en el pelo. El Vaina, Shiv, Tiempozz, Piernas y Coyote Rojo van vestidos de marineros, con los pasamontañas negros enrollados como si fuesen gorros. Por lo demás llevan ropa negra, como todo el mundo en la sala.

Ocho Manos está detrás del biombo que oculta la pantalla del ordenador, el panel de control, el micrófono central y los dos juegos de auriculares, uno para él y otro para Felix.

Se nota la tensión, con la que Felix está familiarizado después de docenas de noches de estreno. Los bailarines esperan entre bambalinas con el pie adelantado. Saltadores en su trampolín, con las rodillas flexionadas y los brazos en alto. Jugadores de fútbol antes de que suene el silbato. Caballos de carreras antes del pistoletazo de salida. Sonríe para animarlos.

—Ya está —les dice—. Nunca estaremos más preparados. —Se produce un aplauso suave—. Por si se os había olvidado —continúa—, estos políticos quieren destruir la Compañía de Actores del Correccional Fletcher. —Leves abucheos.

—Vergüenza debería darles —dice Lápiz Chueco.

—Sí —insiste Felix—. Creen que es una pérdida de tiempo. Creen que vosotros sois una pérdida de tiempo. Les trae sin cuidado vuestra educación, quieren que sigáis siendo unos ignorantes. No les interesa la vida de la imaginación, y no han comprendido el poder redentor del arte. Y, lo que es peor: creen que Shakespeare es una pérdida de tiempo. Creen que no tiene nada que enseñarnos.

—Doble vergüenza —dice el Píldoras.

Las instrucciones secretas que Felix ha ensayado con todos ellos la última semana han puesto nervioso al Píldoras. Ha planteado objeciones: ¿no es ilegal eso que piensan hacer? Pero la mayoría de la clase está de acuerdo, así que va a seguir adelante. No obstante, Felix no ha colocado al Píldoras entre los duendes principales; podría fallarle el valor y romper el hechizo.

—Pero juntos podemos frenar sus planes —dice Felix—. ¡Podemos arreglar las cosas! Lo que vamos a hacer hoy es darles algunas razones excelentes de por qué deberían reconsiderarlo. Les demostraremos que el teatro es una poderosa herramienta educativa. ¿De acuerdo?

Murmullos de aprobación, gestos de asentimiento con la cabeza.

—Eso es, tío —exclama Piernas—. ¡Mil escarabajos les asedien! ¡Así se cubran de pústulas!

—Cuando acabemos se pensarán dos veces esa peste.

—Vamos allá —coincide Coyote Rojo—. Esos abortos no sabrán lo que les ha pasado.

—Gracias —responde Felix—. Muy bien, preparados para empezar. Primera parte, llegan aquí acompañados por los marineros, entran, se sientan y servís el refrigerio. Vasos verdes y azules. ¡No os lieis con los colores! Los verdes para O’Nally Senior y también para Lonnie Gordon. Los azules para Tony Price y Sebert Stanley. Palomitas para todos. ¡Recordad!

—El cáliz con el palacio es la poción con el veneno —dice Lápiz Chueco. Nadie capta la alusión a la película de Danny Kaye.

—Los vasos transparentes son para nosotros y para Freddie. ¿Tenéis los guantes negros? —pregunta Felix—. Estupendo. ¿Los auriculares? Que nadie os los vea. En cuanto la pantalla se oscurezca, os los ponéis, os bajáis los pasamontañas y os ponéis los guantes. Seréis virtualmente invisibles. Fijaos en las marcas del suelo, las veréis en cuanto Ocho Manos encienda la luz negra. Tiempozz, contamos contigo para que les quites las alarmas de seguridad.

—No tema, la isla está llena de dedos —responde Tiempozz.

—Será exactamente como lo hemos ensayado —dice Felix—. Yo estaré con Ocho Manos detrás del biombo. Atentos a nuestras entradas. Nosotros podremos oíros, así

que si algo va mal enviaremos ayuda. Las palabras clave si tenéis algún contratiempo son «monstruo escorbútico».

Todos asienten con la cabeza.

—Espero que nadie sufra ningún daño —observa Lápiz Chueco. Está inquieto: el robo no es su *modus operandi*.

—Ni un pelo —le tranquiliza Felix—. A no ser que intenten pelear. Y no lo harán. Pero el Vaina, Piernas y Coyote estarán preparados para controlarlos si hace falta. Los sujetarán como un portero de discoteca, nada de golpes. Que nadie haga un uso excesivo de la fuerza, por muy tentador que resulte. ¿Prometido?

—Claro —dice el Vaina.

—Hay muchas maneras —dice Coyote Rojo.

—Y ahora los decorados —dice Felix—. Dentro de media hora, el camerino ya no será el camerino sino la cueva de Próspero. La réplica de la celda de los años cincuenta será la roca donde llegará Fernando, así que meteremos allí al joven O’Nally. Es la que tiene el váter más viejo. Anne-Marie cuidará de él, ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿Seguro que esto es ético? —pregunta Anne-Marie—. Sé que tiene usted cuentas pendientes, y lo entiendo, pero el chico de O’Nally no le ha hecho nada.

—Ya lo hemos hablado —responde Felix—. No sufrirá ningún daño. Recuerda que en parte fue su padre quien te jodió la carrera hace doce años. Las palmeras están ya en su sitio, ¿no?

—Sí —dice Niño Prodigio—. Y la sirena. —Parece huraño: no le gusta que Anne-Marie vaya a estar encerrada en una celda con otro hombre.

—La otra réplica, la celda de los noventa, será donde dormirán Alonso y Gonzalo, quiero decir O’Nally y Lonnie Gordon —dice Felix—. Es la de los cactus. Es muy importante meter a cada cual en la sala correcta. Cuando estén todos en la sala de visionado y justo antes de apretar el botón de inicio, Shiv estará en el pasillo poniendo los carteles en las puertas: palmera, cactus.

—Entendido —dice el Vaina.

—Excelente. Lo principal es calcular bien el tiempo. Duendes, dependemos de vosotros: la obra no puede funcionar sin los duendes.

—¿Podremos hacerlo? —dice Tiempozz—. ¿Qué pasa con los de seguridad?

—No es problema, no se enterarán de nada —dice Felix—. La clave es que hemos conseguido que dejen pasar a los dignatarios a nuestra ala sin escolta. Una amiga mía con mucha influencia se ha encargado de eso. Hemos trucado el vídeo de forma que mientras interpretamos nuestro teatro interactivo con los políticos, todo el mundo verá el espectáculo igual que siempre. Si oyen gritos, que no los oirán, creerán que es parte de la obra.

—Es usted un puto genio —exclama Piernas.

Nadie le reprocha la palabrota.

—No podría haberlo hecho sin Ariel —responde Felix—. Sin Ocho Manos. Ha

sido... increíble. Igual que todos vosotros. —Mira el reloj—. Bueno, vamos allá. Se levanta el telón. Mucha mierda a todos.

—Mucha mierda, mucha mierda, mucha mierda —se dicen unos a otros—. Mierda, tío. Mierda, colega. —Entrechocan los puños.

—*La tempestad*, acto primero, escena primera —dice Felix—. Desde el principio.

Ha llegado la hora

El mismo día

El grupo de visitantes posa a la entrada con el nombre de Fletcher muy visible. Los dos posibles candidatos a la dirección federal sacan pecho, enseñan los dientes, se empujan para ocupar el lugar más preeminente en la foto. Los demás se agrupan a su alrededor.

El excelentísimo señor Sal O’Nally, ministro de Justicia; el excelentísimo señor Anthony Price, ministro de Cultura; el excelentísimo señor Sebert Stanley, ministro de Excombatientes; y el señor Lonnie Gordon de Estrategias Gordon, presidente de la junta del Festival de Makeshiweg. Les acompaña el hijo del ministro O’Nally, Frederick O’Nally.

Sal está cada año más gordo; Tony va muy arreglado con un traje impecable, todavía conserva una buena mata de pelo. Sebert Stanley siempre ha parecido una foca —la cabeza pequeña, casi sin orejas, los ojillos diminutos y el cuerpo en forma de pera— y lo sigue pareciendo. El chico —Freddie O’Nally— es bastante guapo: pelo negro, sonrisa blanca, pero parece inquieto, como si no le gustase estar con esa gente, por más que uno de ellos sea su padre.

Flanqueando al grupo central hay un grupo de esbirros y correveidiles del gobierno y algunos jefazos de Fletcher que probablemente estén cagados de miedo porque no suelen tener muchas visitas ministeriales. De hecho, esta es la primera.

Estelle está al fondo, casi oculta: ya le había dicho a Felix que no le gusta dejarse ver mucho en estas ocasiones; aunque le prometió colaborar; tranquilizarles y distraerles si alguien se pone nervioso. Ha sincronizado el reloj para asegurarse de que los dos vídeos se proyectan a la vez.

—Piense en mí como en un lubricante —dijo—. Me aseguraré de que todo funcione como la seda.

—¿Cómo puedo agradecersele? —preguntó Felix.

—Ya lo hablaremos —respondió ella con una sonrisa.

La puerta principal se abre. El grupo entra. La puerta principal se cierra.

En la sala de proyecciones, Felix se instala detrás del biombo.

—Conéctanos con el micro del Vaina —dice mientras se pone los auriculares.

Se oye un murmullo de voces. El grupo ministerial está pasando el control de seguridad igual que cualquiera, no hay excepciones, explican con educación Dylan y Madison.

—Estupendo —dice la voz de Sal O’Nally—, me alegra ver que hacen ustedes su trabajo, ¡ja, ja, ja!

Todo es jovialidad. Felix sabe por Estelle que acaban de llegar de un acto político; les habrán recibido bien y casi seguro que se habrán tomado unas copas. Una parada rápida en la cárcel para dedicar unas migajas a los inadaptados sociales y se marcharán cuanto antes mejor porque han dicho que va a nevar. Hasta puede que haya ventisca. Algunos de los lamebotas que se ocupan de estos detalles ya deben de estar mirando nerviosos el reloj.

Sal está relajado. Van a pasar por la pantomima de ver esta obra o lo que sea sobre todo porque Freddie ha insistido en que fuesen y él cree que su hijo no tiene defectos, aunque quiere que sea abogado y no actor. Pero le dará el capricho al chico y después, cuando lleguen a Ottawa, anunciará la cancelación de esa pamema de la alfabetización, comoquiera que se llame. Las cárceles son para encerrar y castigar, no para hacer un falso intento de educar a quienes no se puede educar por naturaleza. ¿Cómo era esa cita sobre lo innato y lo adquirido? ¿Es de una obra de teatro? Sal hace una nota mental: se lo preguntará a Tony, que estaba en el mundillo del teatro.

Mejor aún, le preguntará a Freddie. El chico se llevará una decepción cuando Sal le diga que o se matricula en Derecho o se acabó la paga mensual y que ya se ha divertido lo suficiente. Puede parecer severo, pero Sal solo quiere lo mejor y el chico malgastaría su talento en las artes, es un callejón sin salida y aún lo será más bajo la tutela de Tony, como sabe muy bien Sal.

—No pueden entrar con el teléfono móvil —le dice Dylan a Sal—. Lo siento, señor. Se lo guardaremos aquí.

—Caramba —empieza a decir Sal—, soy el ministro de... —Pero advierte que Freddie le está mirando. Al chico no le gusta que haga valer el cargo; aunque ¿de qué sirve tenerlo si no puedes hacerlo valer? En cualquier caso entrega el teléfono.

Tony tiene otras cosas en la cabeza. Ahí está con dos posibles candidatos, Sal y Sebert, y los dos quieren su apoyo. Sal cree que Tony está en deuda con él, teniendo en cuenta lo mucho que le ha ayudado con su carrera. Sustituir a Felix Phillips fue solo el primer paso; desde entonces, Tony no ha dejado de subir como un globo aerostático. De la vida del teatro al teatro de la vida, podría decirse, y Sal ha sido su escalera. Pero, una vez has subido la escalera, ¿de qué te sirve? Sin duda le conviene más respaldar a un candidato a quien no le deba nada, que le deba algo a él. ¿Cómo quitarse de encima a Sal e inclinar la balanza a favor de Sebert? ¿Qué es lo mejor a largo plazo?

Después de sacrificar su teléfono, Sal se vacía los bolsillos, entrega la navaja

Leatherman y la lima de uñas.

—Limpio como un bebé —les dice a los dos guardias de seguridad.

Muchas sonrisas recíprocas. Le enganchan la alarma de seguridad al cinturón.

—No es que le vaya a hacer ninguna falta —dice Dylan—, pero no hay excepciones, todo el mundo tiene que llevar una, señor.

Tony pasa el control de metales con las manos en alto, bromeando con afabilidad. Sebert lo hace muy serio y se alisa el pelo de la cabeza minúscula después de pasar por el escáner. Lonnie parece cariacontecido, como si lamentase que tenga que haber un control de seguridad en una cárcel. Freddie tiene los ojos muy abiertos y se mueve con torpeza: este es un mundo nuevo en el que no se ha parado a pensar mucho.

Ya han pasado y por el pasillo llegan, como a una señal, un grupo de hombres vestidos de... ¿qué? ¿Piratas?

—Bienvenidos, caballeros —dice el que va delante—. Bienvenidos a bordo de la nave *Tempestad*. Soy el contraamaestre y estos mis marineros. Vamos a llevarles a través del mar hasta una isla desierta. No se preocupen si oyen ruidos, son parte de la obra. Les advierto de antemano de que esta es una obra de teatro interactiva de naturaleza experimental. —Sonríe obsequioso—. Por aquí.

—Adelante —responde Sal. Más vale actuar con elegancia. No se le escapa que esos hombres son reclusos, pero el director de la prisión y varios guardias están ahí detrás sonriendo.

—Les veré después de la función, que disfruten, nosotros estaremos viéndolo también en el piso de arriba —dice el director.

—Que se diviertan —añade Estelle como se llame, su abuelo era senador, Sal la ha visto en muchas fiestas, está en varios comités o algo por el estilo. Ahora sonríe y se despide con la mano como si acabaran de embarcarse.

Decide que todo va bien y sigue al contraamaestre por el pasillo de la izquierda.

Tony y Sebert van detrás de él y Lonnie y Freddie cierran la marcha. Justo detrás de Lonnie y Freddie hay tres marineros que lanzan, ¿qué?, puñados de confeti de purpurina azul.

—Son gotas de agua —dice el contraamaestre—. Hay una tormenta, ¿entienden?

—¡Ah, muy bien! —responde Sal. ¿A qué vienen estas gansadas en una cárcel? Estos tipos se divierten demasiado.

En la retaguardia se cierra una puerta y se oye un cerrojo. Es normal, piensa Sal. Claro. Por seguridad. Se siente más seguro.

En la distancia se oye el retumbar de un trueno.

—Aquí es —anuncia el contraamaestre—. Caballeros.

Los hace pasar por la puerta a la sala de proyección.

—Muy bien, el Vaina —susurra Felix en el micrófono. Vuelve a mirar la hora.

En la sala hay una gran pantalla plana. Otros marineros vestidos de negro acompañan a los visitantes a su sitio y les indican con gestos y reverencias dónde tienen que sentarse. Cuatro marineros reparten refrescos en vasos de plástico verdes y

azules, y bolsitas de palomitas, un detalle de bienvenida. Los tres ministros y Lonnie se sientan en la primera fila, detrás hay varios marineros.

A través de la pantalla Felix ve que Tiempozz está en la segunda fila, con la cara redonda sonriente y ausente; y los ágiles dedos ocultos en las mangas, dispuestos a quitarles las alarmas de seguridad en cuanto se apague la luz.

¿Dónde está el resto del grupo?, se pregunta Sal. ¡Ah, sí! Arriba con el director de la cárcel y no sé quién más. Esa mujer tan guapa, Estelle, es un poco llamativa, pero está claro que tiene contactos. Debería invitarla a comer algún día. Se arrellana en la silla de pupitre. Nota los efectos de la copa que tomó en el acto en el que estuvieron antes.

—A ver si empieza ya el espectáculo —le dice a Tony. Mira la hora—. Al menos no me han quitado el reloj. —Sonríe. Mete la mano en la bolsa de palomitas; mucha sal, eso le gusta. Da otro trago de cerveza de jengibre, del vaso de plástico verde. Tiene sed. Es una buena idea lo de la cerveza de jengibre. Qué lástima que no lleve un poco de alcohol.

Freddie está al lado de Anne-Marie, en la tercera fila.

—Hola —le dice—. Soy Fred O’Nally. Tú debes de ser Miranda, ¿no?

—Sí. Soy Anne-Marie Greenland —responde ella.

—¿De verdad? ¿Esa Anne-Marie? ¿No has...? ¿No bailabas con Kidd Pivot?

—La misma —dice Anne-Marie.

—¡Es increíble! ¡Debo de haber visto tu vídeo más de cien veces! Como director quiero integrar, no sé, más movimiento y más fusión...

—¿Tú diriges? —pregunta Anne-Marie—. ¡Qué guay!

—Bueno, no exactamente —dice Freddie—. Quiero decir que aún no he dirigido mi propia producción. Soy más bien una especie de aprendiz. Pero todo llegará.

—Por que llegue pronto —dice Anne-Marie, alzando el vaso de plástico transparente.

Freddie alza el suyo. Está mirando con intensidad sus grandes ojos azules.

—Es un vestido increíble —dice—. Tiene justo el...

Mira su hombro desnudo.

—Gracias —responde ella, subiéndose un poco la manga, pero no lo bastante para taparse el hombro—. Lo he hecho yo.

Se oyen tres golpes secos detrás del biombo que hay al fondo de la sala; Felix ha golpeado el bastón con cabeza de zorro contra el suelo. El dedo índice de Ocho Manos se acerca al botón de *play*. A la luz del ordenador, su rostro enjuto tiene una expresión pícara.

Felix mira angustiado la oscuridad: ¿dónde está su Miranda? Ahí está, un resplandor detrás del hombro izquierdo de Ocho Manos.

—Ha llegado la hora —le susurra.

34

Tempestad

Las luces de la sala se atenúan. El público calla.

EN LA ENORME PANTALLA PLANA: *Letras amarillas irregulares sobre fondo negro.*

LA TEMPESTAD
de William Shakespeare
por
los Actores del Correccional Fletcher

EN PANTALLA: *Un cartel escrito a mano, sujeto por el presentador, que lleva una capa corta de terciopelo púrpura. En la otra mano, una pluma.*

CARTEL: UNA SÚBITA TEMPESTAD

PRESENTADOR: Lo que van a ver es una tormenta en alta mar:
el viento aúlla, los marineros chillan,
los pasajeros los maldicen, porque la situación empeora,
van a oír gritos, igual que en una pe-e-e-sadilla,
pero no todo es lo que parece,
no digo más.

Sonríe.

Ahora vamos a empezar la obra.

Hace un gesto con la pluma. Corte a: rayos y truenos en una nube en forma de embudo, imagen del canal Tornado. Imagen de archivo de las olas en el océano. Imagen de archivo de la lluvia. Sonido del aullido del viento.

La cámara hace un zoom sobre un barquito de vela de juguete que se balancea sobre una cortina de ducha de plástico azul con peces, debajo unas manos causan las olas.

Primer plano del contramaestre con un gorro de punto negro. Le echan agua desde fuera de plano. Está empapado.

CONTRAMAESTRE: ¡Virad deprisa o nos vamos a pique!

¡Moveos, moveos!

¡Virad, virad! ¡Cuidado, cuidado!

¡Hagámoslo,

vale más que os apliquéis,

bracead las velas,

combatid la tormenta,

a menos que queráis nadar con los peces!

VOCES EN OFF: ¡Nos ahogaremos!

CONTRAMAESTRE: ¡Quitaos de en medio! ¡No es momento para juegos!

Le echan un cubo de agua en la cara.

VOCES EN OFF: ¡Escuchadnos! ¡Escuchadnos!
¿Es que no sabéis que somos de sangre real?

CONTRAMAESTRE: ¡Cuidado, cuidado! ¡Eso a las olas no les importa!

El viento ruge, diluvia,
no os quedéis mirando ahí plantados.

VOCES EN OFF: ¡Estáis borracho!

CONTRAMAESTRE: ¡Sois idiotas!

VOCES EN OFF: ¡Estamos perdidos!

VOCES EN OFF: ¡Nos hundimos!

Primer plano de Ariel con un gorro de baño azul y unas gafas de esquí iridiscentes, maquillaje azul en la parte inferior de la cara. Lleva un impermeable de plástico translúcido con mariquitas, abejas y mariposas estampadas. Detrás de su hombro izquierdo se ve una sombra extraña. Se ríe sin ruido, señala hacia arriba con la mano derecha que está enfundada en un guante de goma azul. Resplandor de rayos, ruido de truenos.

VOCES EN OFF: ¡Recemos!

CONTRAMAESTRE: ¿Qué decís?

VOCES EN OFF: ¡Nos hundimos! ¡Nos ahogaremos!

¡No volveremos a ver al rey!

¡Saltad por la borda, nadad a la orilla!

Ariel echa la cabeza atrás y se ríe encantado. En cada una de sus manos con guantes de goma azul sostiene una linterna muy potente que emite destellos.

La pantalla se queda en negro.

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Qué?

OTRA VOZ: Se ha ido la luz.

OTRA VOZ: Será por la ventisca. Se habrá caído un poste en alguna parte.

Oscuridad total. Ruidos confusos en la sala de al lado. Gritos. Se oyen disparos.

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Qué sucede?

VOCES FUERA DE LA SALA: ¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!

UNA VOZ DEL PÚBLICO: ¿Quién está al mando aquí?

Tres disparos más.

UNA VOZ DENTRO DE LA SALA: ¡Que nadie se mueva! ¡Quietos!

¡Bajad la cabeza! Quedaos donde estáis.

Rico y extraño

Una mano con un guante de lana negra se cierra sobre los ojos de Freddie, luego una capucha se desliza sobre su cabeza y lo levantan del asiento.

—Pero ¿qué coño...? —grita—. ¡Soltadme!

—Te estás cayendo por la borda —dice una voz—. ¡El infierno está vacío, aquí están los demonios!

—¡Es un motín! —Es la voz de Tony—. Tranquilos. No les provoquéis. Apretad el botón de la alarma. Esperad...

—¿Qué alarma? —Es la voz de Sebert—. ¡Ha desaparecido!

—¡Esperad, esperad! —grita Freddie—. ¡Soltad! ¿Por qué me pellizcáis? ¡Au! — Su voz se aleja hacia el fondo de la sala.

—¡Freddie! —Es la voz de Sal, que grita—. ¿Qué hacéis? ¡Es mi hijo! ¡Os mataré! ¡Traedlo!

—Silencio —dice una voz en la oscuridad—. La peste se lleve estos gritos. ¡La cabeza en el pupitre y las manos en la nuca! ¡Vamos!

Una puerta se abre y se cierra.

—¡Lo han tomado como rehén! —chilla Sal—. ¡Freddie! —Se oye un disparo—. ¡Lo han matado! —gimotea Sal.

—Tú te vienes con nosotros —dice una voz—. De pie. Vamos. Tú también.

Un forcejeo.

—¡No veo nada! —grita Sal, dejándose dominar por el pánico.

—¡Pagaréis por esto! —Es Tony, su voz suena fría e imperturbable.

El ruido de las olas y el viento va en aumento. Las voces se ahogan. Un enorme trueno. Gritos confusos.

—¡Zozobramos! ¡Misericordia! ¡Naufragamos, naufragamos, naufragamos!

Freddie se retuerce en la oscuridad, le están sujetando los brazos con fuerza a la espalda; a ambos lados tiene a alguien que le empuja hacia delante.

—Estáis cometiendo un error —dice—. ¿No podemos hablarlo? Mi padre es el ministro de...

Una mano le tapa la boca por encima de la capucha.

—Sí, ya sabemos quién es tu padre. El ministro de Justicia. ¡Así se cubra de pústulas! ¡La peste roja nos libre de él! Ya es hombre muerto.

—Más muerto que mi abuela.

—Sí. Ya está seco y liquidado.

Freddie intenta hablar, pero tiene la boca tapada por la tela.

Se oye el ruido de una puerta al abrirse. Obligan a entrar a Freddie. Unas manos en los hombros le obligan a sentarse.

Se oye el ruido de la puerta al cerrarse. ¿Puede quitarse la capucha? Sí, tiene las manos libres. Se la quita.

Lo han metido en una celda iluminada solo por una bombilla. Está sentado en uno de los catres, sobre una áspera manta de lana gris. Las paredes están decoradas por palmeras, conchas marinas y un calamar de cartulina recortados por un aficionado. Hay una caja de bloques de Lego en el rincón. Una espantosa pintura de la orilla del mar, con una especie de horrible sirena; en pose de chica de calendario, con las tetas enormes y el pelo verde de algas. Debajo está impreso: NINFA MARINA.

¿Qué es esto? ¿Es un motín, han matado a su padre y lo retienen como moneda de cambio? ¿En una celda con palmeras de cartulina y Lego? ¿Qué?

Aún más importante. ¿Se ha meado encima? No, por muy poco. Menos mal. Por suerte hay un váter. Justo cuando acaba de vaciar la vejiga, empieza a sonar una selección musical en un minúsculo altavoz: ahí está, al lado del aspersor antiincendios del techo. Son dos cantantes, ¿o hay tres?

Yace tu padre en el fondo
y sus huesos son coral,
esas perlas fueron sus ojos,
nada en él desaparecerá,
pero el mar lo trocará
en algo rico y extraño.
Yace, yace, yace, yace,
sufre, sufre, sufre, sufre,
rico, rico, rico, rico,
extraño, extraño, extraño, extraño...

Tambores, sonido de flautas. Caramba, piensa Freddie. La canción de *La tempestad*. ¿Es una broma retorcida? ¿Van a ponerla veinticuatro horas al día para volverle loco? Ha oído hablar de ello, quebranta el espíritu. ¿Están intentando quebrar sus ánimos? Pero ¿por qué?

La música se apaga, la puerta se abre y Anne-Marie Greenland se cuelga en la celda, todavía con el seductor vestido de Miranda que deja el hombro al descubierto. Por señas, le indica que vaya al rincón y que se agache para que pueda hablarle al oído.

—Lo siento —dice—. ¿Estás bien?

—Sí, pero...

—¡Chis! Nos escuchan —susurra—. El micrófono está al lado de la bombilla. Haz lo que te diga y no sufrirás ningún daño.

—¿Qué es esto? —pregunta Freddie—. ¿Un motín? ¿Dónde está mi padre? ¿Lo han matado?

—No lo sé —responde ella—. Aquí hay un loco. Está más loco que una cabra. Se cree Próspero. No, digo de verdad. Está recreando *La tempestad*, y tú eres Fernando.

—No me jodas —dice Freddie—. Eso es una puta...

—¡Chis! Lo que tienes que hacer es atenerte al guión. Te he traído tu parte, es lo que está subrayado en el texto. Toma, di los parlamentos debajo de la luz para que te oiga. Si no, se enfadará. Tiene muy mal genio.

—¿Tú estás metida en esto? ¿Por qué ibas a...?

—Solo intento ayudarte —dice Anne-Marie.

—Pero ¿quién es ese tío? —pregunta Freddie—. Oh, a propósito, gracias. Espero no haberte causado problemas.

—No más de los normales —responde Anne-Marie—. Es un loco, eso es lo más importante. Tienes que halagarle. Empieza aquí.

Freddie lee:

Mis espíritus, como en un sueño, están encadenados,
la pérdida de mi padre, la debilidad que siento,
el naufragio de todos mis amigos, no serían nada
si desde mi prisión pudiera una vez al día
contemplar a esta doncella. ¡Qué me importaría
ser libre en los demás rincones de la tierra,
en esa prisión tendría espacio de sobra!

—No está mal —dice Anne-Marie—. Tal vez con un poco más de sentimiento... Finge que te estás enamorando de mí.

—Pero —objeta Freddie—. A lo mejor me estoy enamorando de ti. ¡Oh, maravilla!

—Muy bien —dice Anne-Marie—. Sigue así.

—No, en serio —insiste Freddie—. ¿Tienes..., no sé, novio?

Anne-Marie suelta una risita.

—¿Así me preguntas si soy virgen? Es lo que hace en la obra, ¿no?

—Esto no está en la obra. Dime, ¿tienes novio o no?

—No —responde ella con la mirada fija—. La verdad es que no.

—¿Y te molestaría que me enamorase de ti?

—No creo —dice Anne-Marie.

—¡Porque creo que me estoy enamorando! —Le sujeta los brazos.

—Cuidado —susurra. Le suelta las manos—. Ahora tenemos que ceñirnos al texto. —Lo lleva hacia la bombilla, entrelaza las manos, lo mira con adoración, imposta la voz—: ¡Nunca vi nada tan noble!

—¡Necia muchacha! —Resuena una voz—. ¡Al lado de los demás hombres, este es un Calibán!

—¿Qué te había dicho? —susurra Anne-Marie—. ¡Como un cencerro! A propósito, ¿sabes jugar al ajedrez?

Inmenso laberinto

Al ministro de Justicia O’Nally, al ministro de Cultura Price, al ministro de Excombatientes Stanley y a Lonnie Gordon, de Estrategias Gordon, los arrastran de forma muy indigna por una especie de pasillo. No ven adónde van; todo está a oscuras excepto por unas brillantes marcas blancas en el suelo.

¿Quién los está arrastrando? No lo saben; todas las figuras llevan ropa negra. A su alrededor sopla el viento, rompen las olas y retumban los truenos, y no se oye lo que dicen. ¿Qué dirían si pudieran oír? ¿Estarían maldiciendo, implorando lamentando su destino? Las tres cosas, piensa Felix, mientras oye el estruendo por los auriculares.

El cortejo dobla la esquina. Dobla otra esquina. Luego una tercera. ¿Están volviendo por donde han llegado?

El ruido de la tormenta aumenta. Luego, de pronto, silencio.

Se abre una puerta, los hacen pasar a empujones. Aquí también está oscuro, sea lo que sea. Entonces la luz del techo se enciende: se encuentran en una celda con cuatro literas, dos arriba y dos abajo. Las paredes están decoradas con siluetas de cactus, recortadas de papel de estraza.

Se miran unos a otros. Pálidos, conmocionados.

—Al menos estamos vivos —dice Lonnie—. ¡Deberíamos dar gracias!

—Claro —responde Tony, poniendo los ojos en blanco.

Sebert Stanley prueba la puerta: está cerrada. Se pasa la mano por la cabeza diminuta y se asoma a la ventana con barrotes que da al pasillo.

—Ahí fuera está oscuro —anuncia.

—Les he oído disparar. Han matado a Freddie —dice Sal. Se desploma desanimado en una de las literas de abajo—. Lo he oído. He oído el disparo. ¡Mi vida ha terminado!

Se está abrazando a sí mismo y se balancea de un lado al otro.

—¡Oh!, seguro que no lo han matado —le consuela Lonnie—. ¿Por qué iban a hacerlo?

—¡Porque son animales! —dice casi gritando Sal—. ¡Deberían estar en jaulas! ¡Deberían estar todos muertos!

—Y no disfrutando de programas de alfabetización —añade Tony con voz fría—. Por ejemplo.

—A lo mejor le han disparado a otro —apunta Lonnie—. O solo han disparado. Creo que deberíamos ver el lado bueno. Hasta que podamos estar seguros.

—¿Por qué? —exclama Sal—. ¡No hay ningún lado bueno! ¡He perdido a

Freddie! ¡He perdido a mi hijo! —Se tapa la cara con las manos. Se oyen unos ruidos ahogados que tal vez sean sollozos.

—¿Y ahora qué? —le dice Sebert a Tony en voz baja.

—Tenemos que esperar —responde Tony—. No es que haya muchas más opciones.

—Debería dominarse. Esto es muy embarazoso —dice Sebert—. Esperemos que lleguen pronto las autoridades.

Se apoya en la pared y se mira los dedos.

—Quienesquiera que sean... —murmura Tony yendo y viniendo por la celda, diez pasos hacia un lado y diez hacia el otro—. Si de verdad han matado al chico, rodarán cabezas.

—Anítese, ministro O’Nally —le dice Lonnie a Sal—. ¡Podría ser peor! Nadie ha salido herido, estamos en una celda cómoda y calentita...

—Puede pasarse horas así —le comenta en voz baja Tony a Sebert—. Nos matará de aburrimiento, como de costumbre.

—Si tuviese que revisar el sistema de prisiones —continúa Lonnie—, daría más libertad a los reclusos. Les dejaría votar y tomar sus propias decisiones. Elegir su propio menú, por ejemplo; eso podría ser una habilidad que tendrían que mejorar.

—Sueña —dice Tony—. A la primera oportunidad envenenarían la sopa.

—Por favor —le interrumpe Sal—. ¡Basta de cháchara en un momento como este!

—Solo intentaba distraerle —responde ofendido Lonnie.

—Estoy cansado —dice Sal. Su voz suena espesa. Se tumba en la litera.

—Es raro —coincide Lonnie—. Yo también tengo sueño. Aprovecharé para descansar un poco. —Se tumba en la otra litera. Los dos se quedan profundamente dormidos.

—Esto no me gusta —apunta Sebert—. No estoy nada cansado.

—Ni yo —dice Tony. Se acerca a los dos durmientes—. Como un tronco. Ya que estamos —baja la voz—, ¿cómo ves tus posibilidades de presidir el partido en este momento?

—Sal va por delante en las encuestas —responde Sebert—. No sé cómo voy a alcanzarle.

—Sabes que puedes contar con mi apoyo.

—Sí. Gracias. Te lo agradezco.

—Si Sal no se presentase, serías tú, ¿no?

—Claro. ¿Qué quieres decir?

—Cuando alguien se interpone en mi camino —dice Tony—, lo aparto sin más. Así es como he llegado a ser lo que soy. Aparté a Felix Phillips cuando estaba en el Festival de Makeshiweg. Ese fue el primer paso en mi carrera.

—Ya, lo entiendo —responde Sebert—. Pero no puedo quitar sin más de en medio a Sal. No tengo nada contra él, ni escándalos secretos, ni forma de

influenciarle. Créeme, no he dejado piedra sin remover, he mirado en todas partes. No se puede demostrar nada. Y ahora, si han matado a su hijo en el motín, ¡piensa en la de votos que le dará eso!

—Esa es la palabra clave —dice Tony—: motín.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Qué pasa en los motines? La gente muere, ¿y quién sabe cómo?

—No entiendo..., estás diciendo que... —Sebert se toquetea el lóbulo de la oreja y lo retuerce.

—Lo diré con otras palabras —continúa Tony—. Hace doscientos años habríamos aprovechado el caos para librarnos de Sal y culpar a los amotinados. ¡Oh, y también de Lonnie!; es mejor no dejar testigos. Pero hoy la difamación duplicaría el efecto.

—¿Cómo?

—¿Qué es lo que se le pide a un líder? —pregunta Tony—. Capacidad de liderazgo. Podemos contar, a regañadientes, claro, que Sal se vino abajo antes de morir. Que lo ahogaron en el váter. Un ministro de Justicia duro a su merced. A nadie le extrañaría.

—Pero no se ha venido abajo —objeta Sebert—. O no del todo. Y no lo han ahogado en el váter.

—Imagina que tú y yo fuésemos los dos únicos supervivientes —insiste Tony—. ¿Quién lo sabría?

—¿No estarás hablando en serio? —pregunta alarmado Sebert.

—Considéralo una teoría —responde Tony, mirando a Sebert a los ojos—. Un experimento intelectual.

—Muy bien, ya lo entiendo —dice Sebert—. Y, en ese experimento intelectual, ¿qué pasaría con Lonnie? —vacila—. No podemos...

—En el experimento intelectual, Lonnie sufriría un ataque al corazón. Lo raro es que no lo haya sufrido ya. Podríamos usar, por ejemplo, esta almohada en el experimento intelectual. Si alguien se diese cuenta diríamos que fueron los amotinados. Es una pena, pero ¿qué se puede esperar de gente así? Son impulsivos, no saben controlar su agresividad. Es su naturaleza.

—Menudo experimento intelectual —dice Sebert.

—¿Lo hemos grabado todo? —pregunta Felix detrás del biombo de la sala principal—. ¡Es mucho mejor de lo que me esperaba! —Tony sigue el rumbo previsto. Debe de llevar mucho tiempo meditando esa traición, y ahora la suerte le ha dado una oportunidad. Que podría ser fatal.

—Perfectamente —responde Ocho Manos—. Tanto el vídeo como el audio.

—Excelente —dice Felix—. Es hora de continuar antes de que asfixien al bueno de Lonnie con la almohada. Aprieta el botón, que suene la música para despertarlos. ¿Qué has escogido?

Ha dejado la elección de la música de la isla mágica a Ocho Manos, igual que parece hacer Próspero con Ariel, aunque él le ha proporcionado los MP3 que le ha pedido.

—Metallica. «Ride the Lightning». Es muy ruidoso.

—¡Este es mi hábil espíritu! —exclama Felix.

—¡Dios mío! —dice Sal, incorporándose de golpe, totalmente despierto—. ¿Qué es ese estruendo infernal?

—¿Qué pasa? —pregunta Lonnie, frotándose los ojos.

—He oído mucho ruido —dice Tony—. ¡Los amotinados... deben de estar haciendo de las suyas otra vez! ¡Preparaos! ¡Coged una almohada y ponéosla delante si disparan!

—Me da vueltas la cabeza —dice Sal—. Como si tuviese resaca. No he oído nada.

—Yo solo he oído una especie de zumbido —dice Lonnie.

Los hechizos no fallan

La puerta se abre. Las luces del pasillo se encienden.

—¿Y ahora qué? —pregunta Tony.

—Es una trampa —dice Sal.

Lonnie va con cuidado a la puerta y se asoma.

—Ahí no hay nadie —anuncia.

—Y ahora la música solemne —le dice Felix a Ocho Manos—. Que salga del camerino. ¿Está preparado el frutero con las uvas?

—Debería. Lo comprobaré —contesta Ocho Manos, escudriñando la pantalla—. Sí, las veo.

—Bien hecho, duendes —dice Felix—. Espero que la trampilla de debajo funcione.

—Lo hemos comprobado dos veces. Para esto he escogido una canción de Leonard Cohen —comenta Ocho Manos—. «Bird on a Wire». Pero el doble de lenta. Yo mismo la he grabado en los teclados.

—Muy bien pensado —responde Felix.

—He usado el chelo, con una especie de coros con Theremín —le explica Ocho Manos—. Es inquietante.

—Me encanta que sea inquietante —dice Felix—. Estoy deseando oírlo. Aprieta el botón.

—Viene del pasillo —dice Sebert.

—¿Es «Bird on a Wire»? —pregunta Tony.

—Se burlan de nosotros —apunta Sal.

—*I have tried on my way to be free* —dice Lonnie—. A lo mejor es un mensaje de alguien que intenta ayudarnos. Más vale ir a ver. No vamos a quedarnos aquí.

—¿Por qué no? —pregunta Sebert, mordisqueándose el dedo índice.

—Deja que vayan delante —le susurra Tony—. Por si les disparan.

—Han cruzado la puerta —dice Ocho Manos—. Los cuatro. La cámara del pasillo no es muy buena, pero mire, ahí están. Siguen por el pasillo. Hasta el camerino.

—Me siento culpable por hacer pasar por esto a Lonnie —dice Felix—, pero no se podía evitar. Además, ha frecuentado malas compañías. ¿Le han puesto el altavoz?

—Sí —responde Ocho Manos—. En el cuello de la camisa, funciona. Cuando

quiera encenderlo, vaya aquí y pulse intro.

En la pantalla, observan a los cuatro hombres que se acercan al camerino. A ambos lados, pegados en la pared hay unas siluetas —un T-rex, una criatura del espacio— que les dan la bienvenida.

Excelente discurso mudo, murmura Felix para sus adentros.

—¿Qué es esto, un jardín de infancia? —exclama Sebert—. ¡Primero palmeras y ahora esto!

—¿Quién dirige este sitio? —pregunta Sal—. ¡Habría que hacer unos cambios! —Se toca la frente—. ¿Un dinosaurio? Me siento raro. Creo que tengo fiebre.

Pero todos cruzan el umbral.

—¿Qué es esto? —dice Tony—. ¡Parece el camerino de un teatro! ¡Hasta hay un puñetero cuenco con fruta! Pero solo hay uvas. Debería haber un plato con queso y galletitas saladas.

—¿Qué música tan bonita! —dice Lonnie—. ¿Es de *La flauta mágica*?

—¿Qué más da? Estoy hambriento —responde Sal. Se tambalea.

—Tanto da comer como no comer —dice Sebert—. Tomad una uva.

«No pruebe las uvas», le dice una vocecilla a Lonnie al oído. Es una voz masculina que le resulta familiar.

—¿Qué? —pregunta Lonnie—. ¿Quién es? —Se toca el cuello de la camisa, nota el altavoz. Luego retrocede mientras los demás comen.

—Tienen un sabor raro —dice Sal—. No deberíamos comérmolas.

—Ya nos las hemos comido —contesta Sebert.

—Me noto raro —añade Tony—. Tengo que sentarme.

—Ya basta de uvas —dice Felix—. Parece que funciona. ¿Sabes qué había en eso que les he inyectado?

—Un poco de esto y de aquello —responde Ocho Manos—. Ojo de tritón. Ketamina. Salvia. Setas. Es increíble si se prepara bien. En un abrir y cerrar de ojos estarán fuera de sí. Hace efecto deprisa, pero no dura mucho. No me importaría meterme un poco ahora.

—Pon los truenos —le pide Felix.

Se oye un estruendo y la luz se apaga. Después se enciende la luz: el cuenco de fruta ha desaparecido. En la pared hay una silueta aterradora: un pájaro gigantesco que abre y cierra las alas.

—Queda muy bien —le dice Felix a Ocho Manos.

—Sí, usted escogió alas fabulosas.

Una voz empieza a cantar, un poco desafinada:

Los tres debíais pecar,
no sé ni por dónde empezar.

¡Habéis sido tan malvados
que estoy consternado,
y acabaréis todos chiflados!
Felix se arruinó,
al exilio marchó;
¡Sal ha perdido a su hijo,
no me regocijo
y vuestras desdichas elijo!
Tendréis que arrepentiros y pedir perdón
si queréis que sea buena la conclusión.
Y... os digo a... ¡vosotros!

—¿Dónde se ha metido? —exclama Tony— ¡Esa cosa con alas! ¡Ese demonio!
¡Ahí está!

—¿Qué he hecho? —gimotea Sal. Empieza a llorar—. ¡Ya puestos podría morirme! ¡Ya lo habéis oído! ¡Han matado a Freddie y todo por mi culpa! ¡Por lo que le hicimos a Felix!

—Esto es espantoso —dice Sebert—. ¡Nos han envenenado! ¿Dónde está mi cuerpo? ¡Me estoy vaporizando!

—¿Qué os pasa? —pregunta Lonnie.

—El poema es malísimo, pero ha funcionado —dice Felix—. Eso y las uvas.

—¡Uau, genial! —dice Ocho Manos—. ¡Están flipadísimos! ¡Tengo que averiguar qué más llevaba esa mezcla!

—Dejémoslos con su mal viaje y echemos un vistazo a Fernando y Miranda —dice Felix—. Pon la grabación de su vídeo. ¿Qué han estado haciendo?

—Espere que rebobine —dice Ocho Manos—. Muy bien han apilado las piezas del Lego, según sus instrucciones. Y luego se han dicho esos parlamentos tan sensibleros. Ahora están jugando al ajedrez. Ella le está diciendo...

—Estupendo —responde Felix—. Se están ciñendo al guión. Hacen muy buena pareja.

—Casi parece que lo digan de verdad —coincide Ocho Manos—. El amor verdadero y demás. Es muy elegante. Aunque la imagen no es muy nítida —añade.

—Lo suficiente —dice Felix—. Volvamos al camerino.

La ira no ha de ir más allá

En el camerino no reina la paz.

Sal está acurrucado en un rincón, abrazándose las rodillas. Las lágrimas corren por sus mejillas; es la viva imagen de la aflicción. Parece estar teniendo una experiencia interactiva con el suelo.

—Está oscuro, está muy oscuro —dice—. ¿Por qué está tan oscuro? ¡Tengo que ir donde está oscuro, tengo que encontrarle!

Tony da manotazos al aire.

—¡Atrás, atrás! —grita—. ¡Alejaos de mí!

Sebert parece creer que está cubierto de insectos o de alguna otra forma de vida con muchas patas.

—¡Quitádmelas! —balbucea—. ¡Arañas!

El sensato Lonnie se ha parapetado detrás de la mesa y se mantiene apartado.

—¿Seguro que no se ha pasado con las uvas? —pregunta Ocho Manos—. Esto es un poco exagerado.

—He seguido las instrucciones —responde Felix. Quería causarles angustia y lo ha conseguido. Pero ¿la angustia causada por las drogas también cuenta? ¿Cuáles son los efectos secundarios y cuánto duran?—. ¿Cuántos minutos quedan en el vídeo oficial? —pregunta—. El que se está proyectando en las celdas y para el grupo del director de la cárcel.

Ocho Manos mira la hora.

—Ya debe de llevar unos dos tercios —dice.

—Tenemos que darnos prisa —dice Felix—. Dales la entrada a Esteban y a Trínculo.

—Están listos y esperando —dice Ocho Manos. La puerta del camerino se abre y entran Coyote Rojo y Tiempozz disfrazados. Llevan el rostro pintado de blanco con caras de payaso. Coyote Rojo lleva la desaliñada chaqueta de esmoquin, Tiempozz los calzoncillos largos de franela roja, con el sombrero hongo ladeado—. Personalmente, no es lo que más me gustaría ver cuando estoy colocado —comenta.

—A los dignatarios tampoco les gusta —coincide Felix. De hecho, Sal, Tony y Sebert están con la espalda en la pared y miran alarmados.

—¡Oh, mira! —dice Tiempozz, señalándolos—. ¡Son monstruosos, monstruosos! ¡Uf, y qué mal huelen!

—Monstruos con olor a pescado —añade Coyote Rojo—. Huelen a... ¡corrupción!

—Podríamos incluirlos en el espectáculo —dice Tiempozz—. Locos balbucientes. Vagabundos. Adictos. La hez de la sociedad. Siempre son divertidos.

—La gente pagaría por ver esto —coincide Coyote Rojo—. ¡Ministro de Justicia se corre una juerga con drogas! ¡Un gran titular!

—Que entren los Semillas de Bruja —dice Felix.

—Vamos allá —dice Ocho Manos.

Después de una pausa, entra Calibán con otros dos que llevan tocados de Godzilla a juego. Han escrito un número nuevo a propósito para esta ocasión. Ocho Manos aprieta el botón del acompañamiento, y el ritmo inunda la sala. Calibán empieza a cantar:

Me habéis llamado monstruo.
Pero ¿quién es más monstruoso?
Robasteis,
engañasteis,
sobornasteis,
mentisteis,
no os importó
a quién dabais la patada,
me llamasteis sucio,
me llamasteis basura,
me llamasteis vago inútil
y criminal,
pero vosotros sois ladrones
de guante blanco,
habéis falsificado los libros,
os lleváis el dinero
del contribuyente,
sabemos lo que os habéis llevado,
así que ¿quién es más monstruoso,
quién es más monstruoso,
quién es más monstruoso
que vosotros?

¡Monstruo, monstruo,
te vamos a incluir
en el espectáculo
monstruo, monstruo,
de pies a cabeza,
monstruo, monstruo,
el mundo sabrá
el monstruo que eres!

¡Sabemos lo que te has llevado!
¡Ladrón de guante blanco!
¡Ladrón de guante blanco!
¡Sabemos lo que te has llevado!

—¡Demonios! —chilla Tony.

—¡Soy un monstruo! —gime Sal. Se tapa la cara con las manos.

—¿Qué saben? —dice Sebert, mirando desesperado a su alrededor—. ¿Quién se lo ha dicho? ¡Eran gastos justificables!

—¡Caballeros, caballeros! —suplica Lonnie desde detrás de la mesa—. ¡Domínense!

—Sé que son unos cabrones que quieren disolver nuestra compañía, pero esto es demasiado hasta para mí —dice Ocho Manos—. Es peor que un mal viaje, están muertos de miedo.

—Forma parte del plan. Además, se lo tienen merecido —responde Felix.

—¿No le dan lástima? —pregunta Ocho Manos.

Todo ese rato Miranda ha estado pululando a su alrededor: una sombra, un temblor de la luz, aunque ha guardado silencio; no ha necesitado apuntarle ningún verso. Pero ahora susurra: «Así me sentiría si fuese humano». Es una chica muy buena.

¿La ha oído Ocho Manos? No, pero Felix, sí.

—Si tú, que no eres más que aire, sientes un poco su dolor, ¿no habré de conmoverme aún más?

—¿Estamos otra vez en la obra? —dice Ocho Manos—. ¿Tengo que decir «Así me sentiría, si fuese humano»?

—No, da igual —responde Felix—. Estaba hablando solo. Pero tienes razón, ya basta de venganza. La ira no ha de ir más allá. Es hora de liberarlos. Avisa a los duendes.

«Voy a traerlos, señor —susurra Miranda—. ¿Me quieres, amo?».

Feliz, feliz, feliz

Una falange de duendes vestidos de negro escolta a los cautivos por el pasillo hasta la sala principal tenuemente iluminada con tonos azules. Se han sosegado un poco: ya no se oyen gemidos, sollozos, gritos ni quejas. El efecto de lo que hubiese en las uvas se está pasando.

El resto del reparto ha acudido ya, excepto Anne-Marie, que sigue con Freddie en su celda, y Ocho Manos, que está detrás del biombo con el ordenador. Felix está allí también aguardando el momento de hacer su entrada.

Después de sentar educadamente a los cuatro dignatarios en la primera fila, rodeados de duendes, por si pierden el control e intentan escapar, Ocho Manos hace sonar un redoble de tambor y una fanfarria, apaga la luz, enciende un foco y ¡tachín!

Felix sale de detrás del biombo y hace un gesto triunfal con el manto mágico de animales disecados. Levanta el bastón con la cabeza de zorro para pedir una música más elemental. Ocho Manos ha escogido «Somewhere Over the Rainbow» interpretada con acordes lentos, en clave menor, dos saxos bajos y un chelo.

—Que la música solemne, el mejor alivio para una imaginación alterada, os cure el cerebro, que ahora inútil os bulle en el cráneo —dice con voz tonante. Las luces se encienden—. Gracias por tus buenos oficios, Lonnie..., tú al menos me trataste con un poco de decencia en el pasado, no como Sal, y, sobre todo, no como Tony aquí presente.

Los cuatro lo miran como si estuviese loco, o como si lo estuvieran ellos.

—¿Felix Phillips? —dice Sal—. ¿Estoy soñando? ¿De dónde sales?

—El mismo —responde Felix—. Aunque aquí soy el señor Duke.

—Desapareciste de forma tan completa que pensé que habías muerto —añade Lonnie.

—¿Qué está pasando? —dice Sal—. ¿Qué has hecho con Freddie? ¿Eres real?

—Buena pregunta —contesta Felix—. A lo mejor soy una visión encantada generada por esta isla mágica. Pronto lo averiguaréis. ¡Bienvenidos, amigos!

Tony está muy enfadado.

—Has sido tú —dice con la voz todavía pastosa por el efecto de las drogas—. Tú y tus trucos, tan grandilocuentes como de costumbre. ¡Siempre pensé que eras un paranoico! Ya puedes despedirte de tu precioso programa de Alfabetización mediante la Literatura. —Hace una pausa y se esfuerza por recuperar su porte habitual—. Imagino que has debido de poner algo en las uvas. Eso es ilegal.

—Si Freddie ha sufrido algún daño —dice Sal—, te caerá una condena de las

largas, te acusaré de...

—Lo dudo —dice Felix—. Sal, eres el ministro de Justicia, así que quiero justicia. En primer lugar exijo que me devolváis mi antiguo empleo, en el Festival de Makeshiweg. Me despidieron injustamente para que Tony pudiera ocupar mi puesto. Fue una conjura solapada tramada por vosotros dos, como muy bien sabes.

—Estás loco —replica Tony.

—Eso no tiene nada que ver —continúa Felix—. En cualquier caso, lo que acabáis de experimentar se llama «inmersión artística». Lo que contaréis, Sal, es que los Actores del Correccional Fletcher os han ofrecido un ejemplo muy original de teatro interactivo, y que, después de paladear sus ventajas, por no hablar de sus uvas, habéis comprendido su potencial pedagógico y lo apoyaréis en el futuro hasta las últimas consecuencias. Tony, como ministro de Cultura, garantizará su financiación, su financiación mejorada, otros cinco años. Después dimitirá. Puede alegar que quiere pasar más tiempo con la familia. En cuanto a Sebert, renunciará a dirigir el partido.

—¡Esto es una locura! ¿Qué te hace pensar que...? —dice Tony.

—Lo tengo todo en vídeo —le interrumpe Felix—. Todo. Sal maullando y lloriqueando, evidentemente colocadísimo; Sebert diciendo que el cuerpo se le disuelve; y tú, Tony, hasta las cejas de droga y chillándole a demonios invisibles. A ninguno os conviene que esto se vuelva viral en internet, como sin duda ocurrirá si no os arrepentís y actuáis como os digo.

—No es justo —dice Tony.

—Llamémoslo equilibrar la balanza —responde Felix. Baja la voz y se dirige a Tony directamente—. Y, a propósito, he grabado esa fascinante conversación que has tenido con Sebert mientras Sal y Lonnie dormían. Es toda una lección de lealtad.

—Haré que registren este lugar, encontrarán las grabaciones, las destruirán... —empieza Tony.

—Ahorra energías —contesta Felix—. Los vídeos ya están en la nube. —Es un farol, están en un lápiz de memoria en su bolsillo hasta que tenga ocasión de subirlos, pero su tono resulta convincente y Tony se vuelve atrás.

—O sea, que no tenemos elección —dice Tony.

—Eso diría yo —dice Felix—. ¿Sebert?

—Es incitación —responde Sebert—. Nos has engañado.

—Os he dado tiempo y espacio, y vosotros habéis hecho lo que habéis querido con ellos —replica Felix. Se vuelve hacia Sal—. También quiero que se le conceda la condicional anticipada a mi técnico de efectos especiales. Dicho esto, y bajo estas condiciones, os perdono a todos y lo pasado, pasado está.

Una pausa.

—Hecho —dice Sal, el principal beneficiario del acuerdo. Tony y Sebert no dicen nada, pero si las miradas matasen, piensa Felix, ya estaría diez veces muerto.

—Muy bien —dice—. Me alegro de que estéis de acuerdo; y, a propósito,

también he grabado en vídeo nuestro trato, como precaución.

—Entonces el motín, nuestro encierro... —dice Lonnie—. Han sido..., no han sido... ¿Era teatro?

—¿Y dónde está Freddie? —pregunta Sal—. ¿Está muerto? Le oí gritar. ¡Oí el disparo!

—Te entiendo —dice Felix—. Yo perdí a mi hija en la última tempestad. Es irreparable.

—Pero —objeta Lonnie— de eso hace al menos doce años...

—Ven conmigo —le dice Felix a Sal. Sal se pone en pie, y Felix lo coge del brazo—. Quiero mostrarte algo.

—Aquí llegan —susurra Anne-Marie—. Son Felix y tu padre. Finge sorpresa. —Freddie y ella están sentados en el suelo de la celda, con las piernas cruzadas y el tablero entre los dos—. En un segundo se asomarán a la mirilla. ¿Tienes los versos?

—Todo está listo —responde Freddie con otro susurro.

—Mi señor, me hacéis trampa.

—No, mi amor, ni por el mundo entero —responde Freddie.

La puerta de la celda se abre de pronto.

—¡Freddie! —grita Sal—. ¡Estás vivo!

—¡Papá! —responde Freddie—. ¡Tú también!

—¡Gracias a Dios! —Se abrazan.

El Bardo demostró más elocuencia en este momento, piensa Felix, pero han cubierto los puntos principales.

Cuando terminan las exclamaciones de alegría, los abrazos y las palmadas en la espalda, Freddie dice:

—Papá, quiero que conozcas a mi nueva compañera, Anne-Marie Greenland. Estuvo con Kidd Pivot, y acaba de interpretar a Miranda.

Anne-Marie se ha puesto en pie; el vestido deja todo el hombro al aire, las flores de papel están torcidas. Sonríe con picardía, le tiende la mano. Sal no responde. La mira con los ojos entornados.

—¿De trabajo o sentimental? —pregunta.

—Las dos cosas —responde Freddie—. Al menos, quiero decir que...

—Espera un minuto —le interrumpe Anne-Marie—. ¡Apenas hemos hablado! ¡Tengo que pensármelo!

—¿Quieres que cenemos esta noche? —dice Freddie.

—Supongo que sí —contesta Anne-Marie. Se sube la manga. Hasta se ha ruborizado.

Felix se vuelve hacia Sal.

—Amor verdadero —dice—. No se puede luchar contra él. Además, es la mejor conclusión.

Después de despedirse de los actores, los dignatarios están siendo escoltados por el pasillo y las puertas a prueba de fallos hasta el área de recepción. Milagrosamente, las alarmas han reaparecido en sus cinturones.

Van a tomar una copa con el director y unas cuantas personas más en una recepción especial con fotos. Habrá salchichas pinchadas en palillos, menos tóxicas que las uvas; habrá queso con galletas saladas; habrá una o dos bebidas alcohólicas. Estelle estará allí, escuchando todo lo que se diga. Luego le contará a Felix cómo ha ido.

¿Dirán algo de cómo se han dejado engañar? Felix no lo cree. Ni una palabra sobre el supuesto motín o el supuesto encierro. Ni una palabra sobre las extrañas alucinaciones. Ni una palabra sobre el pasado del señor Duke. Ni una palabra, en suma, deshonrosa para los visitantes.

En vez de eso felicitarán al director por el nivel de excelencia conseguido por los Actores del Correccional Fletcher. Le confirmarán que muy pronto anunciarán la continuación del programa y el aumento de la financiación. Habrá apretones de manos y brindis. Felicidades por doquier.

A Sal no le costará esfuerzo mentir: es un político experimentado. Tony y Sebert mantendrán la boca cerrada; así, al menos, conservarán su reputación sin que la mancillen vídeos virales y podrán aspirar a ocupar algún puesto en diversos consejos de administración cuando se retiren de la política. Tal vez incluso los elijan para el Senado algún día. Como pago a los servicios prestados.

Freddie y Anne-Marie han ido a la recepción del director, pero no antes de que Anne-Marie le haya dado un beso a Felix en la mejilla barbuda.

—Es usted el mejor —dice—. Ojalá fuese mi padre de verdad. Saldría ganando.

—Has estado muy bien —responde él.

—Gracias —dice ella—, pero Freddie me ayudó. Lo entendió todo enseguida, se metió de lleno en el papel.

Está radiante.

Amor joven, piensa melancólico Felix. Muy bueno para el cutis.

Felix se queda detrás para ayudar a Ocho Manos a recoger. Hay que retirar los micrófonos, descolgar los altavoces, desmontar las luces. Hay que empaquetarlo todo y devolverlo a la agencia de alquiler.

Felix se enreda ordenando las cosas mientras Ocho Manos comprueba la calidad de la última grabación; la última escena en la sala principal, en la que Sal acepta las condiciones. Podría ser crucial en el futuro, nunca se sabe.

—Creo que estoy recibiendo una emisora de radio o algo así —dice Ocho Manos—. Por los auriculares. Se oye cantar.

—Cantar ¿qué? —pregunta Felix.

—Se oye muy flojo, pero... Espere. Sí. Es «Feliz, feliz, feliz».

—¿«Feliz, feliz, feliz, bajo las ramas en flor viviré»? —pregunta Felix. Debe de ser Miranda, haciendo de apuntadora. ¡Chica lista, se ha colado en los auriculares de Ariel! Pero parece haberse confundido con el guión—. Ya hemos hecho esa parte —dice para ella—. Al final usaron la canción original de Ariel, con un pequeño cambio para quitar lo de libar. «Cual abeja zumbo yo».

—No —responde Ocho Manos—. No es eso. Dice: «Feliz, feliz, feliz, la vida es solo un sueño».

Un escalofrío recorre a Felix. Se le erizan los pelos de la nuca.

Yo le cantaba esa canción de cuna, piensa para sus adentros. Cuando tenía tres años.

¿La recuerda? ¿Recuerda cuando tenía tres años? ¿Recuerda no haber tenido nunca cuatro? De ser así...

—¡Qué coincidencia! —exclama Felix—. Pensé en incluirla, pero no lo hice. — Se lo está inventando—. Tal vez como una canción que Próspero le canta a la pequeña Miranda cuando están en el bote agujerado. Es lo que se hace con los niños cuando están asustados: cantarles.

Es lo que se hace cuando sujetas sus manos febriles y les acaricias la frente en la habitación de un hospital, pero aun así se deslizan despacio en el negro reverso y abismo del tiempo.

—Conozco la canción. Habría sido bonito —dice Ocho Manos—. Y, en serio, gracias por conseguirme la condicional anticipada. Ha sido genial.

—Me alegra haberte sido de ayuda —dice Felix—. No podría haber hecho todo esto sin ti. ¿Todavía se oye?

Ocho Manos escucha.

—No, ya no.

—¿Me dejas los auriculares?

Ocho Manos se los pone. Felix escucha, escucha. No se oye nada, nadie canta. Solo silencio. ¿Dónde está Miranda? ¿Qué está intentando decirle?

Fuera ha oscurecido, Felix va despacio hacia su coche. La anunciada ventisca ha debido de pasar ya, aunque no puede haber sido muy fuerte: hay pequeños remolinos de nieve en el asfalto.

Baja por la pendiente en silencio. Si esta fuese una verdadera noche de estreno, los actores y los técnicos saldrían a cenar, se darían ánimos unos a otros mientras esperaban las críticas. Ahora Felix cenará un huevo, solo, a no ser que Miranda decida acompañarle. Debe de estar en el coche en alguna parte, pero no hay ni rastro de ella.

En cualquier caso he triunfado, se dice. O al menos no he fracasado.

¿Por qué le parece una decepción?

La grandeza está en la virtud / no en la venganza, oye en su imaginación.

Es Miranda. Apuntándole.

V

Este ser de tiniebla

Último trabajo

Viernes, 15 de marzo de 2013

La noche antes del último día de clase, Felix compra veinte bolsas de patatas fritas *Miss Vickie's* con sal marina. Con una cuchilla de afeitar, hace un pequeño corte en cada bolsa, justo debajo del cierre. Por la ranura inserta quince cigarrillos uno tras otro. Los ha comprado Marlboro: por lo visto son los que más aprecian. No puede hacer la operación demasiado pronto o los cigarrillos sabrán a patatas fritas y viceversa.

Luego vuelve a sellar el agujero con un calentador manual. Lleva manipulando bolsas de patatas fritas para los actores desde que empezó a montar obras en Fletcher.

Mete las patatas fritas en dos bolsas grandes de Mark's Work Warehouse y cruza los dedos.

Al día siguiente, Anne Marie queda con él en el aparcamiento. Va a asistir a la última clase por petición especial. En cierto modo es una fiesta de los actores y, como ha dicho Piernas, ella forma parte del reparto, así que ¿por qué no invitarla?

—Gracias por venir —le dice Felix.

—No me lo perdería por nada en el mundo —dice Anne-Marie—. Freddie también quería venir, pero esta vez le he dicho que no. Es por los chicos. —Felix deduce que Freddie sigue enganchado a ella. O que están enganchados el uno al otro. Sonríe.

—¿Freddie no tiene celos de Niño Prodigio? —pregunta con picardía—. Esas escenas fueron muy intensas.

—¿Quiere decir calientes? Sí, lo fueron. Pero Freddie no las vio, estaba jugando conmigo al ajedrez —responde Anne-Marie—. Además, Niño Prodigio ha dejado de insistir. Está de acuerdo.

—¿Con qué? —pregunta Felix.

—Con que sea solo una obra de teatro —responde Anne-Marie.

Las bolsas de patatas fritas pasan el control de seguridad: ¿quién sospecharía que contienen contrabando? Dylan y Madison, muy probablemente, pero en ese caso han

hecho la vista gorda. Tal vez piensen que los actores se merecen una recompensa después del esfuerzo que han hecho.

—¡Ha sido un gran vídeo, señor Duke! Pensé que no me gustaría *La tempestad* —dice Dylan mientras le entrega su alarma a Felix—, sin escenas de batallas y demás, pero me metí en la obra de lleno.

—Sí, a todos les pasó igual —dice Madison—. ¡Era tan rara...!

—Tiene razón, señor Duke, no había hadas —añade Dylan—. ¡Ese extraterrestre azul, o lo que fuese, y el rap de los Semillas de Bruja estuvieron muy bien! ¡Usted lo hizo genial, señorita Greenland! ¡Esa Miranda era una zorra fría como un témpano!

—Gracias —responde Anne-Marie un poco seca.

—¿Qué lleva en la bolsa? —pregunta Dylan.

—Nada puntiagudo. Unas galletas de chocolate que he preparado para los chicos, y unas muñecas. Ya las habéis visto otras veces.

—¿No hay nada raro en las galletas? —insiste Dylan con una sonrisa.

—Toma, podéis probarlas —dice Anne-Marie. Les da una galleta a cada uno.

—¿Para qué ha traído las muñecas? —Quiere saber Madison.

—Es una fiesta de todos los actores —explica Anne-Marie—. Formaban parte del reparto. En el vídeo. Las visteis.

—Ah, sí. Claro —dice Madison. Le echa una mirada a Dylan. Una artista pirada—. Asegúrese de no dejárselas olvidadas. No querrá que hagan guarrerías con ellas.

—Saben cuidar de sí mismas —dice Anne-Marie muy seria.

¿Qué estará tramando hacer con las muñecas?, piensa extrañado Felix.

—¿Qué obra va a montar el año que viene, señor Duke? —le pregunta Dylan a Felix.

—Aún no lo he decidido —responde Felix.

—Bueno, pues mucha mierda, sea la que sea —dice Madison.

—Una interpretación excelente —le dice Felix a los actores—. ¡Sin un solo fallo! ¡No podría haber ido mejor! Un ejemplo perfecto de la fuerza del teatro interactivo, una excelente demostración de los usos prácticos de las artes teatrales y —se permite esbozar una sonrisa sincera— lo mejor es que, gracias a todos los presentes, el programa de Alfabetización mediante la Literatura se ha prorrogado otros cinco años. Los Actores del Correccional Fletcher están a salvo.

Aplausos espontáneos, puños que se entrechocan.

—¡Hideputa fantástico! —dice Piernas.

—Podéis daros cinco estrellas —continúa Felix—. Ahora una futura generación de actores en ciernes podrá disfrutar de los privilegios y aprender a hacer teatro de forma directa como vosotros. Dejadme añadir que este ha sido el mejor montaje de *La tempestad* que he hecho jamás. —Es preferible no decirles que es el único—. No se puede mejorar y no volveré a montarla. Ya he felicitado a los miembros del reparto en persona, pero debo decir que, colectivamente, ha sido la mejor tropa de duendes

que podía desear. ¡Un aplauso de parte de todos! —Vítore, más puños que se entrechocan—. Y un aplauso especial para nuestra valerosa Miranda, la señorita Anne-Marie Greenland, que aceptó interpretar a Miranda en unas condiciones que habrían echado para atrás a muchas actrices. ¡Es una chica valiente!

Esta vez vítores más altos, aplausos y un coro de «¡Sí!» y «¡Genial!».

Piernas levanta la mano y Felix le hace un gesto con la cabeza.

—Quiero darle las gracias de parte de todos, señor Duke. Es usted el mejor. Ha sido... —Se está ruborizando debajo de las pecas.

—¡Cojonudo! —exclama Ocho Manos. Más aplausos.

Felix hace una pequeña reverencia.

—Ha sido un placer —dice—. Y ahora, vuestro último trabajo, que vale un quince por ciento de la nota final. Oiremos vuestras presentaciones sobre la vida de los personajes después de terminar la obra. Luego concluiremos con una fiesta con un refrigerio y patatas fritas. Todo está en orden. —Lo dice para confirmarles que ha podido pasar los cigarrillos—. Primero el equipo de Ariel.

Le hace un gesto a Ocho Manos para indicarle que salga a la pizarra, y se sienta en el escritorio vacío al lado de Anne-Marie.

Equipo de Ariel

Ocho Manos está incómodo. Cambia de pie, carraspea. Parece más joven que nunca.

—Este es el informe del equipo de Ariel —dice— formado por mí, Niño Prodigio, Shiv, el Vaina y Cables. Lo hemos hecho juntos. Todos hemos aportado ideas. Habéis estado geniales, chicos —les dice a sus compañeros—. Se supone que tenemos que imaginar qué le sucede al personaje principal de nuestro equipo después de acabar la obra. Bueno, nuestro personaje principal es Ariel. Sé que todos dijimos al principio que era un extraterrestre del espacio exterior, pero hemos cambiado de idea. Como dijo el señor Duke, esta obra trata de cambiar de idea, y es Ariel quien hace cambiar de idea a Próspero, de la venganza al perdón, porque a pesar de lo que le hicieron siente lástima por los malos y por lo que están pasando cuando ya han sufrido bastante, así que entendemos que está bien cambiar de idea. —Mira a su alrededor. Gestos de asentimiento, un par de pulgares hacia arriba—. Genial. Bueno, hemos decidido que no es un extraterrestre llegado del espacio. Si lo fuese, tendrían que venir a buscarlo en una nave espacial o absorberlo con un rayo, como en *Star Trek*. Así que se nos ha ocurrido otra idea.

»Creemos que es una proyección holográfica. Por eso puede moverse tan deprisa, volverse invisible y dividirse de ese modo. Todo encaja, ¿eh? —Sonríe—. ¿Queréis que os aclare qué es una proyección holográfica? ¿Lo explico? —pregunta a Felix.

—Brevemente —responde él.

—Muy bien: es como una imagen en 3D, solo que no hacen falta gafas. Pero, si es una proyección, ¿quién lo está proyectando? ¿Próspero? ¿Sale del interior de su cabeza? Pensamos que no podía ser, porque cuando Próspero le dice: «Sé libre en el aire» y lo deja marchar, Ariel se desvanecería. Se apagaría. Y eso no sería justo después de todo lo que ha hecho por él.

»Así que nos informamos más sobre los elementos, gracias por las notas, señor Duke, y llegamos a la conclusión de que es una proyección holográfica de, digamos, los sistemas meteorológicos. Es un espíritu del aire, y puede crear fuego y lluvia, así que controla esas cosas. Igual que esos tornados y trombas marinas del canal del Tiempo, y el modo en que las nubes generan electricidad: de ahí procede la energía que utiliza Ariel para cumplir los encargos que le hace Próspero. Todos necesitan mucha energía, sobre todo los rayos.

»Así que al final de la obra a Ariel no lo recoge una nave espacial, y no se queda pululando entre las flores en una galaxia muy muy lejana. A lo mejor se toma unas vacaciones con las primulas y qué sé yo, se lo ha ganado, ¿no? Pero luego se queda

en la tierra y se dedica a solucionar el cambio climático. Un poco como Tormenta en los X-Men, solo que sin poner los ojos en blanco, y además no es una chica. Le encanta hacer cosas así porque le gusta ayudar, siempre ha sido servicial, lo único que no le gustaba era que le dijese constantemente lo que tenía que hacer, quería tener un proyecto propio, y tiene más alma y sentimientos de lo que creía Próspero; se dice en la obra.

»Creemos que nuestra idea es buena y que todo encaja.

»Firmado: Ocho Manos, Niño Prodigio, el Vaina y Shiv.

Ocho Manos aguarda nervioso. En la sala hay murmullos y gestos de asentimiento.

—¡Es original! —dice Felix—. ¡Y muy imaginativo! Ojalá se me hubiese ocurrido a mí. —No miente, le gustaría, más o menos. Qué más da que en época de Shakespeare no se conociera el cambio climático; Felix les ha pedido que hagan sus propias interpretaciones y las han hecho—. ¿Alguna objeción? —No la hay; es el último día y todo el mundo está de buen humor—. Tenéis la nota máxima —anuncia Felix. Sonrisas de felicidad en el equipo de Ariel. Ocho Manos vuelve a su pupitre, los otros miembros de su equipo le dan palmadas en la espalda—. El siguiente es el equipo del malvado hermano Antonio. Veamos cuál es el destino de Antonio.

Equipo del malvado hermano Antonio

Ojo de Serpiente sale a la pizarra con gesto bravucón, como si llevase un abrigo con el cuello levantado y un sombrero calado sobre los ojos. En esa imagen lleva una pistola invisible debajo del sobaco. Adelanta la barbilla, frunce las cejas, levanta la comisura del labio. ¿Está interpretando todavía? A Felix le cuesta decidirlo. Todos los papeles que ha interpretado Ojo de Serpiente estos años han sido de malvado, casi demasiado malvado. Roza la comedia, aunque nunca ha caído en ella. Es el doble siniestro de todos los presentes, y como tal da miedo. El ambiente se vuelve silencioso.

—Bueno —empieza—, el equipo de Antonio somos yo, claro, el rey Alonso, quiero decir Krampus, y el Píldoras, que es Sebastián, y VaMoos, que es mi suplente y se ha aprendido el papel mejor que yo. Todos esos tíos llegan a conocer muy bien a Antonio, así que es probable que sepan qué hará cuando el barco zarpe hacia Nápoles con todo el mundo a bordo. El trabajo lo hemos escrito entre todos, aunque lo lea yo. Gracias, Píldoras, por ayudar con la ortografía, aunque tengo que decir que tienes una mierda de letra como la de los médicos, casi no entendía tus notas. —La tensión se rompe: risas de la clase—. Vamos allá. Este es el informe del equipo del malvado hermano Antonio.

»En primer lugar, Antonio es el más malvado de la obra. No hay nada que haga que no sea malo. Siempre está pensando en el número uno, es decir en sí mismo. Incluso su plan de asesinar al rey y a Gonzalo para que Sebastián pueda ser rey no busca favorecer a Sebastián sino a Antonio, porque el trato es que Milán, es decir, él, no tendrá que pagar tributos, que son una especie de impuestos. Así que es como una evasión de impuestos, solo que con un asesinato de por medio.

»Pero a favor de Antonio hay que añadir que en parte la culpa es de Próspero porque solo le interesaba su magia. Fue como dejar el coche abierto: se lo puso fácil a Antonio. ¿Qué se puede esperar?, Próspero fue un idiota, se mereció lo que le pasó, aunque Antonio debía de ser malo o no se habría aprovechado.

»Pero cuantas más maldades cometía, más malo se volvía; era como Macbeth para aquellos que la habéis interpretado, como el parlamento de la sangre, ¿recordáis? “Estoy metido en sangre / hasta tan hondo que, si no entro más al vado, / volver será tan duro como cruzar”, y algunos sabemos lo que es eso de primera mano, porque cuando te lías con algo crees que echarse atrás es de cobardes y tienes que terminarlo. Acabarlo. Sea lo que sea. —Gestos de asentimiento de los actores; al menos, de algunos de ellos—. En todo caso, Antonio no corre ningún riesgo al cometer sus

maldades, porque Próspero no se entera, tiene la cabeza tan metida en su propio culo..., perdón por mi lenguaje, Anne-Marie, tiene la cabeza enterrada en la arena mágica como un avestruz o lo que sea y no ve nada. Está tan ocupado mangoneando a su espíritus y haciendo resucitar a los muertos de la tumba, ¿y para qué?, que se olvida de su propio cuerpo, de su hogar. Él mismo lo reconoce al principio. Le habría ido mejor si hubiese hecho como Antonio y no se hubiese fiado de nadie. De nadie.

»Pues así es Antonio, lo amas o lo odias, y supongo que la mayoría debéis de odiarlo. Pero él tiene su propia visión de las cosas, como todo el mundo. Así que sube al barco de Nápoles ¿y qué hace?

»Recordadlo: Próspero le perdona en cierto modo, y hemos escrito “en cierto modo” porque Próspero afirma que “por ahora” no dirá nada de su plan para asesinar al rey. “Por ahora, no lo contaré”, dice, lo que significa que es probable que vaya a hacerlo después, en cuyo caso Antonio está perdido.

»El rey Alonso le dice a Próspero que lo lamenta, pero Antonio no se disculpa. No está arrepentido. Lo más probable es que esté furioso como un..., furioso porque lo han atrapado y ya no será duque y hasta podría pasarse la vida en la cárcel o acabar decapitado, que es lo que se hacía con los traidores como él.

»Así que espera su hora en el barco, y cuando están cerca de Nápoles planea otra conjura con Sebastián, se cuelan en el camarote del rey Alonso y lo estrangulan. Después hay una lucha a espada con Fernando que les sorprende, pero le vencen y lo matan porque son dos contra uno y además son unos tramposos.

»Después apuñalan a Próspero porque el muy inútil ha liberado a Ariel, hace falta ser idiota, y ya no tiene su magia. Luego van a ajustar cuentas con Gonzalo, que está medio muerto de miedo, sufre un ataque y se cae por la borda, así que ni siquiera tienen que matarlo. Luego violan a Miranda, lo siento, Anne-Marie, pero es lo que pasaría, y dejan que Calibán la viole también para castigarla, violada por un monstruo, así que al final Calibán consigue lo que quería.

»Pero, cuando van a arrojarla por la borda para que no quede ningún heredero al trono de Milán, Calibán no quiere, prefiere quedarse con Miranda, violarla un poco más, e intenta detenerlos, así que lo asesinan a él también. Esteban y Trínculo se quedan aparte porque son unos cobardes, además quieren conservar su empleo en la corte. No se les puede culpar, es lo que haría cualquiera.

»Bueno. Ese es nuestro informe. Antonio hace lo que era de esperar y Próspero no lo ve venir porque la primera vez tampoco lo supo ver. Sabemos que no es un final feliz para muchos de los protagonistas de la obra, pero queríamos contar la verdad de forma realista y así es, esto es lo que ocurre. Antonio es malo, ¿qué esperabais? Gracias, tíos —les dice a los otros miembros del equipo de Antonio—, por ayudarnos a ceñrnos a la vida real, sin edulcorante.

Vuelve a su asiento con los mismos andares desafiantes. La clase guarda silencio.

—Excelente —dice Felix—. Habéis hecho un trabajo muy completo, y no puedo decir que discuta vuestras conclusiones, por muy desagradables que sean. —¿No

tendrá compasión Antonio?, le gustaría saber. Por lo visto no. Shakespeare tampoco la tuvo con él: cuando Próspero le perdona, Antonio no vuelve a hablar en la obra.

—Es duro —dice Anne-Marie.

—Sí. La vida es dura —responde Ojo de Serpiente.

—Creo que el equipo de Antonio se merece la nota máxima —dice Felix—. ¿No os parece?

Murmullos y gestos de asentimiento. A los demás no les gusta esta historia: no es un final feliz y no hay redención. Pero no les queda otro remedio que estar de acuerdo.

—¿Quién podría salvar a Próspero y a Miranda? —pregunta Felix—. Y a Calibán —añade.

El Vaina levanta la mano.

—Los marineros —responde—. Tal vez ellos. El contramaestre. Él podría hacerlo.

—Es posible —dice Felix—. No hay por qué descartarlo.

La clase se relaja: se ha abierto una puerta a la esperanza. Les gustan las puertas abiertas a la esperanza. ¿Y a quién no?

Equipo de Miranda

Felix consulta su lista.

—El siguiente es el equipo de Gonzalo —dice—. ¿Lápiz Chueco?

Pero cuando Lápiz Chueco coge sus apuntes, Anne-Marie sale a la pizarra.

—Si no os importa —dice—. Tengo algo que añadir. Sé que yo no tengo nota, ni cigarrillos ni nada, pero he formado parte de esta producción, y, a propósito, ha sido un placer trabajar con vosotros, pero tengo que decir que no quiero que esto quede así. ¿Felix? ¿Señor Duke?

Está pidiendo permiso, pero es solo una formalidad: está claro que piensa decir lo que tenga que decir.

—Adelante —responde Felix con una sonrisa indulgente.

—Habláis de Miranda como si fuese una muñeca de trapo. Como si se pasara el día tumbada por ahí con las piernas abiertas y un cartel que dijera: «Violadme». Pero no es así.

»En primer lugar, es una chica fuerte. No ha vivido en la corte asfixiada con corsés y zapatitos de cristal. Es un marimacho; lleva triscando por la isla desde que tenía tres años. En segundo lugar, cuando Calibán intentó violarla a los, qué sé yo, doce años, Próspero debió de enseñarle autodefensa, por si volvía a intentarlo cuando él no estuviese. Cuando sube al barco, sabe un montón de llaves, y tanto mejor porque esos caballeros tan estirados no cuentan con que ella contraataque. Y además tiene buenos músculos, fijaos en cómo cargaba con los troncos para que Fernando no tuviera que hacerlo.

»Y hay más. Próspero ha dejado dicho que ha educado a Miranda más allá de lo que aprenden las chicas como ella. Pero no se nos dice qué le ha enseñado, aparte de a jugar al ajedrez y de lo que pasa en el vientre materno. Yo creo que es un poco de magia. Está claro que ha oído hablar de espíritus y hasta es posible que haya visto alguno, porque confunde a Fernando con uno, y sabe lo que puede hacer Próspero con sus poderes de hechicero, como mantener a Calibán a raya. ¿Qué creéis que hacía cuando Próspero sesteaba? Hojeaba los libros. ¡Los libros de Próspero! De tal palo tal astilla, había heredado su don y aprendía sus trucos.

»Pero aún hay más. Ha hecho un trato con Ariel. Consiste en lo siguiente. ¿Os acordáis de esa canción que os parecía tan estúpida? Cual abeja libo yo, me recuesto en una prímula... Sí. Suena idiota. Pero lo de las flores y las abejas era lo que quería hacer Ariel cuando tuviera ocasión. Así que Miranda lo oyó y tomó la precaución de arrancar todas las prímulas de la isla y llevárselas consigo a bordo. ¡Todo el camarote

estaba lleno de primulas! Y, como a Ariel le gustaban las abejas, usó la abeja encantada que llevaba en el brazo —Anne-Marie se arremanga y les enseña el tatuaje de la abeja—, y utiliza la magia que ha aprendido en los libros de Próspero para crear la ilusión de un enjambre de abejas. ¡Es como un encantamiento para Ariel, como una adicción, como una droga! Si le sigue y la ayuda, le dará su dosis de primulas y abejas.

Es ingeniosa, piensa Felix. Llegará lejos, pero ¿en qué?

—Son solo abejas imaginarias —objeta—. Una ilusión.

—¿Y qué? A Ariel no le importa —dice Anne-Marie—. Para él no hay diferencia: lo ilusorio es real.

—¿A ti te convence, Ariel? —pregunta Felix a Ocho Manos—. ¿Aceptarías este, ejem, intercambio?

—No lo había pensado —responde Ocho Manos—. Pero suena bien. ¿Por qué no? Está guay.

—Esto es lo que de verdad ocurre con Antonio —dice Anne-Marie—. Cuando intenta poner en práctica sus manejos. —Se quita la camisa, las botas y los vaqueros; se queda con una camiseta de danza muy ceñida y unos pantalones cortos de satén verde. Se pone de puntillas y apoya las manos en el suelo. Se incorpora sobre un solo pie, sujeta el otro tras ella y extiende el brazo: pose de arquero. Tiene embelesados a todos los hombres de la sala. Ahora vuelve a apoyar los dos pies en el suelo, se inclina hacia delante, se lleva una mano al oído para escuchar—. Los dos malvados asesinos se acercan al camarote de Alonso, pero Ariel los ve y advierte a Miranda y ella le pide que defienda el camarote con rayos hasta que a ella le dé tiempo a llegar. Cuando llega encuentra a Fernando que intenta enfrentarse a ellos, pero está perdiendo. Así que Miranda interviene y de una patada le rompe la muñeca a Sebastián. —Anne-Marie se lo demuestra. Ejecuta tres piruetas, hace un ágil arabesco y luego da una patada con el pie derecho, con el talón por delante. Se oyen unos vítores contenidos en la clase; están inclinados hacia delante, y no es raro, piensa Felix. Si tuviese su edad él también lo estaría. De hecho, lo está—. Es la mano con la que Sebastián sujeta la espada —explica Anne-Marie—, pero aún tiene una daga en la otra, y Antonio lleva una espada y una daga. Y aquí viene Calibán con las garras extendidas, así que son tres contra dos y Fernando está herido. Así que Miranda moviliza la artillería pesada: ¡poder de diosa! —Da una pirueta a través de la sala hasta su bolsa de tela, la abre. Saca a Iris, Ceres y a Juno con su ropa de lana, solo que ahora las órbitas de los ojos están pintadas de color blanco opaco. Les ha puesto arneses y las ha atado a largas tiras de cuero—. ¡Primero, Iris! ¡Al ataque! —Hace girar a Iris alrededor de su cabeza como si fuesen unas boleadoras—. ¡Zas! ¡Chúpate esa, Antonio! ¡Le ha quitado la espada! ¡Ahora Ceres! ¡Y ahora Juno! —Las hace girar describiendo un ocho—. ¡A por ellos, diosas! ¡Las dos les atacan! ¡Poder de diosas, justo en las pelotas! ¡Bum! ¡Se encogen como uvas pasas! ¡Hoy de violación nada, tíos!

—¡Te jodes, Toni-o! —grita el Vaina, y los demás lo vitorean.

—Pero aún tiene que vérselas con Calibán. Arremete, lascivo y babeante. ¡Cuidado, bicho! —Anne-Marie vuelve a meter las diosas en la bolsa de tela, salta a la mesa de Felix y se planta en el borde. Luego dobla las rodillas, levanta las manos por encima de la cabeza y da una voltereta hasta el suelo. Ahora está en posición horizontal, junta las piernas, las cruza, rueda, se sienta, con movimientos tan fluidos que parece azúcar fundido. Son unos pasos de su espectáculo con Kidd Pivot—. Le ha dislocado a Calibán los dos brazos escamosos —anuncia—. Es doloroso. —Se pone en pie de un salto, levanta los puños y lanza al aire dos puñados de confeti de purpurina—. Maestro —le dice a Felix. Luego saluda a los espectadores con una reverencia. El aplauso es tan atronador como solo puede darlo un grupo de hombres—. Gracias de parte del equipo de Miranda y las diosas —dice Anne-Marie. Hace una reverencia teatral. Ni siquiera está jadeando, aunque tiene la frente un poco húmeda de sudor. Se sienta otra vez en su escritorio y empieza a ponerse la camisa.

—Bueno —dice Felix—. Ha sido una interpretación muy estimulante. Creo que podemos hacer una pausa para tomar un café.

Equipo de Gonzalo

Hacen corrillos con las tazas del café extra de Felix y Anne-Marie reparte las galletas de chocolate. Por suerte, hay suficientes para todos.

—Están la peste de buenas —dice Piernas.

—La hideputa sabe hacer galletas —coincide Ojo de Serpiente.

—Ojalá tuviesen un poco de hachís —dice Ocho Manos. Se oyen risas.

—Una actuación de virtuoso —comenta Felix con Anne-Marie—. Pero ¿de verdad tendrían las diosas esos poderes? No son más que un numerito que monta Ariel. No son diosas de verdad.

—Ahora sí —responde Anne-Marie.

Felix mira el reloj.

—Bueno, tenemos que seguir —dice—. Aún nos quedan dos informes. —Recogen las tazas de papel y las tiran a la basura; las galletas han desaparecido—. El siguiente es Lápiz Chueco.

—Me temo que voy a ser un poco decepcionante —se excusa Lápiz Chueco—. Después de Anne-Marie. No soy muy buen bailarín. —Nadie le contradice. Nadie se ríe. Tímidamente, sale a la pizarra—. Gracias por esta oportunidad —empieza—. Ha sido instructivo para mí interpretar el papel del respetable Gonzalo, por desagradecidos que sean a menudo los papeles respetables, y también haber podido participar en el, ejem, segmento innovador de teatro interactivo con el que nos ha obsequiado con tanto éxito esta semana, señor Duke. Creo que a los VIP que participaron en él sin esperárselo, por así decirlo, también les pareció muy revelador.

Se permite una risita retrospectiva.

—Cierto —dice Piernas—. ¡Les enseñamos muchas cosas!

Lápiz Chueco le dedica una sonrisa fugaz.

—Este informe es del equipo de Gonzalo —continúa—. Gonzalo no tiene amigos ni aliados en la obra, aparte de Ariel, que impide que lo asesinen, y de Próspero que actúa entre bambalinas. No obstante, Muerte Fría, Tiempozz y Bola de Arroz me han hecho el honor de ayudarme a redactar este informe. —Les dedica una mirada paternalista—. Informe: «La vida de Gonzalo al acabar la obra», por el equipo de Gonzalo.

»Los personajes de *La tempestad* pueden dividirse en personajes optimistas y pesimistas. Los optimistas representan el lado más positivo de la naturaleza humana; los pesimistas, el más negativo. Así Ariel, Miranda y Fernando son optimistas; Alonso, Antonio y Sebastián son pesimistas. Esteban, Trínculo y Calibán oscilan

entre una cosa y la otra, actúan con la esperanza de mejorar su fortuna pero también desean infligir la muerte, la violencia y la esclavitud a los demás.

»Gonzalo está en el extremo positivo del espectro, tanto que es sorprendente que haya sobrevivido como consejero en la corte del rey Alonso, poblada como está de cínicos, oportunistas y corveidiles. Que haya sobrevivido da cierta credibilidad a la idea de que el arrepentimiento de Alonso es genuino, de que habla en serio y de que Fernando y Miranda pueden contar con una transición segura y feliz a su reinado, ayudados en lo posible por Alonso. Si Alonso no hubiese tenido algo bueno desde el principio, por más que tolerase la crueldad con que trataron a Próspero, no habría nombrado a Gonzalo su consejero.

»Pero Gonzalo tiene poco poder. Aparte de Próspero, ninguno de los personajes positivos, Miranda, Fernando, Ariel y Gonzalo, ocupa posiciones de poder, y ni siquiera el poder de Próspero es muy habitual. Como dice Calibán, sin sus libros no es nadie.

»¿Es siempre débil la extrema bondad? ¿Solo es posible ser bueno en ausencia de poder? *La tempestad* nos plantea estas preguntas. Hay por supuesto otra clase de fuerza, que es la de la bondad para resistirse al mal; una fuerza que el público de Shakespeare debió de entender muy bien, pero que no está muy presente en *La tempestad*. Gonzalo no tiene que decir no a un postre pecaminoso, porque nunca se lo ofrecen.

»Lo que proponemos en el equipo de Gonzalo para su vida futura es lo siguiente: imaginemos que nuestros pesimistas amigos estén equivocados, que Antonio no se sale con la suya y que a Próspero no lo arrojan por la borda, que todo va como parece insinuarse al final de la obra. Pasemos también por alto la entretenida fantasía sobre Miranda y sus amigas diosas que con tanta inspiración acaba de crear para nosotros Anne-Marie. Añado esto por mi cuenta, pues el equipo de Gonzalo no sabía nada de esta intervención. —Sonríe a Anne-Marie, sin demasiado convencimiento—. Volvamos al informe. La obra de *La tempestad* apuesta por las segundas oportunidades y nosotros también deberíamos hacerlo.

»Así, todos regresan a Nápoles aprovechando los vientos propicios que les proporciona Ariel a petición de Próspero, y se celebra la boda entre Fernando y Miranda. Próspero se despide de ellos y vuelve a Milán, donde recobra su ducado y sin duda encarcela a Antonio o lo neutraliza de algún otro modo. Próspero nos dice que una de cada tres veces pensará en su tumba, pero eso le deja dos de cada tres para gobernar Milán. Esperemos que esta vez lo haga con más acierto.

»En la corte de Nápoles, Sebastián no puede hacer nada, pues Próspero conoce sus intenciones de traicionar a su hermano el rey, y le ha dejado todo por escrito a Miranda para que lo utilice contra él si es necesario. En cuanto a Gonzalo, Fernando, Miranda e incluso el rey Alonso le están tan agradecidos por sus buenas obras que le ofrecen lo que más desee.

»Los miembros del equipo de Gonzalo decidimos poner a prueba su bondad.

Escoge volver a la isla con un grupo de personas tan buenas como él y fundar un reino-república, con él al mando, donde no haya diferencias de rango, ni trabajos fatigosos, y donde no exista el comportamiento sexual inmoral, ni la guerra, el crimen o las cárceles.

»Ese es nuestro informe.

»Firmado: Lápiz Chueco, Bola de Arroz, Tiempozz y Muerte Fría.

Sonríe a los presentes en la sala.

—Gracias —dice Felix—. ¿Y qué tal va?

—¿Qué tal va? —pregunta ingenuo Lápiz Chueco.

—La república ideal de Gonzalo.

—El equipo de Gonzalo lo deja a vuestra imaginación —dice Lápiz Chueco—. Digamos que Gonzalo no es mago, no puede dar órdenes a ningún duende, ni traer a la vida a los muertos. Tampoco tiene ejército. Depende de la bondad ajena. Pero tal vez la generosa Fortuna, también conocida como Estrella Propicia, le sonría. No deja de ser un personaje de la obra. Sin ella, Próspero no habría tenido su oportunidad. Es muy importante.

—Cierto —coincide Felix—. Lo es. ¡Bien hecho! Máxima nota para el equipo de Gonzalo. Como decía mi tío, vale más ser afortunado que rico.

—Yo no soy ni una cosa ni la otra —dice cohibido Lápiz Chueco. Los demás se ríen y eso le alegra.

—Tal vez no seas afortunado aún —dice Felix—, pero con las estrellas propicias nunca se sabe. ¿Quiénes son los siguientes y los últimos? ¡Ah!, el equipo de los Semillas de Bruja.

Equipo de los Semillas de Bruja

Piernas se abre paso hasta la pizarra, con la cara colorada y más llena de pecas que nunca. Lo está haciendo lo mejor que puede, adopta una postura dominante, con una pierna adelantada, el pie ladeado, la pelvis torcida y la otra pierna balanceándose como si estuviese soldada a la rodilla. Mira a los técnicos y a los demás actores, con su gesto de Calibán. Luego se arremanga despacio.

Muy teatral, piensa Felix. Los está haciendo esperar.

—El equipo de los Semillas de Bruja listo para presentar su informe, señor —le dice a Felix. El estilo es casi militar, pero al mismo tiempo burlón y sutil—. Esta es la pura verdad —empieza—: la Semilla de la Bruja, quiero decir Calibán, no tiene a nadie en su equipo. Ni siquiera sus supuestos amigos y aliados, esos dos capullos borrachos, le son leales: se burlan, le insultan y quieren ganar dinero con él. Así que, dentro de la obra, no tiene equipo. El único que tuvo ha muerto: era su madre, a quien los demás llamaban bruja. Pero debió de quererle lo bastante para no ahogarlo como a un gatito. Hizo lo esencial: lo mantuvo con vida. Hay que reconocérselo. Estaba sola en la isla cuando dio a luz al bebé y demás. Puede que tuviese sus defectos, pero hizo lo que pudo por él. Era dura. —Gestos de asentimiento entre el público; están recordando a otras madres duras pero con defectos—. Luego murió y Calibán creció solo. Al principio acogió bien a Próspero, pero ahora lo tiene en la chepa veinticuatro horas al día, y no será Ariel quien le ayude, aunque en cierto sentido los dos son esclavos. A los dos los mantiene a raya con amenazas de tortura; la única diferencia es que Ariel traga y Calibán se resiste, por eso es el único en sufrir agujonazos y los calambres.

»Pero me alegra decir que tengo un equipo que me ha ayudado con el informe, que es el grupo de los coros de los Semillas de Bruja y los diseñadores del vestuario para los números que hemos hecho, es decir, el Vaina, Tiempozz, VaMoos y Coyote Rojo. Habéis estado geniales, tíos, sin vosotros no habría funcionado, y este siempre será un gran recuerdo en mi vida. —Hace una pausa. ¿Es una pausa estudiada o se ha emocionado? Le he enseñado demasiado bien, piensa Felix, ni siquiera yo puedo distinguirlo—. Bueno, pues este es nuestro informe —dice Piernas—. El informe del equipo de los Semillas de Bruja. ¿Qué le pasa a Calibán cuando concluye la obra? Al final se queda colgado, así que en realidad no lo sabemos. ¿Va a ser un buen criado de Próspero, o qué?

»Bueno, pensamos en varias posibilidades. En primer lugar, que Calibán se quedara en la isla y los demás se fuesen. Recupera su isla y vuelve a ser rey, como él

quería, pero no hay nadie más, así que ¿de qué le sirve? No se puede ser rey, si no hay nadie sobre quien reinar, ¿no? —Gestos de asentimiento entre los miembros del reparto. Están escuchando muy atentos: les interesa mucho saber qué le pasa a Calibán—. En fin, el caso es que descartamos esta posibilidad. La siguiente, la número dos, es que se embarque para Nápoles con los demás, maten a Próspero y violen a Miranda, como dijo el equipo de Antonio, lo siento Anne-Marie, pero en la vida real no habría diosas y eso es lo que pasaría: pero la Semilla de la Bruja no la violaría. Solo Antonio, porque es malo, como ha dicho. Después la mataría porque quiere ser duque y no puede permitirse tener rivales, así que tiene que asesinarla; parece lógico. Calibán se encoleriza, pero no puede hacer nada porque esta vez son Esteban y Trínculo quienes lo tienen encadenado en la bodega del barco.

»Cuando llegan a Nápoles lo exhiben a cambio de dinero, justo como dijeron que harían. Le dicen a todo el mundo que es un salvaje de la selva, un monstruo antropófago y medio pescado. Todos le tiran cosas como si fuese un gorila en una jaula y le insultan, como hacían Próspero, Miranda, Esteban y Trínculo, y le pinchan con palos para que haga muecas y maldiga, y burlarse de él. Además, le dan una mierda de comida. Así que al cabo de un tiempo contrae un montón de enfermedades, nunca lo han vacunado, ¿no?, y un día se cubre de manchas, tiene fiebre y luego se marchita y muere. —Silencio en la sala. No puede ser más creíble—. Pero nos pareció demasiado lúgubre —prosigue Piernas—. ¿Por qué iban a tener los demás una segunda oportunidad en la vida y él no? ¿Por qué ha tenido que sufrir tanto por ser lo que es? Es como si fuese, no sé, negro, indio o algo así. Desde que nació no se ha llevado más que golpes. Nunca pidió venir al mundo. —Más gestos de asentimiento. Piernas ha cautivado al público. Adónde quiere ir a parar, quisiera saber Felix. A alguna conclusión extraña, lo nota en sus ojos. Está a punto de soltar la sorpresa—. Y esto es lo que hemos pensado —continúa Piernas—. Se nos ocurrió pensar en el verso que dice Próspero: “Este ser de tiniebla lo reconozco como mío”. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Solo que Calibán trabaja para él como una especie de esclavo? Tiene que ser algo más. —Se inclina hacia delante, busca el contacto visual—. Esto es lo que creemos. Tiene que ser cierto. Aquí lo tenéis: Próspero es el padre de Calibán. —Murmillos, movimientos de cabeza. No están convencidos—. Esperad —insiste Piernas—. Pensadlo bien. Su madre es una hechicera, ¿no? Sícorax. ¡Es malvada! Próspero es un hechicero. Hacen casi las mismas cosas: hechizos, conjuros, cambiar el tiempo... y mantener a Ariel a raya, solo que Próspero lo hace mejor, y se supone que tenemos que pensar que en su caso está bien, pero en el de ella no. Imaginemos que se conocieron antes en, qué sé yo, una convención de hechiceros y tuvieron un rollo. Un rollo de una noche. La deja preñada, se larga a Milán; ella está embarazada, la atrapan y la dejan en la isla.

»Próspero llega a la orilla. Sícorax ya ha muerto, pero cuando ve a Calibán comprende de quién es hijo. Pone verde a la madre, claro; no reconoce al hijo, pero piensa en educarlo, el muchacho tiene que tener buenas cualidades porque en parte es

suyo. Al principio se enorgullece de él porque Calibán es autosuficiente, conoce la isla, le lleva comida, bellotas y pescado. Así que Próspero consiente al muchacho, le enseña cosas. A hablar y demás.

»Pero luego el chico intenta cepillarse a Miranda. También es natural, tal vez no muy bonito, vete a saber si hubo consentimiento, él dijo que sí, pero ¿quién dejó que Miranda se paseara por ahí? Próspero debió de imaginárselo. Si tanto le importaba, debería haberla encerrado. Parte de la culpa es suya.

»Pero en vez de eso se mosquea, le insulta, empieza a torturarlo, olvida las buenas cualidades de Calibán, como su talento para la música. Sin embargo, al final Próspero comprende que tal vez los demás no tengan la culpa de todo. Además, ve que los defectos de Calibán se parecen mucho a los suyos. Los dos son atrabiliarios, insultan, quieren venganza; son tal para cual. Calibán es como su lado malo. De tal palo tal astilla. Así que lo reconoce: “Este ser de tiniebla lo reconozco como mío”. Es lo que dice y lo que quiere decir.

»Así que, después de la obra, Próspero intenta enmendar lo que ha hecho mal. Se lleva a Calibán al barco, lo pasa por la ducha, le quita ese olor a pescado, le encarga ropa nueva, lo nombra paje o qué sé yo para que aprenda a comer en un plato. Le dice que lo lamenta y que tienen que volver a empezar. Apela al lado artístico de Calibán con sus hermosos sueños y demás. Una vez Calibán está limpio, va bien vestido y tiene buenos modales, ya nadie piensa que sea feo. Creen que es, no sé, tosco.

»Así que Próspero le busca un empleo de músico en Milán. Cuando le dan una oportunidad, el chico lo hace muy bien. Sabe sacar las emociones más oscuras de la gente, pero de forma musical. Solo debe tener cuidado con el alcohol, para él es un veneno que lo vuelve loco. Así que hace un esfuerzo y se mantiene limpio.

»Cuando se quiere dar cuenta se ha convertido en una estrella. Próspero se enorgullece de él. El chico destaca en todos los conciertos del duque. Tiene un nombre escénico y un grupo: SEMILLA DE BRUJA Y LOS SERES DE TINIEBLA. Es, no sé, mundialmente famoso.

»Ese es nuestro informe. Esperamos que os guste.

Está vez la clase está totalmente de acuerdo. Hay un coro de síes y de así se hace y una salva de aplausos que se vuelve rítmica y luego patadas en el suelo «¡Semilla de Bruja! ¡Semilla de Bruja! ¡Queremos Semilla de Bruja!».

Felix se pone en pie. No quiere que las cosas se salgan demasiado de madre.

—Ha sido excelente, equipo de la Semilla de Bruja. ¡Tenéis la nota máxima! ¡Una interpretación muy creativa! Y un final digno de la parte formal de esta clase. Y ahora, ¡la fiesta del reparto! ¿Estáis preparados?

Nuestros divertimentos

Reparten las bolsas de patatas fritas y las latas de cerveza de jengibre. Se oyen las conversaciones, el entrechocar de las latas, hay un ambiente de discreta celebración. En unos minutos se acercarán discretamente a Felix, uno por uno, y le darán cohibidos las gracias entre toses. En estas fiestas siempre ocurre lo mismo. Eso y que abren las bolsas de patatas y se guardan los cigarrillos en el bolsillo.

El número de cigarrillos en cada bolsa es el mismo, ¿por qué no iba a serlo? Todos lo han hecho muy bien. Cuando Felix se vaya, empezarán los intercambios y trapicheos: los cigarrillos son una moneda no oficial, deseable para sobornos y para conseguir bienes y favores.

—No es mi marca habitual —se queja Lápiz Chueco.

Risas; todo el mundo sabe que no fuma.

—Si hay un agujero en un extremo y fuego en el otro, me lo fumo —dice Coyote Rojo.

—Estás describiendo a mi mujer —responde Shiv.

Risas.

—Sí, pero ¿qué lado es cada cosa? —Más risas—. Lo siento, Anne-Marie.

—Cuidado —contesta Anne-Marie—. No olvidéis que tengo ese poder de diosa.

—A propósito, bien hecho, Anne-Marie —comenta Felix—. No me lo esperaba.

—Usted siempre dice que la magia debe ser impredecible —dice Anne-Marie—.

Quise sorprenderle.

—Y lo hiciste.

—Le estamos muy agradecidos. Freddie y yo es...

—No hay de qué —responde Felix—. Me alegra haber sido de ayuda.

—Yo también tengo una sorpresa para usted —dice Piernas, que se les ha acercado.

—¡Ah! —dice Felix—. ¿Qué clase de sorpresa?

—Es un número musical extra que hemos escrito —dice Piernas—. Los Semillas de Bruja y yo. Lo escribimos juntos. Estamos trabajando en una especie de musical.

—¿Un musical? —se interesa Anne-Marie—. ¿Sobre Calibán?

—Sí, sobre lo que pasa cuando termina la obra. Escribir el informe nos dio una idea: ¿por qué no iba a tener Calibán una obra propia?

—Continúa —dice Felix.

—Bueno, empieza cuando Esteban y Trínculo lo meten en una jaula y lo exhiben por dinero. Pero en el musical, sale de la jaula. Ese es el número que hemos hecho,

cuando sale y dice que no piensa seguir siendo esclavo ni vivir en una jaula.
Bum, bum, bum, los Semillas de Bruja empiezan el ritmo. Piernas canturrea.

¡Libertad, es el gran día!
¡Libertad, es el gran día!
¡Libertad, es el gran día, libertad!
Tengo que salir,
estoy rabioso:
ya no haré presas para los peces,
ni cavar zanjas,
ni lavaré platos;
se acabó ir a buscar leña
no voy a lamerte más las botas,
ni a ir detrás de vosotros por la calle,
no voy a viajar al final del autobús,
¡y ya podéis ir devolviéndome mis tierras!

Ban-ban, Ca-Calibán,
no necesito amo,
¡no soy tu esclavo!
Que os den,
devolved lo robado,
el tiempo se acaba,
estoy rabioso,
la voy a liar.
No pienso trabajar por menos
del mínimo salario,
vivir en una choza,
ni mear en la paja,
¡os habéis forrado
metiéndome en una jaula!

Me pateáis la cabeza,
me tiráis en la nieve,
me dais por muerto,
porque para vosotros
no soy nada.
Ban, ban, Ca-Calibán,
¡me tomáis por un animal,
ni siquiera por un hombre!
Ahora Semilla de Bruja está negro,
Semilla de Bruja está marrón,
Semilla de Bruja está rojo,
le da igual si os enfadáis,
Semilla de Bruja está amarillo
y Semilla de Bruja es chusma blanca,
tiene muchos hombres,
vaga en la noche,
lo habéis maltratado,
ahora tiene miedo.
¡Semilla de Bruja!

Ban, ban, Ca-Calibán,
no necesito dueño,
¡no soy vuestro esclavo!
¡Vamos, tío! Déjalo,
olvídate...

¡No lo necesito,
no lo necesito,
no lo necesito!
¡No, no, no!

—Tiene fuerza —dice Felix—. Mucha.

—Más que fuerza —coincide Anne-Marie—. Tiene... Podrían ser... Pero ¿qué pasa cuando se escapa de la jaula?

—Hemos pensado que podría vengarse de todos los que le han maltratado —dice Piernas—. Vengarse a lo Rambo. Liquidarlos uno por uno, empezando por Esteban y Trínculo.

—¿Y Próspero? —pregunta Felix.

—¿Y Miranda? —pregunta Anne-Marie.

—Puede que no salgan en el musical —dice Piernas—. O puede que sí. Puede que Calibán les perdone. Y puede que no. Tal vez les aceche, les salte encima y los despedace con sus garras. Aún estamos dándole vueltas.

Felix está intrigado: Calibán ha escapado de la obra. Ha escapado de Próspero, como una sombra que se separase de su cuerpo y empezase a andar sola. Ahora nadie lo contiene. ¿Perdonará a Próspero, o se colará la venganza por su ventana una noche oscura y le cortará el cuello? Felix duda. Se lleva la mano al cuello.

—¿Cree que podría dirigirlo, señor Duke? —dice Piernas—. ¿Cuando lo montemos? Sería usted, no sé, nuestra primera elección. —Sonríe con timidez.

—Si sigo con vida —dice Felix. Por absurdo que sea le alegra la oferta, aunque, por supuesto, no va a suceder. ¿O sí?—. Es posible. Nunca se sabe.

Han llegado a su fin

Felix apura su cerveza de jengibre y en ese momento llegan Ocho Manos, Piernas y Ojo de Serpiente.

—Hay una cosa más —dice Ojo de Serpiente—. Sobre el curso y demás.

—¿Qué? —pregunta Felix. ¿Qué se le ha olvidado?

—La novena cárcel —responde Ocho Manos—. Solo encontramos ocho. ¿Recuerda?

—Dijo que nos lo diría si no lo averiguábamos nosotros —añade Piernas.

—Ah, ¡sí! —dice Felix, mientras intenta concentrarse—. A Próspero al final no le va tan bien, ¿no? Recupera su ducado, pero ya no está muy interesado en él. Así que gana, pero también pierde. Y lo que es más importante, pierde a quienes más ama: a Miranda, que ahora se ha enamorado de Fernando y vivirá lejos en Nápoles; y a Ariel que deja el servicio de Próspero sin ni siquiera mirar atrás. Próspero le echará de menos, pero Ariel no parece que vaya a añorarle a él; se alegra de estar libre. El único que tal vez se quede con Próspero es Calibán, y no es que sea gran cosa. Además, ¿para qué puede necesitarlo Próspero ahora que va a dejar la isla? En Milán tendrá otros criados. Tal vez se lleve con él a ese ser de tiniebla por cierto sentido de la responsabilidad: es suyo y de nadie más. Pero en este momento Próspero se siente culpable por otra cosa.

—¿Qué le hace pensar que se siente culpable? —pregunta Piernas.

—Lo dice aquí —responde Felix, hojeando el texto—. Dice: «No dejéis que me quede hechizado en esta isla yerma». —Próspero ha deshecho sus conjuros y está a punto de romper su báculo mágico y de arrojar el libro al agua, de forma que no podrá hacer más magia. El hechizo ahora lo controla el público, y Próspero afirma que, si no votan con sus aplausos y vítores que la obra sea un éxito, se quedará prisionero en la isla.

»Luego añade que quiere que recen por él. Dice: “si no me alivian los rezos que muevan a la compasión y excusen todos los errores”. En otras palabras, quiere el perdón divino. Los últimos versos de la obra son: “igual que se os perdonarán los pecados / liberadme con vuestra indulgencia”. Tienen doble sentido.

—Sí, está en las notas —recuerda Lápiz Chueco.

—He olvidado esa parte —dice Ojo de Serpiente.

—Una indulgencia era una carta para librarse del infierno —aclara Felix—. Antes se podían comprar.

—Todavía se puede —responde Ojo de Serpiente—. Se llama multa.

—Se llama fianza —dice Piernas—. Pero no es gratis, ¿no?

—Se llama condicional anticipada —apunta Ocho Manos—. Pero no se paga. Se supone que tienes que ganártela.

—¿Y por qué la sensación de culpa? —pregunta Anne-Marie—. ¿Qué ha hecho Próspero que sea tan terrible?

—Sí, ¿qué? —pregunta retóricamente Felix. Otros miembros del reparto se han acercado—. No nos lo dice. Es otra de las incógnitas de la obra. Pero *La tempestad* es una obra sobre un hombre que monta una obra que surge de su imaginación, de su «fantasía», así que tal vez la falta que hay que perdonarle sea la propia obra.

—Muy elegante —dice Anne-Marie.

—No lo entiendo —objeta Ojo de Serpiente—. Una obra no es un delito.

—Un pecado —responde Felix—. No un delito legal, sino moral.

—Sigo sin entenderlo —repite Ojo de Serpiente.

—¿Y todas esas emociones vengativas? ¿Y la ira? —insiste Felix—. ¿Y hacer sufrir a la gente?

—Sí, bueno, tal vez —admite Ojo de Serpiente.

—Bueno, ¿y lo de la novena cárcel? —insiste Ocho Manos.

—Está en el epílogo —dice Felix—. Próspero le dice al público: «Si no me ayudáis a partir, tendré que quedarme en la isla», es decir, estará hechizado a su vez. Tendrá que revivir una y otra vez sus sentimientos de venganza. Sería un infierno.

—Una vez vi una película de miedo así —dice Ocho Manos—. En Rotten Tomatoes.

—Una de las últimas palabras de la obra es «liberadme» —continúa Felix—. Nadie dice «liberadme» a no ser que no sea libre. Próspero está preso en la obra que él mismo ha escrito. Ahí lo tenéis, la novena cárcel es la propia obra.

—Vale, guay —reconoce Ocho Manos—. Encaja.

—Es muy rebuscado —dice Anne-Marie.

—No sé si me convence mucho —objeta Lápiz Chueco.

—¿Qué obra vamos a interpretar el año que viene? —pregunta Shiv—. Volverá, ¿no? Hemos salvado el programa.

—Os prometo que el año que viene habrá una obra —dice Felix—. Por algo nos hemos esforzado tanto.

—Me siento un poco triste —dice Anne-Marie mientras van por el pasillo— de que se haya acabado. La fiesta ha terminado. ¡Y ha sido una fiesta cojonuda! —Coge a Felix del brazo. La puerta de seguridad se cierra tras ellos con un golpe sordo.

—Las fiestas terminan —dice Felix—. Pero solo esta. Tendrás otras. ¿Qué tal te va con Freddie?

—No va mal, de momento —responde Anne-Marie, tan discreta como siempre.

Él la mira de perfil: hay una clara sonrisa.

Pasan el control de seguridad, donde Felix se despide de Dylan y Madison.

—Ha sido genial —repite Dylan—. Las galletas, buenísimas —le dice a Anne-Marie.

—Le veremos pronto, señor Duke —añade Madison—. ¿A la misma hora el año que viene?

—Triple mucha mierda, ¿eh? —dice Dylan.

—Lo estoy deseando —responde Felix.

En el aparcamiento vuelve para darle las gracias a Anne-Marie, luego cruza la puerta con su coche destartado y baja las curvas de la colina. Al borde de la carretera hay montones de nieve sucia que empieza a deshacerse. De pronto ha llegado la primavera. ¿Cuánto tiempo ha pasado en el Correccional Fletcher? Parece que hayan sido años.

¿Ha dejado también su Miranda la fiesta? ¿Ha pasado el control de seguridad? ¿Está con él en el coche? Sí, ahí está en el asiento de atrás, en un rincón; una sombra dentro de una sombra. Siente no volver a ver a esa gente tan maravillosa en ese mundo nuevo y asombroso.

—Es nuevo para ti —le dice.

Epílogo

Liberadme

Domingo, 31 de marzo de 2013

Felix está en su cabaña empaquetando sus cosas; no es que haya mucho que empaquetar. Solo unos cuantos trastos. Un poco de ropa vieja que dobla con pulcritud y deja dentro de la maleta negra de ruedas. Oficialmente están en primavera; fuera se está derritiendo el hielo, los pájaros empiezan a afinar su canto. El sol se cuele por la puerta abierta, y menos mal porque le han cortado la luz.

Cuando fue a la granja a preguntar por qué, la encontró abandonada: la familia de Maude se había ido, con —es de suponer— un montón de facturas pendientes de pagar. Se fueron sin dejar rastro. Era como si nunca hubiesen estado allí, como si se hubiesen manifestado solo mientras Felix los necesitó y luego se hubieran transformado en niebla y se hubiesen fundido con los campos y los bosques. «Vosotros, elfos de las montañas, los riachuelos, los lagos y los bosques», murmura para sus adentros. Aunque lo más probable es que estén en el camión de Bert, camino del oeste en busca de un sitio más provechoso.

Consiguió su venganza, tal como quería. Sus enemigos habían sufrido, lo cual había sido un placer. Luego Felix había concedido su perdón mientras escuchaba el crujir de dientes de Tony, lo cual había sido un placer aún mayor. Y, mientras conserve las grabaciones de vídeo en la nube, donde las ha guardado, Tony no podrá volverse contra él, por mucho que quiera el muy gilipollas. Además, ha dimitido de su puesto y ha perdido su credibilidad. Ha perdido su ventaja, su poder; ya no es uno de los que mandan. Tony está fuera y Felix ha vuelto, tal y como debía ser.

En concreto, Felix ha recuperado su antiguo empleo: director artístico del Festival de Teatro de Makeshiweg. Puede montar la largo tiempo perdida *Tempestad*, si así lo quiere.

Es curioso, pero ya no le apetece. La versión de los Actores del Correccional Fletcher es su verdadera *Tempestad*: no podría hacer una mejor. Con lo bien que le salió, ¿por qué montar una peor?

En cuanto a lo de director artístico, ha aceptado el empleo, pero solo de forma nominal. Será una *éminence grise*, trabajará entre bambalinas. Romperá su báculo, arrojará su libro al agua, porque es hora de dejar paso a los jóvenes.

Ha contratado a Freddie como ayudante de dirección; que aprenda trabajando. Felix le ayudará durante un tiempo, aunque en esencia se limitará a dejarle su puesto, un proceso que ha empezado ya. El muchacho aprende deprisa. Freddie no sabe cómo agradecersele, y es muy agradable que alguien te esté tan agradecido.

Anne-Marie trabaja como coreógrafa de los musicales que Freddie quiere añadir al repertorio de Makeshiweg. El primero va a ser *Crazy for You*; tiene suficientes números de baile para que Anne-Marie pueda exhibir su talento. Puede estrenarlo en la capital y triunfar, y no le cabe duda de que lo hará.

Los dos trabajan muy bien juntos. Es como si estuviesen hechos el uno para el otro, como una pareja de campeones de patinaje artístico. Al verlos estudiar los

figurines y hablar sobre su estética y cambiar los efectos especiales digitales, a Felix se le hace un nudo en la garganta, como en una boda, con esa extraña mezcla de nostalgia por el pasado y alegría por el futuro; por la alegría ajena. Él ahora es solo un espectador, alguien lleno de buenos deseos que lanza puñados de arroz virtual. Abrirse camino no les será fácil, porque en el teatro nunca lo ha sido, pero al menos les ha ayudado a empezar. Su vida ha tenido este buen resultado, por efímero que pueda ser.

Pero todo es efímero; se permite recordar los palacios suntuosos, las torres coronadas de nubes. ¿Quién puede saberlo mejor que él?

Pensó que Sal O’Nally se opondría a lo de Freddie: su adorado primogénito arrancado de su lado por Felix, apartado del mundo de la política y la abogacía en el que había querido encasillarlo y emparejado con una marimacho como Anne-Marie. Pero en vez de eso parece aliviado: el chico ha encontrado su camino, parece feliz y, lo que es mejor, ¡no está muerto! Tres ventajas para un padre que lo adora. Pero incluso esos padres tienen que marcharse antes o después. A partir de ahora el chico tendrá que seguir su propio destino como mejor pueda.

Felix deja de empaquetar para evaluar la situación. Su vestuario puede calificarse de «andrajoso», igual que él mismo. Irá a cortarse el pelo y encargará una dentadura nueva; muy pronto tendrá que ir de compras. Necesita ropa nueva, porque va a embarcarse en un crucero.

Estelle lo ha arreglado todo. Entre sus muchos contactos hay alguien que tiene una empresa de cruceros. ¡Aproveche el momento!, le dijo. Coja a la Fortuna de los pelos porque, después de la tensión por la que ha pasado, ¿no sería buena idea tomarse un descanso relajante? ¿Tumbarse al sol en cubierta? ¿Recuperarse con el salitre del mar?

No le costaría nada: lo único que tendría que hacer es dar un par de clases sobre sus maravillosos experimentos teatrales en el Correccional Fletcher. Incluso podría enseñar los vídeos si le parece conveniente; ¡su enfoque es tan novedoso que a la gente les parecerían fascinantes! O, si no pudiese proyectarlos por respeto a la intimidad de los actores, al menos podría explicar sus métodos. Y el Caribe estaría maravilloso en esta época del año, añadió. Ella también iría. Podrían bailar y hacer otras cosas. ¡Sería muy divertido!

Por fin, Felix cedió. Un crucero lleno de viejos, de gente aún más vieja que él, dormitando en las tumbonas en cubierta y bailando era su idea, si no exactamente del infierno, al menos del limbo. Un estado de suspensión camino de la muerte. Pero, pensándolo mejor, ¿qué podía perder? Al fin y al cabo, iba camino de la muerte, así que ¿por qué no comer bien durante el viaje?

De modo que aceptó, pero con una condición. A Ocho Manos le habían concedido la condicional anticipada y Felix no tenía la conciencia tranquila —eso le dijo a Estelle— dejando solo al joven. Por lo que ha oído, el primer día cuando sales de la cárcel es aún más aterrador que el día en que te encierran. Así que Ocho Manos también irá. Puede recitar algunos de los parlamentos de Ariel durante los montajes de Felix; se meterá a todos en el bolsillo, es un actor nato. Y en el crucero el muchacho podría conocer a algún hombre de negocios influyente, alguien del mundo de la tecnología digital, que reconozca su talento y le dé la oportunidad creativa que necesita. El muchacho merece una oportunidad después de todo lo que ha hecho por Felix.

Las pulseras de Estelle tintinearón cuando le apretó el brazo; ahora se dan apretoncitos en el brazo. Por supuesto, le dijo sonriéndole. Movería los hilos necesarios. Le daba la impresión de que el joven Ocho Manos merecía tener suerte, y el aire marino sería liberador.

Felix dobla su manto de animales disecados: ¿debería tirarlo o conservarlo? En un impulso lo guarda en la maleta. Se lo llevará consigo al crucero, donde añadirá un toque de color y una nota de autenticidad a sus interpretaciones. El aura que desprendió una vez se está apagando, como las luces de vacaciones a mediodía. Pronto no será más que un recuerdo. Y también está el báculo con cabeza de zorro. Ya no es un bastón mágico, solo un palo de madera. Roto. ¿Debería enterrarlo a varias brazas bajo tierra? Sería un gesto muy histriónico. Y además, ¿quién sería el público?

—Adiós —dice— a mis poderosas artes.

De pronto comprende que ha estado doce años equivocado sobre su *Tempestad*. El propósito de su obsesión no era devolver a la vida a Miranda, sino otra cosa muy distinta.

Coge la foto del marco de plata con Miranda riéndose feliz en su columpio. Ahí la tiene, a los tres años, perdida en el pasado. Aunque no exactamente, porque también está aquí, observándole mientras se prepara para abandonar la pobre celda donde ha estado atrapada con él. Ya empieza a desvanecerse, a perder su sustancia; apenas puede notarla. Le está preguntando algo. ¿Quiere que lo acompañe en el resto de su viaje?

¿En qué ha estado pensando al tenerla atada a él todo este tiempo? ¿Al obligarla a hacer lo que le pedía? ¡Qué egoísta ha sido! Sí, la quiere: es su única hija. Pero sabe lo que ella quiere de verdad y lo que le debe.

«Sé libre en el aire», le dice.

Y, por fin, lo es.

La tempestad original

Un barco se debate en mitad de una tormenta en alta mar. Alonso, el rey de Nápoles; su hermano, Sebastián; su consejero, Gonzalo, y su hijo, Fernando, viajan a bordo, igual que Antonio, el duque de Milán; Esteban, el dispensero, y Trínculo, el bufón. Tras la caída de un rayo el barco empieza a hundirse a pesar de los esfuerzos del contramaestre y los marineros, todos temen por sus vidas. Esta escena suele interpretarla el espíritu elemental, Ariel, a quien se ve encaramado en el aparejo.

En la orilla de una isla cercana, una joven de quince años, Miranda, se compadece de los ahogados, pero su padre, el mago Próspero, le dice que nadie ha salido herido y que todo es por su bien. Luego le explica por qué ha levantado la tempestad. Él, y no Antonio, es el legítimo duque de Milán. Como estaba dedicado al estudio de la magia confió el gobierno del ducado a su hermano, que se aprovechó de la situación para aliarse con su enemigo político, Alonso. Este invadió Milán y mandó dejar a Próspero y a su hija de tres años Miranda en un bote semihundido con un poco de ropa y los libros de Próspero, que le dio el buen consejero, Gonzalo. Así llegaron a la isla, donde han vivido doce años en una «celda» como una cueva.

Ahora una estrella propicia y la diosa Fortuna han puesto a los enemigos de Próspero en sus manos. Ha creado la ilusión de una tempestad para obligarlos a desembarcar. Sus propósitos son dobles: la venganza y mejorar la suerte de Miranda.

Próspero hace que Miranda se duerma, se pone el manto mágico y llama a su espíritu principal, Ariel. Ariel sirve a Próspero a cambio de que este lo sacara de un pino hendido donde lo había encerrado la bruja Sícórax porque se negó a obedecer sus órdenes odiosas, pero ahora ansía ser libre. Próspero le regaña por su ingratitud, aunque le promete liberarlo si su plan contra sus enemigos funciona con su ayuda. Ariel describe entonces la «tempestad» que ha creado. Tres grupos de viajeros han desembarcado en distintas partes de la isla: Fernando, solo; Esteban y Trínculo, juntos aunque separados; y el grupo de cortesanos.

La siguiente orden a Ariel: que se convierta en ninfa marina, se vuelva invisible para todos menos para Próspero y encuentre a Fernando, que cree que su padre se ha ahogado. Ariel debe conducirlo con música hasta el lugar donde encuentre a Miranda.

Próspero despierta a Miranda y ambos van a buscar al otro criado de Próspero, Calibán, el feo y brutal hijo de Sícórax. Calibán, Próspero e incluso Miranda intercambian insultos y reproches: Calibán acusa a Próspero de robarle la isla, y Próspero recuerda que Calibán ha intentado violar a Miranda. Calibán afirma que le gustaría haberlo hecho y haber poblado la isla de Calibanes; entonces, obligado por los pellizcos de los espíritus de Próspero, se marcha a buscar leña.

Ariel guía a Fernando, que se queda tan prendado de Miranda, como ella de él. Para que no sea tan fácil y sepan apreciarlo, Próspero dispone una prueba: con su magia desarma a Fernando, le acusa de pretender el ducado y de ser un traidor y afirma que va a encarcelarlo. Fernando responde que lo soportará con tal de poder ver

a Miranda una vez al día.

Próspero envía a Ariel a ver cómo le va al grupo de los cortesanos: Alonso, Sebastián, Gonzalo, Antonio y los demás. Alonso se ha convencido de que su hijo ha muerto ahogado y está muy desanimado. Gonzalo intenta animarle alabando la isla y describiendo la sociedad utópica que instauraría en ella si estuviese al mando. Antonio y Sebastián se burlan de él. Ariel aparece y duerme a Alonso y a Gonzalo, momento en el que Antonio propone a Sebastián asesinarlos para que Sebastián sea rey de Nápoles. No obstante, Ariel los despierta justo a tiempo y corre a informar a Próspero de los acontecimientos.

Entretanto, Calibán está recogiendo leña cuando ve acercarse al bufón Trínculo. Asustado de que pueda ser un espíritu enviado para atormentarle, se esconde debajo de su capa. Se aproxima una tormenta y Trínculo se mete debajo de la capa a pesar del olor a pescado y del monstruo que hay debajo. Esteban el despensero se acerca totalmente borracho. Emborracha a Calibán, que decide adorar a Esteban como a un dios y servirle a él en lugar de a Próspero. Canta una canción para anunciarlo.

Entretanto, Próspero ha puesto a Fernando a acarrear leña. Miranda aparece y le ruega que descanse, ella hará el trabajo por él. Se declaran su amor y prometen casarse. Próspero, invisible, está feliz.

Calibán, Esteban y Trínculo están aún más borrachos que antes, y, después de una discusión promovida por Ariel, Calibán les propone que asesinen a Próspero y nombren a Esteban rey de la isla y a Miranda reina. Ariel los extravía con música, y Calibán les dice que no se asusten, pues la isla a menudo está llena de sonidos maravillosos.

Alonso, Gonzalo, Sebastián y Antonio se paran a descansar de su búsqueda de Fernando cuando unos espíritus de forma extraña les sirven un banquete. Próspero observa invisible cuando empiezan a comer; pero el banquete desaparece y Ariel se materializa en forma de arpía y les reprocha a Alonso, Antonio y Sebastián el trato criminal que dieron a Próspero y les da a entender que la pérdida de Fernando es parte del castigo de Alonso. Los tres culpables enloquecen y Alonso considera además el suicidio.

Próspero va a ver a Fernando, lo libera y le saluda como su futuro yerno, pero le advierte contra una intimidad prematura. Ordena a Ariel que produzca otra ilusión: una mascarada con tres diosas que cubren a la joven pareja de bendiciones.

El espectáculo se interrumpe cuando Próspero recuerda la conjura de Calibán para asesinarle. Explica a Fernando que lo que ha visto eran solo espíritus y que se han desvanecido igual que al final se desvanecerá todo, por ser en el fondo insustancial y parecido a un sueño.

Ariel explica a Próspero cómo ha extraviado a Calibán y a sus dos aliados. Próspero y él dejan por ahí unas lujosas prendas de ropa para despistarlos y entretenerlos aún más. Esteban y Trínculo quieren robarlas, aunque Calibán les anima a cometer antes el asesinato. El robo lo interrumpe una jauría de espíritus con forma

de perro que persiguen a los culpables, azuzados por Ariel y Próspero.

A una orden de Próspero, Ariel va a buscar a los cortesanos. Cuando le describe a Próspero lo mucho que están sufriendo y dice que le dan lástima, a Próspero le impresiona que un simple espíritu aéreo pueda sentir compasión, decide seguir el ejemplo de Ariel y le ordena que los libere de su locura. Luego afirma que ya es hora de renunciar a su «tosca magia», romper su báculo y arrojar al agua su libro de conjuros.

Ariel guía al grupo de cortesanos. Próspero recuerda a Alonso, Antonio y su aliado Sebastián cómo le traicionaron, pero les perdona. En un aparte, advierte a Antonio y a Sebastián de que conoce su plan para asesinar a Alonso, aunque no dirá nada de momento.

Alonso sigue afligido por la pérdida de Fernando. Próspero afirma que también él ha perdido una hija, pero luego lo lleva a su «celda» y le muestra a Fernando y a Miranda jugando al ajedrez. Alonso, atónito y agradecido, acepta que Fernando se case con Miranda. Miranda, por su parte, se sorprende de que de pronto haya un mundo nuevo lleno de gente tan admirable. Próspero subraya que son nuevos para ella. (Él los conoce mejor).

Entra el contramaestre, llevado por Ariel, y explica que él y los marineros han despertado y han encontrado el barco fondeado en la rada. Entran Calibán, Esteban y Trínculo, desaliñados y doloridos; son reprendidos y castigados. Próspero reconoce que Calibán, «este ser de tiniebla», es suyo en cierto sentido.

Se hacen planes para regresar a Italia y preparar la boda inminente. Próspero recuperará su ducado. Miranda y Fernando serán el rey y la reina de Nápoles. Ariel se asegurará de que tengan vientos propicios en el viaje.

Próspero termina la obra con un epílogo en el que anuncia al público que, puesto que ha deshecho sus hechizos, debe quedar encarcelado en la isla a no ser que el público le perdone y le libere usando su propia magia para aplaudir la obra.

Agradecimientos

Ha sido un enorme placer trabajar en este libro en parte porque me ha dado la oportunidad de leer muchas cosas sobre Shakespeare y *La tempestad*, y también sobre el valor de la literatura y el teatro en las cárceles.

Los siguientes libros y películas me fueron de especial ayuda: la película de Julie Taymor de *La tempestad*, con Helen Mirren en el papel de Próspera.

La versión de *La tempestad* de The Globe on Screen, con Roger Allam en el papel de Próspero.

Y la versión de *La tempestad* del Festival de Stratford —a la que además asistí en persona—, con Christopher Plummer en el papel de Próspero.

El *Shakespeare Insult Generator*.

El interesante libro de David Thomson *Why Acting Matters*.

El ensayo de Northrop Frye sobre *La tempestad* en su libro *On Shakespeare*.

La magnífica y utilísima edición de *La tempestad* de la serie Oxford World's Classics, editada por Stephen Orgel.

El cuento de Isak Dinesen «Tempestades», en el libro *Anecdotes of Destiny*.

El libro de Andrew Dickson *Worlds Elsewhere*, que explora las numerosas formas de interpretar a Shakespeare a lo largo del tiempo y en diversas partes del mundo.

Hay una larguísima tradición de literatura carcelaria. La he leído en parte, tanto mientras trabajaba en mi novela *Alias Grace* como más recientemente mientras escribía *La Semilla de la Bruja*. Aparte de obras contemporáneas muy conocidas como *Orange is the New Black*, me han interesado en particular los libros que tratan de la literatura y el teatro que se enseña o experimenta en las cárceles. La colección de ensayos de Stephen Reid *A Crowbar in the Buddhist Garden* me pareció muy interesante, igual que la sorprendente novela de Rene Denfeld *The Enchanted*. El relato de Avi Steinberg de sus vivencias como bibliotecario en una cárcel, *Running the Books*, me fue de gran ayuda, igual que el libro *Shaking it Rough* de Andreas Schroeder. Más en concreto, me animó mucho el libro de memorias de Laura Bates *Shakespeare Saved My Life*. También me ayudó conocer los programas carcelarios del Bard College y otros muchos de los que tuve noticia a través de ellos.

Dicho esto, conviene añadir que el Correccional Fletcher es, por supuesto, una institución ficticia. Es dudoso que exista un lugar exactamente igual, aunque muchos comparten algunas de sus características.

Felix Phillips tomó su apellido del difunto Robin Phillips, que fue mucho tiempo director teatral del Festival de Stratford en Ontario, Canadá. Para ver en marcha su magia, véase el excelente documental *Robin and Mark and Richard III*, en el que transforma a un insólito actor en el torvo Richard ante nuestros propios ojos.

Anne-Marie Greenland interpreta el papel de Miranda gracias a una subasta llevada a cabo por la Medical Foundation for the Care of Victims of Torture.

En *El tercer hombre. Sobrevivir a lo imposible*, de John Geiger, pueden aprenderse

muchas cosas sobre la costumbre de hablar con los allegados muertos y otras experiencias extrañas.

Mi agradecimiento a mis sufridos editores Becky Hardie, de Hogarth, y Louise Dennys, de Knopf Canada, que insistieron en que fuese más explícita; y a mi correctora de pruebas, Heather Sangster, de Strongfinish.ca. También a mi editora durante más de veintiséis años en McClelland & Stewart, Ellen Seligman, que murió en marzo de 2016 y no pudo leer este libro.

Gracias también a mis primeros lectores: Jess Atwood Gibson; Eleanor Cook; Xandra Bingley; Vivienne Schuster y Karolina Sutton de Curtis Brown, mis agentes en el Reino Unido; y a Phoebe Larmore, mi agente desde hace mucho tiempo en Norteamérica, y a Ruth Atwood y Ralph Siferd.

Y a Louise Court, Ahsley Dunny y Rachel Rokicki, de Penguin Random House, que me ayudaron en el momento de la publicación.

Gracias también a Devon Jackson, que me ayudó con mi investigación sobre las cárceles. También a mi ayudante, Suzanna Porter; y a Penny Kavanaugh; y a V. J. Bauer que diseñó mi página web en margaretatwood.ca. También a Sheldon Shoib y Mike Stoyan, que vigilan que todo esté en orden. Y a Michael Bradley, Sarah Cooper y Jim Wooder, a Coleen Quinn y Xiaolan Zhao, y a Evelyn Heskin; y a Terry Carman y los Shock Doctors por ocuparse de la parte eléctrica. Por último, mi especial agradecimiento a Graeme Gibson, un viejo hechicero, aunque por suerte no es el que aparece en este libro.



Margaret Atwood (Ottawa 1939) escritora canadiense. Atwood inició su carrera literaria componiendo poesía, para luego comenzar a escribir relatos, así como novelas.

En cuanto a la temática de sus obras, es muy variada; trabaja desde la crítica literaria a la novela realista, pasando por la ciencia ficción, hasta la literatura comprometida en defensa de los derechos de la mujer. Su obra más conocida es *El cuento de la criada* (1985), novela con la que recibió premios como el *Arthur C. Clark* o el *Los Ángeles Prize*.

Otros galardones recibidos a lo largo de su carrera han sido el *Governor General* y el *Príncipe de Asturias de las Letras*, que le fue otorgado en el año 2008.